



DEBORAH HALE

EL *Escándalo* ILEGA A LA *Ciudad*



LOS SOLTEROS DE BRUTON STREET

El escándalo llega a la ciudad

Deborah Hale

Derechos de autor © 2023 Deborah Hale

Copyright Scandal Comes to Town. Copyright © 2023 Deborah Hale.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede reproducirse ni retransmitirse sin el permiso por escrito de la autora. Esta es una obra de ficción. Cualquier referencia a acontecimientos históricos, personas o lugares reales se hace de manera ficticia. Otros nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia totalmente. Portada de The Killion Group Inc.

Dedicatoria Este libro está dedicado con mucho amor a los miembros más jóvenes de mi familia ampliada, Felix, Rena, Oliver, Theodore, Noor, Kaylee y Addison, cuyos dichos y acciones inspiraron mis descripciones de la bebé Sarah.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Dedicatoria</u>	
<u>Capítulo uno</u>	
<u>Capítulo dos</u>	
<u>Capítulo tres</u>	
<u>Capítulo cuatro</u>	
<u>Capítulo cinco</u>	
<u>Capítulo seis</u>	
<u>Capítulo siete</u>	
<u>Capítulo ocho</u>	
<u>Capítulo nueve</u>	
<u>Capítulo diez</u>	
<u>Capítulo once</u>	
<u>Capítulo doce</u>	
<u>Capítulo trece</u>	
<u>Capítulo catorce</u>	
<u>Capítulo quince</u>	
<u>Capítulo dieciséis</u>	
<u>Capítulo diecisiete</u>	
<u>Capítulo dieciocho</u>	
<u>Capítulo diecinueve</u>	
<u>Capítulo veinte</u>	
<u>Capítulo veintiuno</u>	
<u>Capítulo veintidós</u>	
<u>Capítulo veintitrés</u>	
<u>Epílogo</u>	
<u>Palabras finales de la autora</u>	

Capítulo uno

Surrey, Inglaterra ~ Octubre 1811.

El silencio se filtró en la capilla privada de Beckwith Abbey, en un flujo lento y denso, tal como si fuera melaza.

En esta casa de campo, hace casi dos años, varios de los actuales invitados del conde y la condesa de Killoran se habían conocido por primera vez. Eso incluía a dos parejas que se habían casado desde entonces: los Turner y los Stanford. Obviamente, los esfuerzos de Lady Killoran por unir parejas habían dado sus frutos, pero no del modo que ella pretendía.

Si la condesa hubiera podido salirse con la suya, su cuñado, el honorable Rory Fitzwalter, ya estaría bien casado con una heredera con suficiente fortuna para financiar su estilo de vida derrochador. Aunque lo ideal sería que la dama también hubiera poseído la fuerza de carácter necesaria para reformar al encantador e irresponsable libertino. A pesar de los grandes esfuerzos de Lady Killoran y el ejemplo de sus dos queridos amigos, ahora felizmente casados, Rory había permanecido soltero, siendo terco y obstinado.

Cuando la conversación y las risas de celebración comenzaron a callarse, Rory apenas se dio cuenta. Estaba preocupado por intentar escabullirse de la fiesta del bautizo sin ser visto para poder regresar a Londres, y disfrutar de las diversiones de la pequeña temporada. Había límites definidos, en cuanto a la felicidad familiar de sus amigos, que él podía tolerar y esos habían sido superados algún tiempo atrás.

Con la intención de retirarse sigilosamente hacia la puerta de la sacristía, por la que podría escapar fácilmente, Rory fue el último en notar que otra persona llegó a la fiesta. La recién llegada era una diminuta belleza de cabello oscuro, desconocida para algunos de los invitados, aunque ciertamente familiar para otros.

En otras circunstancias, la incorporación de una dama tan atractiva a la reunión habría sido de considerable interés para Rory Fitzwalter. Hoy solo le importaba que ella distrajera a los demás invitados para que no notaran su salida furtiva.

Retrocedió los últimos pasos, deteniéndose un momento en el umbral de la sacristía para exhalar un suspiro de alivio, y prepararse para huir de Beckwith Abbey.

Entonces, la voz de su cuñada rompió el silencio expectante para darle la bienvenida a la recién llegada.

—¡Gatita! ¡Qué bueno es volverte a ver, luciendo tan bien!

El sonido de esa primera palabra congeló a Rory en seco, y le revolvió el estómago, como si estuviera después de una larga noche de juerga. Recordaba vagamente que la última vez que había visto a Kitty Delany no tenía ningún buen aspecto. No tenía muchas ganas de recordar aquella noche con mayor claridad. Ese fue uno de aquellos días en su vida, que se había esforzado por olvidar.

¿Qué estaba haciendo Kitty aquí, hoy, después de desaparecer durante meses, sin decir palabra a nadie? Esa pregunta atrajo a Rory de regreso a la capilla, aunque un inquietante presentimiento le advirtió que podría arrepentirse.

Sintió que su cuñada debía estar preguntándose lo mismo, mientras se acercaba a su antigua compañera. Tal vez, también sintiera curiosidad por la mejora de la fortuna de Kitty, ya que su elegante atuendo no dejaba lugar a dudas.

¿Había logrado la “preciosa gatita” atrapar a un marido rico? Esa posibilidad molestó a Rory,

aunque sabía que más bien debería estar contento por ella.

—Estamos celebrando un doble bautizo —explicó la condesa, como si estuviera justificando la presencia de tantos invitados—. Las hijas pequeñas de nuestros buenos amigos, Jack Warwick y Lord Gabriel Stanford.

Luego, tal vez incapaz de reprimir su curiosidad un momento más, ella preguntó:

—¿Qué te trae de vuelta a Beckwith Abbey, después de todo este tiempo?

Rory sintió que no era la única persona presente que esperaba la respuesta de Kitty Delany.

Ella no los dejó en vilo por mucho tiempo.

—Me enteré del bautizo —respondió, elevando su voz, normalmente suave, para que se escuchara por toda la capilla, y continuó—, por eso estoy aquí.

A Rory le pareció que su respuesta contribuyó más a despertar la curiosidad de los demás invitados que a satisfacerla.

La mirada de Kitty se desvió de Lady Killoran para explorar la capilla y finalmente se fijó en Jack Warwick, quien orgullosamente sostenía a la pequeña Sarah, la niña que había sido abandonada en su puerta hacía varios meses.

—¡He venido a reclamar a mi hija! —ella anunció.

Acaso, ¿Kitty Delany era la madre de Sarah? Rory luchó por comprender la idea, sin éxito.

Las reacciones de los demás invitados a la declaración de Kitty fueron rápidas y contundentes.

Annabelle Warwick lanzó un agudo grito de consternación y voló hacia el lado de su marido, mientras Jack ajustaba su agarre sobre la niña para abrazarla más cerca. Los Stanford y los Turner se reunieron de manera similar, alrededor de sus hijas pequeñas, como si temieran que Kitty fuera la próxima en perseguirlos. Otros miembros del grupo conferenciaban con sus vecinos en feroces susurros, que a Rory le recordaban a un peligroso enjambre de avispas.

También hicieron algo más. Una por una, las cabezas se volvieron en dirección a Rory hasta que todos, excepto Kitty, lo miraron fijamente.

¿Por qué estaban haciendo eso?

Él tardó un momento en darse cuenta de la respuesta.

Si Kitty Delany era la madre de la pequeña Sarah, todos debían asumir que él era el padre. Sin embargo, eso era prácticamente imposible.

¿No era así?

* * *

Mientras se enfrentaba a la pequeña multitud, reunida para presenciar el bautizo de su hija, Kitty Delany luchaba por mantener el control de sus nervios. Lo que estaba a punto de hacer provocaría el tipo de escándalo que aborrece la sociedad educada.

Toda su vida Kitty había anhelado ser aceptada, encajar entre la gente que la rodeaba. Sin embargo, ella había seguido siendo una marginada.

Durante su juventud en Irlanda, los vecinos aristocráticos habían menospreciado a la hija de una actriz común y corriente que había logrado atrapar a un conde. Más tarde, en la casa de Lady Killoran, ella ocupó el incómodo término medio entre la familia y sus sirvientes, y ninguno de ellos nunca la aceptó del todo.

Rory Fitzwalter fue una de las pocas personas que parecía aceptarla y valorarla. Sin embargo, su traición había sido profunda.

Lo único bueno que había resultado de su tonta indiscreción con él había sido la certeza que su hija la amaría y la aceptaría. Juntas formarían un grupo familiar muy unido, en el que ella siempre tendría un lugar seguro. A su vez, ella haría cualquier cosa para proteger a su bebé.

Pero, ¿cuál era su bebé?

Al entrar a la capilla, se encontró con tres bebés entre el grupo, vestidos con trajes y gorros blancos casi idénticos. Una punzada de consternación se apoderó de ella, cuando no pudo identificar inmediatamente a su hija. Cuánto había crecido y cambiado Sarah durante el tiempo que estuvieron separados. Fueron meses de la vida de su hija que jamás recuperaría. Debía hacer todo lo que estuviera a su alcance para que esa pérdida hubiera valido la pena, y no prolongarla ni un día más.

Afortunadamente, reconoció al capitán Aaron Turner, quien acunaba a uno de las bebés en sus brazos. El señor Brennan sostenía otra. Kitty había conocido a ambos hombres en la fiesta navideña de Lady Killoran, la antepenúltima Navidad. ¿Estas pequeñas también habían sido concebidas durante las festividades?

Kitty no podía permitirse el lujo de perder el tiempo pensando en esa pregunta. Claramente, la tercera debía ser la suya.

Ella deseó que su voz no se quebrara, mientras lanzaba su audaz desafío.

—¡He venido a reclamar a mi hija!

La boca de Lady Killoran se abrió, mientras el conde parecía como si sus ojos estuvieran en peligro de salirse de sus órbitas. Sus invitados reaccionaron como Kitty había temido, con posturas y miradas que traicionaban una variedad de sentimientos, desde estupefacta sorpresa hasta una hostil cautela.

Todos menos uno.

Cuando lanzó una mirada fugaz a Rory Fitzwalter, Kitty no pudo ni empezar a adivinar, cómo se sentía él al verla de nuevo, o debido a su insistencia en recuperar a su hija. Sus distintivos rasgos angulosos no mostraban rastro alguno de la diversión irónica, que a menudo reflejaban. Si ella había sorprendido al caballero con su habitual frialdad, seguramente eso debía contar como una pequeña victoria.

Ya no le importaba el aspecto de Rory, insistió Kitty para sí misma, a pesar de lo mucho que le costó apartar la mirada de él. Lo único que realmente quería era su preciosa hija.

Mientras los invitados de los Killoran hablaban en susurros venenosos, Kitty caminó hacia el caballero que sostenía a su hija en brazos. Aunque nunca se habían conocido, sabía quién era. Ella había ido a su casa de Mayfair, en busca de su hija, solo para descubrir que el señor y la señora Warwick habían llevado a Sarah a la Abadía de Beckwith para su bautizo.

—Gracias por cuidar tan bien de Sarah en mi ausencia. —Ella alcanzó a la bebé. Le dolían mucho los brazos por el anhelo de estrechar a su pequeña hija contra su corazón, una vez más.

El señor Warwick no mostró ninguna disposición a entregar el tesoro que había estado bajo su custodia. De pie, rígido y alto, inclinó ligeramente su torso lejos de Kitty. Mientras que una mujer bonita de cabello castaño se acercó a él, protegiendo físicamente a Sarah de su madre. Con angustia, Kitty comprendió que aquella mujer debía considerarse la madre de la bebé.

—Señorita Delany. —Aunque su voz era fría y correcta, la mirada del caballero ardía con cierta incertidumbre—. Me temo que no nos han presentado adecuadamente. Soy Jack Warwick y esta es mi esposa, Annabelle. Hemos cuidado a Sarah desde que la dejaron en mi puerta. Su bienestar es de suma importancia para nosotros.

Su esposa asintió enfáticamente. En contraste con la mirada intimidante de su marido, los rasgos de Annabelle Warwick revelaban una angustia aguda, como si su propia vida estuviera siendo amenazada.

En cualquier otra circunstancia, Kitty habría simpatizado con la mujer y tal vez habría tratado de consolarla. Después de todo, Annabelle Warwick había cuidado de su bebé más del doble de

tiempo del que había podido hacerlo. Sin duda la mujer se había encariñado con Sarah y temía la posibilidad de perder a su querida hija adoptiva.

Pero mientras los Warwick se interponían entre ella y el entusiasta reencuentro, que durante mucho tiempo había imaginado con su hija, Kitty se encontró consumida por la envidia. Por cada momento que ellos habían disfrutado con Sarah, ella había sentido dolor al anhelar a su niña, la cual se había visto obligada a dejar atrás.

—Te dije que estoy agradecida por todo lo que has hecho, pero Sarah es mi bebé. Puedo cuidarla ahora y la quiero de vuelta. ¡Exijo que me la entregues de inmediato! —se expresó con un tono de voz agudo.

Annabelle Warwick se acercó más a su marido. Kitty tendría que pasar junto a ella para alcanzar a la niña. Ella sintió que no sería tarea fácil.

—Dices que eres la madre de Sarah... —El tono de Jack Warwick chisporroteaba de hostilidad—. Pero, no eres la primera en hacer tal afirmación.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Kitty—. ¿Alguna otra mujer intentó llevarse a mi bebé?

Aunque sabía que debería estar agradecida a los Warwick por evitar tal calamidad, a ella le irritaba que cuestionaran su identidad como madre de Sarah. Eso era una de los pocos asuntos de los que estaba segura.

Jack Warwick asintió sombríamente.

—Otra mujer se hizo pasar por la madre de Sarah. Lamento haber creído demasiado rápido su historia. ¡No es un error que pretenda repetir!

Kitty sintió que la ira que él irradiaba no estaba enteramente dirigida hacia ella. Se encontraba furioso consigo mismo por su falta de precaución, y atormentado por la idea de lo que podría haber sucedido, si el engaño de la impostora hubiera tenido éxito.

—Pero, ¿cómo pudo haber tenido éxito? Hablas como si no supieras que Sarah me pertenece. Seguramente, Rory te lo dijo.

Jack Warwick negó con la cabeza.

—La nota dejada en su canasta no fue muy comunicativa. Rory insistió en que no conocía la identidad de la madre de Sarah.

Él parecía casi tan resentido como Kitty.

Su mirada se dirigió a Rory, agudizada hasta convertirse en penetrante.

—¿Cómo pudiste negar a tu propia hija? Pensé que tu reputación de libertino irresponsable era solo una máscara... ¡Claramente, me equivoqué contigo!

El sinvergüenza ni siquiera tuvo la bondad de parecer apenado por su escandaloso comportamiento. ¿Cómo pudo ella haber sido tan obstinadamente tonta como para pensar lo mejor de Rory Fitzwalter, cuando todos los demás reconocían al hombre por lo que realmente era?

Antes que Kitty pudiera seguir criticándolo, o renovara sus demandas para que Jack Warwick le entregara a su hija, una de las otras damas del grupo se acercó a ella.

—Señorita Delany, es posible que no me recuerde. Nos conocimos en Beckwith Abbey anteanoche.

—En la fiesta de la casa —intervino Kitty, antes que ella pudiera terminar de hablar—. Por supuesto, que la recuerdo, señorita Brennan.

A pesar de ser heredera de una gran fortuna, Moira Brennan había tratado a Kitty como a cualquier otro invitado, en lugar de a una sirvienta glorificada, a la que solo se le había pedido que participara en las festividades para que hubiera un número igual de damas y caballeros.

—Ahora soy la señora Stanford. —La dama volvió a mirar a Lord Gabriel, con las mejillas

sonrojadas, casi tan rojas como su cabello—. Entiendo la angustia de una madre que se separa de su hija.

Aunque Kitty se preguntaba cómo era posible que Moira Stanford entendiera sus sentimientos, no dudaba de su sinceridad.

—Puedo asegurarles que todos aquí quieren mucho a Sarah —continuó Moira—, seguramente, sería mejor para todos los involucrados, especialmente para la niña, si usted hablara en privado con los Warwick y el señor Fitzwalter.

¿Lo mejor para quién? Kitty reflexionó. Era posible sentirse menos intimidada con menos personas presentes, especialmente cuando los invitados al bautizo se pusieron en su contra. Aunque tener una audiencia podría tener alguna ventaja. Ella lo había aprendido durante el tiempo que estuvo lejos de su hija. Pero, por muy decoroso que pareciera, la privacidad también podría propiciar secretos e intimidación.

—Muy bien —respondió ella, en un tono de reticente cautela—, con una condición. Quiero que nos acompañes.

Moira Stanford pareció sorprendida.

—Si lo deseas y los demás no se oponen.

Los Warwick estuvieron de acuerdo de inmediato. Entonces, Jack Warwick miró a Rory.

—Bueno, ¿qué dices?

Esa breve declaración transmitió mucha desaprobación hacia su amigo.

Rory se encogió de hombros descuidadamente.

—No es ninguna la diferencia, para mí. Moira tiene tantos asuntos pendientes allí, como yo, tal vez más.

La burla casual de su respuesta encendió una mecha dentro de Kitty. Ya había sido bastante malo que el hombre negara la paternidad de su hija al principio. Y ahora que ella se había presentado para reclamar a su hija, ¿quería decir que era una chica de falda ligera, con una multitud de amantes, cualquiera de los cuales podría haber engendrado a su hija?

Quizás era mejor que él pensara así, la razón contrarrestó su indignación y el estúpido desamor de un último ideal se hizo añicos. Si Rory Fitzwalter no quisiera tener nada más que ver con su hija, estaría muy feliz de complacerlo.

Capítulo dos

Cuando Rory y los demás estaban a punto de salir de la capilla hacia el salón, donde su cuñada había sugerido que podían discutir en privado el reclamo de Kitty sobre la pequeña Sarah, Annabelle Warwick llamó a la niñera de Sarah. Después de una consulta susurrada, Polly se acercó para quitársela a Jack.

—¿Qué estás haciendo? —protestó Kitty.

Polly rehuyó la dura pregunta.

—Solo me llevaré a Sarah a la guardería para cambiarle la ropa y darle algo de comer, señora.

—No. —Kitty les lanzó a Jack y Annabelle una mirada desafiante—. Mi hija debe venir con nosotros. No permitiré que se la lleven a quién sabe dónde, mientras hablamos.

Jack se puso rígido.

—¿Cómo te atreves a sugerir que...?

Antes que él pudiera terminar, Rory interrumpió a su amigo.

—No tienes por qué preocuparte por eso, Kitty. Desde el momento en que Sarah llegó a ellos, Jack y Annabelle no han querido nada más que verla reunida con su familia natural.

Incluso cuando las palabras salieron de su boca, Rory apenas podía creer que fueran suyas. Un discurso tan serio no se parecía en nada a sus habituales bromas irónicas. Pero dudaba que uno de esos comentarios pudiera tranquilizar a Kitty. Y no podía soportar oír a sus amigos acusados de un comportamiento tortuoso, más propio de Clarissa Reynard o Herbert Stuart-Clark.

Los ojos de Kitty se entrecerraron, atenuando su sorprendente brillo azul.

—¿Por qué debería creer una palabra de lo que dices, después de la forma en que les has mentido a tus supuestos amigos durante meses? Si hubiera tenido idea que te negarías a reconocer a nuestra hija, ¡nunca la habría dejado en tu alojamiento! Por desesperada que fuera mi situación...

Su voz estuvo a punto de quebrarse con esas últimas palabras, lo que afectó a Rory de una manera que había tratado de evitar durante mucho tiempo. No quería tener lástima de ella. De ahí a sentirse obligado a ayudarla había un paso peligrosamente pequeño. Eso sería demasiado parecido a preocuparse.

Reuniendo su habitual postura de indiferencia casual, ella asintió hacia la bebé.

—Ustedes tienen plena libertad de dudar de mí, por supuesto. Pero, debo advertirles que esta joven tiene unos pulmones potentes. No tiene miedo de ejercitarlos, cuando se siente incómoda. Si tiene hambre o está mojada, no dudará en ahogar cualquier discusión en su entorno.

Como para respaldar su afirmación, la pequeña Sarah se acercó a Polly y comenzó a gemir, a pesar de los esfuerzos de Jack por calmarla.

Los sonidos de angustia de la niña provocaron una expresión de respuesta en los delicados rasgos de Kitty. Sus finas y oscuras cejas se fruncieron, su carnoso labio inferior tembló y sus ojos irradiaban un anhelo de consolar a la bebé. Si Madame Reynard alguna vez hubiera mostrado ese sentimiento, Rory no habría dudado que era la madre de Sarah. Si no convenció a Jack y Annabelle, solo pudo ser porque se habían apegado demasiado a su pequeña hija adoptiva.

Rory sabía lo peligroso que podría ser ese apego.

—Cúidala, entonces. —Kitty dirigió sus palabras a la niñera.

Observó con una mirada anhelante cómo Sarah echaba sus brazos alrededor del cuello de Polly y se calmaba de inmediato. No pareció darse cuenta que Annabelle observaba a la niña con

una expresión similar.

Rory también lo hizo. Una vez más armó su corazón contra el traicionero tirón de la piedad. ¡Ay! ¡Cuánto necesitaba un trago!

Tal vez al darse cuenta de lo vulnerable que podía parecer, Kitty frunció el ceño.

—Resolvamos y acabemos con esto... de una vez por todas.

Inclinando la barbilla y enderezando los hombros en una postura decidida, se alejó, dejando que los demás la siguieran.

Por supuesto, Rory se dio cuenta que Kitty Delany debía conocer Beckwith Abbey mejor que cualquiera de ellos, después de haber sido la compañera de Lady Killoran, durante más de tres años.

Él iba en la retaguardia de la pequeña procesión. Si hubiera pensado que le habría servido de algo, podría haber intentado escabullirse y evitar lo que sin duda sería un encuentro de lo más desagradable. Pero este era el tipo de situación de la que no había forma de escapar.

Además, quería descubrir por qué Kitty Delany seguía insistiendo en que él era el padre de su hija, cuando nunca habían sido compañeros en nada más íntimo que en un baile.

Mientras caminaban hacia el salón, los pasos de Jack disminuyeron hasta que Rory y él estuvieron uno al lado del otro.

—Nos juraste que no podías ser el padre de Sarah —Jack habló con un suave gruñido, dirigido a no llegar más allá de los oídos de Rory—. No una vez, sino una y otra vez.

En todos los años de su amistad, Jack Warwick nunca había estado tan disgustado con él. Rory se dijo a sí mismo que eso no era relevante. Había sido un libertino impenitente durante demasiado tiempo como para importarle un comino la opinión que alguien tuviera sobre él.

Sin embargo, él escuchó un trasfondo de otros sentimientos bajo la censura de Jack, lo cual formaba una mezcla venenosa de miedo y pena. Jack y Annabelle se habían esforzado por pensar en Sarah como una pupila temporal, que algún día regresaría a su legítima familia. Pero ellos se habían apegado profunda y peligrosamente a la niña. Ahora podrían perderla, sin siquiera el consuelo del contacto frecuente que habrían disfrutado si Gabriel Stanford hubiera resultado ser el padre de Sarah.

—¡Te lo juro, no sabía nada de esto! —Rory se esforzó por parecer sincero, aunque ese nunca había sido su fuerte. Años de juego le habían hecho mostrarse siempre fanfarroneando.

—Entonces, ¿la señorita Delany está mintiendo? —Por el tono abrasivo de Jack, quedó claro que no lo creía, por mucho que deseaba hacerlo.

—¡No! —La palabra llegó a los labios de Rory, antes que sus pensamientos tuvieran la oportunidad de alcanzarla—. Eso es lo que no puedo comprender. Kitty nunca mentiría sobre algo así. Ella realmente debe creer que la dejé embarazada. Pero te prometo que nunca le puse la mano encima.

Después de un momento de silencio, Jack ofreció una sugerencia.

—Quizás bebiste demasiado y no recuerdas ese encuentro. Gabriel me dijo que pensaba que su cita con Moira en la fiesta de Navidad era solo un sueño de borrachera.

¿Podría ser esa la respuesta a este desconcertante enigma? Se preguntó Rory, mientras Jack alargaba el paso para alcanzar a su esposa y tomar su mano.

Rory no podía negar que a menudo bebía más de lo que le convenía, más que nunca desde que había hecho aquella estúpida promesa de dejar el juego. También era cierto que había momentos en que el consumo excesivo de bebidas alcohólicas había dejado su memoria confusa, o al menos una parte de la misma. Y una de esas ocasiones fue la última vez que vio a Kitty. Tenía un vago recuerdo de las palabras de enojo intercambiadas, pero no mucho más.

Sin embargo, ¿no tener ningún recuerdo de un encuentro íntimo? Seguramente, si hubiera llegado tan lejos, no habría sido capaz de engendrar un hijo.

Debía conseguir que Kitty le contara más sobre esa fatídica noche. Tal vez, ella podría volver con él. No obstante, sintió que ella apenas podía soportar mirarlo, y no estaba dispuesta a conversar con él. Todo lo que Kitty quería era recuperar a Sarah, y no tener nada más que ver con sus amigos ni con su persona.

Al ver con qué fuerza Jack y Annabelle se tomaban las manos, Rory temió que les rompería el corazón perder a la niña que los había unido. A él podría pasarle lo mismo, si no protegía los restos destrozados de su corazón.

* * *

Todos en Beckwith Abbey debían considerarla como una desgraciada sin corazón, con la posible excepción de Moira Stanford. Mientras, volteaba para mirar a los demás, Kitty se dijo a sí misma que no le importaba lo que nadie pensara de ella, siempre y cuando pudiera obligarlos a devolverle a su hija. Desde que conocía a Rory Fitzwalter, a él le importaba un comino la opinión que alguien tuviera sobre él. ¿O fue solo lo que se dijo a sí mismo para mantener a raya sus peores temores, como ella estaba tratando de hacer ahora?

—¿Nos sentamos? —Moira Stanford hizo un gesto nervioso hacia un sofá y un trío de sillas, agrupadas en un rincón de la habitación.

Kitty recordaba reunirse allí por las noches durante la fiesta en casa de Lady Killoran. Moira y Lord Gabriel a menudo se sentaban en el sofá conversando, mientras ella tocaba el piano y Rory se divertía en la mesa de juegos.

Jack Warwick asintió severamente. Él y su esposa tomaron asiento en el sofá, con las manos agarradas con fuerza, como si sus vidas dependieran de ello.

Kitty tomó una silla frente a ellos. Sin embargo, cuando Rory se sentó en la que estaba a su lado, ella se movió rápidamente, dejando el otro asiento libre para Moira.

Después de un tenso momento de silencio, Moira habló:

—¿Debería llamar para pedir un refrigerio?

Jack Warwick negó con la cabeza. Era uno de los hombres más apuestos que Kitty había visto en su vida, pero el aspecto actual de sus rasgos era tan duro, que hizo que su corazón palpitara de miedo.

—Terminemos con esto de una vez. Señorita Delany... ¿o responde usted a algún otro nombre, en estos días?

Podría reclamar otro nombre, reflexionó Kitty, pero no en el sentido que quería decir el señor Warwick.

—No estoy casada, si eso es lo que intentas preguntar. Afirmas que no sabías que Sarah es mi hija.

—Nosotros no estábamos allí. —El caballero lanzó una mirada siniestra en dirección a Rory—. Si hubieras sido menos misteriosa, cuando la abandonaste en mi puerta, usted podría haberles ahorrado a todos los involucrados una gran angustia.

Aunque su reprimenda le dolió, Kitty la escuchó con un atisbo de alivio. Por mucho que Jack Warwick quisiera negarlo, ella sabía que Sarah era su hija.

Antes que pudiera responder, Moira Stanford habló en su defensa.

—Recuerda, Jack, si la ascendencia de Sarah no hubiera sido un misterio, tú y Annabelle tal vez no estarían felizmente casados ahora, ni Gabriel y yo.

Claramente, ese pensamiento no se le había ocurrido. Jack Warwick miró hacia su esposa y su

expresión sombría se suavizó.

—Lo que quería preguntar es por qué tomó un paso tan drástico en lugar de simplemente pedirnos ayuda.

Kitty tenía una respuesta preparada.

—Porque temía que Rory pudiera hacer precisamente lo que ha hecho hoy: negar que Sarah sea su hija. Le pedí ayuda, antes que ella naciera, y él me rechazó. Pensé que tal vez si él la veía, y sabía que ella lo necesitaba, podría hacer lo correcto.

—¿Le diste la espalda? —La incredulidad y la ira lucharon por el control, mientras Jack Warwick fruncía el ceño a su amigo—. ¿Qué diablos te poseía? ¿Por qué no nos dijiste nada de esto a Gabriel y a mí?

Rory saltó de su silla y comenzó a caminar, mientras que todo rastro de indiferencia casual desapareció de sus gestos.

—No dije nada porque no recuerdo nada de esto hasta hace poco. Fue la noche después que mi hermana muriera en mis brazos, y yo estaba completamente borracho. Kitty hablaba con acertijos, y se enojaba cuando yo no podía entender lo que intentaba decirme. ¡No la rechacé! Ella se fue furiosa y nunca la volví a ver hasta hoy.

¿Mary había muerto? La noticia derribó a Kitty como un golpe físico. Habían sido casi inseparables cuando eran niñas, y así conoció a Rory. Preocupada por sus propios problemas, esa noche, ni siquiera había preguntado por su gran amiga.

Después de semanas de miedo, arrepentimiento y negación, finalmente se enfrentó a la sombría certeza que estaba embarazada de un hombre que se había acostado con ella, y la había abandonado sin mirar atrás. Cuando los Killoran fueron a Londres para pasar la temporada, Kitty había oído al conde mencionar que Rory se estaba quedando con su hermana viuda, Lady Mary Rutherford.

Había ido a Rutherford House para confrontar a Rory y lo encontró, tal como él lo había descrito, completamente borracho.

Mientras viviera, nunca olvidaría su despiadado saludo.

—¡Vete, Kitty! ... Por el amor al Cielo... Eres la última persona en el mundo que necesito en este momento.

¿Por qué había intentado comunicarse con él?

—Pero tú eres la persona que más necesito, ahora... Estoy... en graves dificultades, Rory, necesito que... me ayudes.

En esa ocasión, ella había estado tan segura que él entendería lo que quería decirle. ¿En qué otro tipo de dificultad grave podría encontrarse una mujer, después de dejar entrar a un hombre en su cama?

Pero, él se negó a sacar la conclusión obvia.

—¿Por qué yo? No, no expliques. No estoy en condiciones de comprenderlo.

—Puedo verlo por mí misma y olerlo también —ella replicó de esa manera.

Aunque Kitty estaba enojada con él, estaba aún más enfadada consigo misma. Ya era bastante malo que hubiera cedido a la seducción de un notorio libertino. Y también había sido una tonta al esperar que el más deshonesto de los hombres hiciera lo honorable, por una vez en su vida.

¡En lugar de mostrar arrepentimiento, había tenido el descaro de arremeter contra ella!

—No estoy de mejor humor para tus conferencias que para tus acertijos. Este es el remedio más confiable para la aflicción que conozco. Quizás deberías intentarlo para lo que te aqueja. — Él se defendió así.

Si ella hubiera consumido suficientes bebidas alcohólicas, ¿hubiera sufrido un aborto

espontáneo? ¿Podría ser eso lo que Rory le estaba insinuando que debió haber hecho? En ese momento, la ridícula adoración que Kitty conservaba de su héroe sufrió una muerte fea y dolorosa.

—Me temo que ese remedio me hubiera hecho aún menos bien que a usted. Quizás no pudiste entender mis razones para recurrir a ti, en mi hora de necesidad. No estoy segura que tengan algún sentido para mí. Pensé que te preocupabas por mí, pero ahora veo que me engañaste.

Rory tenía suficiente ingenio para lanzar la acusación más dolorosa posible. Dolorosa porque todo era demasiado cierto.

—Si fuiste engañada, entonces fuiste tú quien se engañó a sí misma.

Perdida en ese angustioso recuerdo, Kitty apenas escuchó a Jack Warwick, quien repitió lo que había dicho antes.

—Quizás si pudieras contarnos sobre el día en que... dejaste a Sarah a nuestro cuidado, confirmaremos más allá de toda duda que eres su madre. Mencionaste que estabas en una situación desesperada...

¿No se contentaron con obligarla a revivir uno de los peores días de su vida? ¿Debían sacar a la luz también el otro?

Kitty respiró profundamente y cuadró los hombros. Más bien, si ese era el precio que le exigían para devolverle a su hija, lo pagaría hasta el último penique.

—Dudo que algún hombre pueda comprender la desesperación de una mujer sola, con pocos amigos y una niña que mantener.

—Yo puedo. —La respuesta no vino no de Jack Warwick, sino de su esposa—. No la parte sobre mantener a una niña, sino el resto. Solo puedo imaginar lo peor que debió haber sido eso con una bebé indefensa que dependía de ti.

Kitty asintió brevemente y, por un momento, ella y Annabelle Warwick intercambiaron una mirada de simpatía.

—Mis pequeños ahorros casi se habían acabado —ella prosiguió—, me estaba enfermando de hambre y me preocupaba que Sarah no estuviera recibiendo suficiente leche. Tuve una oportunidad de mejorar nuestra suerte, pero eso significaba usar lo que me quedaba de dinero para un viaje a Irlanda.

—¿Irlanda? —Rory espetó—. ¿Por qué diablos volverías allí?

—¡Aguanta tu lengua! —Jack ordenó a su amigo—. Por favor, continúe, señorita Delany.

Kitty fingió no haber oído a Rory. Ella les diría a sus amigos todo lo que necesitaran saber y ni una palabra más.

—No podía someter a Sarah a semejante viaje. Además no podía cuidar de ella, mientras hacía lo necesario para mejorar nuestra situación. La envolví cálidamente y la metí en una canasta con una nota.

—Tu nota nos decía el nombre de Sarah, pero no el de su padre —Jack Warwick habló en un tono suave y solemne, que ya no contenía el más mínimo rastro de duda—. Como puedes imaginar, eso causó cierta... confusión.

—Supuse que Rory lo sabría, especialmente cuando le puse a Sarah el nombre de su madre. —¿Había sido esa su manera de intentar vincular a Rory con su hija, lo quisiera él o no?—. Nunca se me ocurrió que Lord Gabriel y usted pudieran tener motivos para sospechar que Sarah era suya. Ese día no estaba pensando con claridad. Estaba durmiendo profundamente, cuando la dejé en la puerta de su casa. Observé desde el otro lado de la calle para asegurarme que no le sucediera ningún daño. Cuando se despertó y empezó a llorar, estaba a punto de ir a buscarla, pero ustedes tres aparecieron en ese momento. Huí lo más rápido que pude, antes de perder los

nervios, y después tomé el siguiente carruaje para Liverpool.

Mientras hablaba, Rory dejó de caminar y Jack asentía lentamente, como si imaginara ese día en su mente.

Cuando Kitty concluyó su relato, él exhaló un suspiro.

—Parece que su plan para mejorar su suerte tuvo éxito.

Ella asintió.

—Bastante más allá de mis expectativas. Mi hermanastro, Lord Carlow, accedió a ayudarme.

—¿Carlow? —gritó Rory—. ¡Él preferiría asesinarte, antes que ayudarte! ¿Recuerdas cómo te dejó atada en esa isla de locura cuando éramos niños? Si no te hubiera encontrado, el Cielo sabe lo que te habría pasado.

Kitty evitaba recordar aquella terrible experiencia. Rory se había ganado su corazón ese día al venir a rescatarla. Si tan solo hubiera sabido lo poco que él la deseaba.

—Quizás Lord Carlow se arrepintió de lo que había hecho y quiso enmendarlo —sugirió Kitty, aunque sabía que estaba lejos de la verdad. Cuanto menos supiera Rory o alguien acerca de cómo había llegado a su nueva prosperidad, eso era mejor.

Capítulo tres

Kitty Delany estaba ocultando algo.

Rory estaba seguro de eso, incluso si la mirada de ella no se hubiera posado en sus propias manos, que se movían inquietas sobre su regazo.

¿Afirmar que Lord Carlow se había ofrecido a ayudarla? ¿Cómo? El conde no había ocultado su odio por su madrastra y su hermanastra, desde el momento en que su padre se volvió a casar. El cadáver del viejo conde apenas estaba frío, antes que su heredero expulsara a ambas mujeres, sin darles casi nada.

El hermano de Rory había instado a la condesa viuda a luchar por sus derechos de dote, lo que les habría proporcionado a ella y a su hija una vida cómoda. Pero la madre de Kitty vaciló y retrasó esto hasta que fue demasiado tarde. Después de su muerte, Kitty habría quedado prácticamente indigente, si los Killoran no la hubieran acogido.

¿Se habría arrepentido Lord Carlow de su rencor, después de todos estos años? Rory lo dudaba.

¿Por qué Kitty no les dijo la verdadera fuente de su nueva fortuna? Al parecer, no había atrapado a un marido rico, como Rory pensó al principio. ¿Podría haberse convertido en la amante de un protector rico?

El pensamiento hizo que sintiera que su cabeza estaba a punto de explotar. Rory no podía imaginar por qué se sentía así, como tampoco podía adivinar cómo pudo haber terminado en la cama de Kitty. Sin duda, ella era una verdadera belleza con esos brillantes ojos de zafiro, rasgos delicados y cabello rico y oscuro, pero era demasiado joven para satisfacer su gusto. Su aire de damisela en apuros podría atraer a otros hombres, pero él no tenía ningún deseo de ser el apuesto caballero de armadura brillante de nadie.

Cuando Kitty terminó de contarles sobre el día en que la pequeña Sarah apareció en la puerta de su casa, Jack asintió lentamente y de mala gana.

—Todo lo que usted nos ha dicho concuerda con los acontecimientos, tal como los recuerdo. ¿No estás de acuerdo, Rory?

—Sí. —Aunque él dudaba de otras partes de su historia, no podía negar que ella debía ser la persona que había dejado a Sarah para que la encontraran.

Annabelle Warwick se llevó los dedos a los labios como para silenciar un grito.

—Ánimo, mi amor. —Jack le dio unas palmaditas en la mano—. Sabíamos desde el principio que este día llegaría. ¿Recuerdas lo mucho que buscamos para encontrar a la madre de Sarah?

Su esposa emitió un murmullo de asentimiento que terminó en un sollozo apenas ahogado.

—Estás en lo correcto, por supuesto. Intenté no apegarme demasiado a ella. Pero, últimamente, después que supimos que Gabriel no era su padre...

La voz de Annabelle se apagó, pero Rory supo lo que quería decir. Todos habían llegado a creer que nunca encontrarían a la madre de Sarah y que los Warwick la criarían como si fuera suya. Kitty Delany podría ahora darle a su hija todas las ventajas materiales. Pero no podía brindarle a Sarah un hogar más estable y amoroso que el que la niña había encontrado con Jack y su esposa.

Jack volvió a centrar su atención en Kitty.

—Por favor, comprenda que nunca fue nuestra intención impedirle estar con... su hija. Pero, no será fácil para nosotros renunciar a ella ni para ella separarse de nosotros.

Kitty se levantó de su asiento.

—Reconozco tu apego a Sarah. Pero, soy su madre y la he añorado en cada momento desde que la dejé. Estaré encantada de pagar cualquier gasto en el que hayan incurrido por su cuidado.

—¡No queremos tu dinero! —Jack se puso de pie, llevando a Annabelle con él—. Si deseas pagarnos por el cuidado de Sarah, hazlo con tiempo. Visita nuestra casa tantas veces como quieras, y deja que ella se familiarice con usted, nuevamente, hasta que esté lista para vivir contigo. Después de eso, permítenos verla de vez en cuando, como lo harían los cariñosos padrinos.

Eso le pareció una solución justa a Rory, aunque sentía que incluso una separación tan gradual entristecería profundamente a sus amigos. ¿Y él? Sin embargo, él también extrañaría a la pequeña descarada, por mucho que pretendiera lo contrario. Desde muy joven había perdido a muchas de sus personas más cercanas. Pero la finalidad misma de la muerte podría resultar extrañamente reconfortante con el paso del tiempo. Separarse de un ser querido, que todavía estaba en este mundo, sería una experiencia nueva para él. No era algo que esperaba con ansias.

Quizás, si Kitty aceptara la petición de Jack, eso no sería tan malo.

Su respuesta acabó con sus esperanzas.

—Me temo que eso será imposible. Quiero tomar a Sarah y establecerme en los Estados Unidos. He reservado un pasaje dentro de una semana. Debo llevármela hoy y hacer los preparativos para nuestro viaje.

—¿América? —Annabelle gritó. No podría haber sonado más angustiada, si Kitty hubiera propuesto llevarse a la niña a las profundidades del infierno.

—¡Usted no puede hacer eso! —gritó Jack, incluso mientras abrazaba a su esposa.

Moirá se unió a la protesta general.

—Por favor, señorita Delany, reconsidere, por el bien de Sarah...

Una verdadera damisela en apuros podría haber cedido ante amenazas o súplicas, pero era evidente que Kitty ya no era la mansa compañera de Lady Killoran. Tampoco era la niña melancólica que una vez había seguido a Rory con su hermana.

Miró a Jack, inclinando desafiante su barbilla.

—Es por el bien de Sarah que debemos ir a los Estados Unidos. ¿Qué tipo de vida puede esperar aquí? La hija ilegítima de... A nadie le servirá prolongar el asunto. ¡Una ruptura limpia será lo mejor a largo plazo!

Jack, Annabelle y Moira renovaron sus súplicas, todos hablando a la vez, cada quien aumentando su volumen y esforzándose para ser escuchado por encima de los demás. Sin embargo, Kitty parecía sorda ante todos ellos. En cualquier caso, Rory sintió que la oposición unida solo estaba intensificando la determinación de ella.

Cuando los otros tres hicieron una pausa para respirar al mismo tiempo, él aprovechó la oportunidad.

—Creo que debería tener algo que decir al respecto.

Cuatro caras se volvieron hacia él, con expresiones de asombro, casi cómicas, aunque Rory rara vez se había mostrado serio y de una forma tan implacable.

Kitty fue la primera en encontrar su voz, diciendo lo que debía estar en la mente de todos.

—¿Por qué debería usted participar en mi decisión? Nunca hiciste el menor esfuerzo por reconocer a Sarah. De hecho, usted negó repetidamente que ella fuera su hija.

—Quizás —respondió Rory—. Pero, tú has insistido repetidamente en que ella es mi hija, frente a un gran número de testigos potenciales.

—¿Testigos? —El rostro de Kitty palideció—. No te atreverías a...

—¿Que no me atrevería a emprender acciones legales para proteger a la niña que usted afirma que es mía? —La mirada fría de Rory se encontró con la contemplación ardiente de ella, y se negó a derretirse—. ¡Pruébame!

Todo eso no fue un engaño. No le importaba la perspectiva de acudir a los tribunales y todas las molestias y gastos que ello implicaría. Sin duda, Jack le proporcionaría el mejor abogado que el dinero pudiera contratar. Se crearía un escándalo enorme, por supuesto, pero no era como si tuviera una reputación inmaculada que proteger.

Kitty Delany tenía mucho más que perder en una pelea así, y ambos lo sabían.

—Si esperas que te entregue a mi hija... —Sus palabras cayeron como pedernales sobre un suelo de mármol.

—Nada de eso —insistió Rory. Eso era lo último que quería de ella—. Simplemente, sugiero que resolvamos el asunto con una apuesta.

* * *

—¿Apuesta? —repitió Kitty, sin estar segura de poder creer lo que oía—. ¿Qué tipo de apuesta?

Con cualquier otro hombre habría sospechado que una sugerencia tan audaz debía ser una broma, aunque de dudoso gusto. Pero desde que conocía a Rory Fitzwalter, él había prosperado con el embriagador estímulo del riesgo. Ella era todo lo contrario, lo que podría ser una de las razones por las que él la había fascinado.

¿Pudo correr riesgos tan imprudentes porque no le importaba mucho el resultado? ¿O el juego había sido un intento de vacunarse contra el dolor de la pérdida?

Kitty se preocupaba desesperadamente por reunirse con su hija y proteger a Sarah del escándalo de su nacimiento. Eso le dio a Rory una ventaja, que a ella le habría gustado negarle. ¿Pero cómo podría ella hacerlo? Ella no era capaz de mantenerse al margen, como él parecía hacerlo con tanta facilidad. Todo lo que le importaba consumía todo su corazón y su alma. Purgar ese apego era tan doloroso como sacar a un bebé de su útero. Kitty lo sabía, porque había hecho ambas cosas.

—Llévate a la niña —respondió Rory.

—¡No! —gritó Annabelle Warwick.

Inmediatamente, Rory le indicó que se quedara quieta.

—Si puedes llegar hasta el pueblo sin que Sarah arme un escándalo, demostrarás que lo que propones no le causará ningún daño. El resto de nosotros tendremos que sacar lo mejor de ello.

Los Warwick miraron a Rory con el ceño fruncido, como si estuvieran planeando su espantoso asesinato. Él los ignoró y su atención se centró por completo en Kitty.

—Sin embargo, si Sarah está llorando e inquieta cuando llegues al pueblo, debes hacer lo que Jack propuso y regresarla a su vida, antes de llevártela.

¿Podría ser tan simple como eso? Kitty recordó muchas ocasiones, durante los primeros meses de Sarah, en las que había calmado a su hija. Además, por más pequeña que fuera, la niña aún podría recordarla.

—Estoy de acuerdo con tu apuesta. —Kitty se esforzó por parecer más segura de lo que se sentía—. Con dos condiciones.

Rory arqueó una ceja expresiva para preguntar cuáles podrían ser estas.

Ella hizo un gesto hacia los Warwick.

—No deben ver a Sarah, antes que nos vayamos. Si están angustiados y llorando, eso la enojará y aumentará las probabilidades a favor de ustedes.

—De acuerdo —dijo Rory, sin prestar atención a la creciente angustia de Annabelle Warwick

—. ¿Qué otra cosa?

—Una vez que Sarah esté completamente bajo mi cuidado, ahora o más tarde, me la llevaré a los Estados Unidos.

Ese plan era demasiado importante para la felicidad futura de su hija como para admitirlo.

Esta vez Rory no estuvo de acuerdo de inmediato. Sus amigos le rogaron que rechazara o renunciara por completo a esta ridícula apuesta. Se negó a prestarles atención. En lugar de eso, pareció hacer algunos cálculos por su cuenta. Por fin, él asintió.

Kitty dejó escapar un suspiro, que no se había dado cuenta que estaba conteniendo.

—Muy bien entonces. Resolvamos esto sin más demora.

—Por supuesto. —Rory asintió nuevamente—. Moira y yo nos encontraremos contigo en la posada del pueblo. ¿Ella juzgará quién ganó la apuesta, si usted está de acuerdo?

—¡Por favor, Rory, no! —Moira Stanford protestó.

Sin duda temía que los Warwick no volvieran a hablar con ella si fallaba a favor de Kitty. Si Moira estuviera dispuesta a ponerse del lado de sus amigos, sin importar el resultado, no le angustiaría tanto la perspectiva de actuar como juez. Eso convenció a Kitty que ella podía ser imparcial.

—¡Eso sería muy agradable! —confirmó Kitty, asintiendo enérgicamente.

Caminó hacia la puerta del salón, antes que la visión de la angustia de Annabelle Warwick destruyera su resolución.

Detrás de ella, escuchó a Rory ordenarle a Moira Stanford que enganchara un carruaje para ir al pueblo. Alcanzó a Kitty, cuando llegó a la guardería.

Afortunadamente, la pequeña Sarah no dormía. Si hubiera tenido que despertar a la niña, Kitty sabía que su apuesta se habría perdido, antes de comenzar. Ahora, había muchas posibilidades que obtuviera lo que quería sin muchos problemas y demoras.

—Buenos días para ti, señorita. —Rory sacó a la niña del suelo donde estaba jugando—. Tengo una sorpresa para ti.

Sarah cantó de alegría, cuando él la tomó en brazos y se dirigió hacia la puerta.

—¿Yo también voy? —preguntó la niñera, pero Rory negó con la cabeza.

Él continuó dirigiéndose a la niña, como si estuviera hablando con uno de los miembros de su club de caballeros.

—¿Te imaginas algo tan ridículo: una pequeña y problemática descarada como tú, siendo peleada por dos mamás, sin el sabio rey Salomón para resolver este asunto? ¿Crees que pondrían objeciones, si les ofreciera cortarte por la mitad?

Sarah se rió como si entendiera cada palabra y la considerara la broma más divertida que jamás había escuchado.

—Pareces muy optimista acerca de la idea, debo decirlo —continuó Rory con seriedad burlona—. ¡ay! Los jóvenes de hoy en día... No sé hacia dónde va el mundo.

Siguiéndolos, Kitty recordó cómo Mary Fitzwalter y ella solían reírse de los divertidos chistes de Rory, cuando eran jóvenes. Claramente, los años transcurridos no habían embotado su ingenio irónico ni su efecto en las mujeres jóvenes.

¿Por qué seguía así? Se preguntó, mientras él continuaba burlándose de la pequeña Sarah. Si estuviera decidido a ganar su apuesta a cualquier precio, podría haber arrebatado bruscamente a la niña de los brazos de su niñera, y haber dejado a Kitty a cargo de las dolorosas consecuencias. En cambio, parecía estar haciendo todo lo posible para darle una oportunidad justa.

Eso era algo más que recordaba de su infancia: la feroz insistencia de Rory en la justicia. Incluso cuando era niño, demasiado joven para comprender las complejidades de la política

anglo-irlandesa, había estado apasionadamente a favor del autogobierno irlandés. El viejo Lord Carlow lo había llamado “el chico rebelde”, un insulto que Rory había considerado como un gran honor.

¿Cómo se había convertido el muchacho, que una vez había acariciado esos ideales, en un libertino irresponsable, al que no le importaba nada ni nadie?

Eso ya no era asunto suyo, se aseguró Kitty con severa convicción. Había sido una tonta al suponer que alguna vez lo fue. También fue una boba por aferrarse a su fantasía de niña por Rory Fitzwalter, mucho después que debió haberla abandonado. ¡Sí! Era una estúpida al creer que una breve aventura robada significaba para él algo más que una conquista pasajera.

Sin embargo, mientras escuchaba sus bromas con su pequeña hija, el corazón de Kitty sufrió una punzada de anhelo tonto por la niña, que ella había sido una vez, y el hombre que había creído que él era. Por mucho que intentó convencerse que una parte ya se había ido y la otra nunca existió, una porción de ella seguía obstinadamente insegura de la realidad.

* * *

—¿Qué dices a eso? Aquí hay un buen carruaje listo y esperando para llevarte a dar un paseo hasta el pueblo. —Rory le habló a la niña como si entendiera cada palabra. Esa forma, en que ella a veces reaccionaba, le hacía preguntarse si la bebé podría comprender mucho más de lo que otros creían.

¿Era posible que él la hubiera engendrado en medio de una borrachera? La idea lo puso bilioso, aunque no por las razones que otros podrían creer. ¿Se había impuesto a Kitty Delany, en el calor de la lujuria, aprovechándose del cariño que ella alguna vez pudo haber sentido por él? Si así hubiera sucedido, él no habría sido tan paciente y gentil como requería su inocencia. La había utilizado como un objeto de gratificación, en lugar de considerarla como una persona con sentimientos y necesidades propias.

Rory no estaba acostumbrado a pensamientos tan perturbadores. Siempre que lo atormentaban recuerdos o reflexiones inquietantes, hacía todo lo posible por desterrarlos con alguna diversión, y mejor si la misma era más emocionante o divertida. El juego había funcionado bien, aunque parecía que se necesitaban apuestas cada vez más altas para proporcionar la distracción necesaria. Lo mismo ocurrió con sus otras indulgencias.

—¡O di! —Sarah chilló y se retorció en sus brazos.

Un pie pequeño y agitado hizo contacto brusco con el abdomen de Rory, borrando de su mente cada fragmento de autorreproche.

—¡Uf! Tienes una fuerza muy poco femenina para tu tamaño, debo decirlo.

Detrás de él, creyó oír a Kitty reírse a su costa. ¿O fue por su broma?

—Me siento obligado a señalar —continuó dirigiéndose a Sarah—, que tu dicción puede mejorarse. La palabra es caballo o poni, si insistes. Preveo que dentro de unos años estarás loca por los ponis. Por ahora debes contentarte con una excursión en carruaje, en compañía de esta dama.

Hizo una pausa, dio la vuelta y transfirió la niña a los brazos expectantes de Kitty.

—Me gustaría poder acompañarte en tu viaje, pero después de todo, una apuesta es una apuesta.

Sarah parecía demasiado interesada en los caballos y en la perspectiva de un paseo en carruaje como para notar la ausencia de Annabelle, Jack o su niñera. Había que reconocer que Kitty no mostró ninguna incomodidad al sostener a la niña. De hecho, parecía como si Rory acabara de restaurarle una parte faltante de su corazón.

Mientras sostenía la puerta del carruaje para que ella subiera, Rory trató de reprimir una punzada de culpa, debido al motivo por el que la había dejado entrar en su vida, y también a Sarah. Sin embargo, Kitty no le había dejado otra opción, al menos ninguna que él hubiera podido concebir en cualquier momento. Jack y Annabelle habían sido mejores amigos de lo que él se merecía. No podía soportar presenciar su dolor por haber sacado de sus vidas a la niña que adoraban y que llevarían, a través del Atlántico, incluso sin tiempo para prepararse.

Sarah también merecía algo mejor. Había sido arrojada del cuidado de su madre a un grupo de extraños torpes, cuando era demasiado joven para entenderlo. Al recordar sus ensordecedores gemidos de aquellos primeros días, Rory sintió que habían surgido de algo más que el hambre, el frío o la ropa mojada. No iba a permitir que la niña volviera a pasar por eso. Si tuviera que soportar un breve período de angustia para evitar uno más prolongado, seguramente sería culpa de Kitty, no de él.

—Te veré en breve, en el pueblo. —Hizo una mueca ridícula para hacer reír a la bebé, mientras el carruaje se alejaba. Kitty no podría acusarlo de inclinar la apuesta a su favor.

Como él había solicitado, Moira Stanford tenía un segundo carruaje listo para seguir al de Kitty. Cuando subieron, Jack y Annabelle salieron corriendo de la casa para unirse a ellos.

Rory nunca había visto a Annabelle Warwick con un aspecto tan espantoso, ni siquiera durante el tiempo miserable que había pasado viviendo lejos de Bruton Street, tratando de evitar que Jack cometiera el peor error de su vida. Su rostro estaba moteado de un blanco pálido y de un rojo furioso, mientras que sus ojos permanecían hinchados.

¡Rory! —preguntó—. ¿Qué te impulsó a apostar por el bienestar de Sarah, especialmente después que me prometiste que dejarías de apostar? ¿Cómo puedes estar seguro que Kitty Delany se detendrá en el pueblo? Si sabe que ha perdido la apuesta, puede que siga conduciendo hasta Londres... o ¡quién sabe dónde!

Él sacudió la cabeza y trató de disipar la duda que la atormentaba.

—Kitty cumplirá con los términos de nuestra apuesta. En todos los años que la conozco, nunca ha incumplido su palabra.

¿La había atraído a la cama con una promesa de borracho, murmurando sobre casarse con ella? ¿Y había confiado en que él mantendría su palabra, como ella lo hacía?

Rory sacudió la cabeza para desterrar ese pensamiento absurdo. No había suficiente aguardiente en el mundo para hacerle proponer matrimonio ni para ofrecer semejante promesa, si no tenía intención de cumplirla. Había muchos en la alta sociedad que podrían ver su comportamiento derrochador como una señal que no tenía sentido del honor, pero ellos estaban muy equivocados.

Jack Warwick pasó el brazo por los hombros de su esposa.

—Incluso si Sarah grita por un asesinato sangriento, durante todo el camino hasta el pueblo, y la señorita Delany cumple con los términos de la apuesta, eso no le impedirá llevarse a su querida niña a los Estados Unidos. Por la forma en que han aumentado las tensiones entre nuestros países, me temo que pronto estaremos en guerra. ¡No debería tener un momento de paz, pensando en la pequeña Sarah cruzando el Atlántico!

Las palabras de su amigo hicieron que a Rory se le retorciera el estómago, pero él se esforzó por ignorar la sensación profundamente desagradable.

—A mí tampoco me gusta la idea, pero sabía que Kitty rechazaría la apuesta si la presionaba. Ella cree que esa es su única opción para salvar a su hija de una vida a la sombra del escándalo. Sé que Annabelle y tú tomarán medidas igualmente desesperadas por el bien de Sarah.

—Casi lo hago. —Jack exhaló un suspiro—. ¡Gracias al Cielo! Gabriel, Annabelle y tú me

impidieron cometer un error tan desastroso.

—Puedes ver eso ahora —le recordó Rory—. Pero, en ese momento, insististe en que era lo que tenías que hacer por el bien de Sarah. No escuchaste a nadie que intentaba decirte lo contrario.

Jack asintió con tristeza.

—Aunque algo dentro de mí sabía que tenías razón.

—Necesitamos hacer lo mismo con Kitty —dijo Rory—. Ganar esta apuesta nos dará tiempo para persuadirla que debe haber otra manera de proteger a Sarah, sin alejarla a un océano de las personas que la cuidan.

—Si ganamos... —El labio inferior de Annabelle tembló—. Sabes cuánto le gusta a Sarah salir a dar una vuelta.

—Un paseo contigo y con Jack —le recordó Rory—. No con una extraña.

—¡La señorita Delany no es una extraña! —espetó Moira—. Te guste o no, ella es la madre de Sarah.

No es de extrañar que la esposa de Gabriel simpatizara con Kitty, sin importar cuánto sus acciones pudieran angustiar a los Warwick, reflexionó Rory. Conocía por experiencia la desgarradora lucha de tener que dejar a una querida bebé al cuidado de otra persona. Le resultaba extrañamente agradable que Kitty tuviera a alguien a su lado. No podía soportar una competencia injusta.

Pensó que Annabelle podría resentirse por la vehemente declaración de Moira, pero en lugar de eso asintió enfáticamente.

—¡Exactamente! ¿Cómo sabemos que Sarah no tendrá algún recuerdo de ella: su tacto o el sonido de su voz? ¡Oh! Jack, ¿qué pasa si nunca volvemos a abrazar a nuestra querida pequeña ni podemos despedirnos como es debido?

¿Había exagerado su mano? Rory reprimió un escalofrío. ¿Estarían sus amigos obligados a pagar por su bien intencionado error de cálculo?

—No debes dejarla ir, Rory —suplicó Annabelle—. ¡Por favor prométeme que no lo harás!

Su angustia amenazaba con despertar recuerdos adormecidos que él no quería despertar.

—¿Cómo puedo detener a Kitty, si está decidida a irse?

Había insinuado algún tipo de acción legal, aunque dudaba que tuviera muchas posibilidades. Además, la escandalosa publicidad de un juicio sería una peor plaga para el futuro de Sarah.

—¡Cásate con la señorita Delany, por supuesto! —Annabelle habló como si esa fuera la solución obvia—. Jack estaba dispuesto a casarse con Madame Reynard por el bien de Sarah.

Si la esposa de Jack lo hubiera amenazado con una pistola cargada, Rory no se habría sentido menos alarmado.

—¡Tranquila, Annabelle! No tienes idea de lo que estás sugiriendo.

Ella rechazó su objeción.

—Una novia como la señorita Delany no supondría ninguna dificultad: es hermosa y parece tener ingresos. Le gustabas lo suficiente como para dejarte salirte con la tuya.

¿Casarse con Kitty Delany? ¿Sentarse y criar una hija con ella? Rory empezó a sudar.

Cuando el carruaje se detuvo y vislumbró la posada del pueblo, sintió el abrumador alivio de un criminal condenado que obtiene un indulto en el último momento.

Abrió la puerta del carruaje y salió sin pensar en sus compañeros. Sin embargo, no estaban muy lejos de él, cuando se acercó al vehículo de Kitty.

Incluso antes de alcanzarlo, Rory supo que había ganado la apuesta. Sarah lloraba a todo pulmón, como una pequeña “banshee” irlandesa. Cuando Kitty salió un momento después, ella

también estaba sollozando incontrolablemente. A pesar de todo, no pudo reprimir una punzada de simpatía por ella.

Cuando Sarah vio a los Warwick, se retorció y les tendió los brazos.

—¡M-maaaa! —balaba como un corderito perdido.

Annabelle corrió hacia la niña y luego se detuvo en seco, como si unas manos invisibles la detuvieran.

Después de un instante de lucha agonizante, que se mostró claramente en el rostro de Kitty, ella empujó a su hija hacia Annabelle, quien rápidamente también rompió a llorar. En ese momento, Rory habría cambiado gustosamente su lugar con cualquier hombre del mundo. Pero lo peor estaba por venir.

Cuando Kitty se alejó de Annabelle Warwick, con los ojos cegados por las lágrimas, tropezó. Rory fue el único que estuvo lo suficientemente cerca como para atraparla, lo cual hizo sin pensarlo. Inmediatamente, él se arrepintió de su acción instintiva, pero ya era demasiado tarde.

Ella se hundió contra él, llorando desconsoladamente, y él no pudo evitar rodearla con sus brazos, y tratar de ofrecerle algún tipo de consuelo, sin importar cuán inadecuado fuera.

Había hecho su apuesta por capricho, confiando en que Sarah reaccionaría como lo había hecho. No había pensado en cómo eso podría afectar el esfuerzo de Kitty por recrear el vínculo que se había roto con su bebé. Ahora, mientras la abrazaba, esa comprensión lo perseguía.

Sus sentimientos en ese momento eran más complicados de lo que podía desenredar fácilmente, y mucho más intensos de lo que deseaba. Mezclado con espasmos de culpa y arrepentimiento había una extraña oleada de familiaridad. ¿Se despertaría por fin un recuerdo profundamente enterrado de su aventura?

¿Qué le preocupaba más: ese pensamiento o el inoportuno destello de deseo que lo recorrió, mientras sostenía a Kitty Delany en sus brazos?

Capítulo cuatro

¿Le había hecho Rory un buen favor con su apuesta absurda e imposible? Kitty se preguntó unos días después, mientras esperaba que la admitieran en la casa de Warwick en Bruton Street.

Cada vez que ella había estado en ese lugar, desde que regresó de Surrey, una profunda sensación de arrepentimiento se había apoderado de ella. Esta era la puerta donde había dejado a su pequeña hija para que la encontraran tres solteros irresponsables, sin la menor noción de cómo cuidar a una bebé. Había abandonado a Sarah de la misma manera que Rory la había dejado, después de conseguir lo que quería. Había justificado su comportamiento con la excusa que no tenía otra alternativa, pero, realmente eso era una tontería. Una persona siempre tenía opciones, sin importar cuán difíciles o desagradables pudieran ser algunas.

Sus pensamientos volvieron al día en que había descendido a Beckwith Abbey para recuperar a su hija. ¿Cómo no había podido ver que la niña no era un paquete que podía dejarse o tomarse a voluntad, sin ningún sentimiento al respecto? De alguna manera, había asumido que Sarah anhelaría su reencuentro tanto como ella. Ese breve e interminable viaje hasta la posada del pueblo había acabado con sus egoístas esperanzas. Si no hubiera aceptado encontrarse con Rory y Moira allí, ¿habría regresado a Beckwith Abbey y admitido su error? ¿O habría continuado hasta Londres, mientras Sarah estaba cada vez más angustiada? Y si lo hubiera hecho, entonces, ¿habría envenenado para siempre las relaciones entre su hija y ella?

—Buenos días, señorita Delany. —El sirviente de Jack Warwick la hizo pasar. Warwick y la señorita Sarah la estaban esperando.

Sin duda el señor Godfrey sabía o adivinaba quién era ella y por qué había empezado a visitar Bruton Street todos los días. Su infalible cortesía alivió la vergüenza que de otro modo habría sentido Kitty. Por supuesto, él debía estar siguiendo el ejemplo de sus empleadores, quienes habían sido mucho más amables de lo que ella se merecía.

Annabelle saludó a Kitty con una cálida sonrisa, cuando entró en la sala de estar.

—¿No es un hermoso día? ¡Y qué bien te ves!

Agarró a Kitty por las manos y se inclinó para darle un ligero beso en la mejilla, como si fuera una querida amiga, en lugar de una rival por la custodia de una querida hija.

—El color de ese spencer realza tus ojos a la perfección. ¿No estás de acuerdo, Rory?

Kitty lo había visto, en el instante en que entró en la habitación. De pie junto a la ventana que daba a la calle, Rory sostuvo a Sarah en sus brazos con un aire de tranquilidad que la sorprendió.

—De hecho —él respondió a la pregunta de Annabelle—. Eso sí, nunca he visto a Kitty tener otro aspecto. Ella era la mujer bella del condado de Carlow que rompió los corazones de muchos jóvenes nobles irlandeses.

Sus generosos halagos provocaron un intenso sonrojo en las mejillas de Kitty.

—Estás hablando tonterías, Rory Fitzwalter, y lo sabes bien.

Los aristocráticos vecinos de su familia habían menospreciado a la hija de una actriz común y corriente que había logrado casarse con un conde. Uno o dos hijos menores, sin mejores perspectivas, le habían puesto el ojo a ella, antes de la rebelión, mientras que la muerte de su padrastro puso su vida en un rumbo muy diferente.

Esos primeros coqueteos no habían dado resultado, porque Kitty había sentido que sus pretendientes la consideraban inferior a ellos. Solo había tenido ojos para un joven irlandés, que trataba a todos como iguales, sin importar su nacimiento o su fortuna.

—Difícilmente —replicó Rory alegremente—. Recuerdo al menos a uno de tus pretendientes que se fue las órdenes sagradas, después que rechazaste su propuesta, y a otro que amenazó con suicidarse.

Miró a Sarah con fingida severidad.

—Espero que no tengas la intención de seguir los pasos coquetos de tu mamá, jovencita.

La bebé pareció darse cuenta de inmediato de sus ridículas bromas. Ella le agarró la nariz con sus dedos regordetes y gritó:

—¡Ba Wo-wii!

—¿Malo Rory? —A él le lloraron los ojos, pero no perdió el buen humor—. Eres buena para hablar, diablilla, después de agredir a un caballero. Sigue así y nunca te admitirán en Almack.

La niña soltó una carcajada, pero Kitty no la siguió. Por supuesto, su hija nunca sería bienvenida en locales exclusivos como el de Almack, como tampoco sería presentada en la corte. El escándalo de su nacimiento la perseguiría mientras viviera, arruinando cualquier posibilidad de un lugar en la sociedad, e incluso un buen matrimonio.

Únicamente en una nación joven e igualitaria, como los Estados Unidos, podría Sarah esperar encontrar aceptación. Kitty le debía al menos eso.

—Rory ha regresado para quedarse con nosotros por un tiempo. —La voz ronca de Annabelle tenía una nota de cálido afecto por el amigo de su marido—. Sarah está encantada, por supuesto. Adora a Jack, pero cree que no hay nadie en el mundo tan cómico como “Wo-wii”.

—Él tiene ese efecto sobre las mujeres. —Kitty asintió y saludó a su hija—. Hola Sarah. ¿Me recuerdas?

Aparentemente sí, porque la niña inmediatamente volteó hacia Rory y escondió su rostro en su hombro. Al menos no hubo lágrimas, como al principio de sus visitas anteriores.

—No hay necesidad de ser tímida. —Rory hizo saltar a Sarah en sus brazos y habló con una tranquilidad juguetona que Kitty apreció—. Esta es nuestra nueva amiga. Sé que te agrada mucho una vez que la conozcas.

—Espero que sea cierto —susurró Kitty, más para sí misma que para cualquier otra persona.

Pero Annabelle volvió a cogerle la mano y se la apretó alentadoramente.

—¡Por supuesto que lo es! Sarah era mucho más joven cuando te fuiste. Sé que al principio te extrañó mucho. Sigue viniendo y pronto ella te aceptará nuevamente como parte de su vida.

Kitty sabía que después vendría lo más difícil. Tendría que alejar a su hija de los Warwick, Rory y otros, a quienes Sarah debía considerar como su familia. ¿Cuánto tiempo tomaría esto?

—Me temo que debo salir —anunció Annabelle—. Y hoy es el día libre de Polly. Espero poder imponerles a Rory a usted, que vigilen a esta jovencita, mientras yo no esté.

—Por supuesto —murmuró Kitty.

—Será excesivamente agotador, te lo aseguro, pero un individuo debe ganarse su alojamiento y comida de alguna manera. —Rory lanzó un suspiro exagerado.

Su respuesta burlona divirtió a Sarah, como casi todas las palabras que pronunció. No puso objeciones cuando Annabelle la besó en la frente y luego se alejó.

Rory caminó hacia el sofá y se dejó caer en él, manteniendo a Sarah en equilibrio sobre sus rodillas.

—¿Qué haremos ahora que ella se ha ido? ¿Fumar una pipa? ¿Jugar con algunas manos en el baño? ¿Leer las revistas de escándalos?

—¡Ba Wo-wii! —La niña se rió de sus absurdas sugerencias.

Él sacudió la cabeza con tristeza.

—Nunca debí haber dejado que Gabriel te enseñara cómo decir eso.

Kitty se sentó en el rincón más alejado del sofá, para no hacer que Sarah volviera a ponerse tímida. También porque no terminaba de confiar en sí misma demasiado cerca de Rory. El hombre parecía capaz de lanzar un hechizo sobre cualquier mujer que se encontrara a cierta distancia.

—Nunca imaginé que fueras tan bueno con los niños. —Ella movió su cabeza.

—Yo tampoco, créeme. —Rory soltó una risita arrepentida—. El día que esta joven llegó a nuestra puerta, Gabriel y yo huimos al establecimiento de bebidas más cercano, y dejamos que el pobre Jack se las arreglara solo. Nunca en mi vida he sido culpable de una cobardía tan despreciable.

—¿Cobardía? —Kitty soltó una suave risita—. Solía creer que no le tenías miedo a nada en el mundo.

Quizás no a las cosas que realmente temía, sino a otras cosas por diferentes razones. Según él mismo admitió, le temía a una bebé indefensa y aullante, que necesitaba más de lo que él se sentía capaz de dar. Entonces, ¿qué pasa con una joven enamorada, quien desea desesperadamente que un único encuentro íntimo signifique mucho más de lo que debería?

* * *

La preciosa Kitty Delany lo había idolatrado a él, una vez más.

Rory intentó hacer caso omiso de los elogios por su valentía con una broma irónica.

—Te habrías desengañado de esa idea si nos hubieras visto a Gabriel y a mí ese día. ¿No es así, Sarah? Nos horrorizaste a ambos con la forma en que te comportaste.

Él parecía recordar que la joven amiga de su hermana lo había considerado una especie de héroe. Como si fuera un niño, medio adulto, con la quimera de liderar una gran rebelión que podría haber alentado su admiración infantil. Nunca había imaginado que eso podría persistir, después que ella creciera y se transformara en algo mucho más peligroso para ambos.

¿Su trato poco galante hacia ella había destruido ese sentimiento? ¿O quedaba un rastro de ello en su corazón, que él podía aprovechar, en nombre de sus amigos? No había nada de valiente en la forma en que se rindió a las súplicas de Annabelle, en su viaje de regreso a Londres.

¡Matrimonio! Esa fue la solución de Annabelle a todos los males del mundo. Él había tratado de explicarle que era más a menudo la fuente de esos males, pero ella se negaba a prestar atención a razones. Estaba segura que si Rory se casaba con Kitty Delany, todos sus problemas se resolverían. Ningún argumento, por sólido que fuera, podría persuadirla de lo contrario. Al final, Rory había accedido a intentarlo porque sabía que, de lo contrario, ella no le daría tregua ni habría paz.

Además, estaba seguro que Kitty Delany nunca lo aceptaría, después de la forma vergonzosa en que la había tratado. Ahora se preguntaba si tal vez había puesto demasiada fe en sus poderes de resistencia.

—Ahora no pareces tener tanto miedo de Sarah. —Kitty observó a su hija con aire de temeroso anhelo—. Habiendo soportado uno de sus arrebatos, puedo entender por qué podría poner nervioso a cualquiera, y más a los caballeros de la ciudad, que no tenían experiencia previa con niños.

—Lamento haberte sometido a eso. —Admitir su culpabilidad sin una pizca de broma hizo que Rory se sintiera extrañamente expuesto. Pero no lo pudo evitar.

Kitty merecía una disculpa, de hecho, más de una. Él empezaría por la más fácil.

—Estaba bastante seguro que Sarah no estaría feliz de verse repentinamente separada de su habitual grupo de admiradores. Pensé que sería mejor que probaras su disgusto, antes de

embarcarte en un viaje más largo.

—Usted tiene razón. —Kitty bajó la mirada hasta su regazo y se concentró en quitarse los guantes—. Me estremezco al pensar en ella, aullando así al otro lado del océano.

Hizo una mueca, bastante parecida a las que Rory hacía a veces para divertir a Sarah.

La niña debió haberla visto, porque se rió.

—¿Qué es esto? —Rory sacudió a la pequeña Sarah, haciéndola reír más fuerte—. ¿Crees que es divertido convertirse en objeto de pavor? Me imagino que te habrías dormido, aullando, antes que tu barco llegara al Atlántico medio. ¡Si no, los marineros podrían haberte arrojado por la borda!

Como para demostrarlo, levantó a la niña y fingió dejarla caer en el sofá. Ella chilló de alegría, un sonido tan contagioso que Rory y Kitty pronto se reían con ella.

—¡Mo! —ella gritó—. ¡Mo, Wo-wii!

Él la obligó a repetir la acción varias veces más, hasta que le dolieron los brazos por el esfuerzo.

—¡Mo! —Sarah continuó exigiendo, tan imperiosa como cualquier duquesa viuda.

—¡Oh! Querida —Rory se dirigió a Kitty—. He roto la regla fundamental de Annabelle: no empieces ningún tipo de travesura con ella, a menos que estés dispuesto a hacerlo cien veces.

Como para demostrar el punto de Annabelle, las súplicas de la niña se hicieron más agitadas. A menos que quisiera que se le cayesen los brazos o que se repitiera el tumultuoso viaje de Kitty desde Beckwith Abbey, sería mejor que encontrara una distracción.

Se puso de pie de un salto, lo que sacó a Sarah de su inquietud.

—Es un buen día. ¿Iremos al parque?

Aparentemente, él había pronunciado la palabra mágica, porque de repente Sarah volvió a sonreír.

—¡Park! Wo-wii park.

—Veo que la sugerencia cuenta con su aprobación. —Rory no pudo reprimir una ridícula oleada de satisfacción por haber evitado una tormenta de lágrimas, sobre todo en presencia de Kitty.

—Espero que podamos convencerte para que nos acompañes. —Él la miró

—Por supuesto. —Ella se levantó del sofá—. Quiero pasar todo el tiempo que pueda con Sarah.

—¡Excelente! —Rory no pudo ocultar su alivio. Nunca antes había sacado a un niño solo—. En ese caso, tenemos que hacer los preparativos.

Llamó a Godfrey y pidió que prepararan el carruaje de la señorita Sarah y lo llevaran al frente.

—Ahora necesita estar mejor abrigada. —Mientras se dirigía hacia las escaleras, volvió a llamar a Kitty—. Es una tarea que Annabelle y Polly parecen capaces de realizar sin ayuda. Los demás lo consideramos una tarea para dos.

—Todo lo que pueda hacer para ayudar. —Kitty los siguió hasta la guardería.

—Me temo que esto va a ser más complicado de lo que esperaba —dijo Rory, cuando entraron en la pequeña y acogedora habitación—. Alguien se siente bastante... húmeda.

Esta era una tarea infantil que detestaba y a menudo confundía, para diversión despiadada de Jack y Annabelle. De alguna manera odiaba la idea que Kitty lo viera en desventaja en este improbable rol.

—¿Crees que me dejaría cambiarle la ropa? —preguntó Kitty, sacando las palabras de la boca de Rory—. Si la mantienes entretenida, tal vez no se dé cuenta de lo que estoy haciendo.

—Una idea encomiable —él respondió, con demasiada cordialidad—. ¿No estás de acuerdo,

Sarah?

La pequeña descarada se rió.

—¿Ba Wi-wii?

No era la primera vez que él se preguntó si ella entendía mucho más de lo que sucedía a su alrededor, que algunos adultos.

—Si fuera tan malvado como dices, te dejaría ir al parque en un estado húmedo y oloroso, que sería una vergüenza perfecta para cualquier jovencita bien educada.

Mientras hablaba, Kitty revoloteaba por la guardería, recogiendo los suministros necesarios. Cuando sintió que ella estaba preparada, depositó a Sarah en su catre.

—¡Park! —gritó, tal vez pensando que pretendían acostarla a dormir una siesta.

—No temas, nos vamos al parque —le aseguró Rory a Sarah, en un tono mucho más animado del que solía llevar con ella—. Pero, debes estar limpia y vestida apropiadamente. Solo espera hasta que tengas edad suficiente para estar en la sociedad. Pasarás horas probándote ropa, y peinándote a la última moda, antes de atreverte a salir en público.

Aunque continuó en ese tono, se le ocurrió que, a menos que Kitty cambiara de opinión acerca de ir a los Estados Unidos, Sarah nunca pasearía por el parque atrayendo a admiradores. No solo era eso, sino que nunca la vería convertirse en la joven inteligente, alegre y completamente encantadora en la que seguramente llegaría a ser.

Antes que tales pensamientos lo hicieran ponerse sensible, Kitty anunció:

—Allí, todo está limpio y fresco para su salida. Gracias por hacer un trabajo tan espléndido, manteniéndola ocupada. Ella no prestó la menor atención, mientras yo la cambiaba.

Sus elogios trajeron a Rory un absurdo atisbo de satisfacción.

—Está claro que tienes mano hábil para este tipo de cosas. ¡Te recomendaré!

Él levantó a Sarah y la envolvió en un suave chal de lana.

—Tengo experiencia —le recordó Kitty, mientras cogía un gorro suave y se lo ponía a Sarah en la cabeza—, aunque entonces ella era considerablemente más pequeña. Es un placer poder volver a cuidarla, como antes.

Su tono melancólico conmovió a Rory. ¿Cómo se sentiría si se reuniera nuevamente con Sarah después de una larga separación?

Permanecieron un momento más cerca que desde el día del bautizo de Sarah. Rory sostuvo a la niña, mientras Kitty se ataba el sombrero. De alguna manera, él se sentía extrañamente dominado. No podía moverse ni hablar por miedo a estropear el aire de tranquilidad doméstica, que siempre había puesto en ridículo.

Kitty tampoco parecía tener prisa por romper el hechizo.

No se podía decir lo mismo de Sarah.

—¡Park! —declaró, tal vez preguntándose si ellos habían olvidado el motivo de su visita a la guardería.

Rory y Kitty se sobresaltaron y estallaron en una risa incómoda.

—El parque, por supuesto —Rory le insistió a la niña, mientras se dirigía hacia la puerta—. No se me ocurriría negarte la salida prometida. Soy muy consciente del castigo por tal insubordinación.

Kitty sacudió la cabeza y se rió entre dientes.

—Me pregunto de dónde sacó esa manera imperiosa suya. Yo nunca fui así ni mi madre. Apenas se atrevía a dar órdenes a los sirvientes de Delmeda.

—Dudo que lo necesitara —replicó Rory, mientras bajaban las escaleras—. Por la forma en que el viejo Lord Carlow la adoraba, estoy seguro que habría despedido a cualquier sirviente,

que no cumpliera con su más mínimo pedido. Era bastante autoritario, pero, por supuesto, no era un pariente consanguíneo tuyo, así que eso no significa nada.

Cuando Kitty no respondió, él se sintió obligado a continuar la conversación.

—Ahora que lo pienso, Sarah me recuerda bastante a mi tía Gertrude, la duquesa de Marston. Era una dama con la que nadie se atrevería a enfadarse, si sabían lo que les convenía.

Apenas las palabras habían salido de su boca, cuando Rory se dio cuenta de su significado. Casi había admitido que Sarah debía ser su hija, aunque no recordaba la noche en que había sido concebida.

Deseó poder recordar haberse acostado con Kitty Delany. Aunque lamentaba cómo la había tratado esa noche y después, no podía arrepentirse de su parte en traer a Sarah al mundo. Además, se sentía como una oportunidad profundamente desperdiciada, haber hecho el amor con una criatura tan encantadora y luego no recordar ni un solo momento, como si nunca hubiera sucedido.

—¿La duquesa de Marston? —Kitty repitió en el momento en que él se quedó en silencio—. ¿Fue ella quien se hizo cargo de ti, tu hermano y hermanas después...que dejaste Irlanda?

Rory negó con la cabeza. Sabía lo que ella había tratado de evitar mencionar.

—Vinimos a Inglaterra, luego que mi madre se volvió a casar. Dos años después, tía Gertrude se convirtió en nuestra tutora.

Su formidable tía lo había enviado a la escuela, donde conoció a Jack Warwick y Gabriel Stanford. Aunque la tía Gertrude pudiera no haber estado de acuerdo, Rory sabía que esa amistad lo había salvado.

Para entonces, Kitty y él ya habían salido a Bruton Street, donde Godfrey esperaba con el carruaje de Sarah, una mezcla entre un faetón en miniatura y una silla de jardín para inválidos. La niña comenzó a chillar y retorcerse en el momento en que lo vio.

—¡Sí, sí! —Rory la depositó en el asiento tapizado y le ató una correa alrededor de la cintura para mantenerla en su lugar—. Te prometo que vivirías en este artilugio, si Jack y Annabelle lo permitieran.

Godfrey se inclinó y le ofreció a la niña su dedo índice para que se lo apretara.

—Disfrute su salida, señorita Sarah.

—Va, va, park —ella respondió con una amplia sonrisa con hoyuelos.

Rory intercambió una mirada con Kitty.

—No estoy seguro si se trata de una orden o es de su forma de dirigirse a Godfrey.

—Creo que es esto último, señor. —El sirviente de Jack sonrió a la bebé, mientras le entregaba su sombrero a Rory—. Pensé que podría necesitarlo, señor Fitzwalter.

—Sí. —Rory se puso el sombrero—. Gracias, Godfrey. Una vez más, como siempre, has venido en mi ayuda.

No podía ni empezar a contar el número de mañanas desdichadas en las que había absorbido la repugnante, pero eficaz, cura de Godfrey para una noche de intemperancia.

—El placer es mío, señor.

Mientras Rory empezaba a empujar el carruaje de Sarah hacia la cercana Berkeley Square, Kitty caminaba a su lado.

—Nunca has visto a un hombre tan alterado en unos pocos meses como Godfrey. —Sacudió la cabeza con asombro—. De supervisar el establecimiento ideal para solteros, ahora es muy devoto de Sarah y Annabelle.

—Parece que esta pequeña ha tenido un efecto beneficioso en toda la casa —reflexionó Kitty—. Supongo que eso debería hacerme sentir mejor por dejarla con todos ustedes.

Había una nota melancólica en su voz que Rory se sintió obligada a aliviar.

—¿Dijiste que era un efecto beneficioso? —bromeó—. No estoy del todo seguro de eso.

Quizás la niña reconoció su tono burlón y supo la respuesta que Gabriel la habría animado a decir.

—¡Ba Wo-wii!

Kitty estalló en una risa alegre que sonó oxidada por el desuso. No debía haber tenido muchos motivos para reírse en muchos meses.

—Ya bastará de su descaro, señorita precoz. —Rory amonestó a la niña con fingida severidad. Sin embargo, no pudo evitar que una nota de tierno afecto calentara su tono.

Capítulo cinco

Mientras escuchaba a Rory bromear con su pequeña hija, Kitty apenas podía creer que él fuera el mismo hombre que la había seducido tan casualmente, y luego había rechazado su súplica de cumplir con sus responsabilidades. Podría tratar de restarle importancia, pero estaba claro que la presencia de Sarah le había afectado tanto como a los demás, y decididamente para bien.

Él recorrió cuidadosamente las calles circundantes con el pequeño carruaje hasta llegar a los jardines en medio de Berkeley Square, momento en el que se relajó visiblemente.

—Ahora. —Rory dirigió a Kitty una mirada desafiante—. ¿Podrías decirme la verdadera fuente de tu nueva fortuna, en la más estricta confidencialidad? No recibirás ningún juicio de mi parte, te lo prometo. No estoy en condiciones de tirar piedras.

¿Supuso que ella había conseguido el dinero por medios deshonestos? Kitty se enfureció.

—Ya te lo dije. ¿Me estás acusando de mentir sobre eso?

—Parece poco probable que usted hiciera tal cosa. Pero me parece aún más improbable que Lord Carlow te ayude tan generosamente por la bondad de su corazón. —Rory vaciló de esa manera.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso? —Kitty no pudo negarlo con cara seria.

—Porque —respondió Rory y continuó—, sé de muy buena tinta que el caballero no posee tal órgano.

—¿Qué muy buena autoridad te aseguró eso? —Kitty no pudo reprimir una risita, aunque contenía más amargura que alegría.

—Lo hiciste, por supuesto, repetidamente y en los términos más enfáticos.

Ella se volvió a reír, incluso cuando un intenso sonrojo hizo que sus mejillas hormiguearan. Y trató de descartar su broma, aunque la misma era demasiado precisa.

—Eso fue hace mucho tiempo. Los niños tienen la costumbre de exagerar desproporcionadamente sus quejas.

Deseó que Sarah viniera a rescatarla con algunas payasadas que pudieran distraer a Rory de este inquietante tema de conversación. Pero ahora que había llegado al parque, la niña parecía bastante contenta de contemplar los árboles, o mirar a las demás personas, que habían salido a pasear en un día tan hermoso.

—Olvidas que —respondió Rory—, yo también conocía a Carlow, o al vizconde Leighlin, como lo conocían entonces. Era tan desagradable como Lord Uvedale, así intentara lucir simpático.

—Siempre fuiste demasiado duro con Sidney. —Kitty defendió al hermano de Lady Killoran, recordándolo tal como había sido durante su infancia en Irlanda—. Puede ser bastante engreído, pero nunca malicioso.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, ella recordó uno de sus últimos encuentros con Lord Uvedale, durante la fatídica fiesta en casa de su hermana. Se había ofrecido a convertirla en su amante, una vez que él se casara con la heredera, la señorita Crawford. Y él no se había tomado bien la negativa de Kitty.

Rory se encogió de hombros.

—Leighlin ciertamente fue bastante malicioso... contigo más que a nadie. Actuó como si fuera culpa tuya que su padre se casara con tu madre.

¿Qué podría decir ella para desviar esta conversación? Kitty miró aquí y allá, alrededor del

parque, a cualquier parte menos a Rory, quien era como un perro con un hueso, decidido a morderlo hasta la médula.

—Lo que me lleva de nuevo a mi pregunta original —él insistió—. ¿Por qué un hombre que te detestaba tanto aceptaría de repente ayudarte, especialmente dadas las circunstancias?

—¿Circunstancias? —Kitty tragó un nudo asfixiante en la garganta. Rory Fitzwalter debería haber considerado una carrera jurídica. ¿Era así como los abogados de la fiscalía interrogaban a los acusados ante el tribunal?

Rory asintió hacia Sarah y bajó la voz hasta convertirla en un murmullo apenas audible.

—Al tener una hija fuera del matrimonio. ¿No tenías miedo que tu hermanastro usara la información para humillarte y rechazarte peor de lo que ya lo había hecho?

—No le hablé de Sarah. —Esa era la última palabra que pensaba decir sobre el tema. Kitty se preparó para preguntar sobre Lord Gabriel y Moira: dónde vivían ahora y cuándo se casaron.

Antes que ella pudiera pronunciar una sola de sus preguntas, Rory la miró perpleja.

—¡Si lo hiciste! Lo dijiste el día que viniste a Beckwith Abbey. Entonces, me pareció muy extraño y no he cambiado de opinión.

¿Había dicho eso? Kitty deseaba poder recordarlo con seguridad, así que no se sumergió en un agujero aún más profundo.

—Debes haberme entendido mal. Por supuesto que fui a pedirle ayuda por lo de Sarah, pero te aseguro que no le dije a Lord Carlow nada sobre ella.

—¡Oh! —Rory parecía dudoso, como si tampoco pudiera recordar su conversación anterior con perfecta claridad—. Eso todavía no explica su repentina generosidad hacia alguien a quien alguna vez despreció. ¿Y por qué tardó tanto? Habría pensado que un mes sería más que suficiente para viajar a Irlanda, apelar a Lord Carlow y regresar. Estuviste ausente tanto tiempo que estábamos seguros que nadie volvería para reclamar a Sarah.

—¡Oh! ¡Muy bien! —espetó Kitty—. Si te lo cuento, ¿dejarás de interrogarme y prometerás mantenerlo en secreto? Esa fue una de las condiciones en las que insistió mi hermanastro, cuando me dio el dinero.

Rory levantó su mano derecha, como si fuera a hacer un juramento.

—Te aseguro que soy el alma de la discreción.

—No eres nada de eso. —Kitty puso los ojos en blanco—. Pero, espero que te calles por el bien de Sarah, si no por el mío.

—Lo haría por ti y ciertamente por el de ella. Ahora, que has despertado mi curiosidad hasta un punto álgido, debes satisfacerla. ¡Te lo ruego!

Kitty volvió a mirar a la bebé y se sorprendió al encontrarla recostada en su asiento tapizado con los ojos cerrados.

Cuando le llamó la atención a Rory, él asintió sin la más mínima sorpresa.

—Le apetece desesperadamente pasear, conducir y hacer excursiones al parque, pero el movimiento a menudo la adormece. No nos atrevemos a regresar a casa hasta que ella despierte, o allí estará el diablo para pagarnos.

Condujo el pequeño carruaje hacia un rincón más tranquilo del parque, bien sombreado por los árboles circundantes.

—Esta parece una oportunidad perfecta para contarme sobre tu visita a Irlanda. Tienes mi palabra que no traicionaré tu confianza.

Tenía buenas razones para dudar de su palabra, pero Kitty se abstuvo de recordárselo. En cambio, respiró hondo y esperó poder decirle a Rory lo suficiente de la verdad para satisfacer su curiosidad, sin despertarla mucho más.

—Mi padrastro siempre me aseguró que me mantendrían generosamente, después de su muerte. Por eso nunca estuve ansiosa por conseguir un marido.

Esa había sido una de las razones, aunque no era la más convincente.

—Creí que debía haber hecho un testamento a tal efecto y haberlo escondido en algún lugar que su hijo no pudiera encontrarlo y destruirlo.

Rory asintió.

—¿Por qué no intentaste encontrarlo hace mucho tiempo?

—Mientras mamá estaba viva, ella no quiso oír hablar de eso. Después de su muerte, no sentí ninguna necesidad apremiante. Tenía una casa cómoda en Beckwith Abbey y no conocía a nadie que se hubiera sentido más feliz por la posesión de una gran fortuna.

—Yo tampoco —murmuró Rory.

—Solo después que dejé la casa de tu hermano me di cuenta de lo protegida que había estado toda mi vida del espectro de la verdadera pobreza —continuó Kitty—, ante un futuro tan sombrío para mi hija, sabía que debía hacer todo lo que estuviera a mi alcance para lograr una vida mejor para ella.

Rory debió haber sentido cuánto lamentaba no haber actuado hasta que las circunstancias lo obligaron.

—Te prometí que no te juzgaría y mucho menos sobre eso.

¿Hasta dónde estaría él dispuesto a llegar para proteger a Sarah? Se preguntó Kitty.

—Estaba convencida que mi padrastro habría querido que tuviéramos la seguridad de un ingreso. Así que fui a Delmeda con la esperanza de encontrar una copia de su testamento. Lord Carlow estaba en Londres para pasar la temporada. El viejo señor Merrick, el mayordomo, se acordó de mí con cariño y me dejó quedarme.

El sol se deslizó detrás de una nube, haciendo que el día repentinamente fuera más fresco. O tal vez fue el recuerdo de aquellas angustiosas semanas, recorriendo la vieja casa desde el sótano hasta el ático, lo que dejó helada a Kitty.

—Busqué y busqué. Finalmente, justo cuando estaba a punto de rendirme, encontré un compartimiento oculto debajo de la superficie de su escritorio. Allí había una copia de su testamento, que contenía un legado tan excesivamente generoso, que me dejó sin aliento.

Aunque ella había hecho un descubrimiento aún más sorprendente entre los papeles ocultos del viejo conde, pero nadie necesitaba saberlo.

—Encontrar el testamento fue solo el comienzo. Tuve que ir a Dublín y buscar un abogado que me representara. Como puedes imaginar, la mayoría de ellos no estaban ansiosos por enfrentársele a uno de los nobles más ricos de Irlanda.

—Ojalá no pudiera imaginar algo así. —Los labios de Rory se comprimieron en una línea sombría, muy diferente a su habitual sonrisa burlona—. Pero, me temo que puedo hacerlo muy bien.

—Si no hubieran estado dispuestos a ayudarme, tal vez lo habría entendido. —Kitty se ciñó más el chal ligero alrededor de los brazos—. Pero, uno o más de los abogados, con los que hablé, alertaron a Lord Carlow sobre mis investigaciones. Vino a Dublín buscándome.

—Ojalá me hubieras contado tus planes —habló Rory en un murmullo urgente—. Yo te habría ayudado. Todavía tengo algunos viejos conocidos en Dublín.

—Una vez te pedí ayuda —le recordó Kitty—. ¡Tú me rechazaste!

—¿Porque no tenía idea de lo que querías! —gritó—. Y en ese momento, ¡no estaba en condiciones de ayudar a nadie ni siquiera a mí mismo!

Ella retrocedió ante su arrebató. Este era el hombre que la había abandonado en su momento

de necesidad, con un brutal rechazo, lo cual indicaba que cualquier ternura que pudiera haber sentido por ella estaba solo en su imaginación. ¿Cómo pudo haber dejado que su encanto superficial le hiciera olvidar cómo la había usado y dejado a su suerte?

* * *

Kitty dio la vuelta y huyó, dejando a Rory plantado y avergonzado.

Esa cobarde justificación había estallado, antes que pudiera evitarla. Ambas afirmaciones eran ciertas, pero eso no hacía correcto decirlas. Especialmente, a la mujer a quien había tratado tan mal.

—¡Gatita! —él la llamó, yendo tras ella lo más rápido que pudo, mientras empujaba el carruaje de Sarah—. ¡Lo lamento! Por favor, ¡no te vayas! Intentaré no hablar tanto, como el tonto que soy.

Ella no retrocedió y ni siquiera interrumpió el paso. Él no podía culparla. Para empeorar las cosas, su voz elevada y el movimiento brusco despertaron a la bebé. Si había algo que a Sarah no le gustaba más que su tiempo de juego terminara demasiado pronto, era que la sacaran de un sueño tranquilo. Rory podría simpatizar con ella, aunque no tanto por el momento.

—¡Gatita, por favor! —Detuvo el carruaje y desató la correa que sujetaba a la niña que lloraba.

Al observar con el corazón hundido cómo Kitty desaparecía, levantó a Sarah sobre su hombro.

—Silencio ahora. Lamento haberte despertado. Sé lo desagradable que debe ser, pero ensordecirme no mejorará.

Era evidente que Sarah no estaba de mejor humor que su madre. Pero ella no podía alejarse furiosa. En cambio, se vio obligada a permanecer en los brazos de la bestia que le había hecho daño. Eso solo alimentó su indignación, que continuó desahogando a todo pulmón.

Alrededor del parque y en las calles cercanas, Rory notó que las cabezas se volvían en su dirección. ¿Supusieron que se estaba cometiendo un asesinato sangriento?

—¡Sarah! —le suplicó, hundiéndose en un banco cercano con la niña, que se agitaba y aullaba en sus brazos—. Querida ángel, por favor cálmate antes de hacerte daño. ¿Cómo puedo esperar llevarte a casa en este estado?

Rory murmuró una serie de maldiciones.

—¡Deberías cuidar tu lenguaje cuando estás con una niña! —Él escuchó que Kitty lo reprendía.

Había estado demasiado ocupado tratando de calmar a la bebé, como para notar su regreso.

—¡Kitty, gracias al Cielo! Nunca en mi vida me había sentido tan aliviado de ver a alguien.

—No estoy aquí para ti —le informó, aunque apenas era necesario. No se hacía ilusiones sobre lo que la había traído de regreso.

—Escuché a Sarah y sentí pena por perturbar su siesta. —Kitty se sentó en el banco junto a ellos—. Me temo que su alivio durará poco. No tengo ninguna habilidad especial para calmarla. Si lo hubiera hecho, habría ganado esa miserable apuesta contra ti, en lugar de perderla de manera tan humillante.

—No subestimes tus capacidades —replicó Rory, mientras continuaba meciendo a la niña sobreexcitado en sus brazos—. Ella no está llorando tan fuerte como hace un momento, cuando le rogué que se callara. Quizás si tú y yo seguimos hablando juntos, y no le prestamos demasiada atención, ella recuperará la compostura.

—¿Hablar? —Kitty parecía cautelosa. Rory sintió que una barrera invisible se alzaba entre ellos—. ¿Acerca de qué?

—Sobre lo idiota que soy. —De alguna manera, él se sentía en un terreno más seguro, tomando a la ligera el asunto—. Algo en lo que podemos estar de acuerdo, sin duda. Nosotros tres.

—¿Quieres decir el malo Rory? —El tono gélido de Kitty comenzó a derretirse.

El llanto de Sarah se calmó.

—¿Ba Wi-wii? —repitió con voz llorosa.

Su inflexión era una imitación tan perfecta de su madre que Rory y Kitty no pudieron evitar sonreírse el uno al otro.

Él asintió exageradamente.

—En esta ocasión esa burla es bien merecida. No me queda más que pedirles perdón con la mayor humildad y esforzarme por enmendar mis costumbres en el futuro.

Kitty parecía dudar, pero le habló directamente a su pequeña hija.

—¿Qué piensas, Sarah? ¿Deberíamos darle otra oportunidad?

—Wo-wii, mo camina. —La niña sollozó.

—No es exactamente un respaldo categórico. —Rory sacó un pañuelo—. Pero, lo tomaré por el momento.

Sarah se retorció y gimió un poco, mientras él le limpiaba los ojos y la nariz, pero no volvió a su antiguo frenesí. Los nervios de Rory agradecieron el respiro.

—Será mejor que continuemos nuestra caminata —él anunció, una vez que la cara de la bebé estuvo razonablemente seca—. Como lo planeamos.

—Muy bien. —Kitty siguió el paso a su lado.

—¿Me vas a mantener en suspenso, después de unos momentos de silencio, como castigo por mi descortesía? ¿O me vas a contar qué pasó en Dublín? —preguntó Rory—. No pudiste localizar a un abogado con una pizca de coraje, y Carlow estaba buscándote. Sé que al final todo debe haber salido bien, pero la situación sigue siendo alarmante de contemplar.

—Para mí también —murmuró Kitty—. Cada vez que pienso en ello, tengo una sensación de hundimiento en la boca del estómago.

—No te sientas obligada a decir nada más, si eso te angustia. —Él conocía muy bien el tormento de los recuerdos dolorosos. No convenía insistir en ellos.

—¡No! —Kitty parecía sorprendida por su propia admisión—. Recordar esos acontecimientos me preocupa, pero hablar de ellos tiene todo el efecto contrario, aunque no estoy segura por qué.

Rory tampoco. No tenía experiencia en hablar de acontecimientos dolorosos de su pasado y prefería que siguiera así.

Kitty respiró profundamente y continuó su historia.

—Finalmente, logré encontrar un abogado que se hiciera cargo de mi caso. Sospecho que el caballero tenía simpatías republicanas, y estaba contento de poder asestar un pequeño golpe a un noble poderoso como el conde de Carlow.

Rory escuchó con una sensación de intensa satisfacción. Una vez se había considerado un rebelde irlandés, antes que las circunstancias lo obligaran a actuar en contra de su conciencia.

—Aún teníamos que encontrar al hombre que había sido testigo del testamento de mi padrastro y convencerlo que hiciera juramento, si fuera necesario —dijo Kitty.

De alguna manera, Rory sintió que había más en la historia, pero tal vez ella no quería aburrirlo con demasiados detalles.

—Al final, no me vi obligada a llevar mi caso a los tribunales. —Kitty exhaló un suave suspiro de alivio—. Lord Carlow debió darse cuenta que no tenía ninguna posibilidad de prevalecer, por lo que quería que el asunto se resolviera rápidamente, con un mínimo de

publicidad. Me ofreció una suma inferior a la que su padre me había dejado en herencia, pero, mucho más de lo que necesitaba para mantenernos cómodas a Sarah y a mí. Tampoco quería que el asunto se prolongara. Ya había estado lejos de ella mucho más tiempo del que pretendía, y estaba desesperada por tenerla conmigo otra vez.

—Por supuesto —expuso Rory. Escuchar la historia de Kitty alivió un poco la carga que pesaba sobre su corazón.

Si no fuera por la necesidad de mantener a su hija, ella habría seguido siendo una humilde dependiente en la casa de su hermano, marchitándose en la oscuridad, privada de la fortuna que por derecho era suya. En cierto sentido, le había hecho un favor al dejarla embarazada. Sin embargo, por mucho que Rory quisiera a Sarah, no podía absolverse tan fácilmente.

¿Qué podría hacer para compensarlas?

Annabelle Warwick habría insistido en que el matrimonio era la respuesta. Dolorosamente consciente de sus defectos como posible esposo y padre, Rory temía que imponerse a Kitty y Sarah podría ser lo peor que podría hacer.

Capítulo seis

¿Acaso, Rory se preguntó si había más en la historia de su estancia en Irlanda de lo que ella le había contado? Kitty reflexionó sobre esa pregunta, a menudo, después de su excursión a Berkeley Square con Sarah.

Lo había sorprendido mirándola desde entonces con una expresión extrañamente pensativa. ¿Sospechaba que ella le estaba ocultando algo? ¿Se preguntaba por qué Lord Carlow había estado tan ansioso por mantener el asunto en secreto?

Al menos, no la había molestado con más preguntas al respecto, lo cual ella agradecía.

Varios días después, mientras Jack entretenía a Sarah con canciones infantiles y Rory hacía comentarios burlones, Annabelle se dejó caer en el sofá junto a Kitty.

—¿Podrías mirar a esos dos? —susurró—. El año pasado por estas fechas, ellos estaban entre los libertinos más irresponsables de todo Londres. Ahora aquí están sentados, debatiendo los puntos más finos de las canciones: *Pedro, Pedro, come calabazas* y *Georgie Porgie*.

Cada día que pasaba, a Kitty le gustaba más la esposa de Jack. Aunque envidiaba el apego de Sarah a su madre adoptiva, no podía negar que tenía una deuda enorme con Annabelle. No solo por atender a su bebé abandonada, durante esos primeros días desconcertantes, sino también por insistir en que los famosos solteros de Bruton Street hicieran su parte para ayudar a cuidar a Sarah. Gracias a Annabelle, ahora la hija huérfana de Kitty tenía tres figuras paternas en su vida, cuatro si se contaba al devoto señor Godfrey.

—Abandonan toda dignidad a su alrededor, ¿no? —ella murmuró en respuesta.

Annabelle sonrió.

—Rory finge que todo es muy aburrido. Él la llama descarada o mona, pero todos se dan cuenta de su farsa, incluyendo Sarah. Me atrevería a decir que estaría más perdido sin ella, que cualquiera de nosotros.

Annabelle habló como si la desaparición de Sarah de sus vidas fuera una idea abstracta, no una perspectiva cierta que se vislumbrara en el horizonte. Sin embargo, Kitty sintió que lo que decía sobre Rory era cierto.

Era un problema creado por él mismo, insistió una parte agraviada de ella. Si tan solo la hubiera escuchado la noche que ella vino a buscar su ayuda, podría haber tenido el lugar que le correspondía en la vida de Sarah, desde el momento en que ella nació.

—Supongo que lo conoces desde hace mucho tiempo —continuó Annabelle en una voz demasiado baja para que los hombres la escucharan.

Kitty asintió. Por razones que no entendía, ella también se sonrojó.

—Nuestras familias eran vecinas en Irlanda, cuando éramos jóvenes. Su hermana Mary era mi gran amiga.

—¿La que murió? —Annabelle parecía desconcertada—. Nunca supe que Rory tenía una hermana, antes que la mencionaras en Beckwith Abbey... Pensé que Lord Killoran era su único pariente.

—También tiene una media hermana, Lady Louisa Mortimer. Solía visitar Beckwith Abbey de vez en cuando, pero él era más cercano a Mary.

—¿Eran buenos amigos, en aquel entonces? —Annabelle habló de una manera descarada, lo cual sugería que esta era más que una pregunta casual.

Kitty hizo su mejor imitación del descuidado encogimiento de hombros de Rory.

—Él nos toleró a Mary y a mí la mayor parte del tiempo. Pero cuando los chicos mayores se burlaban de él por tener admiradoras, él nos decía que nos fuéramos y nos insultaba.

—¿Como descarada y mona? —sugirió la esposa de Jack.

¿Qué estaba tratando de decir? ¿Que tal vez el joven Rory había sentido por ella y Mary lo mismo que ahora sentía por Sarah: fingiendo que no le importaba porque tenía miedo que le importara demasiado?

Kitty negó con la cabeza:

—No lo recuerdo.

—Aunque te gustaba —insistió Annabelle.

Si intentaba negarlo, Kitty intuyó que la otra mujer no se dejaría engañar.

—Debes saber que Rory puede ser una persona difícil de desagradar, cuando se esfuerza por ser agradable.

—Eso es verdad. —Annabelle miró hacia los caballeros, mientras retozaban con Sarah—. ¿Qué pasó después de ese desagradable incidente con tu hermanastro que mencionó Rory? Debiste considerarlo todo un héroe por venir a rescatarte.

—Naturalmente. —Kitty trató de restarle importancia, como haría Rory, aunque la sugerencia de Annabelle no captaba la verdadera profundidad de sus sentimientos.

Al recordar aquel día lejano en el que la dejaron atrapada en una isla siniestra, Kitty dudaba de haber corrido tanto peligro como temía. No importa cuánto la odiara, seguramente su hermanastro la habría liberado, antes que sufriera algún daño grave. En ese momento, estaba segura que moriría de hambre o sed, y que nadie sabría jamás qué había sido de ella.

En lo que a ella consideraba, Rory le había salvado la vida. Había creído con todo su corazón que él era el único con la capacidad y el deseo de protegerla.

—Sentí lo mismo por Jack, cuando éramos jóvenes —confesó Annabelle, quien habló brevemente de su juventud y de cómo Jack la había defendido de sus primos acosadores—. A medida que crecí, esa adoración al héroe tomó un giro romántico. Nunca imaginé que él también se preocupaba por mí. Tanto es así que me animó a casarme con otra persona con mejores perspectivas. Si hubiera sospechado cómo se sentía, creo que me habría entregado a él, al menor estímulo, sin pensar en las consecuencias.

Así como alguna vez había creído que Rory era la única persona que podía protegerla, Kitty ahora sentía que Annabelle Warwick podría ser la única capaz de comprenderla.

El tiempo de juego de Sarah parecía estar llegando a su fin. Estaba menos involucrada con las travesuras de Jack y Rory, y su mirada se desviaba más a menudo hacia las mujeres.

—¿Está tratando de decirme algo, señora Warwick? —Kitty cambió el giro de la conversación para interrogar a su anfitriona.

La otra mujer le dio unas palmaditas en la mano.

—Por favor, llámame Annabelle. Me gustaría que fuéramos amigas. De hecho, ya te considero una más de la familia.

Kitty no podía negar que esa era una perspectiva atractiva. Durante bastante tiempo, no había tenido más familia que Sarah, y muy pocos amigos.

—Lo único que estoy sugiriendo —continuó Annabelle—, es que tal vez no sea necesario que cruces todo el océano para darle a Sarah el tipo de vida que deseas para ella.

El ceño de Kitty se frunció. Ella todavía no entendía.

Annabelle asintió hacia Rory.

—Si tuvieras un marido y Sarah un padre, su futuro sería tan seguro y respetable como podrías desearlo.

Kitty frunció el ceño y sacudió la cabeza. Hubo un tiempo en el que habría estado de acuerdo con Annabelle. ¿Quién mejor para proteger a Sarah que el hombre al que alguna vez consideró su único protector? Últimamente, ella había descubierto que él era capaz de salvaguardarlos a ambas. No obstante, había un peligro del que Rory no podía protegerlas.

Porque él era la fuente de ese peligro.

* * *

—¿Sobre qué chismorreaban Annabelle y tú la otra noche? —Rory le preguntó a Kitty, mientras salieron a dar un paseo con Sarah.

Esta vez se aventuraron más lejos, llegando a Hyde Park, en un carruaje tirado por caballos. Esta era la primera vez que Kitty y él estaban solos, desde esa noche, lo que le dio la oportunidad de plantear una pregunta que lo tenía preocupado.

—Parecía que podrías estar conspirando para revivir el complot de la pólvora. —Él disimuló su ardiente curiosidad con ligereza.

Tal vez Kitty ya no confiaba en él, como antes, pero Rory se alegró de ver que todavía podía hacerla reír.

—Te aseguro que no me considero una Guy Fox de los últimos tiempos. Annabelle tampoco tiene ningún deseo de hacer estallar el parlamento.

Claramente, ella tenía un rápido ingenio propio. Sin embargo, eso era algo que él nunca había notado en ella.

—¿Entonces ustedes, señoras, se están llamando unas a otras por sus nombres de pila ahora? ¿No te parece eso importante, Sarah?

La niña se sentó contenta en el regazo de Kitty. Al principio, ella se había mostrado reacia, pero pronto se acogió a ese acuerdo, cuando se dio cuenta que eso le hacía más fácil vigilar a Rory.

—Sabía que si se daban una oportunidad, una a la otra —continuó—, Kitty y tu mamá se convertirían en grandes amigas.

—¿Mamá? —ella protestó.

—La niña aplaudió y luego mostró la última incorporación a su creciente vocabulario.

—¡Kii-kii!

Una sombra cruzó el rostro de Kitty, cuando su hija llamó mamá a otra mujer, aunque fue ella quien aprobó eso. No había necesidad de confundir a Sarah, a una edad tan temprana, ya lo había dicho. Y más tarde, cuando vivieran lejos de Bruton Street, ella pediría que la llamaran correctamente.

—Annabelle Warwick ha sido más amable conmigo de lo que tenía derecho a esperar —dijo Kitty—. Ahora veo que esta introducción gradual es mucho mejor para Sarah.

Rory asintió.

—Pero, habrías estado en tu derecho de insistir en llevártela de inmediato. Sé que Annabelle te agradece que les hayas dado a ella y a Jack esta oportunidad de acostumbrarse a la idea que Sarah los deje.

Una expresiva ceja se arqueó.

—Ahora, ¿podrías decirme qué estaban hablando tú y tu nueva amiga, o debo sacártelo como hice con la historia de tus aventuras en Irlanda?

Kitty apoyó la barbilla en la parte superior del sombrero de Sarah.

—Difícilmente llamaría mi estancia en Irlanda una aventura. Eso sugiere algo emocionante de una manera agradable.

—Es cierto. —Rory asintió—. Pero, estás cambiando de tema, lo que me lleva a preguntarme si podrías haber estado hablando de mí. Es bastante comprensible, ya que soy una figura que genera considerable fascinación. ¿No estás de acuerdo, Sarah?

La pequeña descarada supo la respuesta adecuada cuando se dirigió a ella en ese tono.

—¡Ba Wo-wii!

—Precisamente. —Él no pudo evitar sonreír en respuesta a su risita descarada. Si necesitaba más pruebas que la palabra de Kitty acerca que Sarah era su hija, su astuto ingenio a tan tierna edad seguramente lo convencería.

Desde que él tenía uso de la razón, él se había mostrado inflexible en cuanto a no querer una familia. Ahora, el conocimiento que Sarah era su carne y sangre venció sus reservas, dejándolo aterrizado y eufórico, en partes iguales.

La voz de Kitty interrumpió sus pensamientos conflictivos.

—Dado que insistes en conocer el tema de una conversación privada, Annabelle me estaba contando desde dónde comenzaron sus sentimientos por su marido.

¿Entonces no habían estado hablando de él? Rory no podía decidir si sentirse aliviado o menospreciado.

—Puedo decir lo mismo de los sentimientos de Jack hacia ella, aunque se negó a reconocerlos hasta después de la muerte de su primer marido. Cuando ella vino a ayudar a cuidar a Sarah, todo el cariño y el deseo que él había negado, durante tanto tiempo, la tomaron por sorpresa. Gabriel y yo pudimos verlo con toda claridad, aunque Jack y Annabelle no lo vieron así.

Él nunca se había permitido emocionarse por lo que Jack sentía por Annabelle, o Gabriel por Moira. Por supuesto, ambas parejas eran irritantemente felices ahora, pero habían pasado por períodos de miedo y miseria, en el camino, y podrían volver a hacerlo en el futuro. Rory ya había soportado suficientes pruebas de este tipo. No estaba ansioso por experimentar más, a cambio de un período de felicidad que podría resultar fugaz.

—Annabelle dijo algo más. —Kitty sonaba como si tuviera un nudo en la garganta.

—¿Me lo vas a decir o tengo que insistirte de nuevo? —bromeó Rory, aunque su propio tono lo inquietó.

Kitty miró fijamente a la niña que tenía en sus brazos.

—Ella sugirió que tal vez no necesitaría llevar a Sarah a Estados Unidos si... tú y yo nos casáramos.

Esa última palabra provocó un escalofrío en Rory. Insatisfecha con su falta de progreso en el cortejo de Kitty, Annabelle debió haber decidido tomar el asunto en sus propias manos. ¡Esa entrometida! Este fue el agradecimiento que recibió por ayudarla a rescatar a Jack de las garras de Madame Reynard.

—¿Qué opinas de su sugerencia? —Rory eligió sus palabras con más cuidado del habitual, recordando cómo una vez había ahuyentado a Kitty. Ahora la perspectiva de perder a Sarah y a ella lo alarmaba.

—No estoy segura qué pensar —confesó Kitty—. La idea parece muy sensata y completamente absurda al mismo tiempo.

Rory soltó el aliento que había estado conteniendo. Cualquiera de esas respuestas por sí sola le habría hecho sentir que debía argumentar a favor de la otra. La ambivalencia de Kitty los puso a ambos en la misma situación de desigualdad.

Él forzó una risa ante la contradicción que ella había planteado.

—Estoy totalmente de acuerdo. Considerado con una razón desapasionada, el matrimonio parece la solución obvia. No te verías obligada a emprender un viaje problemático a través del

Atlántico ni a soportar las dificultades de comenzar una vida, en un lugar nuevo, lejos de tus amigos.

La tensión de sus rasgos le indicó que a Kitty no le agradaba un plan tan drástico. Sarah escuchó, atenta y solemne, como si entendiera cada palabra, aunque Rory esperaba que no fuera así.

—Nuestra hija tendría un buen hogar con sus dos padres naturales —continuó—, así como con otras personas cercanas de nuestro círculo íntimo. Cualquier chisme sería leve y pronto se olvidaría. El escándalo se alimenta de la novedad y hace tiempo que la sociedad ha pasado a chismes más recientes, desde que Sarah apareció en la puerta de Jack.

—¿Estás seguro de eso? —Kitty se mordió el carnosos labio inferior.

De repente, Rory se encontró deseando poder recordar el sabor de sus labios. Si debía aceptar las consecuencias de su conducta, al menos merecía el consuelo de dulces recuerdos.

—Depende de esto —le aseguró—. He sido objeto de varios escándalos, a lo largo de los años. Ahora bien, apuesto a que no hay un alma en Londres que pueda recordar la mitad de los detalles. Cuanto más se acumulaban, ellos menos se daban cuenta. Si hubiera tenido una reputación intachable, o una posición más elevada en la sociedad, tal vez todo habría sido diferente.

—¿En serio? —Kitty parecía dudosa.

—Totalmente —insistió—. Si Jack hubiera heredado el condado de su desdichado tío, antes que descubrieran una bebé en su puerta, me temo que nunca lo habría superado.

Todo el color desapareció del rostro de Kitty.

—Nunca pensé que dejar a Sarah en la puerta de su casa podría dañar su reputación.

Su labio comenzó a temblar y Rory se preguntó cómo se sentiría calmar ese temblor vulnerable con la presión cálida y constante de sus labios. No del todo firme, corrigió su pensamiento descarriado y más que cálido.

—No te preocupes. —Él se acercó y le pasó la mano por el brazo en una caricia tranquilizadora. Si al menos la manga larga de su chaqueta no estorbara. Le hubiera gustado tocar su piel desnuda, incluso en una parte tan inocente de ella—. Los tres hemos causado tanto daño a nuestra reputación, a lo largo de varios años, por lo que una niña abandonada no significa nada.

Rory sabía que eso no era del todo cierto. En la ciudad se había especulado mucho sobre la paternidad de Sarah. ¿Algún miembro del club Boothby había apostado a que él era el padre? No necesitaba aumentar el arrepentimiento de Kitty, diciéndoselo.

—Usted presenta argumentos muy sólidos a favor del matrimonio. —Kitty no se inmutó ante su toque, pero su brazo se tensó—. Ahora dime, ¿por qué crees que es una idea absurda?

En ese momento, Rory no podía pensar en nada que superara la perspectiva de despertarse cada mañana con un espectáculo de tanta belleza.

Antes que pronunciara algún discurso sentimental del que seguramente se arrepentiría, Sarah acudió en su ayuda.

—¡Park! —gritó, agitando los brazos hacia el lago Serpentine—. ¡Pato!

—Creo que te refieres a los cisnes —la corrigió Rory—. Son más grandes que los patos, tienen el cuello muy largo y un aspecto mucho más majestuoso.

—Pato, pato —insistió la niña, agitándose y retorciéndose.

Por un momento, pareció que ella iba a escaparse de los brazos de Kitty.

—Ya es suficiente, jovencita. —Rory intentó adoptar el tono de autoridad paternal de Jack con resultados indiferentes. Sin embargo, a menudo, era él quien la incitaba y no el que intentaba

contenerla.

Ahora hizo un esfuerzo por agarrarla por debajo de los brazos.

Sarah parecía pensar que todo era un juego.

—¡Wo-wii, Kii-kii, pato! —Ella soltó la mayor parte de su vocabulario, en lo que era casi una oración.

Se movía y se retorció como un pequeño gusano regordete, lo que hacía que a Rory le resultara endiabladamente difícil sujetarla adecuadamente.

Encontró sus manos apretadas entre la niña, que se movía traviesamente, y varias partes intrigantes de Kitty. Su sombrero salió volando. Su mejilla rozó con la de ella. Una ola de calor lo recorrió. Su corazón y su respiración se aceleraron, compitiendo para ver cuál podría superar al otro.

Rory le gritó al conductor que detuviera el carruaje, antes de quedar en ridículo. Quizás ya era demasiado tarde.

—Puedes dejarla ir —le aseguró a Kitty, casi sin aliento—. La tengo.

Le entregó la niña sin dudarle y se reclinó en el asiento. Ajustándose el sombrero, colocó en su lugar mechones sueltos de su rico cabello oscuro. Su rostro, que había estado pálido hace solo un momento, ahora tenía un color muy intenso.

—Cálmate, diablilla —le ordenó Rory a Sarah con toda la firmeza que pudo reunir—. Puedo ver que no tendremos paz hasta que te llevemos a ver los patos... eh, cisnes.

La niña pareció comprender que estaba a punto de conseguir lo que quería. Dejó de retorcerse y sus gritos se calmaron hasta convertirse en un suave balbuceo sobre aves acuáticas.

Rory salió del carruaje. Cargó a Sarah sobre su hombro y caminó hacia el agua.

Kitty corrió tras ellos.

—¿Es seguro tenerla tan alto? ¿Voy a buscar tu sombrero?

—Ella simplemente dejará de hacerlo otra vez, ¿no es así, Sarah? Prometo que está bastante segura en esta posición. Le gusta estar en lo alto, desde donde pueda tener una buena vista.

Caminaron por la orilla del río, viendo a los cisnes deslizarse de un lado a otro con majestuosa gracia. Rory señaló varios grupos, comentando sus tamaños, contando sus números, e hizo cualquier cosa que lo distrajera de pensamientos inquietantes sobre su reciente contacto con Kitty.

¿Cómo no recordar el encuentro mucho más íntimo con ella que había resultado en el nacimiento de Sarah? ¿Había suficiente bebida fuerte en los sótanos de Beckwith Abbey para borrar de su mente esa noche?

Ese era un poderoso incentivo para el matrimonio que no había mencionado: la oportunidad de hacer el amor con Kitty de una manera no sancionada por la sociedad, e incluso bendecida por las autoridades. Aunque no recordaba su primer apareamiento, sabía que no pudo haber sido placentero para ella. Ahora, anhelaba la oportunidad de enmendarse de la manera más deliciosa posible.

Capítulo siete

Rory había sonado sorprendentemente serio y racional al enumerar todas las razones por las que deberían casarse, Kitty reflexionó, mientras conducían de regreso a Bruton Street desde Hyde Park. ¿Podría hacer lo mismo a la hora de exponer sus argumentos en contra del matrimonio?

Una bandada de nubes oscuras había llegado, mientras observaban a los cisnes. Una lluvia de gotas los envió corriendo de regreso al carruaje. Ahora la lluvia caía constantemente, amenazando con un aguacero aún más fuerte. Acurrucada bajo el capó de cuero del carruaje con Rory y su hija, Kitty sintió lástima por su pobre conductor, expuesto a los elementos.

Rory mantuvo una animada charla con Sarah sobre el parque y los cisnes. ¿Había olvidado la pregunta que ella le había hecho, antes que la bebé comenzara a retorcerse tan violentamente? ¿O estaba fingiendo hacerlo para no tener que responder?

Si fuera lo último, podría entenderlo. Los argumentos a favor del matrimonio eran juicios reflexivos que surgían de la mente. Las opiniones contrarias se basaban en sentimientos mudos, que surgían de lo más profundo del corazón. Al menos, lo eran en su caso. A Rory le gustaba fingir que no tenía ni quería sentimientos profundos sobre nada.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de Jack, la lluvia golpeaba el suelo con tanta fuerza que cada gota rebotaba nuevamente.

—Aquí. —Rory se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros a Kitty—. Esto debería evitar que Sarah y tú se empapen por completo.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Kitty, aunque apreció su gesto considerado.

—Puedo ponerme una camisa seca con bastante facilidad. —Rory levantó la voz para acallar el aguacero—. Pero, toda tu ropa está en tu alojamiento.

Él salió del vehículo y la ayudó a bajar. Afortunadamente, Sarah permaneció en silencio, mientras Kitty la llevaba al interior. Se detuvieron en la entrada. Rory se quitó el sombrero y luego las dejó sin el abrigo que las rodeaba y protegía.

—Eso parece haber funcionado. —Echó un vistazo a Kitty y a su hija, mientras sacudía la prenda empapada.

Kitty sujetó firmemente a Sarah, por si empezaba a retorcerse de nuevo. Como eso la dejó incapaz de quitarse el sombrero mojado, Rory soltó las cintas y se lo quitó. Había algo intensamente íntimo en que él le quitara prendas de su ropa, incluso si solo era ropa exterior.

No se parecía en nada a la manera apresurada y descuidada con la que una vez le había levantado el camisón para alcanzar las partes de ella que quería acariciar. Aunque su acoplamiento apresurado y sin palabras, en la hora más oscura de la noche, no fue un recuerdo agradable, aún así, este provocó un fuego carnal que recorrió a Kitty, dejándole las rodillas débiles.

Rory dejó su sombrero en la estrecha mesa de la entrada normalmente reservada para cartas y tarjetas de visita.

—La lluvia te ha rizado el pelo. —Para demostrarlo, le pasó los dedos por sus mechones húmedos—. En realidad, te queda bastante bien.

El lino mojado de sus amplias mangas de camisa se pegaba a sus brazos firmemente musculosos. Un chaleco a rayas impedía que los contornos de su pecho mostraran una exhibición tan provocativa. Pero eso no impidió que Kitty recordara la fricción de su torso desnudo contra sus pechos.

Solo el más decidido instinto maternal le impidió dejar caer a su pequeña hija al suelo.

—¡Ahí están! —Annabelle corrió hacia ellos—. ¿Están completamente ahogados?

Aunque Sarah había estado contenta, en los brazos de Kitty, durante la mayor parte de su salida, ahora que vio a Annabelle, la niña se acercó a ella.

—Mamá. Park pato.

Kitty le entregó su hija a Annabelle con una mezcla de pesar y alivio.

—¿Ahogados? No del todo gracias al caballeroso préstamo de su abrigo por parte de Rory.

Annabelle asintió con aprobación.

—Puede ser sorprendentemente reflexivo en caso de apuros. Ahora, entra y tómate una buena taza de té para entrar en calor.

—Debo ir a cambiarme de ropa primero. —Rory se sacudió las gotas de lluvia del pelo de una manera que a Kitty le recordó a un perro lobo, que había pertenecido al viejo Lord Carlow—. De lo contrario, dejaré charcos por toda tu sala de estar.

—Evita eso por cualquier medio. —Annabelle lo despidió con un gesto y luego se fue con la bebé en brazos, claramente esperando que Kitty la siguiera.

—Debes quedarte a pasar la noche —ella expresó, mientras llamaba a uno de los sirvientes—. No puedo enviarte de regreso a tu alojamiento con este mal tiempo.

Kitty intentó objetar, pero fue interrumpida por la llegada de la niñera de Sarah, quien se llevó a la bebé para cambiarle la ropa y tal vez tomar una siesta.

—Pero, debes hacerlo —insistió Annabelle, cuando Polly y la bebé se fueron—. Sarah necesita acostumbrarse a tenerte cerca a todas horas. Podrías acostarla y ayudar a Polly con ella por la mañana.

—Conoces los mejores argumentos para persuadirme. —Kitty comprobó que sus faldas estuvieran razonablemente secas, antes de sentarse en el sofá—. ¿Estás segura que esto no será una imposición demasiado grande?

—Ninguna en absoluto. —Annabelle se sentó junto a Kitty—. Fue muy amable por parte de Rory prestarte su abrigo. Los vestidos de muselina son demasiado reveladores cuando se mojan. Recuerdo la primera vez que Jack y yo bañamos a Sarah...

Ella sacudió la cabeza y se rió para sí misma.

—Cuando terminamos, era una competencia sobre quién de nosotros obtenía la visión más intrigante del otro.

Kitty se sonrojó y empezó a reírse también. Era reconfortante saber que ella no era la única que albergaba esos pensamientos.

—Qué lástima que Rory llevara chaleco. —Annabelle le lanzó a su invitada una mirada traviesa que las hizo reír aún más.

—¿Qué es todo esto? —Rory entró, luciendo casualmente bien arreglado, con el cabello mojado peinado hacia atrás—. Ustedes dos están hablando de mí otra vez, ¿no? ¿O han cambiado de opinión sobre la conspiración de la pólvora?

—¿Qué tonterías estás diciendo ahora? —Annabelle parecía desconcertada.

—Te lo diré más tarde. —Kitty no pudo reprimir una sonrisa. Había olvidado lo agradable que podía ser intercambiar chismes inofensivos con una amiga, o compartir chistes privados, como alguna vez lo habían hecho Mary Fitzwalter y ella.

—Por supuesto que estábamos hablando de ti. —Le hizo una mueca imprudente a Rory—. Annabelle te felicitó por tu hermoso chaleco.

Annabelle se llevó los dedos a los labios, pero no pudo contener una oleada de alegría.

Aunque esto parecía sospechoso, Rory pareció decidir no seguir con sus investigaciones.

—También le estaba diciendo a Kitty que no debía pensar en volver a salir con este clima tan miserable. Ayúdame a persuadirla para que se quede a pasar la noche. —Annabelle hizo todo lo posible por dominar su alegría.

Por un momento, Rory pareció como si lo hubieran golpeado con un hacha.

¿Estaba pensando en la última vez que pasó la noche con él? Se preguntó Kitty. Quizás había empezado a recordar más sobre su aventura, en la fiesta, en casa de Lady Killoran.

¿Se arrepintió más amargamente que nunca, ahora que sus amigos intentaban obligarlo a casarse con ella?

* * *

¿Podría confiar en sí mismo, pasando una noche, bajo el mismo techo que Kitty Delany?

Por un momento, después de escuchar que Annabelle la había invitado a quedarse, Rory se quedó estupefacto, ante una sensación de lo más desconocida. Hasta hace poco no habría pensado en tenerla tan cerca. Pero cuanto más tiempo pasaban juntos, más intensa crecía la consciencia física de ella. Y deseaba más poder recordar su noche juntos.

—¿Rory? —Annabelle interrumpió su conversación—. No estás siendo de mucha ayuda. Usa tu célebre encanto para convencer a Kitty que debe quedarse.

¿Cómo había logrado meterse en la cama de Kitty, si estaba demasiado borracho para recordarlo? La pregunta lo atormentó como un sutil picor.

Intentó quitársela de la cabeza.

—Por supuesto que debes aceptar la invitación de Annabelle. Tan solo así no me sentiría como una grosella espinosa con los recién casados. Cuando empiecen a cansarse y arrullar, tendré a alguien con quien pueda conversar con sensatez.

Rory descartó el comentario como una de sus habituales bromas irónicas sobre la naturaleza aburrida de la felicidad conyugal. Sin embargo, temía que le resultara demasiado fácil dirigirse a Kitty del mismo modo que oía a menudo a Jack hablar con Annabelle.

—¿Estás diciendo que necesitas que vaya a rescatarte? —La astuta sonrisa de Kitty sugería que se estaba divirtiendo a su costa.

Por diversas razones, a Rory le resultaba imposible resentirse por sus burlas. En primer lugar, porque admiraba su ingenio, un rasgo que no sabía que poseía. En segundo lugar, había algo peligrosamente atractivo en su sonrisa traviesa, que le recordaba a la de su hija.

—Supongo que sí. —En cambio, él la animó—. Aunque no soy alguien que exige ojo por ojo, te recordaré que una vez vine a rescatarte.

Sus bromas no tuvieron el efecto que Rory esperaba.

El aire de encantadora ligereza de Kitty se volvió solemne.

—Así lo hiciste, en más de una ocasión.

Al principio, no estaba seguro de lo que ella quería decir, pero no quiso revelar su ignorancia al preguntar.

—Siento que hay una historia allí —ratificó Annabelle—. Con Rory interpretando al héroe. Aludiste a un horrible incidente con tu hermanastro. ¿Cuál fue el otro?

—Durante la rebelión —respondió Kitty sin dudar—. Hombres con picas y antorchas descendieron sobre Delmeda. Mamá y yo estábamos aterrorizadas que quemaran la casa hasta los cimientos y nos asesinaran... o algo peor...

Rory sacudió la cabeza, mostrando su propia diversión desinflada.

—No te habrían hecho daño. Esos hombres estaban justamente agraviados y entusiasmados, con la esperanza de lograr un cambio.

—Deja que Kitty lo cuente. —Annabelle le indicó que se mordiera la lengua—. ¡Estás arruinando la emoción!

—¡No hubo nada emocionante en la rebelión! —gruñó Rory, pero una mirada aguda de Annabelle le impidió decir más.

—Quizás no nos habrían hecho daño. —Kitty parecía dudosa—. Pero, debo admitir que nos dieron motivos de alarma.

Él asintió de mala gana.

—Más... es una lástima, pobres tontos.

Kitty y su familia habían salido de la rebelión sin nada peor que un susto. Muchos de los rebeldes habían pagado con sus vidas sus acciones imprudentes. Y Rory se había visto obligado a hacerles pagar.

—Rory dirigió a un grupo de soldados en nuestra ayuda —continuó Kitty—, los rebeldes los superaban en número, pero de alguna manera Rory los convenció que se fueran sin disparar un solo tiro.

—¡Por mi palabra! —La mirada de Annabelle brillaba con la admiración que normalmente reservaba para Jack—. Eso es mucho más heroico que luchar y matar. ¡Bien hecho, Rory!

Él frunció el ceño, aunque sabía que debería estar contento.

—Solo estaba cumpliendo con mi deber y tratando de evitar el mayor derramamiento de sangre inútil posible. ¡Ojalá hubiera tenido un éxito mayor!

Si todas sus experiencias, durante esa miserable rebelión, hubieran sido como su defensa de Delmeda, tal vez no se sentiría perseguido por ellas todos estos años después.

Annabelle ignoró su amargo arrebató y dirigió su atención a Kitty.

—Ahí lo tienes. Difícilmente puedes rechazar al pobre hombre, luego de lo que hizo por ti.

¿Annabelle se escuchó a sí misma? Rory hizo una mueca. Kitty no le debía nada. Después de lo que le había hecho, cualquier deuda entre ellos era enteramente suya.

Antes que la señora de la casa pudiera decir algo más en ese sentido, el sonido de la puerta principal abriéndose llegó desde la entrada. Seguidamente, vinieron unos violentos golpes con los pies y una serie de maldiciones murmuradas.

—¡Mi pobre Jack! —Annabelle saltó del sofá y salió corriendo. Pronto vinieron sonidos de una afectuosa bienvenida y un cariñoso alboroto.

Rory caminó hacia la ventana, ajustándose la corbata, mientras caminaba. Se sentía como si Kitty y él estuvieran escuchando a escondidas algo muy privado entre la otra pareja. Nunca había envidiado tanto a Jack.

—Lamento haber sacado a relucir el tema de Irlanda. No me di cuenta que te resultara tan desagradable. —Kitty se aclaró la garganta.

—¿Irlanda? ¡No! —Rory exclamó más severamente de lo que pretendía—. Me encantaba Irlanda. No podía soportar dejar mi país. ¡Durante años deseé volver, pero cuando lo hice, sentí que estaba tratando de protegerlo con una mano y destruirlo con la otra!

Antes que pudiera detenerse, él pronunció unas palabras, que nunca le había dicho a nadie más. Se agitaron sentimientos que nunca había expresado adecuadamente con palabras porque no había nadie a quien pudiera decírselo. Hablar de ello le produjo una aguda punzada de angustia, seguida de una inesperada sensación de alivio.

Aunque no esperaba que Kitty lo entendiera, le estaba agradecido por haberlo impulsado a hablar y estar ahí para escucharlo.

—Estaba ansiosa por volver a Irlanda —reflexionó Kitty—, a pesar de tener que dejar a Sarah atrás. Pero ya no me sentía como el lugar que dejé.

—Yo sé lo que quieres decir. —Rory ocupó el lugar de Annabelle en el sofá—. Nada era exactamente como lo recordaba. Cuando me imagino algo de mis primeros años, todo es de un verde brillante y dorado por el sol.

—¿Incluso yo? —Kitty se rió entre dientes.

En ese momento, los brotes primaverales parecieron florecer en su corazón, mientras los rayos del sol brillaban en el rocío de la mañana.

—Tú sobre todo, señora diablilla. Verde brillante como un duende.

—¿Recuerdas las historias que solías contarnos? —El tono de Kitty era tan dulce y alegre que sonaba casi como música—. ¿Sobre los duendes, los “pookas” y los “banshees” que se lamentan?

—Cada uno de estas. —Él había oído muchas de esas historias de boca de su padre. Posteriormente, les había pedido más a los sirvientes.

Kitty y Mary eran las únicas niñas que parecían sentir curiosidad por las viejas leyendas. A menudo, ellas se habían preguntado si solo fingían ese interés para acompañarlo. A él le complació saber que la fascinación de Kitty había sido genuina.

—Mi niñera se enojó mucho, después que nos hablaste de Sluagh, el ladrón de almas. —Kitty negó con la cabeza—. Apenas dormí durante una semana después, aterrorizada que Sluagh viniera a buscarme.

—Fue tu propia culpa. —Rory se deleitó con una cascada de recuerdos felices, que borraron los dolorosos—. Siempre te regañabas por escuchar las historias más aterradoras.

En ese momento, Kitty le recordaba a la reina de las hadas, tan pequeña, esbelta y exquisitamente hermosa.

—Así que lo hice. —Ella se sonrojó y soltó una risita tímida—. Porque a veces, si me asustaba lo suficiente, me rodeabas con tus brazos y me hacías sentir segura otra vez.

¿A ella le había gustado tanto eso, incluso entonces? ¿Era por eso que le había dado la bienvenida a su cama, ante el menor estímulo? Rory intentó descartar la euforia que inundaba su corazón, a punto de estallar.

No sabía qué responder, así que dirigió la conversación en una dirección ligeramente diferente.

—Hablar contigo de los viejos tiempos me hace sentir más como en casa, que cuando viajé de regreso a Irlanda.

Kitty tomó su mano y la estrechó suavemente por un momento. Sus ojos brillaron con magia de hadas.

—Ese es el cumplido más hermoso que jamás me hayas hecho.

—Entonces, he sido negligente.

Había encantado y seducido a muchas mujeres, a lo largo de los años. Había sido un juego estimulante y divertido, cuyo resultado nunca estuvo en duda. Esto se sintió completamente diferente, nuevo e impredecible.

¿Será que después de todo este tiempo, él estaba haciendo algo en lo que no creía?

Capítulo ocho

¿Rory Fitzwalter tenía alguna idea del poderoso encantamiento que podía lanzar con esos fascinantes ojos verdes?

Mientras Kitty los miraba, oleadas de frío y calor la recorrieron. Su corazón se negaba a latir con su habitual pulso constante. En lugar de eso, pareció bailar con un ritmo vertiginoso al compás de la voz de Rory. Se había visto a sí misma en muchos espejos a lo largo de los años, pero ninguno de estos le había presentado un reflejo, que mostrara la mitad de lo hermoso que eran aquellos estanques de color esmeralda.

¿Había algo que él pudiera pedirle en ese momento, y que ella no le diera o hiciera sin pensarlo dos veces?

Sus ojos parecieron agrandarse, invitándola a perderse en sus verdes profundidades. Con un sobresalto, Kitty se dio cuenta que él se estaba acercando. ¿Tenía intención de abrazarla como lo hacía cuando eran niños? ¿O se juntaría con ella, como un hombre lo hace con una mujer, y le pediría un beso?

Sintió que el más mínimo movimiento de su parte podría hacer que Rory retrocediera o se desviara. Si eso sucediera, no sabía cómo lo soportaría. Así que se quedó muy quieta, sin atreverse a parpadear ni a respirar más que pequeños sorbos de aire.

Después de una eternidad de anticipación, sus labios hicieron contacto con los de ella y sus ojos se cerraron, para saborear mejor su beso con sus otros sentidos.

Los sonidos apagados de la casa pasaron a un segundo plano, dejando únicamente el rápido y errático latido de su pulso y las veloces ráfagas de su respiración. ¿Por qué él se sentía sin aliento, como si hubiera subido corriendo las escaleras, cuando apenas había movido un músculo?

Su beso tenía un sabor sabroso con un olor tentador, que ella no pudo identificar, pero que disfrutó muchísimo. Era bastante diferente al que había probado la noche en que Sarah había sido concebida: una fuerte mezcla de cítricos y licores, sin duda por todo el ponche que había consumido. Este beso era más que diferente a los anteriores. Este fue suave, casi vacilante, como si no estuviera segura de cómo sería recibido. Mientras que el otro había estado hambriento y posesivo.

En aquel momento, ella había intentado convencerse a sí misma que los disfrutaba. Esta vez no fue necesaria la persuasión. Se sentía como si fuera realmente su primer beso.

Kitty se entregó apasionadamente en ese instante, deseando que el mismo nunca terminara. Pero apenas habían comenzado, cuando los sonidos apagados provenientes de la entrada se hicieron más fuertes. Pasos y voces se acercaron.

Rory y ella apenas tuvieron tiempo de separarse y tratar de recomponerse, cuando Annabelle y Jack entraron a la habitación. Sin embargo, Jack parecía como si hubiera caído en el Támesis y salido de nuevo.

Si los Warwick sospecharon lo que habían interrumpido, no dieron ninguna indicación.

—Señorita Delany —expresó Jack—. Mi esposa me dice que la ha invitado a pasar la noche y debo insistir en que acepte. El clima es bestial y deberíamos disfrutar de la oportunidad de conocernos mejor. Además, Sarah es una niña encantadora, capta gran parte de nuestra atención cuando está despierta.

—Me pregunto cómo se te ocurrió eso —Rory bromeó.

Cuando las risas disminuyeron, Kitty agradeció a los Warwick por su hospitalidad y accedió a pasar la noche.

—¡Excelente! —Jack asintió con aprobación—. Si me disculpan, debo ir a cambiarme y ponerme ropa seca antes de mojar la alfombra.

Annabelle sonrió.

—Mientras tanto, iré a decirle al señor Godfrey que prepare otro lugar para cenar.

Después que se fueron, Kitty descubrió que no podía volver a mirar a Rory a los ojos. ¿Qué pasaría si él expresara arrepentimiento por haberla besado, o intentara fingir que no había pasado nada? Recordó la amarga humillación que la había envuelto durante el desayuno en Beckwith Abbey, en la mañana después de haberse acostado con Rory. Obviamente, no podía soportar volver a sentirse así.

Cierto destello de un movimiento llamó su atención. La mano de Rory avanzaba, poco a poco, sobre el sofá hacia la de ella: su dedo índice y medio caminaban como dos pequeñas piernas.

A pesar de todo, aquella visión hizo sonreír a Kitty.

Ese fue todo el estímulo que Rory necesitó para tomar su mano con firmeza y calidez.

—Bueno, bueno —murmuró. Una risa silenciosa pareció bailar bajo sus palabras—. ¿Aún consideras que el matrimonio entre nosotros es una idea tan absurda?

Una parte de ella se emocionó ante la pregunta, mientras que otra exhaló un silencioso suspiro de alivio, ya que él no había hecho ninguna de las cosas que ella temía. No obstante, una tercera emoción la agarró por el cuello, inesperada y mucho más poderosa que las otras dos.

Sacudiendo su mano, como si fuera una esposa a punto de cerrarse alrededor de su muñeca, Kitty se puso de pie de un salto y caminó hacia una silla cercana. Ella tomó una posición defensiva detrás de él.

—¿Ese beso fue parte de tu campaña para persuadirme a casarme contigo, como desea Annabelle? ¡Supongo que después de la forma imprudente en que me comporté en la fiesta de Navidad de Lady Killoran, pensaste que caería en tus manos como una ciruela madura!

—¡Nada de eso! —Rory se paró, aunque esa mirada decidida debió haberle advertido que no se acercara a ella—. Estaba disfrutando de nuestra conversación sobre Irlanda. Desde que me fui, nunca he tenido un alma con quien pudiera hablar de esto. Jack y Gabriel nunca han estado allí y mi hermano se considera completamente inglés.

—¿Qué pasa con Mary? —preguntó, aunque sospechaba que él solo intentaba distraerla.

Rory se estremeció, cuando mencionó a su hermana.

—Ella nunca ocultó su añoranza por Irlanda, mientras yo fingía que eso no me importaba. Me resistía a sacar el tema por miedo a que pudiera angustiarla aún más.

Todo eso parecía plausible. Sin embargo, Kitty no se atrevía a bajar la guardia.

Cuando ella permaneció en silencio, Rory volvió con su discurso.

—No tenía intención de besarte en ese momento. No sé qué me impulsó a hacerlo, no lo sé con certeza... Tengo muchos defectos, soy impulsivo e irresponsable... No tomo casi nada en serio... mi moral no es la que debería ser. Lo que no soy y nunca he sido es calcular...

Esto también tenía un tono de verdad, incluso más de lo que había dicho antes.

—No. —La voz de Kitty se suavizó—. No eres calculador. He conocido a varias personas en mi vida, como mi hermanastro que es uno de los peores, pero nunca te he visto comportarte de esa manera.

—Bueno, gracias. —Respiró con cierto alivio.

Casi pudo ver cómo la tensión indignada desaparecía de él. ¿Realmente le importaba tanto la opinión que ella tenía sobre su persona?

—Ambos sabemos lo que Annabelle quiere —continuó Rory—, pero, tú y yo tenemos nuestras propias opiniones al respecto. Si bien admitimos que hay varias razones sólidas para casarnos, también sentimos que la idea es...

—Absurda. —Kitty proporcionó la palabra que él parecía estar buscando—. ¿Qué te hace sentir así?

Por un momento, ella pensó que tal vez él no respondería o lanzaría alguna broma graciosa para evadir su pregunta.

Pero sus rasgos se tensaron de nuevo y su mirada verde se quedó vacía, como si mirara hacia adentro, en busca de una respuesta, la cual pudiera satisfacer tanto sus propias preguntas como las de ella.

—Quizás tengo miedo de decepcionarte. Cualquier mujer que me haya conocido te advertiría que soy un pésimo esposo.

—No todas las mujeres. —Kitty apenas podía hacer que su voz pasara de un susurro.

Su habitual sonrisa autocrítica regresó.

—Si no estás de acuerdo con la mayoría, me temo que eres demasiado parcial.

—Quizás —admitió—. Aunque sospecho que esas mismas mujeres habrían predicho que serías un padre, aún peor.

—Indudablemente...

—¡Y se habrían equivocado! —Esa voz de Kitty sonó con convicción—. Puedes intentar negarlo o reírte de ello, pero en el fondo debes saber que es verdad. Sarah te adora y creo que harías cualquier cosa por ella. ¿Qué mejor medida de un padre hay?

Los ojos de Rory se abrieron un poco, como si lo que ella había dicho lo sorprendiera. Aunque, nuevamente, parecía que miraba hacia dentro de sí mismo.

Él asintió lentamente, casi de mala gana.

—Creo que haría cualquier cosa por ella.

Tal vez su confirmación debería haber complacido a Kitty, pero no fue así.

—¿Incluso casarte con una mujer que no amas?

* * *

¿Incluso casarte con una mujer que no amas? Esa pregunta atormentó a Rory por el resto de la tarde y durante la noche.

—¿Incluso casarte con una mujer que no amas?

Quizás fue mejor que Kitty él hubieran sido interrumpidos por el regreso de los Warwick, antes que él pudiera darle una respuesta. ¿Qué clase de respuesta frívola podría haber soltado para disimular su confusión? ¿Y cómo habría reaccionado Kitty?

Esa furiosa respuesta a su pregunta, después de su beso, insinuó vulnerabilidades que él nunca había sospechado. Acaso, ¿podría culparla? Su vida no había sido más fácil que la de él, probablemente más difícil en muchos sentidos.

Había un viejo dicho sobre un “hijastro pelirrojo”. Aunque Kitty tenía el pelo oscuro, todavía era muy diferente de la familia con la que se había casado su madre: la descendencia de un actor y una actriz de ascendencia común y sin fortuna. Su padrastro la adoraba, pero la mayoría de los demás, en su círculo social, consideraban que Kitty era incluso más intrusa que su madre y la trataban en consecuencia con su desprecio.

¿Era de extrañar que él se hubiera apegado a su hermana, y también que ella lo admiraba a él porque toleraba su compañía la mayor parte del tiempo? Luego, él se aprovechó de esa admiración para utilizarla del mismo modo que algunos nobles se aprovechaban de las bonitas

doncellas. Lamentablemente, su comportamiento posterior debió confirmar, en su mente, que él no la tenía más en consideración que cualquiera de los desdeñosos vecinos de su infancia.

Esas reflexiones se desarrollaron gradualmente, a lo largo de la noche, mientras cenaban con los Warwick y luego jugaban a las cartas. Para esto último, Rory obtuvo un permiso especial de Annabelle, a quien le había prometido no volver a jugar nunca más.

—Un partido amistoso de whist o loo por la noche, no es lo mismo que esas ruinosas jornadas nocturnas en tu club —ella declaró.

Rory había pensado que los juegos de cartas podrían proporcionarle una agradable diversión, como lo habían hecho durante tantos años en el pasado. En cambio, se encontró demasiado distraído por la cercanía de Kitty y las preguntas incómodas que ella le había planteado, como para concentrarse en lo que se suponía que debía estar haciendo.

Después de una mano particularmente mala, Jack tiró sus cartas con disgusto. Annabelle no necesitaba más pruebas que él había cumplido su promesa de abandonar las mesas de apuestas.

—Creo que he olvidado todo lo que sabías sobre los juegos.

De alguna manera, Rory logró decir una broma irónica que hizo reír a los demás, aunque sus pensamientos todavía estaban concentrados en Kitty.

No tuvo oportunidad de hablar con ella en privado durante el resto de esa noche. Aunque durmió mal, a la mañana siguiente, se arrastró fuera de la cama, cuando escuchó a Annabelle llamar a Kitty para que asistiera al baño matutino de Sarah.

—¡Te ves vil! —Annabelle lo saludó alegremente, cuando él entró en la guardería—. ¿Te escapaste a tu club anoche, después que el resto de nosotros nos jubiléramos?

Él le hizo una mueca.

—Quiero que sepas que ni una yunta de caballos salvajes podrían sacarme de mi cama, a esa hora, si hubiera estado de juerga. Pensé que sería divertido ver qué travesuras hace la pequeña mona, a primera hora de la mañana.

La sonrisa encantada de Sarah al verlo, en un momento tan inesperado, fue recompensa suficiente por sus esfuerzos, aunque Rory habría cometido crímenes atroces con tal de conseguir una taza de café.

—Wo-wii. Kii-kii —la bebé chilló, tendiendo sus brazos.

Kitty pareció abrumada por la entusiasta bienvenida de su hija.

—Buenos días a ti, querida. —Parpadeando para contener las lágrimas, le dio un beso en la mejilla a Sarah, cuando Polly se la entregó.

—¡Wo-wii! —La niña extendió una mano hacia él, mientras agarraba la tela del corpiño de Kitty con su pequeño puño. Estaba claro que no estaría satisfecha con la atención de solo uno de sus admiradores, cuando podría tener a ambos.

Cuando Rory se acercó lo suficiente, la bebé agarró un puñado de su corbata y lo atrajo con sorprendente fuerza hacia ella... y Kitty.

Lo siguiente que él supo fue que estaban presionados, uno contra el otro, como las cortezas de una empanada de Cornualles, con Sarah apretujada entre ellos. Para evitar que todos cayeran al suelo, Rory apoyó los pies y abrazó a Kitty. Su cercanía y su olor lo invadieron, como si se hubiera bebido una botella entera de brandy fuerte con el estómago vacío. Anhelaba besarla de nuevo, con mucho más vigor que el que había ejercido la noche anterior.

Mientras tanto, Sarah chilló de alegría, pensando claramente que se trataba de algún juego nuevo inventado para su diversión.

Detrás de él, Rory escuchó a Annabelle llamar a Polly para hablar afuera. No podía decidir si bendecir a las mujeres o maldecirlas por quitarle un refuerzo a su debilitado autocontrol.

Afortunadamente, o tal vez no, Kitty y él todavía tenían con ellos a una acompañante mucho más eficaz.

Sarah tiró de sus prendas.

—Wo-wii. Kii-kii. Pata.

Rehaciendo su temblorosa compostura, Rory soltó a Kitty y luego le quitó la corbata de las manos de Sarah.

—Entonces, ¿así es como es? Solo estás feliz de vernos porque esperas que te llevemos de excursión. Temo que hoy te llevará una decepción, porque todavía llueve.

—Así es. —Kitty se acercó a la ventana de la habitación de los niños y meció a la bebé en brazos—. ¿Lo ves? Lluvia... Húmedo... Hace un tiempo estupendo para los patos, pero me temo que no para nosotros.

Rory hizo una mueca, porque sabía lo que se avecinaba.

—¡Pato! —Sarah aprovechó una palabra que entendió—. Un pato, un pato, pata.

Kitty hizo un gesto frío cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

Rory captó su mirada, sonrió y se encogió de hombros. Claramente, tendrían que presentar un frente unido contra las insistentes demandas de la niña.

—Hablando de mojada. —Él tiró del dobladillo de su camisón hacia arriba y hacia abajo, haciéndola reír—. Creo que alguien necesita que le cambien la ropa y no soy yo.

Miró la corbata muy arrugada.

—Quizás sí, pero no porque estés mojada.

Cuando Kitty soltó una carcajada, una embriagadora sensación de satisfacción burbujeó en su interior. Tal vez no pudiera compensar el dolor que le había causado. Quizás él no pudiera cuidarla como ella se merecía. Pero si él pudiera alegrar su corazón de vez en cuando, hacer que una sonrisa o un trino de risa apareciera en sus labios, no le habría fallado por completo.

—¿Asumiremos nuestros roles habituales para realizar la tarea? —preguntó Kitty.

—Por todos los medios. —Rory se llevó la mano con hoyuelos de Sarah a los labios, como si quisiera besarla y en su lugar le sopló una frambuesa en la palma.

Ella chilló y se rió.

—No tengo ninguna duda que podrías entretener a la jovencita, si cambiáramos de lugar —dijo Rory—. Pero el desastre que haría con su ropa interior no sería motivo de risa.

Mientras Kitty cambiaba el pañal de Sarah y él distraía a la niña, fingiendo robarle la nariz, Rory abordó el tema que había ocupado su mente durante tantas horas.

—¿Estás segura que el amor es tan esencial para un matrimonio exitoso?

Antes que Kitty pudiera dar una respuesta, que se sintiera obligada a defender, él se apresuró a seguir adelante.

—Sé que Jack y Annabelle tienen ese sentimiento en un grado exasperante, al igual que otras parejas que conocemos. Pero personas como mi hermano y su esposa tienen alianzas sólidas y estables sin excesos de sentimentalismo.

Kitty no contestó de inmediato, pero persistió en su tarea como si requiriera toda la concentración que pudiera reunir.

Tentado como estaba de contrarrestar su silencio con argumentos más persuasivos, Rory se mordió la lengua. Seguramente, sería bueno que ella no replicara demasiado rápido, pero se tomó el tiempo para reflexionar sobre lo que había dicho.

Después de lo que pareció ser un tiempo muy largo, pero que no pudo haber sido más que unos pocos minutos, Kitty terminó de doblar y colocar la ropa interior de Sarah, alrededor de sus pequeñas piernas regordetas y su trasero. Tomó a la niña en sus brazos y se encontró con la

mirada de Rory.

Sus ojos azules brillaron con pensamientos y un profundo sentimiento.

—Viví lo suficiente en Beckwith Abbey para saber que lo que dices sobre el conde y la condesa, ¡es verdad! También conozco parejas que comenzaron su matrimonio con el apego más apasionado solo para que el mismo se desvaneciera o se agriara, y se convirtiera en una hostilidad igualmente intensa.

—¡Exacto! Así es... —Rory apuñaló su dedo índice hacia ella para darle énfasis—. ¿Supongo que ahora sí estamos de acuerdo?

Sin embargo, él no estaba preparado para la conmoción y la consternación que lo invadieron, cuando Kitty negó lentamente con la cabeza.

—No puedo responder de lo que otras personas quieren del matrimonio o de lo que les satisfará. Solo me conozco a mí misma. Creo en el amor verdadero con todo mi corazón. Sé que no podría ser feliz en una unión en la que mi amor no fuera correspondido en igual medida.

Sus palabras golpearon a Rory como unas balas de mosquete.

Su primera reacción fue que cualquier esperanza de matrimonio entre ellos estaba condenada al fracaso. Hasta hacía poco no había creído en el amor verdadero, pero sus amigos le habían demostrado que tal cosa existía. Al igual que Kitty, solo podía hablar por sí mismo. No era un sentimiento del que fuera capaz... ¿o sí?

Entonces, le llamó la atención otra parte de su declaración. Acaso, ¿quiso Kitty querer sugerir que se preocupaba por él de una manera tan absorbente?

Capítulo nueve

¿Qué la había poseído para admitir que todavía estaba tontamente enamorada de Rory Fitzwalter, después de todos estos años, y de la forma en que él la había tratado?

Él se estremeció ante su vergonzosa confesión, como si ella le hubiera disparado. Sus ojos verdes traicionaban una maraña de emociones encontradas, ninguna de ellas alentadora.

Kitty se dijo a sí misma, que no esperaba nada diferente. Sabía que él no la amaba ni podía amarla. Rory se lo había dicho, él mismo, durante la noche en que murió su hermana. Y en los agotadores meses transcurridos, desde entonces, ella había hecho todo lo que estaba en su poder para erradicar sus sentimientos por él. Pensó que lo había logrado, pero estaba claro que eran mucho más profundos de lo que pensaba. Deberían serlo, ya que fue necesario poco más que presenciar su vínculo con su hija, y un solo beso para volverlo a añorar nuevamente.

Sin embargo, algo más le había sucedido durante los últimos meses.

Ella había aprendido a defenderse a sí misma y a su hija porque sabía que nadie más lo haría. Rory había acudido a rescatarla en el pasado, pero no porque se preocupara por ella. Ahora sus sentimientos por el hombre lo convertían en una fuente de peligro. Había demostrado con qué facilidad podía despertar su afecto y jugar con él. Quería que Sarah tuviera un padre amoroso, pero no a costa de sentir más angustia de la que ya había sufrido a manos de Rory.

—Debemos poner fin a esta tontería. —Aferrándose con fuerza a su hija, pasó junto a él y abrió la puerta de la guardería.

Annabelle y Polly estaban al final del pasillo. Puede que las dos mujeres no hubieran estado escuchando su conversación con Rory, pero claramente tampoco habían estado hablando entre ellas.

—Sarah parece mucho más cómoda conmigo. —Kitty hizo saltar a la bebé contenta en sus brazos para demostrarlo—. Creo que ha llegado el momento que ella se quede conmigo y venga aquí de visita. Polly, me encantaría que siguieras siendo la niñera de Sarah, si estás de acuerdo.

—Yo... gracias señora. —La chica parecía tan furtiva como si Annabelle y ella hubieran sido sorprendidas allanando una casa—. Yo... tendré que pensar en ello, si no le importa.

—No lo creo. —Kitty se sintió más decidida que desde que llegó a Bruton Street—. Siempre que tomes tu decisión dentro de quince días. Y debes considerar si estarías dispuesta a venir con nosotras a los Estados Unidos.

—¿América? —Polly no parecía ansiosa por construir un nuevo hogar al otro lado del océano—. Lo pensaré y le daré mi respuesta pronto, señora.

—¿América? —Annabelle repitió en tono lastimoso—. Oh, Kitty, todavía no estarás pensando en irte tan lejos, ¿verdad? Esperaba que reconsideraras la idea.

Kitty negó con la cabeza. No quería que Annabelle supiera lo cerca que había estado de lograr eso.

—Mi plan de ir a los Estados Unidos solo fue pospuesto, nunca abandonado.

—Te agradezco que me hayas hecho ver lo malo que sería llevarte a Sarah sin darnos la oportunidad de volver a conocernos. —Presionó su mejilla contra la suave cabeza de la niña—. Has sido más que amable al recibirme en tu casa.

—Pero, Rory y tú... —Annabelle dejó el resto sin decir nada.

Tal vez sintiendo la corriente subyacente de tensión, Sarah comenzó a quejarse. Cuando Polly extendió los brazos en una invitación silenciosa, Kitty le entregó la bebé. La niñera rápidamente

se la llevó escaleras abajo.

—Sé que crees que el matrimonio sería la solución a todas nuestras dificultades. —Kitty sintió la presencia de Rory detrás de ella, pero mantuvo su atención fija en Annabelle—. Lo hemos hablado y estamos de acuerdo en que tal curso probablemente crearía a largo plazo más dificultades de las que resolvería.

—¡Mira! —protestó Rory—. ¡No dije tal cosa!

¿Estaba solo tratando de apaciguar a Annabelle? La señora no parecía contenta con él.

Kitty resistió el impulso de voltear y mirarlo. No quería engañarse al ver algo en su mirada que no estaba allí.

—¿Niegas haberme dicho que el matrimonio entre nosotros era una idea absurda?

Annabelle parecía lista para estrangular a Rory.

—¡Tú lo dijiste primero! —farfulló—. Yo creo...

—Quizás, pero estuviste de acuerdo.

Kitty sabía que se vería obligado a admitirlo. El hombre tenía sus defectos, pero no era calculador ni mentiroso. Si lo fuera, podría haber afirmado que la amaba, sin importar cuáles fueran sus verdaderos sentimientos.

Antes que Rory pudiera responder, unos pasos apresurados en las escaleras atrajeron todas sus miradas hacia el rellano.

Apareció Jack Warwick, con sus hermosos rasgos arrugados en una expresión preocupada. Una mano apretaba una hoja de papel arrugada. Kitty se preguntó si él habría mirado en su dirección, después de leer la nota que le había dejado a Sarah, ese fatídico día del invierno pasado.

—¡Jack! —gritó su esposa—. ¿Qué pasa, querido?

Le acercó la carta como si no pudiera soportar sostenerla.

—¡El tío Knightlow ha sufrido una fuerte convulsión! No se espera que viva por más...

Aunque Kitty no conocía al caballero, podría haberles dicho que tal vez ya estuviera muerto. Un destino similar le había sucedido a su padrastro, sin dejarle tiempo para arreglar sus asuntos ni asegurarse que ella recibiera la herencia que le correspondía.

Annabelle leyó la carta.

—Debemos acudir a él de inmediato. Nos trató mal a ambos, pero si está en su lecho de muerte, quizás quiera reconciliarse por fin.

—Justo lo que estaba pensando —respondió Jack—. Por el bien de Frederick, debemos darle toda la tranquilidad que podamos, antes de su final.

Annabelle asintió.

—Empaca algo de ropa —le pidió Jack a su esposa—. Iré a hacer los demás preparativos para nuestro viaje.

Un instante después, él desapareció sin ningún indicio que hubiera notado a Kitty y Rory.

Por un momento, Annabelle vaciló, como si no pudiera decidir qué hacer a continuación.

—Lo siento mucho —murmuró Kitty—. ¿Hay alguna forma en que pueda ayudar?

La pregunta pareció liberar a Annabelle de su parálisis. Voló hacia Kitty y le tomó la mano.

—No podemos arrastrar a Sarah hasta Worcester en cualquier momento. ¿Puedo convencerte que te quedes aquí, mientras no estamos? Sé que Polly y los sirvientes pueden cuidarla excelentemente, pero me sentiría más tranquila, sabiendo que tú también estás aquí.

¿La triste noticia de Jack había hecho que Annabelle olvidara que Kitty había querido quedarse con la bebé?

—Por supuesto. —Ella asintió ella sin dudarle. Después de la amabilidad que le habían

mostrado, Kitty no quería angustiar más a los Warwick, en un momento como este.

Además, ese sería otro paso gradual para preparar a Sarah para vivir con ella. La niña todavía estaría en su entorno familiar, pero sin la presencia de sus queridos padres adoptivos.

Kitty luchó por dominar una punzada de culpa, cuando Annabelle le agradeció varias veces, antes de salir corriendo a hacer las maletas.

—Yo digo. —Rory dejó escapar un largo suspiro—. Nunca se sabe qué malas noticias traerá el día.

—No les envidio el viaje, especialmente si resulta en vano. —Kitty asintió de manera ausente.

—Ni yo —manifestó Rory—. Es bueno que Jack y Annabelle estén dispuestos a reconciliarse con Lord Knightlow, después de la forma en que los trató.

Ella volteó hacia él.

—¿Por qué se comportaría de esa manera? Ambos son muy amables y agradables. No puedo entender por qué alguien querría ser cruel con ellos.

En el instante en que ella habló, una bola de vergüenza cayó en la boca de su estómago. Los Warwick le habían mostrado una bondad infinita, pero ella les causaría un gran dolor al llevarse lejos a la niña, que ellos amaban tanto.

—El conde desaprobó el matrimonio de su hijo con Annabelle —explicó Rory—. Repudió a Lord Southam, quien luego se vio obligado a prestar servicio activo en el ejército para ganarse la vida. Southam fue asesinado en la frontera con España, de lo que el conde culpó a Annabelle.

—¿Si alguien tuvo la culpa, debería decir que fue él! —La indignación de Kitty reflejó lo que escuchó en la voz de Rory.

—Estoy muy de acuerdo. —Él asintió enfáticamente.

—¿Qué pasa con Jack? —preguntó Kitty—. Si soy demasiado curiosa, dime que me ocupe de mis propios asuntos.

—Yo tampoco estoy seguro de todos los detalles —replicó Rory—. Hubo un escándalo que involucra a la madre de Jack. Oí que se fugó con el hombre que mató a su marido en un duelo. Después de eso, Jack fue criado por su tío, quien lo trataba como a la oveja negra de la familia.

Una vez más, la injusticia de la situación irritó a Kitty. Lo que sus padres habían hecho no era culpa de Jack, pero él había sufrido por su comportamiento.

—Los escándalos causan innumerables problemas —ella reflexionó—. Incluso para la próxima generación.

—A veces. —Rory estuvo parcialmente de acuerdo—. Más a menudo para las mujeres involucradas. Los pecadillos de un hombre se olvidan más rápidamente. Es muy injusto, pero me temo que así es el mundo.

Él tenía razón en ambos aspectos. Kitty pensó de esta manera, mientras bajaban las escaleras para reunirse con Polly y Sarah. Por eso, debía proteger los secretos de su pasado y asegurarse que no arruinaran el futuro de su querida hija.

* * *

Jack y Annabelle iban camino a Worcester tan rápidamente, lo cual hizo que la cabeza de Rory diera vueltas.

Justo antes de irse, Annabelle lo llamó aparte para hablar brevemente.

—Aprovecha este tiempo para cambiar la opinión de Kitty acerca de casarse contigo. Si lo consigues, será el único buen favor que nos haya hecho Lord Knightlow.

—Está decidida —él protestó—. Kitty no me aceptará y no puedo culparla. ¿Qué mujer en su sano juicio lo haría?

—Según recuerdo, un gran número de mujeres te han deseado, y ellas han estado dispuestas a pagar bien por el privilegio de construir su vida contigo.

—De manera temporal. —Rory no se hacía ilusiones sobre sus relaciones del pasado—. Como una diversión agradable, un acompañante razonablemente decorativo y una fuente de placer y adulación. Incluso estoy consciente que esas no son las cualidades que una dama busca en un marido.

—Quizás no —admitió Annabelle de mala gana—. Sin embargo, Kitty te ha cuidado durante mucho tiempo, del mismo modo que yo cuidé a Jack.

—Una fantasía juvenil que quedó atrás hace mucho tiempo —él insistió.

—No mucho —le recordó Annabelle—. Hace solo dos años, ella estaba dispuesta a arriesgar su reputación por una noche contigo.

No podía negarlo. Tampoco podía olvidar lo que Kitty le había dicho en la guardería esa misma mañana.

—Haré todo lo posible para persuadirla —prometió, sabiendo que Annabelle no aceptaría otra respuesta. No le dijo que consideraba las posibilidades en contra como abismales.

Después de la apresurada partida de los Warwick, la primera parte del día transcurrió lentamente, mientras Rory y Kitty intentaban entretener a Sarah, al estar confinados en la casa. En todo momento, Rory temía que la niña se diera cuenta de la ausencia de Jack y Annabelle, y se volviera inconsolable. Cuando Polly acostó a Sarah para que durmiera la siesta, Rory y Kitty se desplomaron en un par de sillones.

—Imagínate mantener eso, durante semanas y semanas, en la cabina de un barco. —Rory se estremeció exageradamente.

Quizás no necesitaba convencer a Kitty que casarse con él era una perspectiva tan atractiva, solo que era menos desagradable que la otra alternativa.

—Tienes un punto. —Ella lanzó un suspiro—. No estoy segura qué haré si Polly se niega a venir a los Estados Unidos con nosotras.

—No te envidio. —Rory le lanzó una mirada.

Los delicados rasgos de la dama estaban tensos, en una expresión ansiosa, y su cabello oscuro estaba alborotado por jugar con la bebé. Aún así, ella era fácilmente la mujer más hermosa que podía imaginar.

—Sin embargo —él continuó—, me preocuparé por Sarah y por ti, en cada momento de cada hora, hasta que sepa que están a salvo al otro lado del océano y bien asentadas.

No obstante, Rory temía que su bienestar ocupara sus pensamientos.

Se quedaron en silencio durante un rato, mientras él contemplaba un futuro sombrío y la tarea imposible que Annabelle le había encomendado. Cuando ya no pudo soportar los desagradables sentimientos que le provocaban sus reflexiones, Rory buscó una distracción.

—Mientras Sarah duerme la siesta, ¿qué te parece si vamos a tu alojamiento y busquemos suficientes pertenencias para una estadía más larga?

Kitty consideró su sugerencia y luego asintió.

—Tarde o temprano habrá que hacerlo y este es un momento tan bueno como cualquier otro.

Mientras se ponía la bata, el gorro y los guantes, Rory ordenó que prepararan el carruaje de Jack para ellos.

—Su cochero se ha ido a Worcester con Jack y Annabelle —él se disculpó, mientras ayudaba a Kitty a subir al carruaje—. Me temo que tendrás que soportar mi forma de conducir. Antes que te niegues, déjame asegurarte que soy mucho más cuidadoso con las riendas que en las mesas de apuestas.

—Ciertamente, espero que sea así. —Aunque parecía inquieta, Kitty le dio la dirección de su alojamiento y se sentó en el asiento del carruaje.

Desde que había conducido por primera vez un carruaje en Irlanda, Rory nunca había ido tan despacio o con tanta precaución, como lo hizo en el corto viaje hasta su destino. Quería mostrarle a Kitty que no siempre era salvaje e imprudente, especialmente cuando se trataba de su bienestar.

Esperó con toda la paciencia que pudo a que ella empacara lo que necesitaba, luego llevó sus maletas al vehículo y las guardó de forma segura, como si fuera su sirviente más servicial. Últimamente, ellos habían hablado mucho, pero sin alterar significativamente la opinión que Kitty tenía de él. Tal vez, él necesitaba demostrarle a ella y a sí mismo que, después de todo, podía tener las cualidades para ser un buen marido y un padre tolerable.

Regresó a Bruton Street, a un ritmo tan tranquilo como al que había empleado en el viaje de ida. Luego, recogió las maletas y ordenó a una de las criadas que ayudara a Kitty a instalarse.

Sarah se despertó de su siesta poco después que regresaron. Como dejó de llover, Kitty y él cedieron a las súplicas de la niña de llevarla al “Park”.

—Ya he conducido suficiente por un día —le informó Rory solemnemente—. Debes conformarte con un paseo hasta Berkeley Square, que desafortunadamente tiene escasez de aves acuáticas. Tendrás que contentarte con observar las palomas.

Kitty y Rory intercambiaron sonrisas furtivas, en su esfuerzo por no decir la palabra “agacharse”.

De camino al parque, ellos especularon si el viaje de Jack y Annabelle a Worcester valdría la pena.

—Eso espero por el bien de ambos —destacó Rory—. El viejo cascarrabias no merece su paciencia, después de la manera en que los trató, pero alguna forma de reconciliación podría tranquilizarlos.

Nunca había aprovechado esa oportunidad con su padrastro o su tía Gertrude, y ahora ya era demasiado tarde. Rory se preguntó si eso habría hecho alguna diferencia para él. No es que ninguno de ellos hubiera sido capaz de herirlo profundamente, ya que él no se preocupaba por ellos, más allá de un leve sentimiento de gratitud hacia su tía. Las únicas personas que poseían ese peligroso poder eran aquellas a las que amaba de verdad.

Descartando pensamientos tan sombríos, Rory hizo cabriolas ante Sarah, e hizo ruidos cómicos. Su risa contagiosa y sus pequeños discursos divertidos eran un antídoto tan potente para la melancolía como el buen humor, o el juego en las mesas de apuestas, sin consecuencias desagradables.

Habían dado varias vueltas por la plaza, cuando una señora mayor y su acompañante se detuvieron para admirar a Sarah.

—¡Qué criatura tan brillante y bonita es! —la mujer canturreó y fue recompensada con una sonrisa encantadora por parte del objeto de su admiración—. Tengo dos nietos, un poco mayores. ¡Cómo los adoro!

—Gracias por sus amables elogios —respondió Rory—. Sarah es muy partidaria de los halagos.

—¿No lo somos todos? —La señora se rió entre dientes y luego frunció el ceño—. ¿A qué lado de la familia se parece ella? Usted y su esposa son ambos morenos, pero su pequeña es muy rubia.

Parecía que Kitty hubiera caído en una emboscada. Sus ojos y su boca se abrieron, aunque no surgieron palabras.

A Rory también le había desconcertado la suposición de la extraña: que Kitty y él estaban

casados. Pero estaba mucho más acostumbrado a convencerse a sí mismo para salir de situaciones incómodas.

—Mi madre era rubia y mi cabello era mucho más claro cuando era niño.

Ambas afirmaciones eran perfectamente ciertas sin contradecir la creencia errónea de la dama.

—Esa es a menudo la manera —ella aclaró—. El cabello se oscurece a medida que envejecemos, y luego se blanquea cuando envejecemos. Bueno, no debemos retenerte. Buenos días, señorita Sarah.

Cuando las dos mujeres siguieron su camino, Kitty murmuró:

—Tenía miedo que se presentara y preguntara nuestros nombres. Me pregunto cómo lograste esquivar esa pregunta.

—Se me habría ocurrido algo —le aseguró—. Por lo general, es así.

Rory bajó la voz para que nadie más que Kitty y la bebé escucharan sus siguientes palabras.

—Si aceptaras casarte conmigo, no tendrías que temer las preguntas incómodas de extraños bien intencionados.

—De todos los argumentos a favor del matrimonio, este no es el más persuasivo. Ahora, deberíamos volver a casa, antes de encontrarnos con algún transeúnte más curioso. —Kitty resopló.

—Casa-wii —dijo Sarah—. Ciertamente, le encantó el sonido de esta nueva palabra y la repitió varias veces.

Luego respiró hondo y declaró:

—Wo-wii casa Kii-kii.

Kitty se sonrojó y frunció el ceño, pero Rory se rió entre dientes.

—¡Muy bien, Sarah! Sigue contándonos tus deseos al respecto. Quizás tengas más suerte que yo para persuadir a tu mamá.

Sarah soltó una carcajada y luego pronunció una frase infantil que le gustó aún más a ella.

—¡Wo-wii casa-ti pato!

Capítulo diez

¡Rory. Cásate con una pata! Eso era lo que Sarah trataba de pronunciar.

Kitty todavía sonreía para sus adentros por el escandaloso pronunciamiento de Sarah, cuando regresaron de su paseo. ¡A Rory le estaba bien merecido, animando a su hija a decir cosas que ella posiblemente no podría entender!

Parecía que Sarah podría haber heredado su talento para el ridículo. ¿Sería ella también tan ingeniosa?

Kitty quedó totalmente desprevenida, cuando la amable desconocida de Berkeley Square supuso que Rory y ella eran una pareja casada. Sin duda, la mayoría de las personas que los vieron paseando a la bebé creerían lo mismo. Si bien, esa idea le provocó a Kitty una punzada de vergüenza porque no era cierto, también encendió una inesperada chispa de euforia.

Atrapada entre esas emociones contradictorias, no había podido formar ni siquiera la respuesta más simple. Afortunadamente, Rory había acudido en su rescate, lanzando una respuesta sin esfuerzo, como si la pregunta fuera una que le hubieran hecho muchas veces. Una vez más, una parte de ella se había sentido satisfecha por ese fácil engaño sobre que estaban casados.

Se recordó a sí misma que Rory Fitzwalter era experto en decirles a las mujeres lo que querían oír, animándolas a creer cualquier fantasía color de rosa, que pudieran concebir acerca de él.

—¿Dónde planeas pasar las noches hasta que los Warwick regresen a casa? —preguntó abruptamente.

Se había agachado para sacar a Sarah de su pequeño carruaje, pero la pregunta de Kitty le hizo sobresaltarse y levantarse sin la niña.

—Aquí, por supuesto. ¿Dónde más me quedaría?

Una nota de irritación en su voz provocó una respuesta en la de Kitty.

—Se me ocurren muchísimos lugares. La casa de tu hermano. Tu club. Quizás con alguna de esas mujeres que te han mantenido.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, a Kitty se le apretó el pecho y la garganta. La conocida inclinación de Rory por las viudas ricas demostró que era incapaz de cuidar de una mujer, excluyendo a todas las demás.

—Resulta que no tengo una de esas, en este momento —él respondió con indiferencia casual, como si tales arreglos no estuvieran fuera de lo común—. La casa de mi hermano estará cerrada hasta el comienzo de la temporada, y temo que quedarme en mi club suponga una tentación demasiado grande para volver a caer en hábitos, que he estado haciendo todo lo posible por romper.

Kitty no pudo evitar aprobar su prudencia a ese respecto. Ella trató de reprimir una oleada de satisfacción por el hecho que él no tuviera una amante en ese momento.

—Entonces ve a visitar a un amigo —sugirió, tratando de no parecer desesperada.

—Jack Warwick es mi amigo. —Rory levantó a Sarah, que había empezado a quejarse—. También lo es Gabriel Stanford, pero ahora vive con su familia en Surrey. Son mis únicos amigos que realmente merecen el título. El resto son conocidos, algunos más simpáticos que otros, pero ninguno dispuesto a complacerme hasta tal punto.

De alguna manera, su admisión casual despertó la simpatía de Kitty. Se armó de valor contra esa emoción vulnerable.

—En ese caso, supongo que tendrás que alquilar una habitación en una posada.

—No haré nada por el estilo. —Rory frunció el ceño—. ¿Por qué debería? Jack y Annabelle me invitaron a quedarme con ellos y no me pidieron que me fuera.

Kitty examinó la calle y las casas circundantes para ver si alguien podía estar escuchando su conversación. Aunque parecía que no, ella todavía bajó la voz.

—Estoy segura que Annabelle lo habría hecho si ella y su marido no hubieran tenido tanta prisa por escapar. ¿No ves cómo será que nos quedemos los dos en la misma casa, mientras nuestros anfitriones están fuera de la ciudad?

Teniendo en cuenta el tipo de vida que había llevado, tal vez Rory no pensaba mucho en las apariencias ni en proteger la reputación de una dama.

—¿Es eso lo que te preocupa? —Dio media vuelta y se dirigió a la casa con Sarah—. Debes saber que una casa entera, llena de acompañantes, no significará nada si un hombre y una mujer están decididos a disfrutar de la compañía del otro.

Atravesó la puerta, dejándola entreabierta detrás de él. Claramente, esperaba que ella lo siguiera, pero Kitty no se atrevió. Después de lo que acababa de decir, apenas podía soportar la idea de estar en la misma ciudad que Rory Fitzwalter, y mucho menos más cerca.

¿Cómo se atrevía a echarle en cara su transgresión, cuando era tanto suya, tal vez más? Después de todo, él fue quien lo sugirió.

Muy bien entonces. Si Rory se negaba a pasar la noche en otro lugar, ella lo haría.

Sin confiar en sí misma para mantener la compostura, si se enfrentaba a él, Kitty dio media vuelta y se fue por Bruton Street.

* * *

—Ciertamente, Kitty se está tomando su tiempo antes de entrar —Rory le murmuró a Sarah.

—¿Kii-kii? —La niña miró alrededor de la sala de estar con un ceño ansioso, que a Rory no le importó ver en su pequeño rostro.

—Nunca temas. —Le frotó la espalda en círculos, un gesto reconfortante que había aprendido de Annabelle—. Ella vendrá pronto. Mientras tanto, todavía tienes a tu bufón favorito de la corte.

Hizo una mueca y un ruido grosero, que normalmente hacía que la niña prorrumpiera en risitas deliciosas.

Esta vez falló. El labio inferior de Sarah tembló.

—¿Ki-kii?

La repentina ausencia de una dama familiar pareció recordarle a otra en la que no había notado antes.

—¿Mamá?

—¡Ah! —Un escalofrío de aprensión recorrió la espalda de Rory—. Me temo que pasará algún tiempo, antes que la vuelvas a ver. No sirve de nada tratar de explicarte a dónde se ha ido, porque eres demasiado joven para entenderlo.

Era considerablemente mayor que Sarah cuando su adorado padre y su hermana mayor se marcharon para siempre. Sin embargo, todavía él no lo había entendido.

—¡Kii-kii! ¡Mamá! —La niña la llamó, cada vez más agitada.

Ella no fue la única.

Rory había estado haciendo rebotar a Sarah suavemente en sus brazos, un movimiento que normalmente la calmaba. De repente, se dio cuenta que sus movimientos se habían vuelto más rápidos y discordantes, lo que tuvo el efecto contrario.

De nuevo, Sarah lloró por Kitty y Annabelle.

—Silencio ahora. —Rory trató de calmar sus movimientos y la sensación de agitación dentro

de ella, lo que solo angustiaría aún más a la niña.

Pero, eso fue inútil. Los llantos desolados de Sarah por sus seres queridos desaparecidos revivieron recuerdos largamente enterrados de un niño pequeño que deambulaba por los pasillos de Ballycross, llamando a su padre y a su hermana. ¿Cómo es posible que algo de hace tanto tiempo todavía tuviera el poder de destrozar su corazón?

—Kitty debe estar por ahí —intentó hablar en un tono juguetón, pero las palabras sonaron ansiosas—. Tal vez, ella quiera jugar al escondite y debemos buscarla. Kitty, ¿dónde estás?

La estratagema distrajo un poco a Sarah.

Intentó repetir su llamada.

—Kii-ii, ¿cómo?

A pesar de su agitación, Rory se rió entre dientes.

—Tu dicción deja mucho que desear, pero tu entonación es mejor. Intentaré otra vez. Kitty, ¿dónde estás?

Cuando llamó esta vez, volvió sobre sus pasos hasta la puerta solo para encontrarla todavía entreabierta y el carruaje vacío de Sarah parado junto al umbral.

Algo pequeño, pero pesado, pareció caer de la garganta de Rory hasta la boca de su vientre.

Por el bien de Sarah, se esforzó por disimular su inquietud.

—Parece que ella no está aquí. Miremos en tu cuarto de niña, ¿de acuerdo? Polly podría estar escondida allí también. Polly, ¿dónde estás?

Mientras la niña repetía “Po-ii, ¿cómo ao?”, Rory subió las escaleras más rápido de lo debido, mientras la cargaba.

—¡Oh, mira, encontramos a Polly! —exclamó mientras, entraban a la guardería.

Arrojó a la niña en brazos de su niñera.

—Es probable que Sarah necesite que la cambien y la alimenten. Debo salir un rato.

—Muy bien, señor —respondió Polly—. ¿Debería llevarla con la señorita Delany, después?

No tuvo tiempo de dar explicaciones, aunque hubiera sabido muy bien qué decir.

—Eso no será necesario.

Mientras se alejaba corriendo, escuchó a Sarah llamarlo. Esperaba, por su bien y el de Polly, que su abrupta partida no la molestara demasiado.

Revisó el dormitorio de Kitty, sin esperar encontrarla allí, lo cual resultó ser correcto. Al pie de las escaleras se encontró con Godfrey, a quien no lo había visto desde que salieron con Sarah.

—¡Haga que traigan el carruaje, por favor! —gritó Rory por encima del hombro, mientras se alejaba apresuradamente. Podía adivinar dónde podría haber ido Kitty y por qué.

Con un esfuerzo mayor del que había realizado en bastante tiempo, logró alcanzarla, antes que ella llegara a su alojamiento.

—¿Por qué huiste así... sin decírmelo? —jadeó, sacando un pañuelo para secarse la frente—. Me tenías preocupado... peor aún, molestaste a Sarah...

Por un instante, Kitty pareció arrepentida, luego su expresión se endureció.

—Esa fue la peor parte para ti, sin duda. Tuviste que lidiar con una bebé inquieta. No finjas que te importa lo suficiente como para preocuparte por mi seguridad, más de lo que te preocupas por mi reputación.

Rory sintió que estaban llamando la atención de los transeúntes. Eso no haría ningún bien a la reputación de Kitty.

—Por favor, ¿podemos hablar de esto en algún lugar más privado que la calle? Vuelve a casa y...

—¡Esa no es mi casa! —Ella chasqueó—. Tampoco es la tuya. Annabelle me pidió que me

quedara con Sarah, no contigo.

—Ella no me pidió que me fuera —él protestó—. ¿Y serías tan amable de bajar la voz? Una pelea en la calle hará más daño a tu reputación que... lo que te molesta. De hecho, eso me importa, y a ti más de lo que crees.

Algo que había dicho pareció sorprender a Kitty hasta hacerla callar, lo cual él agradeció.

Rory fulminó con la mirada a varias personas que estaban mirando, haciéndoles observar hacia otro lado y seguir adelante.

—Vuelve a Bruton Street —murmuró—. Hablaremos el asunto y, si insistes, buscaré otras opciones.

Quizás sería lo mejor, le aconsejó su conciencia. Después de todo, ¿podría confiar en sí mismo, si Kitty dormía en la habitación de al lado?

* * *

¿No confiaba en Rory o en sí misma? La conciencia de Kitty le exigió una respuesta, mientras luchaba para tomar una decisión.

En parte, se trataba de una cuestión de su reputación y del deseo de evitar mancharla más de lo que ya lo había hecho. Pero no podía negar un cierto deseo vengativo de castigar a Rory por la manera arrogante en que había hablado de su aventura en Beckwith Abbey.

Ninguna de esas razones era buena para molestar a su hija.

—Muy bien —respondió ella, sus labios apenas se movían—. Volveré contigo, pero solo por el bien de Sarah.

—Bien, porque esa es la única razón por la que vine a buscarte.

De alguna manera, las palabras de Rory no sonaron del todo sinceras.

Ambos dieron la vuelta y regresaron a la casa de Jack en un silencio hostil.

De vez en cuando Kitty le echaba un vistazo por el rabillo del ojo. Si tan solo supiera lo que él estaba pensando y sintiendo. ¿Se había preocupado por ella, aunque fuera un poco? ¿O fue todo por su hija? ¿Tenía la intención de cumplir su promesa de pasar la noche en otro lugar, si ella insistía, o estaba seguro de poder convencerla para que cambiara de opinión?

En ese último caso, ella se llevaría una sorpresa desagradable.

En el momento en que volvió a ver a Sarah, la hostilidad de Kitty se desvaneció.

La pequeña extendió sus brazos con hoyuelos hacia ella.

—Kii-kii, ¡cómo!

—¿Le ruego que me disculpes? —Kitty tomó a la niña en sus brazos y disfrutó la sensación de abrazarla de nuevo.

—Le dije que estábamos jugando al escondite —explicó Rory—. Esta es su frase más reciente, como el lorito. Tendré que guardar mi lengua alrededor de ella después de esto.

—Así lo harás. —Kitty estuvo de acuerdo.

—Wo-wii —dijo Sarah—. Biiien.

—¡Cielos! —suspiró Rory—. Creo que quiere jugar un poco más a su nuevo juego.

—¡Mo! —repitió Sarah, sin dejarles ninguna duda sobre sus deseos.

Los rasgos móviles de Rory se torcieron en una mueca de tristeza.

—Supongo que no hay ninguna esperanza que se canse de ese juego en el corto plazo.

Kitty intentó ocultar su diversión tras una expresión solemne, pero le resultó imposible. Por muy aburrido que pudiera resultar jugar, una y otra vez, el nuevo juego favorito de Sarah, al menos eso alivió la incomodidad entre Rory y ella por un tiempo.

En ese sentido, tuvo más éxito de lo que Kitty hubiera esperado. Polly y ella se turnaron con

Rory para esconderse, y uno de los otros tomaba la mano de Sarah, mientras ella caminaba y gritaba:

—¿Do-onde estás?

Cada vez que escuchaba la querida vocecita cecear esa pregunta, Kitty sentía que su ánimo se aligeraba un poco más. Ella sintió que lo mismo le pasaba a Rory.

Cuando a Rory le llegó el turno de ayudar a Sarah, a buscar a una de las mujeres, mantuvo una animada charla, que a menudo las hacía revelar sus escondites con carcajadas.

Por fin, Polly declaró que había llegado la hora de cenar con Sarah. Kitty y Rory se ofrecieron como voluntarios para ayudarla a bañarse y a acostarla después.

—Ahora, señor. —Polly clavó en Rory una mirada firme, como si fuera un niño pequeño en su cuarto de niños, en lugar de uno de los libertinos más notorios de Londres—. No debe continuar y darle cuerda, antes de acostarse. Si lo haces, te dejaré la tarea de ponerla a dormir.

—Por mi honor, Polly. —Levantó las manos en gesto de rendición—. Me comportaré lo mejor posible.

Con la excepción de un pequeño chapoteo durante el baño de Sarah, él cumplió su palabra. Luego, la sostuvo en su regazo y le recitó una larga y repetitiva historia sobre una anciana que intentaba volver a casa del mercado con un cerdo recién comprado. Escuchar la familiar canción verbal llevó a Kitty de regreso a la guardería de su propia infancia en Irlanda.

No pasó mucho tiempo, antes que Sarah bostezara, y sus párpados comenzaran a caer. Se acurrucó contra Rory, con la mejilla apoyada en su chaleco.

Siguiendo con la historia, él la miró. Su voz adquirió un tono de calidez tranquilizadora, como si cada palabra fuera un cariño.

Mientras observaba desde cerca, Kitty sintió un extraño y suave tirón en el corazón.

¿Sería correcto que ella se llevara a la hija de Rory a un océano de distancia? ¿Y sería justo para Sarah?

Si se quedaban en Inglaterra, su preciosa hija nunca sería aceptada en la sociedad. Pero, ¿sería mejor crecer sin la atención y el amor de un padre devoto? Contra todo pronóstico, eso era lo que Rory estaba demostrando ser.

—Creo que es hora de dejarla dormir, señor —susurró Kitty.

Rory asintió.

Cuando se levantó de la silla con Sarah en brazos, Kitty percibió un aire de desgana a la hora de separarse de la niña. La llevó a su catre, la bajó suavemente y después, le dio un suave beso en la mejilla.

—Buenas noches, mi amor —susurró.

Esas palabras y la tierna forma en que las pronunció le provocaron a Kitty una punzada de dolor. ¿Qué habría dado ella, alguna vez, por oírse decir eso de esa manera? ¿Y ese profundo anhelo quedó completamente en el pasado?

—Nie-nie —respondió Sarah en un murmullo somnoliento.

Después que Kitty besó a su hija y le dio las buenas noches, bajaron las escaleras.

Rory se desplomó en el primer sillón que encontró.

—Jugar y contar historias nunca fue tan agotador, cuando éramos jóvenes.

—No que yo recuerde. —Kitty se recostó en el sofá. Sentía como si todos sus huesos se hubieran convertido en sebo. No estaba segura de tener energía para poder cenar.

—Sé que prometí que iría a otro lugar esta noche, si lo deseabas. —Rory sonó como si fuera un gran esfuerzo poner sus pensamientos en palabras—. Pero, por esta noche, no me obligues, te lo ruego. No estoy a la altura del esfuerzo de encontrar un lugar donde quedarme.

Probablemente, terminaría durmiendo en la puerta de Jack, lo que provocaría rumores mucho peores, que si me quedara en la habitación de invitados, donde nadie me vería. Juro por todo lo que aprecio que tu virtud está a salvo conmigo. No podría portarme mal si tú no lo quisieras.

Kitty no tenía dudas que él estaba diciendo la verdad, porque ella sentía lo mismo. Rory estaba demasiado cansado para buscar otro alojamiento, y ella estaba demasiado fatigada para discutir.

—Supongo que esto poco importa —reflexionó en voz alta—. Ya no tengo miedo de perder mi virtud.

Esa idea nunca se le había ocurrido antes. Y la encontró extrañamente liberadora.

—Gracias a mí —Rory exhaló un suspiro—. Deberían azotarme por lo que te hice. Te merecías algo mucho mejor y todavía lo mereces.

—¿Lo merezco? —Ella sacudió su cabeza—. No estoy tan segura. No me obligaste a hacer nada en contra de mi voluntad. Te quería en mi cama esa noche, aunque era una gallina verde, que no entendía bien lo que eso implicaría. Te juro que no tenía intención de atraerte al matrimonio, quedando embarazada.

—Nunca supuse que lo harías.

Un silencio apacible cayó sobre ellos como un cálido manto. Kitty se preguntó si Rory se habría quedado dormido.

Ella susurró su nombre.

—¿Sí?

—Juraste por todo lo que amas. ¿Qué es eso exactamente? ¿O quién?

Rory vaciló. ¿Era porque él mismo no estaba seguro o porque no se atrevía a decírselo?

—Sarah, supongo —dijo al fin—. Mis amigos. Ciertos... recuerdos.

Antes que Kitty pudiera responder, añadió:

—Mereces que te aprecien, que te amen como deseas. La forma en que Jack ama a Annabelle y Gabriel ama a su Moira. No es culpa tuya que yo sea incapaz de sentir tal sentimiento.

Había algo singularmente íntimo en su confesión. Si el hombre se hubiera quitado todas las prendas del cuerpo, Kitty dudaba que pudiera sentirlo igual de desnudo.

—¿Incapaz? —ella susurró—. ¿O miedo?

Capítulo once

¿Incapaz de sentir un gran amor o miedo a ello?

Incluso la pregunta hizo que a Rory se le erizaran los pelos de punta, lo que podría haberle dado la respuesta, si hubiera podido soportar enfrentarla.

Él trató de ignorar la pregunta de Kitty.

—Supongo que el miedo podría dejar a uno incapaz. ¿Eso importa?

—Creo que sí. —Ella se negó a dejarlo ir tan fácilmente—. Decir que eres incapaz sugiere que te falta algo que no se puede corregir. El miedo es un obstáculo que se puede superar.

¿Por qué estaba hablando de un tema que normalmente hacía todo lo posible por evitar? ¿Estaba demasiado cansado para idear una distracción útil?

—Haces que parezca muy fácil.

—No es mi intención, porque sé muy bien que no es así. Pasé la mayor parte de mi vida temiendo una cosa u otra. No puedes imaginar lo difícil que fue para mí dejar a Sarah, e irme a Irlanda. Luego, más tarde, venir a Beckwith Abbey y exigir su devolución. —Kitty negó con la cabeza.

Rory reflexionó sobre sus palabras.

—Tienes razón. No puedo saberlo. Pero me imagino que debió ser muy difícil. ¿Cómo superaste tu miedo?

Sus finas cejas oscuras se fruncieron en una mirada de profunda concentración.

—No creo haberlo hecho. —Ella parecía tan sorprendida por esa admisión como Rory.

Quizás al darse cuenta de lo contradictorio que sonaba, intentó explicarlo.

—Realmente nunca perdí el miedo. Siempre estuvo conmigo. Pero no dejé que eso me impidiera hacer lo que tenía que hacer. Hubo momentos en que casi me venció, como el día que dejé a Sarah en la puerta de tu casa. Cada vez que lograba hacer algo que tenía miedo, la siguiente vez era más fácil... aunque solo un poco.

—Me inclino ante tu fortaleza —dijo Rory, y al darse cuenta que eso sonaba demasiado serio, bromeó—, al menos me inclinaría, si eso no me pusiera en peligro de caer de bruces.

Cuando Kitty respondió con una risa somnolienta, él no pudo satisfacer su habitual satisfacción, al aligerar el tono de su conversación.

Antes que pudiera pensar en qué más decir, apareció Godfrey y preguntó si les gustaría cenar.

Rory estuvo de acuerdo de buena gana. Quizás algo de alimento les restauraría la energía y el ánimo. También podría distraerlos de su conversación demasiado seria.

Sus esperanzas para la comida se vieron cumplidas. La mesa del comedor de los Warwick no era muy grande, pero estar sentados en extremos opuestos desalentaba la sensación de intimidad, que había prevalecido en la sala de estar. La presencia de un joven lacayo, esperando en la mesa, también contribuyó con esto.

Con poco esfuerzo, Rory logró producir un flujo constante de charla divertida, en la mesa, para aliviar cualquier incomodidad, que pudieran haber sentido al cenar sin Jack y Annabelle.

Cuando terminó la comida, Kitty se levantó y ahogó un bostezo.

—Creo que me retiraré temprano y dormiré bien por la noche para estar lista mañana. Dudo que Sarah ya se haya hartado de jugar al escondite.

—Probablemente, no. —Rory se encontró deseando envolverla en sus brazos, y quedarse profundamente dormido con su cabeza contra su pecho—. Creo que me serviré un poco del buen

brandy de Jack, antes de subir.

Aunque podría haberse acostado en una cama de clavos y haberse dormido, Rory pensó que era mejor fingir lo contrario. No quería que el sirviente, que estaba bajo las escaleras, contara historias sobre cómo Kitty y él habían subido juntos a la cama.

Después que ella se fue a pasar la noche, él se retiró a la sala de estar con su brandy, y luchó por permanecer despierto el tiempo suficiente para terminarlo. No estaba acostumbrado a estar sin compañía de algún tipo, por la noche, y encontraba eso tremendamente incómodo. Sin nadie con quien hablar y sin nada que hacer más que beber, no pudo evitar que sus pensamientos regresaran a su conversación anterior con Kitty. No era un lugar que le interesara volver a visitar, pero parecía tener pocas opciones, al respecto.

¿Podría ser cierto lo que ella había dicho? ¿Tenía la capacidad de amar si tuviera el coraje de intentarlo?

No fue el amor en sí lo que requería valor, susurró una voz desde lo más profundo de su mente. Era la amenaza de perder el objeto del amor. Había aprendido esa dura lección demasiado pronto, cuando su padre y su hermana murieron. Más tarde perdió a su madre y a su amada Irlanda. Luego, cuando creía que ya no tenía a nadie que perder, la joven vida de Mary se vio truncada, mucho antes de lo debido. Y se había visto obligado a presenciar la agonizante experiencia.

¿Era de extrañar que quisiera protegerse de sufrir más pérdidas similares? ¿Eso lo convertía en un hombre cobarde o prudente? Quizás cobardía era solo el nombre que los tontos valientes daban a aquellos con un sentido racional de autoconservación.

Kitty Delany no era tonta, excepto quizás cuando lo había puesto a él en un pedestal inmerecido. Y luego otra vez, cuando dejó que su ídolo de hojalata se abriera camino hasta su cama.

Cuando pensaba en todo lo que ella había hecho para darle a su hija una vida digna, Rory apenas podía sondear las profundidades de su admiración. Deseó habérselo dicho sin recurrir a una broma tonta. Ella merecía eso y mucho más de él.

Un rato más tarde, Rory se despertó y descubrió que las velas de la sala estaban apagadas y su mano todavía agarraba un vaso vacío. Aturdido, se acostó en la cama, pero cuando finalmente su cabeza descansó sobre la almohada no pudo dormir.

Los pensamientos sobre Kitty lo despertaron. Se imaginó sus dedos acariciando la seda oscura de su cabello, mientras la miraba a los ojos, que mostraban el azul de un profundo lago de montaña. No era difícil imaginarla como una princesa del pueblo mágico, que había llegado al reino terrenal, y no podía encontrar el camino de regreso a casa.

Si tuviera la oportunidad, ¿la ayudaría a regresar a sus propios dominios o encontraría algún medio para mantenerla con él para siempre?

* * *

—Gracias por tener piedad de mí y dejarme quedarme anoche —dijo Rory, al día siguiente, cuando Polly preparaba a Sarah para un paseo a Hyde Park—. Después de esta excursión, buscaré un sitio para pasar la noche, hasta que Jack y Annabelle regresen.

—No te preocupes por eso... Tenías razón, nadie se ha dado cuenta. Y si lo hicieran, ¿qué reputación tengo que perder? —Kitty replicó, negando con la cabeza.

Rory se estremeció, como si lo hubieran golpeado en lugar de ofrecerse a hacerle la vida más fácil.

—Esto es mi culpa y lo lamento más de lo que jamás sabrás. En el pasado, me comporté de

una manera que la gente respetable podría condenar. Pero, no me avergonzaba de ello porque mis costumbres derrochadoras no dañaban a nadie más que a mí mismo. Me avergüenzo muchísimo de cómo te traté. Mi borrachera no es excusa. Si soy capaz de comportarme, así cuando me excedo, entonces debo ser más moderado en el futuro.

Esta era la primera vez que Kitty lo escuchaba asumir la responsabilidad de su comportamiento imprudente.

—¡Impostor! —ella bromeó—. ¿Qué has hecho con Rory Fitzwalter?

Él sonrió, claramente tan sorprendido por sus bromas como ella por su disculpa.

—Lo ahogué en un tonel de vino, tal como se lo merecía.

Aunque se rió de su broma, Kitty no pudo reprimir una extraña punzada, ante el pensamiento.

—Si aún no está del todo muerto, te ruego que lo revivas. No es tan mal tipo como le gusta fingir y Sarah estaría inconsolable si perdiera al malo Rory.

Él se encogió de hombros con tristeza.

—Ella perderá a ese viejo sinvergüenza muy pronto, si te la llevas a los Estados Unidos.

La verdad de sus palabras se apoderó de Kitty como un peso aplastante. ¿Sería Sarah la única que estaría afligida por la pérdida de Rory?

—Entonces, tal vez necesite reconsiderar mis planes. —Las palabras salieron, antes que una parte más sensata y resuelta de ella pudiera reprimirlas.

—Si estás jugando conmigo por despecho, no puedo culparte —Rory aclaró.

—Nunca haría eso. No es por algo que te importe tanto. No puedo negar que la idea me aterroriza. —Kitty negó con la cabeza.

—Puedo entender eso —él murmuró.

—Como dije anoche, tener miedo no es una excusa suficiente para impedirme hacer lo que necesito.

La dificultad residía en decidir qué debía hacer por el bien de su hija. Había desafiado la ira de Lord Carlow para mantener a Sarah. La parte más difícil había sido dejar a su hija al cuidado de Rory y sus amigos, pero ahí la elección había sido más clara. Esta vez la decisión tuvo ventajas y desventajas para ambas partes. Tal vez, la razón desapasionada no era el mejor juez.

—Pensé mucho en lo que dijiste anoche. —El resplandor travieso desapareció de los ojos verdes de Rory, siendo reemplazado por un brillo de sincera sinceridad.

Cuando él dudó en decir más, Kitty resistió la tentación de incitarlo. En lugar de eso, se recordó a sí misma que debía tomar aire.

—Creo que puede que tengas razón al llamarme cobarde en lo que respecta al amor —él confesó con evidente disgusto.

—¡Nunca te llamé cobarde! —protestó Kitty—. Al menos, espero no haberlo hecho. Creo que es más fácil arriesgarse a sufrir lesiones físicas que un desamor. Los huesos y los músculos son más fuertes y sanan más rápido. Y es a veces que los corazones rotos pueden repararse...

Antes que ella pudiera terminar, Rory habló:

—Pero, a veces el dolor puede durar toda la vida. Puede parecer que desaparece por un tiempo hasta que algo te lo recuerda. Entonces, la herida se abre y es... agonía.

Había estado bromeando cuando le preguntó qué había hecho con el encantador, despreocupado y malvado Rory. Ahora Kitty intuyó que su broma tal vez no estuviera tan lejos de la verdad. Solo había visto a Rory una vez antes, la noche en que fue a la casa de su hermana para decirle que estaba en problemas y necesitaba su ayuda.

Entonces, ella lo había considerado completamente despiadado. Ahora sabía que él había estado desconsolado, demasiado adolorido para entender lo que ella estaba tratando de decirle.

Quizás en ese momento insoportable, él la había odiado porque ella estaba viva y Mary no.

Cualquiera que pueda sufrir tal tormento por seres queridos perdidos debe ser capaz de sentir una ternura muy profunda.

Lenta y silenciosamente, ella se acercó a él y le tomó la mano.

—Nunca haría nada que te hiciera sentir así.

La amplia boca de Rory se arqueó en una sonrisa de exquisita angustia.

—No hagas promesas que no puedas cumplir, preciosa Kitty. Lo mejor que puedes prometer es que nunca intentarás hacerme daño. Nunca tuve la intención de lastimarte, pero ambos sabemos que lo hice. Solo tú sabes... cuánto.

Era verdad, por supuesto. Por un momento, todo el dolor que él le había causado revivió con venganza y golpeó su corazón. Sus ojos ardieron con lágrimas no derramadas. Sin embargo, en ese dolor, Kitty sintió un inesperado bálsamo curativo.

Un impulso que no pudo entender ni resistir la hizo acercarse aún más a Rory, hasta que sus labios rozaron su oreja.

—¡Recompénsame!

Fue un murmullo tan suave, que parecía como si el pensamiento hubiera pasado directamente de la mente de ella a la de él. La forma que podría tomar esa reparación nunca fue expresada, ni siquiera en el pensamiento, solo era un anhelo de dolor en sus brazos y labios.

De alguna manera, eso también se comunicó a Rory.

Sus brazos la rodearon en un encantador círculo de calidez. Sus labios se cerraron sobre los de ella con una presión suave y constante. Aunque tenía muy poca experiencia en esas cosas, Kitty sabía que no eran el tipo de besos y abrazos destinados a inflamar la pasión. Estaban destinados a calmar el dolor, tranquilizar la soledad y aliviar las cargas.

Kitty esperaba que Rory pudiera recuperar algunas de las cosas que él le estaba dando. Entonces, tal vez descubriría que, si bien el amor puede herir, también puede curar.

* * *

Mientras conducía a Sarah y a su madre por Hyde Park esa tarde, Rory no podía dejar de pensar en el beso que él y Kitty habían compartido antes.

Desde que alcanzó la edad adulta, nunca le había faltado compañía femenina. Había besado y abrazado, acostándose con muchas mujeres. Aunque no tantas como sugería su reputación. Varias veces había experimentado la embriagadora excitación de enamorarse. Al igual que beber y apostar, eso le había proporcionado una diversión deliciosa. Pero después de un tiempo siempre se volvía rancio, posesivo o amargo. La inevitable separación que seguía lo había dejado irritado, inquieto, pero a menudo aliviado.

Ni una sola vez, en ninguna de esas relaciones, pudo recordar el tipo de beso que había experimentado con Kitty. Si lo hubiera hecho, Rory sabía sin lugar a dudas que lo habría recordado.

—¡Wo-wii! —Sarah exigió su atención en términos muy claros.

—A su servicio, mi imperiosa señorita —respondió con las bromas burlonas que ella esperaba de él, aunque sus pensamientos iban en una dirección completamente diferente.

—Va. Un pato. —Ella señaló en una dirección que no estaba ni cerca del Serpentine—. Ver un pato.

—Te diré lo que puedo ver. —Él le succionó el dedo, fingiendo morderlo, haciéndola gritar de risa—. Ahora que tienes algunas palabras a tus órdenes, todos estaremos a tus órdenes también.

—Mira un pato —repitió Sarah, tal vez sospechando que él intentaba distraerla.

—Muy bien. —Se encontró con la mirada de Kitty por encima de la cabeza de la niña e intercambió sonrisas indulgentes—. Aunque si quieres que esto suceda con frecuencia, necesitarás aprender su nombre correcto: cisne.

Aunque él pronunció la palabra lenta y cuidadosamente, Sarah no hizo ningún esfuerzo por imitarlo.

—Va un pato.

—Claramente, tienes una vena obstinada de una milla de ancho —la amonestó Rory con fingida severidad, lo que solo la hizo reír—. Solo el Cielo sabe dónde conseguiste eso.

—Lore uno na-ariz —contestó la niña.

Kitty puso los ojos en blanco.

—Jack y tú realmente deben tener cuidado con lo que digan a su alrededor, después de esto.

—En efecto. —Rory encontró un lugar cerca del lago Serpentine para atar el caballo—. Tendremos que reemplazar todas nuestras malas palabras con cisne, y tal vez ella pueda aprender a decirlas... Santo cisne... Hijo de cisne.... Ve el cisne...

Esto provocó que tanto Kitty como su hija se echaran a reír a carcajadas, que resonaron en el corazón de Rory como campanas repicando.

Cuando Kitty le entregó a Sarah, él la cargó sobre su hombro. Esta vez, Kitty no protestó. Ciertamente, ella sabía que la niña estaría a salvo con él.

—En Irlanda se cuentan viejas historias sobre cisnes, ¿sabes? —informó a Sarah, aunque no esperaba que ella lo entendiera.

Desde sus primeros días en Bruton Street, ella parecía fascinada por la cadencia de su voz. ¿Le había recordado su acento a su madre ausente?

—Así es —expresó Kitty—. Recuerdo que cuando mi niñera me habló de los hijos de Llyr, tenía miedo que mi hermanastro me convirtiera en cisne, como hizo su madrastra.

—Si hubiera tenido alguna magia a su disposición, sospecho que podría haberlo intentado. —Un calor feroz se encendió en la boca del estómago de Rory, mientras pensaba en el temor constante con el que ella debió haber vivido durante toda su infancia.

No era de extrañar que ella hubiera querido estar en Ballycross, siempre que fuera posible, un lugar donde debía sentirse más segura que en su propia casa. Cuando Mary y ella la acompañaban, ¿fue porque ella había confiado en él para protegerla de una amenaza que no podía confiar a nadie? Rory apenas podía imaginar cómo se debió haber sentido, cuando ese protector de confianza la traicionó y abandonó. No era de extrañar que no se atreviera a poner su fortuna, su hija y su felicidad futura, en manos de un hombre como él.

Kitty soltó una risita que sonó más amarga que alegre.

—Dudo que mi hermanastro se hubiera contentado con convertirme en algo tan hermoso como un cisne. Un cuervo, tal vez, a juego con mi pelo.

—¡Un pato, pato! ¡Mira un pato! —gritó Sarah, agitando los brazos hacia los cisnes que se deslizaban por el río.

Pasaron una hora agradable, observando las elegantes aves acuáticas y algunos barcos pequeños, lo que inspiró a Sarah a añadir una nueva palabra a su vocabulario.

—Un barco. —Señaló a uno que viajaba río abajo desde Kensington—. Ver un barco. ¡Ver barco!

—Quizás uno de estos días —respondió Kitty.

—¿Cuánto tiempo crees que durará su entusiasmo una vez que se haya iniciado el viaje? —Rory ajustó su agarre para sujetar a la niña con seguridad, mientras ella agitaba los brazos.

Se imaginó saludando desde el muelle de Plymouth o Southampton, mientras Kitty y Sarah

observaban desde la cubierta de un barco que partía. Una ola de desesperación lo invadió.

—Pensé que los barcos eran buenos hasta que hice mi primera travesía de Dublín a Liverpool. —Intentó adoptar su acostumbrado tono irónico, pero una nota melancólica se deslizó para traicionar sus verdaderos sentimientos.

—Mareado, ¿verdad? —Kitty se rió de todos modos.

Él asintió.

La tripulación lo había llamado “verde en las branquias”.

En verdad, él había estado más desconsolado que mareado, al dejar atrás el único hogar que conocía.

Buscando una distracción de ese doloroso recuerdo, miró a su alrededor y notó la cabaña del guardián.

—¿Vamos a la pastelería para tomar un refrigerio, antes de regresar a casa? —él sugirió.

Kitty estuvo de acuerdo.

Al principio, Sarah no estaba contenta con la idea, hasta que Rory le compró una taza de leche fresca para beber. Kitty y él le dieron pequeños bocados de sus pasteles de queso, lo que la impulsó a exigir cada vez más.

—Polly no estará contenta con nosotros, si le estropeamos la cena. —Kitty usó el pañuelo de Rory para limpiar la cara de la niña.

—Prometo guardar silencio al respecto, si así lo deseas. Además, ¿qué es la vida sin un pequeño capricho de vez en cuando? —Él sonrió

—Pastel —dijo Sarah—. Pastel Moe.

—Demasiado para eso. —Rory negó con la cabeza—. Ningún secreto estará a salvo de Polly con esta pequeña informante, deseosa de lucirse.

Sarah se rió entre dientes, como si supiera exactamente a qué se refería.

Después de eso, ellos se dirigieron a la casa.

Bruton Street no era su hogar ni el de Kitty, reflexionó Rory. Ninguno de los dos había tenido una casa adecuada desde hacía mucho tiempo. Desde que Sarah y ellos se habían reunido bajo el techo de Jack, él sintió algo parecido a lo que había dejado atrás, en su primer viaje desde Irlanda. No estaba seguro de poder soportarlo si Kitty se llevaba a Sarah.

Pero, ¿cuánto peor podría ser si se permitiera apegarse aún más a ellas solo para que le sobreviniera la tragedia?

Godfrey los estaba esperando cuando regresaron.

Le entregó una carta a Rory.

—Para usted, señor... de Worcester.

Kitty le pasó a Sarah a su niñera.

—No son malas noticias, espero...

Rory desdobló la carta y comenzó a leerla, mientras se dirigía a la sala de estar.

—Supongo que eso depende de tu definición de malas noticias. El viejo Lord Knightlow ha muerto, lo que convierte a Jack en el nuevo conde. Annabelle y él deben quedarse unos días más para el funeral y poner sus asuntos en orden. Esperan que no nos suponga una gran imposición seguir cuidando de Sarah.

—Por supuesto que no —murmuró Kitty—. Cualquier cosa para ayudarlos en un momento como este.

—Justo lo que estaba pensando. —Rory se abstuvo de señalar que el nuevo conde y la condesa suponían claramente que ambos se alojarían en la casa de Bruton Street.

Le pareció poder leer un mensaje invisible de Annabelle garabateado entre líneas de la carta de

Jack. ¡Aprovecha este tiempo para convencer a Kitty que se case contigo!

Lo estaba intentando, Rory le habría dicho a Annabelle si pudiera oírlo. Y estaba avanzando un poco.

Si tan solo pudiera convencerse que era lo correcto para ambos.

Capítulo doce

Era sorprendente lo rápido que la casa de Bruton Street se había convertido en la de Rory y suya, reflexionó Kitty, unos días después, mientras Polly y ella repasaban la rutina matutina de Sarah. Aún más sorprendente fue la manera en que ellos y su hija habían llegado a sentirse como una verdadera familia.

Una o dos veces, Sarah había preguntado por mamá o “baba”. Con una punzada de dolor, Kitty recordó que su hija se refería a los Warwick. Afortunadamente, Sarah se sintió tranquilizada, al asegurarle que pronto regresarían a casa. Entonces, Rory haría una travesura o sugeriría una salida para hacerla olvidar a sus seres queridos desaparecidos.

Si Jack y Annabelle permanecían alejados el tiempo suficiente, ¿Sarah pediría menos por ellos y los olvidaría gradualmente? ¿O podría su prolongada ausencia crear un vacío en su pequeño corazón, que buscaría llenar por el resto de su vida? Kitty se preguntó si Rory tenía un espacio tan vacío, que durante años había intentado llenar con todas las cosas equivocadas.

—Polly —preguntó, mientras trabajaban juntas para vestir a la niña—. ¿Has pensado más en la idea de venir a los Estados Unidos con Sarah y conmigo? No creo que pueda arreglármelas sola.

—¿Todavía planea hacer eso, señora? —La niñera enrolló una media en una de las pequeñas y robustas piernas de Sarah—. Pensé... es decir, el señor Fitzwalter y usted parecen llevarse muy bien. No pude evitar preguntarme...

Kitty agachó la cabeza, esperando ocultar un intenso sonrojo que le hizo picar las mejillas.

—Sé que a la señora Warwick, es decir, Lady Knightlow, le gustaría que nos casáramos y nos estableciésemos cerca para que ella y su marido pudieran ver mucho a Sarah.

Polly siguió con la otra media de la bebé.

—Pero, ¿usted no quiere eso, señora? —Ella lucía desconcertada.

Quizás a alguien de afuera esto le parecería la solución obvia.

Kitty abrazó a su hija con seguridad. A Sarah no le importaba quedarse quieta el tiempo suficiente para vestirse.

—Me temo que no es tan simple. ¿Cree que el señor Fitzwalter sería un buen marido?

La joven niñera de Sarah soltó una carcajada.

—No más de lo que hubiera pensado que lo son Lord Knightlow o Lord Gabriel. Pero lo han hecho, ¿no es así, una vez que encontraron a las mujeres adecuadas? La gente puede sorprenderte.

—Supongo... —Kitty se mordió el labio inferior.

Algunas personas podrían desaprobador que ella confiara así en una criada. Sin embargo, más bien Kitty había sido como una sirvienta en Beckwith Abbey. En muchos sentidos, se sentía más cómoda con personas como Polly que con herederos y nobles. Además, era una buena salida para confesar sus preocupaciones, a alguien que no tenía un interés particular en su decisión.

—Eso es parte del problema —Kitty suspiró—. No estoy segura que pueda ser la dama adecuada para el señor Fitzwalter. Aparte de tener mi propio dinero ahora, no me parezco en nada a las mujeres con las que se ha juntado en el pasado.

—Baa Wo-wii. —Sarah levantó los pies.

Las mujeres se rieron.

—No supondrás que ella entiende sobre lo qué estamos hablando, ¿cierto? —Kitty abrazó a su

hija.

—Estoy segura que no, señora, aunque puede ser demasiado inteligente para su propio bien. ¿No puedes, señorita?

La niña soltó una risita traviesa.

Polly volvió a su conversación interrumpida.

—No me quitaría el sueño por esas otras mujeres, señora. Si eres diferente a ellas, creo que eso está a tu favor. El señor Fitzwalter no quería sentar cabeza con ninguna de ellos, ¿verdad? He visto la forma en que te mira, cuando tú no miras hacia atrás.

—¡Por la bondad! —Kitty sintió que volvía a sonrojarse—. ¿De qué manera es esa, exactamente?

—La forma en que el señor Warwick... quiero decir, Lord Knightlow mira a Su Señoría. —Polly le puso una bata sobre la cabeza a Sarah—. Él nunca miró a Madame Reynard de esa manera. Pero, ¡ella es fea!

A Kitty le dio un vuelco en el estómago, al pensar que una mujer así utilizara a su hija para atrapar a un marido rico. Gracias al Cielo, Annabelle y Rory habían frustrado los planes de Madame Reynard. Kitty le debía tanto a Annabelle que eso tendría mucha influencia en sus decisiones. Sin embargo, otros factores la empujaban en la dirección opuesta.

—Lord Gabriel mira a su esposa de esa manera —continuó Polly—, también lo hace el capitán Turner con la suya. Y...

—¿Y qué? —inquirió Kitty, cuando ella dudó.

—No es por presumir, señora, pero se parece mucho a la forma en que usted mira al señor Fitzwalter.

—¡Oh, querida! —El rostro de Kitty parecía como si hubiera estado sentada durante una hora frente a un fuego crepitante—. Eres demasiado observadora a medias, Polly.

—¡Oh queri! —Sarah repitió en el mismo tono—. Oh, queri Poey.

—¡Oh, querida! Eres tú misma... —Polly tomó una de las manos de la niña y le mordisqueó los dedos. Ese era uno de los trucos favoritos de Rory.

Mientras Sarah chillaba y reía, su niñera volvió a ponerse seria.

—No es nada de qué avergonzarse, señora. Algún día espero conocer a un hombre al que quiera mirar de esa manera.

Le contó brevemente a Kitty cómo Annabelle y Jack la habían rescatado de un matrimonio no deseado.

—No hay nada que no haría por ellos o por Sarah. Así que si necesitas que me vaya contigo, lo haré. Creo que a Su Señoría le daría un poco de tranquilidad saber que estoy allí para ayudarla.

—Estoy segura que sí —reflexionó Kitty—. Y quién sabe, tal vez encuentres un hombre en los Estados Unidos que te haga lucir de esa manera especial.

—Pero, aunque no hay nada definitivo —continuó, a pesar que le dijo a Rory y a los Warwick que estaba firmemente decidida—, me has dado mucho en qué pensar, Polly.

Sí, eso fue mucho en qué pensar. Sin embargo, ¿eso haría su elección más fácil... o más difícil?

* * *

Rápidamente, Kitty y Rory habían caído en una cómoda rutina doméstica. Rory se maravilló de lo recientemente que había desdeñado esa forma de vida. Había supuesto que pronto esto se volvería aburrido, pero se había equivocado. En cambio, cuanto más lo experimentaba, más deseaba... la compañía de Kitty en particular.

A veces, sentía como si sus viejos roles infantiles se hubieran invertido. En estos días, parecía ser que él seguía a Polly y a ella, del mismo modo que Mary y ella lo habían seguido a él, una vez. Afortunadamente, Kitty era más tolerante con sus atenciones, que él con las de ella.

En cuanto a la pequeña Sarah, ella había capturado su corazón meses atrás, incluso cuando él creía que no era posible que ella fuera su hija. Ahora que sabía que lo era, podía ver en ella rasgos de su difunta madre y sus hermanas. Era como hacer que parte de ellos volvieran a amarse, lo que le hizo mucho bien a su corazón.

El sonido de voces, desde la entrada, sacó a Rory de sus pensamientos errantes con una punzada de molestia. ¿Quién podría ser? Quizás algún conocido de Jack, que se había enterado del fallecimiento del viejo conde y había venido a presentar sus condolencias. O, más probablemente, para ver qué ventaja podrían obtener del nuevo conde.

A Rory no le importaba tener gente así merodeando por ahí, tal vez haciendo preguntas incómodas acerca de por qué Kitty se quedara aquí con él, mientras sus anfitriones estaban ausentes.

Caminó hacia la entrada, con la intención de despedir a las personas no deseadas que llamaban con una pulga en la oreja. En lugar de eso, se encontró con Godfrey haciendo entrar a sus amigos, los Stanford y los Turner.

Su agradable sorpresa al ver rostros familiares quedó rezagada respecto de su irritación anterior.

—¿Qué están haciendo aquí?

Las damas parecieron bastante desconcertadas por su brusco saludo, pero Gabriel se rió y le dio una palmada en el brazo.

—¡Un placer volver a verte también, viejo amigo! Gracias, entraremos y nos sentiremos como en casa.

No era la primera vez que Rory se sorprendía de lo cómodo que se había vuelto su amigo, desde su matrimonio con Moira.

—Por favor, entren. —Recordó sus modales—. Es bueno verlos a todos.

Hizo una reverencia ante Moira Stanford y los Turner, y luego le pidieron a Godfrey que les trajera té.

—Escuchamos sobre el tío de Jack. —Gabriel se dirigió a la sala de estar e hizo señas a los demás para que lo siguieran—. Me gustaría poder decir que lo siento, pero desprecio la hipocresía.

Rory asintió.

—Jack y Annabelle insistieron en ir a verlo, en el momento en que se enteraron que se había enfermado. Es mejor de lo que él se merecía.

—De lejos... —Gabriel estuvo de acuerdo parcialmente—. Al menos, Jack y Annabelle no tendrán nada que reprocharse.

—Ya estábamos planeando esta visita a Londres para hacer algunas compras y ver una obra de teatro. Nos preguntamos si la señorita Delany y usted querrían acompañarnos esta noche. Amamos mucho a nuestras niñas, pero puede ser un cambio agradable pasar tiempo en compañía de personas, que expresan oraciones de más de una sola palabra —Moira Stanford les habló.

Los Turner se rieron suavemente y asintieron.

—Sarah ya entra en esa categoría —les informó Rory con un ridículo rubor de orgullo—. El otro día me sugirió que me casara con una pata. Se refería a un cisne, pero aún así...

Los demás se rieron del ingenio precoz de su hija.

En ese momento, entró Kitty con la niña en sus brazos.

Sarah debió haber escuchado la broma de Rory porque gritó:

—¡Wo-wii mo-wii, un pato!

—¿Lo ven? —Él abrió los brazos para tomarla—. Ella es un prodigio.

Debo atribuirme un poco de crédito por eso. —Gabriel se levantó de su silla y se acercó a ellos—. Jack, tú y yo hablamos tanto con ella, desde el momento en que vino aquí, que no es de extrañar que se haya convertido en una charlatana. ¿Eres una charlatana, Sarah?

—Ba Gaba. —Ella sonrió.

—También es una pequeña descarada —dijo Rory—. Espero que Nora y Ella Rose tengan modales mucho mejores.

—A veces. —Gabriel asintió—. Aunque Nora tiene la costumbre de intentar robarme la nariz, cuando voy tras la de ella.

—Ella Rose es dulce como la miel, siempre y cuando se salga con la suya —reiteró el capitán Turner—. Pero, cuando no puede, su temperamento es perfectamente feroz.

—Ella obtuvo eso de mi hermana —agregó Lily Turner, apresuradamente.

Eso llevó al grupo a intercambiar más historias sobre sus hijas, un tema que Rory sintió que era uno de sus favoritos. De vez en cuando Sarah intervenía, repitiendo algo que uno de los adultos había dicho, para diversión de todos.

Aunque quizás no era la de todos.

Desde que Kitty le había entregado a Sarah, Rory notó que ella se había alejado de los demás y hablaba muy poco. Su postura y expresión transmitían cautela, como si esperara que sus invitados se volvieran contra ella, en cualquier momento. Al recordar la última vez que los había visto, supuso que eso no era del todo sorprendente.

Mientras Gabriel contaba animadamente la última desventura de su hija, Rory llamó la atención de Moira Stanford. Hizo un gesto sutil en dirección a Kitty.

Una vez que su marido terminó de hablar, Moira le hizo una seña a Kitty para que se sentara a su lado.

—Señorita Delany, ¡qué feliz debe estar de tener a Sarah con usted nuevamente!

Kitty vaciló y lanzó una mirada a Rory como para preguntarle si debía aceptar la invitación de Moira. Él respondió con una sonrisa tranquilizadora.

—¡Muy feliz, en verdad! —ella contestó, sentándose junto a la esposa de Gabriel—. La añoré constantemente, mientras estuve en Irlanda.

Moira le dio unas palmaditas en la mano.

—Sentía lo mismo cada vez que me separaba de Nora. Cuando finalmente pudo venir a vivir con nosotros, fue como un sueño hecho realidad.

—¡Sí! —La tensión de los hombros de Kitty se alivió—. Eso es exactamente lo que se siente.

¿Fue él alguna vez parte de ese sueño? Se preguntó Rory a sí mismo.

Moira y Lily bombardearon a Kitty con varias preguntas sobre Sarah.

Por fin, Gabriel aprovechó una pausa en la conversación para dirigirse a Kitty.

—Vamos a ver una obra de teatro esta noche en Covent Garden, y esperábamos que Rory y tú pudieran acompañarnos.

Tal vez, sintiendo la incertidumbre de Kitty, Moira le estrechó la mano.

—¡Por favor, di que sí! Nos gustaría mucho conocerte mejor. Si Sarah se parece en algo a nuestras hijas, dormirá profundamente la mayor parte del tiempo que usted esté afuera.

Kitty miró a Rory.

—¿Quieres ir?

Obviamente, ella se lo propuso. Mientras consideraba la idea, Rory se dio cuenta de eso.

Aunque había llegado a apreciar la tranquila vida doméstica de Bruton Street, no podía resistirse a la perspectiva de pasar una velada de entretenimiento.

—Siempre me ha gustado el teatro y Sarah estará en buenas manos con Polly.

—Muy bien entonces. —Kitty asintió—. Gracias por invitarnos.

Esta velada prometía ser más una actividad de cortejo convencional que llevar a su hija al parque, reflexionó Rory. Tal vez eso le haría ver a Kitty que casarse con él podría ser muy placentero.

Ese pensamiento provocó otro que lo golpeó como un rayo. ¿Podría deberse parte de la renuencia de Kitty a casarse con él, a que no había disfrutado de sus torpezas, en estado de ebriedad, durante su único encuentro amoroso? No podía culparla por no querer soportar eso de forma regular.

Quizás necesitaba mostrarle lo placenteras que podían ser esas intimidades con una pareja sobria... y sumamente hábil.

Capítulo trece

Esta sería la primera vez que se aventuraba a salir en público, en mucho tiempo. Kitty trató de calmarse, mientras se preparaba para asistir al teatro esa noche. La última ocasión había sido el baile de la Noche de Reyes en Compton Court, cuando ella bailó con Rory y luego le dejó hacer lo que quisiera con ella.

Al contemplar su reflejo en el espejo, mientras se peinaba, Kitty no pudo dejar de notar el intenso color de sus mejillas. No era de extrañar que se sonrojara al recordar su escandaloso comportamiento esa noche. Casi dos años después, apenas podía imaginar qué la había impulsado a correr un riesgo tan descarado. Desesperación, decidió finalmente, unida a una oportunidad inesperada.

Había añorado a Rory Fitzwalter, desde el momento en que creció lo suficiente como para albergar sentimientos románticos. Incluso después de perder su hogar y su posición en Irlanda, no podía lamentar ninguna desgracia que la trajera a Beckwith Abbey. Al menos, allí podría ver a Rory, a veces, cuando él viniera a visitar a los Killoran.

Pero no le había prestado ninguna atención especial hasta la fiesta de Navidad de la condesa. La inesperada llegada del capitán Turner había provocado que ya no hubiera el mismo número de damas y caballeros. Lady Killoran le había pedido a Kitty que ocupara el lugar extra.

El romance había estado en el aire, cuando la condesa hizo todo lo posible para hacer matrimonios entre tres bellas herederas y tres caballeros de excelente pedigrí, pero poca fortuna. Kitty estaba secretamente encantada, cuando Rory no le prestó atención a Moira Brennan, quien parecía enamorada de Lord Gabriel. De hecho, Rory no mostró interés en ninguna de las otras damas elegibles, más bien hizo todo lo posible por ser amable con ella.

Recordó haberse sentado para que él trazara su sombra y casi desmayarse de deseo, cuando él colocó dos dedos, debajo de su barbilla, para ajustar la inclinación de su cabeza. Y al invertirse sus roles, ella se había esforzado mucho en trazar su sombra con el mayor cuidado posible. Tenía la intención de conservarlo, como recuerdo, una vez que él regresara a Londres.

La noche del baile, ella había estado muy nerviosa, convencida que Rory sería consecuente con sus sentimientos. A pesar de su reputación, Kitty creía que en el fondo era un hombre de honor, un hombre que no se acostaría con ella, a menos que estuviera dispuesto a casarse.

Rory se había aprovechado de ella para conseguir lo que quería, aunque afirmó no recordar lo que había hecho. Ahora, Kitty se preguntaba si ella había intentado aprovecharse de él de alguna otra manera.

Dejando a un lado ese inquietante pensamiento, Kitty se puso el vestido, que había usado en Beckwith Abbey para recuperar a su hija. Aunque eso había sido hace solo tres semanas, ya parecía mucho más tiempo.

Una leve oleada de pánico se apoderó de ella, al darse cuenta que no podía alcanzar todos los ganchos de la parte posterior de su vestido. Había decidido posponer la contratación de una doncella hasta llegar a los Estados Unidos. En ese momento, se arrepintió de esa decisión.

Consideró llamar a Polly, pero sabía que la niñera estaría ocupada, preparando a Sarah para ir a dormir. Kitty no tenía intención de alterar esa rutina.

Al escuchar algo de movimiento en el pasillo, abrió la puerta y vio a Rory, que acababa de salir de su dormitorio.

—¿Por favor, me puedes ayudar? —ella le explicó su situación y se alejó de él para revelar su

vestido a medio abrochar—. No quiero que lleguemos tarde.

—Por supuesto. —Entró rápidamente y cerró la puerta detrás de él—. Un Fitzwalter siempre está dispuesto a ayudar, especialmente a una dama que está en déshabillé.

—Sin duda has tenido mucha práctica, a lo largo de los años. —Kitty no pudo evitar que se reflejara una sensación de amargura, en su propia voz.

Rory no se ofendió.

—De hecho, sí... de hecho.

Sin otros contratiempos, él aseguró los ganchos restantes. El hábil movimiento de sus dedos era perfectamente casto, pero a Kitty le parecía tentadoramente íntimo.

Rory se irguió, puso las manos sobre sus hombros y se encontró con su mirada reflejada en el espejo.

—No he ocultado mi pasado. Pero te prometo que si aceptas casarte conmigo, ese tipo de comportamiento quedará completamente en el pasado.

¿Qué tan rápido podría latir su corazón sin estallar? Kitty temió estar a punto de descubrirlo porque permaneció congelada, incapaz de moverse o mirar hacia otro lado.

—No habrá nadie más para mí en ese sentido, excepto tú —continuó Rory—, estoy seguro que no sentiré ninguna privación, de hecho, será todo lo contrario.

* * *

Él inclinó la cabeza hasta que sus labios se posaron en la carne desnuda de su hombro.

Los ojos de Kitty se cerraron por sí solos. ¿Fue para poder concentrarse plenamente en la tierna presión de sus labios? ¿O tal vez porque no podía soportar que él viera el puro deseo que ardía en sus ojos?

Un temblor de anhelo la recorrió.

Rory debió haberlo confundido con miedo o aversión. Sus labios se separaron de su hombro. Levantó la cabeza hasta que los mismos estuvieron al lado de su oreja.

—Sé que la noche que pasamos juntos no podría haberte traído ningún placer. —Su susurro vibró de arrepentimiento.

Incapaz de dejar pasar eso, Kitty encontró su voz.

—Un poco —confesó en un murmullo entrecortado y siguió—, al principio...

—Un poco —repitió Rory, continuando con un profundo suspiro—, merecías mucho más y todavía lo mereces. Si me dejas compensarte, te juro que te daré una noche de placer más allá de lo que puedas imaginar.

Ese susurro provocativo, su cercanía y la suave presión de sus manos sobre sus hombros enviaron chispas de deseo a través de ella, prometiendo mucho más.

Aún así, no podía abrir los ojos. Permitir que Rory mirara por las ventanas de su corazón la haría demasiado vulnerable.

Este hombre tenía más poder sobre ella que nadie. Sabía el dolor que él podría infligirle si abusaba de ese poder. Ahora la sedujo con la anticipación del poder que podría tener para deleitarla.

Seguramente, se debía a sí misma experimentar lo que él le ofrecía. Solo entonces podría tomar una decisión adecuada sobre si podrían tener un futuro juntos.

Rory debió haber malinterpretado su vacilación.

—Te dejo la elección a ti, por completo. Si tú deseas aprovechar mi oferta, debes acudir a mí. No volveré a imponerte nada.

A ella se le secó la boca, lo que le hizo difícil tragar el nudo que tenía en la garganta.

—Si... —le dio especial énfasis a la palabra para indicar que estaba lejos de ser segura—. Elijo aprovechar tu oferta, eso no significa que aceptaré casarme contigo.

—Por supuesto que no. —Él parecía complacido que ella siquiera considerara su invitación—. Este es un asunto completamente diferente. Ahora, por mucho que me gustaría quedarme aquí contigo, no deberíamos hacer esperar a Gabriel y Moira, después que tuvieron la amabilidad de ofrecerse para llevarnos al teatro.

¡El teatro! Los ojos de Kitty se abrieron de golpe. Rory le había hecho olvidar todos sus planes para la noche.

—¡Debemos bajar de inmediato! —dijo y asintió en voz alta, quedándose casi sin aliento—. ¡Ay! ¿Me veo presentable? No quiero avergonzarte a ti y a tus amigos.

—Si fueras cualquier otra mujer, podría sospechar que buscas un cumplido. —Su mirada verde recorrió su reflejo en el cristal—. Pero, sé que no eres de ese tipo. Estás realmente encantadora y esta noche serás la envidia de todos los caballeros de Covent Garden.

Una de sus manos que había descansado sobre su hombro se desvió por su brazo para tomar su mano.

—Ya que disfruto ser objeto de envidia, ¡vámonos!

Su broma casi rompió el hechizo que Rory había lanzado sobre ella, pero no del todo. Podía moverse y hablar de su manera habitual. Pero sus pensamientos todavía estaban dando vueltas.

Mientras conducían hacia Covent Garden con los Stanford, Kitty reflexionó sobre la provocativa oferta de Rory. ¿Se atrevía a aceptarla? ¿O podría soportar no hacerlo?

* * *

Si Kitty hubiera dicho la palabra esperada, él la habría seducido con gusto en ese mismo momento y la invitación al teatro de Gabriel podría haber desaparecido.

Rory intentó ponerse cómodo en el asiento del carruaje, a pesar de su dolorosa excitación. No estaba acostumbrado a negar sus deseos. En el pasado, los había complacido en cada oportunidad. No obstante, desde el día en que Kitty Delany apareció en el bautizo de Sarah, él se había comportado con mayor moderación de la que se creía capaz. El resultado fue un hambre carnal más intenso que lo que jamás había experimentado.

¿Sería capaz de prestar la debida atención a la actuación de esa noche, cuando todos sus sentidos estuvieran centrados en la dama que estaba a su lado?

Hizo un decidido esfuerzo por distraerse.

—Olvidé preguntar antes, ¿qué obra vamos a ver?

—¿No te lo dije? —La sutil sonrisa de Gabriel sugirió que sabía lo que preocupaba a su amigo—. Supongo que pensé que ambos estarían tan ansiosos por una velada de sociedad adulta que la obra en sí no importaría. Esta es una de nuestras viejas favoritas: *La escuela del escándalo* del señor Sheridan. ¿Qué dices a eso?

A su lado, Rory sintió que Kitty se tensaba. ¿Le recordó el título de la obra la razón por la que quería huir a los Estados Unidos con su hija?

El escándalo no significaba nada para él. Hacía mucho tiempo que había aprendido a llevar a la ligera su notoria reputación. Pero, él sabía muy bien que para Kitty eso era diferente.

Incluso cuando era joven había sentido cuán desesperadamente su madre había anhelado ser aceptada entre la nobleza del condado. ¿Había aprendido Kitty de su madre la necesidad vital de la aceptación y el horror de hacer cualquier cosa que pudiera causar reproche?

—Yo digo que es una de las comedias más ingeniosas jamás escritas. —Él quedó obligado a responder a la pregunta de Gabriel—. Podría verla una vez al mes, durante años, sin cansarme

nunca.

—Y usted, señorita Delany —preguntó Moira—. ¿Es la obra también una de tus favoritas? Kitty vaciló por un momento.

—Quizás así sea. Debo admitir que nunca la he visto, aunque, por supuesto, he oído hablar de ella.

—Yo tampoco —confesó Moira—. Mi papá pensó que no era un entretenimiento adecuado para las jóvenes. En consecuencia, tengo aún más curiosidad por verla.

—Estoy encantado de poder satisfacer tu curiosidad, querida. —Gabriel estrechó la mano de su esposa—. Me alegrará mucho verte experimentarla por primera vez.

Rory escuchó las palabras cariñosas de su amigo sin su habitual impaciencia. En cambio, se dio cuenta que podía decir lo mismo de Kitty. Aunque el tema de la obra podría inquietarla, él sabía que una vez que se levantara el telón no podría evitar divertirse. Su disfrute aumentaría el de él.

¿Podrían ser así también sus relaciones sexuales? Esa pregunta lo intrigó cuando llegaron al teatro.

Su grupo se apresuró a llegar al palco que el capitán Turner les había asegurado. Obviamente, él no había escatimado en gastos, ya que el mismo tenía una excelente vista del escenario. Aunque otros espectadores también podían verlo perfectamente, tanto desde los otros palcos como en los asientos de abajo.

Rory notó que varias cabezas se giraban en su dirección, mientras ellos tomaban asiento, sin duda para admirar a un trío de damas tan guapas. Como había predicho antes, su pecho se hinchó de orgullo al tener a la más bella de las tres a su lado.

Entonces, una ráfaga de movimientos llamó su atención desde un palco al otro lado del teatro. Una de sus antiguas amantes agitaba rápidamente su abanico para llamar su atención. Cuando él miró en su dirección, la dama respondió con una sonrisa tonta que agrió su humor. Esperaba que Kitty no se diera cuenta y no se ofendiera. Afortunadamente, ella estaba inmersa en una conversación con Moira Stanford y Lily Turner. Rory reconoció a la mujer con un ligero movimiento de cabeza y luego desvió deliberadamente la mirada.

¿Qué le había pasado? Se preguntó, mientras el telón se levantaba. Nunca le había importado encontrarse con una de sus amantes anteriores ni siquiera estando en compañía de una. Tampoco había sentido la más mínima vergüenza por su escandalosa reputación. Ahora, sí se preocupaba... no por la suya sino por la de Kitty. ¿Podría la gente suponer que él se había juntado con ella, en los mismos términos casuales que sus otras amantes, para vivir de su fortuna? ¡No podía soportar esa idea!

Sin embargo, ese asunto le preocupó tanto que apenas se dio cuenta de la primera escena de la obra. Cuando la vio, hizo eso con un escrúpulo de disgusto. La alegremente maliciosa Lady Sneerwell le recordaba demasiado a las mujeres con las que alguna vez había estado en compañía. Esto no era lo que esperaba, cuando aceptó la invitación de Gabriel.

Aunque, poco a poco, el disfrute de Kitty con la obra revivió su aprecio por ella. Comenzó a relajarse y reírse con los demás de sus ingeniosas frases favoritas. Se preguntó si Kitty notaría las similitudes entre el desacreditado Charles Surface y él. Rory había sentido, durante mucho tiempo, cierto parentesco con el derrochador Charles, que era sincero y generoso, a pesar de su mala reputación. Permaneció absorto en la obra y en la reacción de Kitty. Cuando cayó el telón, Rory se maravilló de lo rápido que había pasado la velada.

Después hubo un debate sobre si debían quedarse a ver el final.

Rory estaba a favor de irse temprano.

—Después del brillante ingenio de Sheridan, la farsa amplia me parece bastante tediosa. Además, si nos vamos ahora, no nos veremos atrapados en el tráfico más tarde. Pero lo dejo en manos del capitán Turner, que pagó nuestro palco y de Lord Gabriel, que proporcionó nuestro transporte.

Los otros caballeros podrían haber preferido quedarse más tiempo, pero sus esposas estaban a favor de acostarse temprano.

Mientras el grupo avanzaba por el salón que conducía a los palcos superiores, el hermanastro de Kitty apareció ante ellos.

Sin esperar presentaciones, Lord Carlow se dirigió a ella con un desprecio apenas disimulado.

—Pensé que era a ti a quien vi. Qué obra tan apropiada para ti. Recuerdo que tu madre actuó en una producción de *El escándalo en Dublín*.

Él no hizo ningún esfuerzo por bajar la voz. Estaba claro que quería que todos los que estuvieran al alcance del oído supieran que la madre de Kitty había sido actriz.

El rostro de ella palideció como las estatuas de mármol, que se alzaban sobre altos pedestales, a ambos lados del salón.

Una indignación protectora ardió por las venas de Rory.

Dio un paso hacia el torturador de Kitty y le dio una palmada en la espalda, como si fuera un amigo perdido hace mucho tiempo. La fuerza del gesto no fue amistosa.

—Permítame presentarles a nuestros amigos, el capitán y la señora Turner, Lord Gabriel y la señora Stanford.

Estaba agradecido de poder enfatizar las elevadas relaciones de Gabriel. Por supuesto, Carlow necesitaba saber que Kitty tenía amigos influyentes.

—Nos alegró saber con qué generosidad ayudó a la señorita Delany —continuó—, más vale tarde que nunca, lo digo.

El rostro alargado de Lord Carlow adquirió un tono tan lívido que parecía una berenjena. Ignorando a Rory y sus amigos, le gruñó a Kitty.

—¿Qué estás haciendo todavía en Londres? Me dijiste que te ibas a los Estados Unidos, un lugar mucho más apropiado para gente como tú y tu...

Antes que pudiera decir algo más dañino, Gabriel lo interrumpió.

—Ahora, ahora, señor. Seguramente, usted sabe que es prerrogativa de una dama cambiar de opinión.

Habían sido amigos durante muchos años, pero Rory no recordaba ningún momento en el que hubiera apreciado más la lealtad de Gabriel.

—No dejes que te detengamos —se dirigió a Lord Carlow con burlona cortesía—. Odiaríamos que te perdieras algo de la farsa. Es justo el tipo de entretenimiento que puedes apreciar.

El conde apretó los dientes y fulminó con la mirada a Kitty.

—¡Reserva tu pasaje a América sin demora, si sabes lo que te conviene!

Rory ansiaba estrangular a Lord Carlow, pero la respuesta de Kitty lo detuvo.

Su rostro todavía estaba pálido, pero su barbilla se inclinaba en un ángulo desafiante y sus ojos brillaban con relámpagos de zafiro.

—Lord Gabriel tiene razón, querido hermano. Es prerrogativa de una dama cambiar de opinión. ¡Disfruta de la farsa!

El conde murmuró una maldición en voz baja y se alejó, aunque no antes que un tic de miedo, en sus rasgos, lo traicionara. A Rory le recordó algo que había creído durante mucho tiempo: que la mayoría de los matones eran cobardes de corazón.

En cuanto a Kitty, apenas pudo evitar inclinarse, admirando su coraje.

* * *

¿Se había atrevido a responderle de esa manera a su hermanastro? ¿Y realmente lo dijo en serio?

De alguna manera, las piernas de Kitty lograron sacarla del teatro y subirla al carruaje de Lord Gabriel, antes que se convirtieran en gelatina.

Solo se había encontrado brevemente con Lord Carlow en Dublín, una vez que sus abogados habían llevado a cabo negociaciones para su acuerdo. Frente al formidable señor Lawless, a su lado, el conde se había mostrado razonablemente cortés. Cuando él le preguntó qué planeaba hacer con su nueva fortuna, ella le dijo que tenía intención de ir a los Estados Unidos. Parecía aliviado al oírlo.

Pero ella nunca le había prometido que iría ni que guardaría el secreto que había descubierto sobre su familia. No había sido necesario ya que ella tenía más que perder que él, si se hacía público. ¿Temía el conde que hubiera más peligro que la verdad saliera a la luz, si permanecía de este lado del Atlántico?

Mientras el carruaje se alejaba de Covent Garden, Moira habló:

—Después de la muerte de mi madre, solía desear que papá se volviera a casar. Ahora, agradezco que no me haya cargado con un hermanastro despreciable. ¡Qué hombre tan terrible!

—No obtendrás ningún argumento de mi parte. —Kitty soltó una risita temblorosa.

No podía cuestionar que Lord Carlow era espantoso, debido a que le temía, desde que tenía uso de razón. Lo que podía negar, si se atrevía, era la creencia de Moira que él era solo su hermanastro.

Su búsqueda en Delmeda había revelado algo más que el testamento del difunto conde. Kitty, también había encontrado documentos que demostraban que era su hija natural, concebida cuando su madre era su amante. Eso convirtió a su despreciable hijo en su medio hermano. El descubrimiento no había cambiado la opinión que Lord Carlow tenía sobre ella, excepto quizás para hacer que la odiara a su madre y a ella, aún más. Aunque esto lo había obligado a ofrecerle un acuerdo justo con el patrimonio de su padre, sin recurrir a acciones legales prolongadas y muy públicas.

—No prestes atención a las amenazas vacías de Carlow. —Rory le dio unas palmaditas en la mano—. Tienes el derecho y los medios de vivir donde quieras. Si él no desea correr el riesgo de encontrarse contigo, en algún lugar público, no necesita venir a Londres. Dudo que su compañía sea extrañada, excepto por unos pocos tan desagradables como él.

Por mucho que apreciara su tranquilidad, Kitty no estaba segura de poder confiar en la misma. ¿Qué pasaría si Lord Carlow decidiera que valdría la pena pasar un poco de vergüenza para deshonrarla por completo? El escándalo traería un nuevo escrutinio a la cuestión de la ascendencia de Sarah, mancillando la reputación de Rory y sus amigos, incluyendo al nuevo conde de Knightlow. No podía arriesgarse a eso, después de lo amables que habían sido con ella.

Era más vital que nunca que se fuera a un lugar lejos, donde nadie lo supiera ni se preocupara por su pasado.

Quizás para evitar que ella pensara demasiado en su inquietante encuentro con Lord Carlow, los demás empezaron a hablar de la obra.

—Hablando de un grupo desagradable —expresó Gabriel—. ¿Has visto alguna vez a alguien peor que Lady Sneerwell y su multitud de intrigantes y chismosos?

—Algunos de ellos me hicieron reír —resaltó Moira—. Aunque no siempre a propósito. Prefería a los amigos salvajes de Charles Surface. Al menos no les hicieron daño a nadie, más que a sí mismos, y no pretendieron ser mejores de lo que eran. Creo que Charles habría sido una excelente incorporación a los solteros de Bruton Street. Un buen hombre con mala reputación.

Kitty asintió. A ella se le había ocurrido lo mismo, mientras miraba la obra. Charles, jugador y derrochador, también era generoso y leal. Le recordaba a Rory.

Ese pensamiento le produjo a Kitty una punzada de dolor. Aunque había intentado negarlo, últimamente había empezado a coquetear con la idea de aceptar casarse con él. Ahora sabía que sería un capricho egoísta: demasiadas personas que le importaban resultarían heridas, si su secreto fuera expuesto.

En la oscuridad de la caja del carruaje, el dorso de los dedos de Rory presionó su pierna, unas pulgadas por encima de la rodilla. Sus ligeras faldas de muselina hicieron poco para amortiguar la estimulante sensación, especialmente cuando su mano comenzó a moverse en una sinuosa caricia. Se sentía como si hubiera prendido una mecha larga que recorría toda su pierna, encendiendo intensos sentimientos de placer.

¿Su decisión de no casarse con Rory significaba que debía negarse la oportunidad de descubrir cuánto más placer él podría brindarle? Después de todo, ella le había advertido que acceder a una oferta, no garantizaba que aceptaría la otra.

Capítulo catorce

¡Maldito sea Carlow, esa miserable víbora! Rory se enfureció, mientras conducían de regreso a Bruton Street. ¿El encuentro de Kitty con el amenazador matón de su hermanastro había arruinado cualquier posibilidad que ella fuera a su cama esa noche? Peor aún, ¿esto arruinó algún progreso que había logrado para convencer a Kitty que se casara con él?

Mientras Gabriel y Moira intentaban aligerar el ambiente con una animada discusión sobre la obra, Rory rozó la pierna de Moira con el dorso de la mano de una manera, que esperaba que la consolara.

Desafortunadamente, eso no parecía estar funcionando.

Ella se mantuvo tan tensa como siempre. Durante una breve pausa en la conversación, Rory creyó escuchar el suave silbido de su rápida respiración. Preocupado que sus atenciones solo la agitaran más, retiró la mano y luchó por reprimir su decepción.

Entonces, Kitty extendió la mano para acariciarle la pierna con un roce suave y lento, lo cual provocó una sacudida de excitación que lo recorrió plenamente.

Rory se mordió con fuerza el labio inferior para ahogar un grito. No quería que ella se alarmara y dejara lo que estaba haciendo. Tampoco quería llamar la atención de los Stanford. Afortunadamente, Gabriel y Moira parecían absortos charlando entre ellos. Rory recordó que ellos estaban recién casados.

Entonces, Kitty volvió a acariciarle la pierna, dejándolo prácticamente incapaz de pensar de forma coherente. Deseó que los caballos trotaran más rápido y los llevaran a casa, antes que su debilitado autocontrol lo abandonara por completo. Cuando el carruaje de Gabriel llegó a Bruton Street, una fina capa de sudor había brotado de la frente de Rory. Agradeció su sombrero y la oscuridad otoñal que lo ocultaba.

—Gracias por invitarnos esta noche —Kitty se dirigió a Gabriel y Moira con una voz cálida de gratitud—. Disfruté mucho la obra.

Aunque puede que no quisiera decir nada con eso, el ánimo de Rory se levantó cuando ella usó la palabra “invitarnos”, refiriéndose a “nosotros”, como si fueran una pareja establecida. Así se había sentido aquella noche, en compañía de los Stanford y los Turner.

—Encantada de complacerlos. —Moira tomó la mano enguantada de Kitty—. Espero que podamos disfrutar mucho más de su compañía. El capitán Turner está hablando de organizar una fiesta navideña en su casa. ¡Qué reunión tan agradable será esa!

—Muy agradable —murmuró Kitty, aunque Rory sabía que no estaba nada seguro que ella asistiera.

—Buenas noches, entonces —Rory lo expresó de manera bastante abrupta, mientras bajaba del carruaje, y ayudaba a Kitty a descender detrás de él.

—Muy buenas noches para ambos —les dijo Gabriel en un tono insoportablemente engreído.

¿Se dio cuenta su amigo de lo que habían estado haciendo Kitty y él, durante el viaje a casa? ¿Gabriel tenía algún tipo de apuesta con Aaron Turner? Aunque era precisamente el tipo de cosas que él mismo habría hecho no hace mucho, a Rory le molestaba que sus amigos especularan sobre su relación con Kitty Delany.

Encontraron al señor Godfrey esperándolos, atento como siempre. Preguntó si habían disfrutado la obra. Antes de darse cuenta, Rory se encontró contando la trama y recitando algunos de los diálogos más cómicos.

—Si me disculpas —habló Kitty, cuando hizo una pausa para respirar—, creo que debo decir buenas noches.

Una vez que ella subió las escaleras, Rory concluyó rápidamente su relato de la obra.

—Suenan muy entretenido, señor —replicó Godfrey—. ¿Le sirvo un poco de brandy?

Estuvo a punto de aceptarlo como algo natural, pero algo le hizo responder.

—Esta noche no, gracias.

No estaba seguro que Kitty encontrara el camino hacia su cama esa noche, si es que alguna vez lo lograba. Si lo hacía, quería estar en plena posesión de sus facultades para poder hacer que la experiencia fuera tan placentera para ella, tal como lo había prometido. También quería disfrutarla plenamente y recordarla, a diferencia de la última vez.

—Creo que puedo leer un rato, antes de acostarme. —Observó el contenido de una estantería cercana, en la que nunca había prestado el más mínimo interés hasta ese momento.

—Muy bien señor. —Las cejas de Godfrey se arquearon, pero él no dio ninguna otra señal que encontrara la sugerencia de Rory muy inusual—. ¿Usted necesitará algo más?

—Nada en absoluto —le aseguró Rory, lo cual no era del todo cierto. Había una cosa que necesitaba desesperadamente, pero Kitty era la única que podía proporcionársela—. Buenas noches, Godfrey.

Cuando el sirviente se fue, Rory sacó un libro al azar y se sentó con él. Después de haber releído la primera frase varias veces, dejó incluso de fingir. Sentado con el libro abierto en su regazo, dejó que su mente retrocediera varias horas hasta su conversación íntima con Kitty. Al recordar la exquisita sensación de su hombro desnudo bajo sus labios, su respiración comenzó a acelerarse. Cada pulgada de su piel parecía vibrar de anticipación.

Había deseado a muchas mujeres en el pasado, pero nunca recordaba haber pospuesto tanto tiempo la satisfacción de ese deseo. El sutil aguijón de la frustración solo intensificó su anhelo.

Cuando ya no pudo soportarlo más, arrojó el libro a un lado y apagó todas las velas, excepto una para iluminar su camino a la cama.

¿Qué haría si Kitty no viniera a verlo esta noche? Rory contempló la posibilidad de una decepción, mientras subía las escaleras y entraba a su dormitorio. ¿Estaría ahora despierta escuchándolo, esperando el momento oportuno para cruzar el pasillo? ¿O estaba dormida pacíficamente, dejándolo para que esperara y sufriera en vano?

La noche era fresca y su fuego se había reducido a brasas. Mientras Rory se quitaba la ropa, casi esperaba que un brillo de vapor saliera de su piel desnuda. Aunque el aire frío mordisqueaba su carne, no apagó el fuego de calor dentro de él.

Después de un momento de vacilación, dejó una vela encendida sobre la repisa de la chimenea y se metió en la cama. Si Kitty iba a su habitación esa noche, no quería correr el riesgo que tropezara o se golpeará el pie en la oscuridad. Además, quería verla, con el pelo oscuro suelto y cada curva de su cuerpo con su tono tentador, bajo la fina y pálida tela de su camisón.

Rory esperó.

El tiempo pareció alargarse, una y otra vez. Seguramente, la vela ya debería haberse consumido hasta convertirse en una protuberancia. Sin embargo, cuando miró hacia allí, la cosa no se había acortado notablemente.

Un profundo suspiro salió de él. Esta iba a ser una noche muy larga.

Recordó algunas noches interminables que había vivido, cuando era un niño, esperando algún regalo esperado. Desde que se hizo adulto, se había negado a retrasar sus placeres. Esta noche no tenía otra opción, porque lo había dejado enteramente en manos de Kitty.

Justo cuando se preguntaba cómo podría soportarlo un momento más, escuchó que la puerta

del dormitorio se abría.

Kitty entró sigilosamente, como un fantasma etéreo con su camisa blanca y su bata. Su cabello oscuro caía en rizos sueltos sobre sus hombros. Rory apenas podía esperar para pasar los dedos por allí.

Él se sentó y le tendió una mano a modo de invitación.

—¿Eres realmente real o he caído en el sueño más delicioso? —él le preguntó, susurrando.

Ella se acercó a la cama lentamente, como dividida entre las fuerzas que la atraían hacia él y otras que la retenían. Afortunadamente, la atracción era más fuerte, aunque no tanto. Por mucho que anhelara ayudarla, Rory sintió que si intentaba obligarla, podría tener el efecto contrario. Así que la dejó acercarse a él, mientras todo su cuerpo palpitaba de anhelo.

—Quizás este sea un sueño en el que ambos hemos caído —murmuró, mientras abría el cinturón de su bata y se la quitaba.

Un suave jadeo salió de los labios de Rory.

—Entonces, no me despiertes, te lo ruego.

¿Este era el juego en que quería participar, una aventura prohibida que sería un sueño mutuo, el cual podría ser descartado por la mañana? Como no tendría consecuencias en el mundo diurno, entonces, él podía hacer lo que quisiera sin miedo.

Por mucho que la deseara, en cualquier forma que ella le permitiera, Rory anhelaba que su noche juntos pudiera significar algo más sustancial.

* * *

¿Ella era real? Rory se preguntó.

Kitty reflexionó sobre una pregunta ligeramente diferente y mucho más urgente. ¿Realmente, estaba haciendo esto?

Por muy reconfortante que pudiera resultar pretender que todo aquello era un sueño, sabía que eso no la eximiría de responsabilidad. En el momento en que cruzó el umbral de Rory, se había comprometido a tomar una decisión. No tenía sentido permitir que las dudas estropearan cualquier disfrute que pudiera derivarse de ello.

Su bata cayó, formando un charco alrededor de sus tobillos. Ni siquiera en un sueño habría sido lo suficientemente descarada como para quitarse la camisola y darle a Rory una vista completa de su cuerpo desnudo. Además, el aire de la noche era fresco, lo que le puso la piel de gallina, y a la vez, se le fruncieron las puntas de los pechos. Un anhelo de calidez de muchos tipos la atrajo hacia la cama y al abrazo expectante de Rory.

Cuando sus brazos la rodearon, un sonido débil y profundo retumbó en su garganta, del que ella hizo eco. Era el ruido de una persona hambrienta, cuando probaba por primera vez un plato delicioso, o de un individuo sediento, tomando un sorbo de su bebida favorita. O alguien helado hasta los huesos, metiéndose en una tina de agua tibia, o de otro con fiebre por el calor, saboreando una deliciosa brisa fresca.

En ese momento, ella era lo que Rory más anhelaba en todo el mundo, así como él era lo que ella más deseaba. Solo una cosa podría aumentar su satisfacción.

Él buscó sus labios con los de ella y los encontró en una situación similar. Juntos cayeron en un beso de maravillosa profundidad y calidez. Estaba tan alejado del primero que habían compartido en su cama en Beckwith Abbey, que Kitty apenas podía creer que fueran las mismas dos personas.

Quizás no lo eran.

Este beso de Rory no exigía nada de ella, pero le ofrecía todo lo que podía desear, incluso si

no estaba del todo segura sobre qué podría ser eso. Él conoció más íntimamente su boca, invitándola a hacer lo mismo con la suya. Mientras tanto, empezó a acariciarla con manos hábiles y suaves, encendiendo sensaciones de placer voraz, allí donde la tocaba ansiosamente.

La textura suave y firme de su carne la tentó a corresponderle. Durante su primer encuentro, ella había aceptado pasivamente sus atenciones, consciente de la vasta experiencia de él y al mismo tiempo, de la total falta de experiencia de ella. Esta vez, ella quería que esto fuera diferente, algo que pudiera recordar con satisfacción en lugar de arrepentimiento.

Con los ojos cerrados en la habitación con poca luz, sus otros sentidos se agudizaron, absorbiendo el sonido, el aroma, el sabor y la sensación de Rory, así como las tentadoras formas y lugares en los que él la tocaba. Eso también se sintió muy diferente a la última vez que estuvieron juntos. Entonces, él había estado decidido a disfrutar de su placer, sin importarle lo que ella pudiera sentir. Esta noche ocurriría todo lo contrario.

Rory parecía completamente absorto en ella, sensible a su más mínimo movimiento, sonido o ritmo de su respiración, que podría indicarle, cuando una caricia en particular la excitaba. Luego la repetía o la perfeccionaba, todo para el deleite de ella.

Lo único que le impidió disfrutar de sus atenciones fue su camisola, hasta que se la quitó con una risa sin aliento. A eso le siguió un suspiro de deliciosa satisfacción, cuando más de su piel desnuda entró en contacto con la de él. La sutil fricción, mientras se frotaban, el uno contra el otro, envió chispas de deseo, a través de ella.

Los dedos de él se enredaron en su cabello, saboreando la textura como si fueran hebras de la más fina seda. La forma en que la tocó y besó sugería no solo un deseo urgente de complacerla, sino también una intensa apreciación de todo lo relacionado con ella. Nunca se había sentido más bella ni más deseada, libre del más mínimo escrúpulo de vergüenza. Se imaginaba a sí misma como una diosa pagana o una hechicera de la tierra de las hadas, aceptando la adoración apasionada de su más devoto admirador.

Cuando Rory le pasó la lengua por el pezón y luego comenzó a chupar, ella hundió los dedos en su cabello y se arqueó hacia él, rogando silenciosamente por más y más.

Kitty no podía decir ni le importaba cuánto tiempo estuvieron jugando juntos, explorando sus cuerpos. Nada le importaba fuera de los límites de la cama de Rory, mientras él la llevaba al borde del deleite, una y otra vez, solo para tranquilizarla nuevamente, y comenzar un nuevo ascenso.

Cuando por fin, él se cernió sobre ella y le separó las piernas, ella ahogó un suspiro de decepción. Sabía lo que estaba a punto de suceder y no era algo que recordara con ningún placer. Kitty se tensó y apartó los labios de su beso.

Inmediatamente, Rory rodó sobre su costado y se acercó.

—¿Qué te pasa, amor? —canturreó—. Pensé que esto era lo que querías.

La primera vez, ella le había dado lo que quería, en parte, porque no había entendido del todo lo que eso implicaría. Además, quería complacerlo, sin importar lo que le costara. Rory le había prometido que esta noche sería diferente. Es más, ella se lo había prometido a sí misma y no estaba dispuesta a traicionar ese voto.

—Esa parte no —respondió ella en un susurro feroz—. Me dolió y siguió doliéndome hasta que me frotaron en carne viva... ¡Ah! No quiero estropear todo el placer que he tenido hasta ahora...

—Tampoco quiero... —Rory la abrazó y le dio un tierno beso en la frente—. Lamento que te haya lastimado la primera vez... Eso es porque era tu primera vez con un hombre y no había tenido el cuidado necesario para prepararte.

—Te prometo que esta vez será una experiencia completamente diferente —continuó—, si tú estás dispuesta a intentarlo. Si no es así, lo entiendo.

Kitty vaciló. Hasta el momento Rory había cumplido su palabra que este encuentro amoroso sería mucho más placentero que el anterior. Pero, ¿podría confiar aún más en él?

—¿Pararás, si te lo pido?

—¡Por supuesto! —Él soltó una risita irónica—. Y te puedo asegurar que ese dolor no seguirá ni seguirá... Hará falta cada pizca de autocontrol que pueda reunir para durar el tiempo suficiente para satisfacerte.

¿Satisfacerte? Kitty se preguntó qué diablos quería decir. Podía preguntar, pero ahora tenía curiosidad por descubrirlo por sí misma.

—Muy bien entonces. —Ella le acarició el cuello—. Muéstrame lo diferente que puede ser.

—Con mucho gusto —susurró.

Él no actuó de inmediato, debido a su permiso, sino que volvió a los besos y caricias que ella tanto había disfrutado. Solo que ahora se encontró anhelando algo más.

—¿Lo intentamos de nuevo? —Su voz tenía un tono tenso y sin aliento que delataba una pasión fuertemente contenida.

Kitty separó las piernas, a modo de respuesta.

Él entró en ella con un deslizamiento lento y sensual, que hizo que Kitty luchara por reprimir un gemido de placer. No quería que Rory lo confundiera con malestar y se detuviera.

Sus labios encontraron los de ella en un beso de una intimidad tan poderosa, dejándola sin aliento.

Él comenzó a moverse dentro de ella, no con empujones duros y exigentes, sino en un flujo y reflujo estimulante, que la impulsó a alcanzar la cima del deleite y luego la envió a toda velocidad hacia la cima. Se estremeció en las garras de un éxtasis tan feroz que arrastró a Rory a una vorágine de placer junto con ella. Su beso se intensificó como para mantenerlos unidos, ante la tempestad, mientras ola tras ola de éxtasis rompía sobre ellos.

Por fin, la tormenta los arrojó a una tranquila costa, sin aliento y completamente agotados. Cálidas oleadas de satisfacción los invadieron, haciendo que los miembros de Kitty se sintieran pesados y sus pensamientos quedaran perdidos en una neblina chispeante.

Si Rory le pidiera que se casara con él ahora, ella no podría negarse.

* * *

Mientras yacía con Kitty en sus brazos, inundado por el embriagado placer, después de hacer el amor, Rory saboreó la dulce certeza que había cumplido su promesa. Se enorgullecía de su habilidad como amante. Esa era la valiosa moneda que había financiado su estilo de vida cómodo, divertido y sin rumbo durante bastante tiempo.

Sin embargo, ¿cuánto tiempo hacía que no se acostaba con una mujer, sin más motivo que el deseo de dar y recibir placer? Rory se preguntó, si alguna vez lo había hecho... hasta esta noche. El resultado había sido profundamente satisfactorio, en más sentidos de los que podría haber imaginado.

Presionó sus labios en el cabello de Kitty.

—No te escuché decirme que parara.

Ella sacudió la cabeza, haciendo que sus mechones susurraran contra su rostro.

—Si lo hubieras intentado, quizás te habría rogado que no lo hicieras.

Rory se rió entre dientes.

—No habrías necesitado suplicar. Espero que esto haya ayudado al menos un poco a

compensar la última vez. Si hubiera sabido que mi forma de beber podía hacerme comportarme de esa manera, la habría dejado hace mucho tiempo... o lo habría intentado. Los malos hábitos pueden ser endiabladamente difíciles de romper, mientras que cultivar los buenos requiere un gran esfuerzo.

—No seas demasiado severo contigo mismo —le aconsejó Kitty en un murmullo somnoliento—. El golpe en Compton Court fue mucho más fuerte que cualquier cosa que tu hermano haga en Beckwith Abbey. Y bailar es un trabajo que da sed.

¿De qué estaba hablando ella? Rory se preguntó si se había quedado dormido y estaba soñando su conversación.

—¿Quieres decir que esa fue la noche que... después del baile en Compton Court?

Recordaba perfectamente aquella noche, a pesar del fuerte puñetazo. Después del baile terminó en la cama con la tía de Lily Turner, la señora Henderson. Es más, Aaron Turner pudo confirmarlo. Los dos se habían encontrado en el pasillo, mientras se escapaban de sus respectivas aventuras. Kitty debía haber confundido la noche.

—Por supuesto —respondió ella, sin el menor atisbo de incertidumbre—. Aquella noche me invitaste a bailar, más de una vez, y me hiciste muchos cumplidos muy halagadores. Pensé que tal vez podrías sentir lo mismo que yo por ti. Cuando regresé a Beckwith Abbey, una de las criadas me dio una nota tuya. Decía que si no eras bienvenido en mi cama esa noche, debía asegurarme de cerrar bien la puerta.

A Rory se le erizaron los pelos de la nuca.

—Así que dejaste tu puerta abierta, esa noche... ¿Dejaste una luz encendida, como lo hice yo?

—No. —Kitty dio la respuesta que él temía—. Pensé que podrías estar gastándome una broma y no quería parecer aún más crédula. Si hablabas en serio, yo era demasiado tímida...

—Por supuesto. —Si tan solo hubiera estado gastando una broma. No es que se hubiera rebajado a travesuras tan juveniles.

—Hay una cosa que no entiendo. —Las palabras de Kitty se apagaron en un bostezo.

—¿Qué es eso? —Rory preguntó en un suave murmullo, incluso mientras sus pensamientos se arremolinaban en una tempestad caótica.

—Puedo entender que hayas estado demasiado bebido como para no recordar haber venido a mi habitación esa noche. Sin embargo, tuviste la presencia de ánimo para escribir una nota y hacer que me la trajeran. Seguramente, debes recordar haber hecho eso.

—Lo juro, ¡no recuerdo haber hecho tal cosa! —contestó con perfecta convicción.

Apenas había terminado de hablar, cuando el suave y lento zumbido de la respiración de Kitty le aseguró que estaba dormida. Mientras la abrazaba, Rory soltó un profundo suspiro.

Entonces, después de todo, había estado diciendo la verdad. No había sido tan sinvergüenza como para liberar a Kitty de su virginidad aquella noche de pleno invierno. La idea debería haberlo reconfortado, pero no fue así. Si no había sido él, quien entró en la habitación, a oscuras, de Kitty esa noche y la sedujo, entonces, ¿quién lo había hecho? Alguien debió conocer la preferencia de ella por él, y aprovecharla para realizar una conquista robada.

Al fin y al cabo, eso significaba que, después de todo, él no era el padre de Sarah. Una lágrima caliente y salada se escapó de uno de los ojos cerrados de Rory. Se deslizó por su rostro y cayó al abismo de su corazón roto.

Capítulo quince

—Será mejor que vuelvas a tu cama, querida. La vela se ha consumido mucho y me pareció oír a algunos de los sirvientes moverse. —Rory la despertó con un beso.

Kitty le devolvió el beso y presionó su cuerpo desnudo contra el de él, saboreando la sensación.

—Ojalá no tuviera que irme.

—Tampoco, yo —suspiró—. Jack siempre ha pagado bien a sus sirvientes por su discreción. Sin embargo, nunca se sabe qué historias podrían llegar a los oídos equivocados.

¿Rory iba a recordarle que un anillo de bodas en su dedo haría perfectamente respetable que compartieran la cama? Si lo hacía, Kitty no estaba segura de poder resistirse a su propuesta.

Puede que no la amara como ella lo había amado durante tanto tiempo, pero tal vez eso no fuera tan malo. ¿Realmente, lo había amado, a un hombre bueno, pero imperfecto? ¿O había adorado un ideal heroico, que había creado justo para responder perfectamente a todas sus necesidades? ¿Cómo podría alguien estar a la altura de expectativas tan imposibles, y mucho menos un hombre con sus propias necesidades y heridas?

—No debes demorarte —la instó, alejándose—. O tal vez no pueda dejarte ir.

—No tendrías que hacerlo, si estuviéramos casados. —Kitty intentó adoptar un tono burlón para disimular su vulnerable anhelo.

¿Respondería Rory con más bromas seductoras, que la habían emocionado ayer?

—Te lo dije, ese era un asunto completamente diferente —repitió las palabras que había usado entonces, pero en otro tono, arrepentido hasta el punto de la severidad—. No te atraje a la cama para poder seducirte a aceptar mi propuesta. Yo nunca haría tal cosa.

¿Había visto el asunto desde el ángulo equivocado? ¿Se preguntó Kitty, mientras se quitaba la ropa de cama, exponiendo su cuerpo desnudo al frío de la mañana? Le mordisqueaba la carne y la vergüenza atacaba a su espíritu. ¿Rory había presentado su oferta de matrimonio, solo como una manera de llevarla a la cama otra vez? Sabía que no era eso lo que la había traído allí, la noche anterior, pero un libertino experimentado como él podría suponer lo contrario.

Un momento antes, ella había abrigado ideas tontas sobre un futuro con él, sin pensar en el doble escándalo que se cernía sobre su cabeza. Sin mencionar todas las demás buenas razones por las que casarse con él formaban una idea tan absurda. Ahora el peso de esas razones la oprimía, incluso mientras recordaba la dicha cálida e ingrátida, que había seguido a su relación amorosa.

—Muy bien, iré. —Se puso la camisa y la bata con movimientos rápidos y bruscos—. Al menos no tengo que escabullirme, mientras duermes, como lo hiciste conmigo en Beckwith Abbey. Me sorprende que no recuerdes al menos esa parte de la noche. Tuviste suficiente ingenio para vestirme en la oscuridad y no dejar atrás ni siquiera una media, que traicionara tu presencia.

Rory se sentó en la cama, estremeciéndose ante sus palabras. Quizás, después de todo, el libertino no era del todo descarado. En ese momento, Kitty estaba demasiado preocupada por su furioso remordimiento, como para preocuparse si él sentía alguno.

¡Cuánto deseaba regañarlo a todo pulmón o arrojarle algún objeto suficientemente pesado a la cabeza! Por razones obvias, una represalia tan tentadora estaba fuera de discusión. En lugar de eso, debía alejarse tan silenciosamente como había llegado esa noche, tragándose su ira hasta que

amenazara con asfixiarla.

Furiosa como estaba con Rory, estaba aún más enojada consigo misma.

Quizás fue una lección valiosa. No se podía confiar en ese hombre. Ella y su hija estaban mucho mejor sin él.

* * *

¿Pensaba Kitty que él quería que ella se fuera, después de la maravillosa noche que habían compartido? Aunque le costó creer la idea, Rory sintió que era cierta.

Mientras escuchaba cerrarse la puerta de su dormitorio con silenciosa finalidad, su corazón latía por el dolor de sus palabras de despedida, aunque no porque se aplicaran a él. No era de extrañar que no hubiera podido recordar su aventura en Beckwith Abbey, porque la misma nunca había sucedido.

¿Debería decírselo? Rory pasó una mano por este cabello. ¿Le creería si lo hiciera? Su actitud esa mañana sugería que tal vez Kitty nunca creería otra palabra de lo que dijera.

A pesar de la temprana hora, anhelaba una bebida fuerte... tal vez varias. Lo suficiente como para hacerle olvidar todo lo que había sucedido durante las últimas semanas.

Quizás no todo, protestó una parte de él. Al recordar sus excursiones al parque con Sarah y su madre, no pudo evitar sonreír. Sus sentimientos cada vez más profundos por Kitty, que culminaron en los placeres de la noche anterior, eran recuerdos que preferiría revivir que borrar. Si al menos esos dulces recuerdos no lo atormentaran, cuando perdiera a Kitty y a su hija, como ahora parecía seguro que eso sí sucedería.

El dolor y el miedo lo carcomieron hasta que un misericordioso agotamiento lo venció. Esto lo arrastró hacia el santuario sin emociones del sueño.

Cuando despertó, ya había luz. Rory no tenía idea qué hora del día podría ser. Durante un bendito instante, después de abrir los ojos, no recordó nada de la noche anterior. Luego, fragmentos de recuerdos se fusionaron en una gran ola que rompió sobre él. Luchó por respirar, ahogándose en un profundo y frío mar de tristeza, que había tratado de eludir, a lo largo de su vida.

Desesperado por escapar, Rory salió de la cama y se puso la misma ropa que había usado en el teatro. Mientras jugaba con botones y hebillas, se dio cuenta que había un gran bullicio en la casa. Jack y Annabelle debían haber regresado. Sintió un destello de alivio, al bajar las escaleras. Si alguien podía ayudarle a entender lo que había descubierto y aconsejarle cómo proceder... eran sus amigos.

Un alegre murmullo de voces, proveniente de la sala de estar, le dijo que Sarah y Polly estaban dando la bienvenida a casa al nuevo conde y a la condesa. Sin escuchar la voz de Kitty, se asomó, pero rápidamente se retiró de la vista cuando la vio a ella.

Estaba tratando de decidir si volvía a entrar o se escabullía, cuando escuchó a Jack hablando.

—Si me disculpan, señoras, debo ir con Godfrey.

Su amigo no mostró sorpresa al ver a Rory, cuando salió de la sala de estar. Los rasgos audaces de Jack se tensaron, mientras asentía bruscamente hacia su estudio.

Una vez que los dos hombres estuvieron adentro, con la puerta cerrada detrás de ellos, Jack inició la conversación en tono áspero.

—¿Qué salió mal? ¿Qué has hecho?

Este no era el apoyo que Rory había imaginado recibir de su amigo.

—¿Qué he hecho? ¿Por qué cada percance debe ser culpa mía? ¿Cómo puedes estar tan seguro que algo salió mal?

Jack lo miró con una mirada desafiante.

—Kitty Delany apenas ha dicho dos palabras desde que regresamos. Hace un momento, asomaste la cabeza en la sala de estar, y luego volteaste como si hubieras visto a un fantasma. No hace falta ser matemático para sumar esas dos cosas y obtener una suma que equivalga a problemas. ¿Estás diciendo que estoy equivocado?

Rory sacudió la cabeza y exhaló un profundo suspiro, mientras se dejaba caer en la silla más cercana.

Jack tomó asiento frente a él. Su postura rígida se relajó un poco.

—¿Qué pasó? —preguntó, absteniéndose de culpar—. Annabelle y yo pensamos que esta vez a solas los acercaría más a Kitty y a ti.

—¡Oh! Así fue. —Rory se esforzó por recuperar su tono de fría indiferencia, pero lo eludió.

—¿Qué tan cerca? —Jack cruzó los brazos frente a su pecho.

Rory se encogió de hombros.

—En retrospectiva, estamos bastante más cerca de lo que deberíamos.

—¡Al menos lo recuerdas esta vez! —gruñó Jack—. Supongo que eso es algo.

—Solo hubo esta vez. —Rory miró con gran anhelo una jarra de brandy en una mesa auxiliar cercana—. ¡Ese es el problema!

—Es demasiado temprano para acertijos. —Jack se frotó la frente—. Dime claramente lo que quieres decir.

Rory respiró hondo.

—Kitty me contó más sobre esa noche en Beckwith Abbey. Dijo que fue después del baile en Compton Court, pero no pudo haber sido así. Estaba comprometido con otras cosas y el capitán Turner puede darme una coartada.

—¿Turner y tú? —Las cejas de Jack se alzaron tanto que casi tocaron la línea del cabello.

—¿Ahora, quién está siendo ridículo? —Rory espetó y aclaró—, quiero decir, Turner y yo nos encontramos en el pasillo después de nuestras... aventuras. Él puede decirte que pasé esa noche en compañía de la señora Henderson.

—¿Quiénes?

La pregunta de su amigo le recordó a Rory que Jack no había asistido a la fiesta en Beckwith Abbey.

—La tía de Lily Turner e Iris Crawford.

—¡Ah! —Jack asintió—. Algo que por fin tiene sentido. Quizás Kitty se equivocó acerca de qué noche pasaron juntos.

Rory negó con la cabeza.

—Ojalá pudiera creer eso, pero ella se mantuvo firme. También mencionó haber recibido una nota mía, diciéndole que dejara la puerta abierta, si quería que estuviera en su cama esa noche.

—Eso suena como algo que tú harías —confirmó Jack.

—Quizás —admitió Rory—. Pero, no lo hice. Podría haber estado demasiado borracho para recordar haberme acostado con Kitty, aunque tuve mis dudas al respecto desde el principio. ¿Crees que podría haber escrito una nota inteligible en tal estado?

Jack pensó por un momento.

—¡No!

—Si hubiera estado lo suficientemente sobrio como para escribirle esa nota a Kitty —insistió Rory en su argumento, y siguió hablando—, debería poder recordar haberlo hecho y no tengo el más mínimo recuerdo. Alguien más sabía que a Kitty le gustaba lo suficiente como para dejar la puerta abierta, si se lo pedía.

—¿Quién? —Jack formuló la pregunta que había atormentado a Rory durante horas.

—Al parecer, fue una noche bastante ajetreada en Beckwith Abbey. —Rory logró dar un atisbo de su antiguo descaro—. Es un milagro que más caballeros no tropezaran, entre sí, en el camino de regreso a nuestras propias camas. Aaron Turner estaba con una de las hermanas Crawford. Me gustaría mucho conocer los detalles de ese triángulo amoroso.

—Sabemos que Gabriel estaba con Moira —murmuró Jack.

Rory asintió.

—Estoy seguro que ni mi hermano, ni el señor Brennan serían capaces de semejante picardía. Había otro caballero en la fiesta, aunque no merece ser llamado así.

—¿El hermano de Lady Killoran? Señor... ¿Tienes algo...?

—Uvedale. —El nombre hizo que el desfiladero de Rory se elevara—. Hay pocas maldades que le dejaría pasar. Después que Iris Crawford aceptara la idea de casarse con él, Uvedale zarpó hacia las Indias Occidentales en busca de una esposa rica. O tal vez huyó porque temía que su perverso truco con Kitty saliera a la luz.

Jack recibió la explicación de Rory con un pesado silencio.

—Esto nunca debe salir a la luz —declaró finalmente—. Y ahora es más importante que nunca... que convenzas a Kitty Delany para que se case contigo.

* * *

¿Podría Annabelle adivinar lo que habían estado haciendo Rory y ella? Kitty se preguntó si la nueva condesa seguiría molestándolos para que se casaran.

La señora acunó a Sarah en su regazo después de una afectuosa reunión. Una punzada aguda atravesó el corazón de Kitty, cuando su hija se acercó a la condesa y la llamó mamá. Sin duda, Annabelle debió sentir lo mismo, cuando escuchó que la niña no se había quejado ni languidecido durante su ausencia.

—Tengo muchas ganas de volver a dormir en mi propia cama —suspiró Annabelle.

Kitty pensó que su amiga parecía bastante agotada, tal vez incluso enferma.

—Los viajes largos en carruaje son agotadores.

—Tú lo sabes mejor que yo —replicó Annabelle—. Liverpool está dos veces más lejos que Worcester. Luego, cruzaste el mar de Irlanda. ¡Ay! No debería quejarme.

—¿Pudiste reconciliarte con el tío de tu marido, como esperabas? —Kitty se esforzó por mantener su atención en la conversación, en lugar de desviarse hacia su noche con Rory y sus inquietantes consecuencias. Ahora, que él había vuelto a obtener lo que quería de ella, no podía soportar permanecer bajo el mismo techo que él. Cuanto antes pudiera hacer los preparativos para partir hacia los Estados Unidos, mejor sería para Sarah y ella.

Annabelle meneó la cabeza con un aire de melancólica resignación.

—Lord Knightlow estuvo obstinadamente amargado hasta el final. Cuando llegamos, apenas podía hablar, pero logró acusarnos de haber venido a reclamar la propiedad, antes que se enfriara en su tumba.

Sarah escuchó atentamente su conversación, sin interrumpirla para repetir palabras, como hacía tan a menudo con Kitty y Rory.

—¡Qué injusto después de todas las molestias que te tomaste para estar con él en sus últimas horas! —Como siempre, el temperamento de Kitty se despertó en respuesta a la injusticia.

—El conde se hizo más daño a sí mismo que a nosotros —suspiró Annabelle—. Podría haber tenido el consuelo de una familia y compañía al final de su vida. En lugar de eso, se aferró a su resentimiento. No pude ver que esto le trajera ningún consuelo.

Por mucho que Kitty odiara reconocer cualquier similitud entre ella y el difunto conde, podía entender por qué él se había negado a ceder. La ira es una emoción poderosa. Le da a la persona la ilusión de fuerza. Esta puede hacer que otros lo piensen dos veces, antes de intentar hacer daño o aprovecharse de los demás. Pero, admitir el miedo, el dolor o la vergüenza exponía una vulnerabilidad peligrosa.

Había acudido al bautizo de su hija, armada de ira. Le había molestado que Rory le hubiera dado la espalda. Había envidiado a sus amigos por pasar un tiempo precioso con Sarah, cuando ella no pudo. Su ira había sido recibida con hostilidad y resistencia. Solo después que ella mostró su vulnerabilidad, los demás cedieron y la trataron con la amabilidad que anhelaba.

¿Podría ser por eso que Rory y ella se habían peleado, tan pronto, después de su dichosa aventura? ¿Ambos habían sentido la necesidad de proteger sus corazones, que habían sido heridos con demasiada frecuencia en el pasado?

—Al menos, usted y su esposo tienen el consuelo de saber que se portaron bien —le aseguró Kitty a su amiga—. No tienes nada que reprocharte.

—Es muy amable de tu parte decirlo. —Annabelle esbozó una sonrisa cansada—. Fue muy cordial que Rory y tú se quedaran con esta pequeña, en nuestra ausencia. Espero que no te haya causado demasiados problemas.

—No, por nada. Fuiste una chica muy buena para nosotros, ¿no, Sarah? —Por mucho que deseara tener a su pequeña hija en brazos, Kitty no podía envidiarle ese privilegio a Annabelle.

—Goo Sawa —se jactó la niña, seguida de una risa descarada—. Baa Wo-wii.

—Qué pequeña e ingratamente abominable eres. —Rory fingió regañarla, cuando entró a la sala de estar, seguido por Jack—. Abusas de mí un minuto, y luego me pides favores al siguiente. ¿Y alguna vez te he rechazado?

—¡Wo-wii! —Sarah le tendió los brazos—. Mo pata. Pastel de Mo.

Annabelle le entregó la niña a Rory con aire de desgano.

—Hay un ejemplo perfecto. —Le pellizcó la nariz a Sarah—. Todo es el malo Rory hasta que quieres algo. Me temo que tu futuro esposo no me agradecerá si fomento este tipo de comportamiento.

En el pasado, a menudo, le lanzaba una mirada de reojo o un guiño a Kitty, cuando se burlaba de la niña. Hoy mantuvo su atención fija en Sarah.

No podía culparlo, reconoció Kitty con una punzada de culpa. ¿Era ella como su hija pequeña, demasiado rápida para reprocharle bajo cualquier circunstancia? En el caso de Sarah, era solo una broma que, según había aprendido, provocaría risas y atención. A pesar de sus protestas, Rory claramente disfrutaba de su ingenio precoz, un rasgo que debió haber heredado de él.

Kitty sabía que no había nada divertido en las acusaciones que había formulado contra él, en las primeras horas de la mañana.

—¿Mo park? —repitió Sarah, esta vez con una petición incierta, más que una exigencia imperiosa.

—Es bastante temprano para eso —respondió Rory, como si pudiera entenderla—. Además, necesito salir un rato. Antes que preguntes, no es ningún lugar con aves acuáticas o pasteles que son claramente esenciales para disfrutar de una excursión.

Debajo de su apariencia juguetona, Kitty escuchó un trasfondo de miseria. ¿Sus duras palabras habían herido tanto sus sentimientos? ¿Y a dónde iba? Esperaba que no fuera a un lugar desagradable, donde olvidaría sus problemas.

Después de un poco más de tonterías con Sarah, Rory la besó profundamente en ambas mejillas, luego se la devolvió a Annabelle y salió rápidamente.

Kitty lo siguió.

Rory parecía demasiado concentrado hacia dónde iba y por eso ni siquiera la notaba. Cuando él se detuvo en la entrada para ponerse el sombrero, ella se aclaró la garganta para llamar su atención.

Rory dio un respingo culpable.

—¿A dónde vas? —ella preguntó.

—Afuera. —Hizo un gesto tan vago como su respuesta—. Siento la necesidad de estirar las piernas.

—¿Quieres compañía? —De alguna manera, pronunciar esas palabras parecía un riesgo peligroso—. Necesitamos hablar...

—Estoy de acuerdo —replicó Rory. Sin embargo, antes que Kitty pudiera ir a buscar su bata y su sombrero, él añadió—, pero primero tengo que pensar un poco.

Hizo una leve reverencia, a modo de despedida, y se fue sin decir una palabra más.

Kitty esperó un momento y luego, él abrió la puerta en silencio. Salió sigilosamente por esa puerta, donde ella había dejado a Sarah en su cesta meses atrás.

Mirando arriba y abajo de Bruton Street, pronto vio a Rory caminando en dirección a Berkeley Square y Hyde Park. Su andar no era el de alguien perdido en sus pensamientos, más bien era un paso rápido y decidido. Ciertamente, él tenía en mente un destino más definido de lo que había dejado entrever.

Capítulo dieciséis

—Rory, ¡qué agradable sorpresa! —Gabriel lo saludó, cuando lo llevaron a la galería de esculturas de Cheviot House. Parecía que los Stanford estaban dando a los Turner un recorrido por el lugar—. Estábamos debatiendo las ventajas de visitar Bruton Street para que nuestras hijas pudieran conocer mejor a Sarah.

—Jack y Annabelle acaban de regresar de Worcester —dijo Rory—. Sin duda estarán encantados de verlos a todos. Primero me gustaría hablar con el capitán Turner, si me disculpas la interrupción.

—¡Por supuesto! —Las cejas de Gabriel se juntaron en una expresión de desconcierto—. Si estás considerando unirme a nuestra compañía, te recomendaría ampliamente. El mundo del comercio me ha parecido mucho más divertido que la mitad de las tonterías que alguna vez hicimos. Además, podrías demostrarle a la señorita Delany que usted no busca su fortuna.

¿Sospechaba Kitty de eso? Rory intentó desestimar el comentario de su amigo, aunque no podía culparla si lo hacía.

—Le daré a tu sugerencia toda la consideración que merece, Gabriel, pero vengo por otro asunto. —Rory se encontró con la mirada curiosa de Aaron Turner y señaló hacia el otro extremo de la larga galería—. ¿Sería tan amable, capitán?

—¿A qué has venido, Fitzwalter? —murmuró el capitán, una vez que estuvieron a buena distancia del resto del grupo—. ¿Necesitas un préstamo?

Rory sacudió la cabeza vigorosamente.

—¡Nada de eso! He venido a preguntarte si recuerdas la noche del baile durante la fiesta en Beckwith Abbey.

Una sonrisa furtiva iluminó los rasgos oscuros del capitán Turner.

—Dudo que alguna vez lo olvide. ¿Por qué?

—Quiero confirmar que recuerdo los acontecimientos con precisión —confirmó Rory—. Creo que tú y yo nos encontramos en circunstancias bastante... incómodas en las últimas horas de esa noche.

—Bastante incómodas, por cierto. —El capitán miró hacia una estatua de mármol blanco de una ninfa que lucía por estar ligera de ropa—. Te pillé saliendo del dormitorio de tía Althea. Podrías haberme derribado con una pluma.

Aunque estuvo tentado de preguntarle a Aaron Turner con qué hermana Crawford había estado en compañía esa noche, Rory se contuvo.

—Así es como yo también lo recuerdo.

—Prometimos responder el uno por el otro, si nos atrapaban, y afirmar que habíamos estado bebiendo juntos todo el tiempo —agregó el capitán—, afortunadamente eso no resultó necesario. Ahora dime por qué de repente estás tan ansioso por recordar esa noche.

Rory vaciló. Pero la necesidad de confiar en alguien era demasiado fuerte. Con una hija pequeña, Aaron Turner podría imaginar cómo se sentiría si la niña resultara ser de otra persona.

—Kitty Delany insiste en que fue la noche del baile que... la pequeña Sarah fue concebida.

—Pero, ¡eso no es posible! —ratificó el capitán—. Estabas con... ¿Está la señorita Delany bastante segura que fuiste tú?

—Ella recibió una nota, diciendo que iría a verla esa noche —explicó Rory—. ¿Y supongo que conoces el viejo dicho que todos los gatos se vuelven grises en la oscuridad?

La gran boca de Aaron Turner se abrió.

—¡Alguien más fingió serlo! Para poder... ¡Fue ese sinvergüenza de Uvedale, estoy seguro!

Las voces distantes de los demás callaron y luego volvieron a alzarse con más fuerza.

—Parece el culpable más obvio —coincidió Rory.

Murmurando un juramento, el capitán se estrelló el puño en la palma opuesta.

—¡Esa pobre chica! Debí haberle dicho algo a tu hermano en ese momento, pero tenía miedo que la condesa se ofendiera y me dijera que me fuera...

—Tú sabías algo... —lo interrumpió Rory, tratando de darle sentido a lo que estaba escuchando.

Aaron Turner respiró profundamente.

—Escuché una conversación entre Lord Uvedale y la señorita Delany la noche antes del baile. Quería convertirla en su amante, después de casarse con Iris. Afirmó que le había gustado desde que eran jóvenes. Dijo que ella estaría mejor con él, que suspirando por ti.

Entonces, ¡era él! Durante horas, Rory había estado luchando por negarlo, pero ahora no podía. Se tapó la boca con una mano, mientras la bilis caliente subía al fondo de su garganta.

Sidney Uvedale se había metido en la cama de Kitty esa noche y la había arruinado. Rory anhelaba arrasar la galería del duque de Cheviot, descargando su ira en las antiguas y prístinas estatuas. ¡Lo que era peor, ese trepador había utilizado el enamoramiento de Kitty por él para lograr la conquista!

El capitán exhaló un fuerte suspiro.

—¿Cómo le vas a dar la noticia a la señorita Delany?

Rory se había hecho esa pregunta muchas veces en las miserables horas pasadas. La respuesta, y sus sentimientos al respecto, habían variado enormemente cada vez.

—Jack insiste en que no diga nada... que redoble mis esfuerzos para persuadir a Kitty que se case conmigo.

—Pero, ¿por qué, si no eres el padre de la niña?

Aunque sabía que Aaron Turner había hecho esa pregunta con las más amables intenciones, sus palabras golpearon a Rory como un garrote en las rodillas.

—¿Te gustaría que una niña, que te importa, quedara bajo el poder de un sinvergüenza como Uvedale?

El capitán se estremeció. Estaba claro que no había pensado en esa terrible posibilidad más que Rory, antes que Jack la sugiriera.

—¿Crees que intentará reclamar a la señorita Delany?

—¿Puedes dudarlo, especialmente después de lo que escuchaste entre ellos? —Cada palabra salió de la boca de Rory más rápido que la anterior—. Uvedale quería a Kitty, pero necesitaba a una esposa rica. Ahora puede atrapar a ambas, de una sola vez, y usar a su hija como palanca para asegurarla. Es solo cuestión de tiempo hasta que le llegue la noticia que Kitty es la madre de Sarah. Una vez que la escuche, sabrá que debe ser el padre. Mientras tanto, si me caso con Kitty, podré protegerla a ella y a Sarah de él.

Mientras Rory hablaba, el capitán asentía lentamente.

—Estoy de acuerdo contigo en todos los puntos, menos en uno.

—¿Y cuál es? —Más seguro que nunca de lo que había sucedido esa fatídica noche, Rory no podía imaginar que el capitán estuviera en desacuerdo con algo de lo que había dicho.

—Debes decirle la verdad a la señorita Delany —insistió Aaron Turner—. Ella merece saberlo.

Rory negó con la cabeza.

—Ella se mostró lo suficientemente reacia a casarse conmigo, aún creyendo que soy el padre de su hija. Si ella sabe que no lo soy, me temo que nunca dará su consentimiento. Jack está de acuerdo en que hay demasiado en juego como para arriesgarnos.

—Con el debido respeto para usted y su amigo —habló el capitán en un tono inflexible que alguna vez podría haber usado con su tripulación—, están equivocados.

—¿Qué te hace estar tan seguro? —Los dedos de Rory apretaron con fuerza el ala de su sombrero—. Si Sarah hubiera estado bajo tu cuidado tanto tiempo, como estuvo bajo el nuestro, ¡podrías tener una opinión muy diferente!

No había notado que alzaban la voz hasta que Gabriel Stanford apareció a su lado.

—Rory, Aaron, ¿cuál es el problema? Aquí todos somos amigos. Seguramente, podremos resolver cualquier desacuerdo de manera amistosa.

—¡No es de su incumbencia! —espetó Rory—. ¡Él no tiene derecho a cuestionar mis intenciones!

—Pero... usted pidió hablar con el capitán Turner —dijo Gabriel, claramente ansioso por apaciguar a su amigo y a su socio comercial—. ¿Por qué hacer eso, si no consideras su consejo?

Rory se quedó viendo a su amigo.

—Vine aquí buscando información, no consejo. Ahora que he aprendido lo que quería saber, le deseo buenos días.

Mientras giraba sobre sus talones para alejarse, Aaron Turner habló de nuevo.

—Tú afirmas que yo vería el asunto de otra manera si me preocupara más por la niña. Si eso es cierto, entonces Lord Gabriel debería estar de acuerdo contigo y con Lord Knightlow.

—¿De acuerdo en qué? —preguntó Gabriel—. ¿La niña? ¿Tiene esto que ver con Sarah?

Rory dio la vuelta para enfrentarse al entrometido compañero de su amigo.

—¿Quieres que se lo cuente a todo el mundo en Londres? ¡Quizás debería publicar un aviso en *The Gentlemen's Magazine*!

—¡No digas tonterías! —Gabriel adoptó con él un tono más firme del que Rory había oído jamás—. Dificilmente soy toda la población de la ciudad. Y si esto concierne a Sarah, tengo derecho a saberlo.

—Las damas también. —Aaron Turner llamó a su esposa y a Moira Stanford—. Ellas podrán darte una perspectiva femenina sobre el asunto. Puedes confiar en nuestra discreción, te lo prometo.

Tentado como estaba a soltar una broma amarga y marcharse furioso, Rory asintió brevemente. Gabriel merecía saber la verdad. Una vez que su amigo escuchara lo que estaba en juego, Rory confiaba en que Gabriel lo apoyaría. Moira y Lily también podrían hacerlo. Seguramente, eso silenciaría al capitán Turner... y a sus propias dudas.

Con las pocas palabras que pudo expresarse, él les contó lo sucedido aquella noche de invierno en Beckwith Abbey.

—Me pregunto, ¿qué más hizo Lord Compton en ese golpe suyo? —Gabriel reflexionó, cuando Rory hubo terminado—. Con todas las idas y venidas, es una maravilla que más invitados de tu hermano no se reunieran en lugares, en los que no tenían por qué estar.

Su esposa miró fijamente la alfombra, mientras un brillante rubor inundaba su bonito rostro.

—Por favor, señor Fitzwalter —dijo Lily Turner—. Mi esposo solo está tratando de brindarle el beneficio de nuestra experiencia... tan dolorosa.

Sus palabras calmaron el temperamento de Rory, al mismo tiempo que despertaron su curiosidad. Él levantó una ceja en una silenciosa pregunta.

—¿Recuerdas cuando me enfermé en la fiesta en casa de Lady Killoran? —preguntó Lily.

Rory asintió, al igual que Gabriel y Moira. Claramente, no sabían nada de lo que la dama estaba a punto de revelar.

—Solo dije que era yo —continuó Lily, mientras giraba su anillo de bodas, alrededor de su dedo—, de hecho fue Iris quien tuvo fiebre y perdió la voz. Ocupé el lugar de mi hermana en la fiesta porque quería fomentar el interés de Aaron por ella y desalentar el de Lord Uvedale.

¿Era su rostro una imagen de shock tan cómica como la de Gabriel y Moira, se preguntó Rory? Lily Turner miró a su marido e intercambió con él una sonrisa cariñosa y secreta.

—Pronto me enamoré. Mantuve mi engaño mucho más tiempo del que debería. De hecho, nunca debería haberlo empezado en primer lugar. Cuando Aaron se enteró, se enojó mucho conmigo y con razón.

—Al final, todo salió bien —destacó Rory—. Tu marido debió entender que tenías buenas intenciones y te perdonó.

—Es muy fácil que no lo haya hecho. —Los encantadores rasgos de Lily Turner delataban el dolor que le habían costado sus mentiras—. Y los tres hubiésemos pagado un precio terrible por lo que hice. No te desearía esa angustia por nada del mundo.

Aaron Turner se colocó detrás de su esposa, que parecía estar al borde de las lágrimas. Él la rodeó con sus brazos.

—No desearía que la señorita Delany sintiera el aguijón de la traición, que yo sentí cuando descubrí cómo Lily me había engañado.

El capitán y su esposa fueron peligrosamente persuasivos. Rory miró a Gabriel y Moira en busca de apoyo, pero ambos asintieron con la cabeza, de acuerdo con el capitán.

—¿Has olvidado cómo Moira insistió en que no era la madre de Sarah, mientras ocultaba el hecho que había dado a luz a mi hija, en secreto? Yo tampoco fui el mejor, ocultando mi propio secreto —murmuró Gabriel.

Moira intervino:

—En ese momento, ambos creíamos que teníamos buenas razones para nuestro engaño. Mirando hacia atrás, desearíamos que hubiéramos actuado de manera diferente.

¿Cómo podrían esperar persuadirlo, con sus argumentos, cuando la felicidad de sus matrimonios contradecía esas advertencias?

—Sé que todos tienen buenas intenciones —destacó Rory—. Pero, no han sido de ninguna ayuda.

Esta vez, cuando él dio vuelta para irse, nadie intentó detenerlo.

* * *

¿Qué estaba pasando?

—Kitty trató de reprimir una sensación de inquietud, que se había alojado en algún lugar de su abdomen. Le agitaba el estómago y al mismo tiempo le restringía la respiración. No era una conmoción desconocida. A menudo, se había sentido así, durante su juventud, cuando percibía una corriente subyacente de tensión dentro de su familia.

Ahora entendía la fuente de esa agitación, que bullía bajo la superficie. Durante muchos años se le había ocultado un secreto venenoso, el cual la involucraba íntimamente. ¿Podría estar pasando lo mismo otra vez? Y si es así, ¿cuál era el secreto?

Poco después que Jack y Annabelle llegaran a casa, ella empezó a notar un cambio en sus modales. Parecían tensos y ansiosos, lo que no la habría sorprendido después de su viaje, el fallecimiento del difunto conde y el repentino ascenso de Jack a la nobleza. Lo que despertó sus sospechas fue el cuidado que pusieron en ocultarle sus verdaderos sentimientos.

En su presencia, o cuando pensaban que ella no estaba mirando, se comportaban como de costumbre, aunque tal vez demasiado alegres, dadas las circunstancias. Parecían inventar excusas para irse a otras partes de la casa. Más de una vez, ella notó una mirada extraña entre ellos, justo antes de disculparse con un pretexto cuestionable. ¿No estaba siendo razonable sospechar que querían hablar de algo, sin su presencia?

Cualquiera que fuera la fuente de esta tensión y secreto, también involucraba a Rory. Kitty estaba segura que él debía saber mucho más que ella al respecto.

¿Les había contado a sus amigos lo que había pasado entre ellos la noche anterior? La idea la hizo estremecerse, al mismo tiempo que encendía su indignación. ¡No tenía por qué revelar algo tan privado, sin su permiso!

Aunque no estaba segura de poder pasar por alto que él fuera tan indiscreto, era poco probable que esa información hubiera preocupado a sus amigos. Vaya, Annabelle había confesado que algo similar había sucedido entre Jack y ella, antes de casarse. Los Warwick probablemente lo verían como un paso hacia el altar para Rory y ella, algo que Annabelle deseaba fervientemente.

—Kii-kii. —La vocecita de su hija interrumpió el desconcertante torbellino de pensamientos de Kitty—. ¿Ir park?

Le sonrió a Sarah, besándole la mano.

—¿Cómo es posible que podamos ir hasta el parque sin tu devota escolta?

—¿Alguien está tomando mi nombre en vano? —Rory llamó desde la puerta y entró para acompañarlas.

Aunque hizo todo lo posible por parecer imperturbable, esa misteriosa salida no había tranquilizado a Kitty.

—Nada de eso —respondió ella, en un tono de falsa alegría, que esperaba fuera más convincente que el de él—. Solo le estaba diciendo a Sarah, que no podríamos disfrutar de un viaje al parque sin ti.

Era verdad, se dio cuenta de eso con una punzada de dolor. Gran parte de lo que había hecho, durante las últimas semanas, se había vuelto agradable gracias a la presencia de Rory: una comida, un paseo, la conversación más trivial...

—Si tuviera una pizca de humildad, intentaría afirmar lo contrario. —Soltó una risita que podría haber engañado a Sarah, pero no a Kitty—. Afortunadamente, carezco de esa virtud en particular.

—¡Wo-wii! —La niña lo saludó con un deleite completamente genuino. Por supuesto, tras su cálido saludo siguieron ansiosas exigencias de su salida favorita.

—Muy bien. —Él estuvo de acuerdo—. Puedo ver que no se nos permitirá un momento de paz hasta que usted se haya salido con la suya.

—Ven, Sarah. —Annabelle tomó a la niña de los brazos de Kitty y se dirigió hacia la puerta—. Debemos vestirme apropiadamente, si vas al parque. Hoy hace fresco.

La niña no hizo tanto escándalo. Quizás ya se había dado cuenta que aquel era el prelude necesario para una salida.

Cuando Annabelle pasó junto a Rory, le lanzó una mirada que confirmó aún más la inquietud de Kitty.

En el momento en que Rory y ella tuvieron la sala de estar para ellos solos, Kitty se acercó a él, y lo miró a los ojos.

—¿Me vas a decir qué está pasando?

Él dio un visible sobresalto.

—No estoy seguro de lo que quieres decir.

Los viejos instintos la instaron a dar marcha atrás o aceptar cualquier excusa que Rory pudiera ofrecerle para apaciguarla. Pero había aprendido las consecuencias de mirar hacia otro lado, por más fácil que pudiera parecer.

—Creo que sabes exactamente lo que quiero decir y te sacaré la verdad de una forma u otra.

—¿Lo harás? —Intentó disimular su alarma con una sonrisa descarada—. ¿Y qué métodos de coerción piensas emplear? Me intrigas...

Una parte de ella quería golpearlo, mientras que la otra ansiaba agarrarlo por las solapas y besarlo hasta que estuviera demasiado aturdido para guardar su maldito secreto. En lugar de eso, reprimió esas fuertes pasiones para exponer sentimientos muy diferentes.

—¿Sabes lo que se siente, cuando todos los que te rodean te mantienen en la ignorancia, incluso aquellos en quienes creías que podías confiar? Es como esos juegos de la gallina ciega, que jugábamos cuando éramos niños. Algunos de ustedes pensaron que eran muy divertidos, pero siempre estuve aterrorizada de correr peligro, o que alguien pudiera intentar hacerme daño, mientras yo no podía protegerme.

Su atractivo borró la sonrisa del rostro de Rory. En lugar del pícaro cínico y bromista, de repente parecía el chico ardiente y caballeroso de antaño.

—Yo habría cuidado de ti. Nunca dejaría que sufieras ningún daño.

Él creía eso con todo su corazón. Kitty no podía dudarlo.

—¿Es eso lo que estás tratando de hacer ahora? ¿Protegerme de cualquier daño, mientras finges que no hay peligro?

—¿Sería eso tan malo? —preguntó, no como un desafío sino como una pregunta sincera—. Quiero evitar que te hagan daño y eso incluye el miedo que surge al comprender el peligro.

Érase una vez... ese era precisamente el refugio que había buscado en su joven héroe.

—No está mal de ninguna manera. —Lentamente, Kitty se acercó y presionó la palma de su mano contra su mejilla—. Sé que usted tiene una intención amable, tal vez incluso amorosa. Pero si dependiera de ese tipo de protección, ¿cuánto más indefensas nos dejarías a Sarah y a mí sin ti? He tratado de volverme más fuerte y valiente por el bien de nuestra hija. ¿Quieres que me aparte de eso?

Mientras hablaba, Kitty sintió un cambio en la carne del rostro de Rory, ahora bajo sus dedos. Era evidente que lo que ella le había dicho, sí lo había afectado, aunque no sabía cómo.

El sonido de pasos en las escaleras y el ruidoso parloteo de Sarah sobre el parque los sacaron a ambos de la intimidad de su conversación. Kitty bajó la mano y Rory se alejó de ella.

Justo antes que su anfitriona regresara a la habitación con su bulto envuelto en un chal y un sombrero, Rory se inclinó hacia Kitty y murmuró:

—Te lo diré. Solo déjame tener el resto de este día para fingir que nada ha cambiado.

¿Cómo podría negarse, cuando una nota lastimera en su voz le hizo un nudo en la garganta? Además, eso le hizo preguntarse si sería mejor no saberlo.

Capítulo diecisiete

Con el paso de los años, Rory Fitzwalter se había vuelto muy hábil para guardar recuerdos perturbadores y evitar sentimientos desagradables. La clave era encontrar algo divertido que hacer y sumergirse en esa actividad hasta que no hubiera espacio para más nada. Apostar, montar a caballo, beber, pasear en barco, ir al teatro y hacer el amor habían cumplido admirablemente su propósito.

En los últimos meses, muchos de sus conocidos podrían haberse sorprendido de cómo había reformado sus costumbres. Pero no entendían que mantener entretenida a una niña pequeña requería tanta concentración y energía, como dedicarse a actividades menos saludables. No le costaba mucho más dinero del que podía permitirse perder ni tampoco lo hacía sentirse miserable, a la mañana siguiente. Además, sus sonrisas, sus carcajadas e incluso su picardía le proporcionaban un hilo de alegría mucho más dulce que el júbilo pasajero de una apuesta ganada.

Durante el resto del día, Rory se concentró en entretener a Sarah y disfrutar de la compañía de Kitty, como si no hubiera un mañana. Si hubiera permitido que su atención flaqueara, aunque fuera por un momento, podría haberse visto obligado a enfrentar la posibilidad que no hubiera otro día para los tres.

¿Estaba loco por haber prometido decirle a Kitty la verdad? Esa inquietante pregunta lo molestaba, mientras cenaba con Jack, Annabelle y ella, esa noche. La revelación podría no solo significar el fin de su tiempo con Kitty y Sarah, sino también la destrucción de su amistad con los Warwick.

Aún así, no habría podido rechazar la súplica de Kitty de saber qué estaba pasando. Se equivocó al suponer que a él nunca le habían mantenido ignorante de una verdad dolorosa. Recordó el siniestro temor que algo andaba mal, junto con una incertidumbre paralizante. No se lo desearía a nadie que le importara. Y sí se preocupaba por Kitty Delany, incluso eso era demasiado para su tranquilidad.

Mirando hacia atrás, pudo entender por qué nadie le dijo qué le había sucedido a su padre ni qué iba a pasar con su madre. Sin embargo, se preguntó si esas primeras pérdidas todavía lo perseguirían, si hubiera estado mejor preparado.

—No puedo olvidar todas las palabras nuevas que Sarah ha aprendido en el poco tiempo que estuvimos fuera. —Annabelle rompió un silencio incómodo, que se había instalado en el comedor—. Sin mencionar la forma en que ha comenzado a unirlos.

Jack asintió.

—Ella es una pequeña criatura inteligente. Ha aprendido a pedir lo que quiere.

—Exigencia, querrás decir —corrigió Annabelle a su marido—. Hay que enseñarle a decir “por favor”. ¿No estás de acuerdo, Kitty?

Kitty se sobresaltó y buscó a tientas el tenedor. Golpeó su plato con un fuerte estrépito que alarmó a todos. El corazón de Rory saltó a su garganta. Fue todo lo que pudo hacer para mantener bajo control sus propios cubiertos.

—¡Les ruego que me disculpen! —Kitty chilló—. Qué torpe de mi parte. Sí, estoy de acuerdo con lo de Sarah. Rory la consiente mucho. Me temo que podría echarse a perder fácilmente.

—Él no es el único. —Annabelle pareció aprovechar el comentario de Kitty para alimentar su debilitada conversación—. Jack es igual de malo que Gabriel... hasta que él descubrió que tenía

una hija pequeña. Ahora está tratando de compensar todo el tiempo que perdió con Nora.

La parcialidad de Gabriel por Sarah había disminuido una vez que supo con certeza que ella no era su hija. No era de Jack ni de Rory. ¿Fue porque nunca había sospechado que ella pudiera ser suya hasta hace poco? Rory no había querido apegarse a la niña, solo para descubrir que no podía evitarlo. Ahora más que nunca, quería reclamarla y protegerla del hombre que usaba y descartaba a una mujer, a la que decía cuidar. En verdad, Lord Uvedale no se preocupaba por nadie más que por sí mismo.

Jack y su esposa lograron mantener la conversación, con pocas palabras, hasta que todos terminaron de comer.

Entonces, Annabelle se levantó de su silla y se dirigió a Kitty.

—¿Nos retiramos y dejamos a los caballeros con su brandy?

Los hombres se levantaron de sus asientos como dictaba la cortesía, pero Rory inmediatamente rompió el habitual ritual nocturno.

—Iré con Kitty, si fueras tan amable de hacerle compañía a Jack. O podemos quedarnos aquí, mientras ustedes dos se retiran. Hay algo que debemos discutir y una medida de privacidad es esencial.

—¡Por supuesto! —Annabelle los despidió con una sonrisa de aprobación—. ¡Váyanse!

Obviamente, ella debía suponer que él quería privacidad para proponerle matrimonio a Kitty. Si conociera sus verdaderas intenciones, Rory sospechaba que la dama podría estar más inclinada a darle un bofetón. Habría preferido eso a la terrible experiencia que estaba a punto de afrontar.

Con pasos reacios, siguió a Kitty hasta el salón donde los Warwick y sus invitados solían reunirse después de cenar. Cerró la puerta detrás de ellos.

En lugar de sentarse en el sofá o en una de varias sillas, Kitty tomó posición en el centro de la habitación y luego se dirigió hacia él.

Rory luchó por encontrar una manera de empezar.

Mientras el reloj sobre la repisa marcaba un minuto, luego dos, Kitty se cruzó de brazos delante de él.

—¿Bueno? —ella lo incitó—. ¿Cuál es ese gran secreto que tienes que contarme?

Rory tragó un nudo en la garganta, que parecía actuar como un tapón en el cuello de una botella.

—¿Re-recuerdas el día que apareciste en Beckwith Abbey para el bautizo de Sarah y le dijiste a todos que yo era su padre?

Kitty le lanzó una mirada despectiva, como si nunca le hubieran hecho una pregunta tan ridícula.

—No es el tipo de acontecimiento que uno tiende a olvidar.

—¡Bastante! —Rory sacó su pañuelo y se lo presionó en la frente—. Estoy seguro que también debes recordar mi respuesta.

—Sí. —Kitty pronunció la palabra, sugiriendo que la respuesta era absurdamente obvia—. Afirmaste que no era posible que Sarah fuera tu hija. Ahora, por favor, deja de perder el tiempo y dime lo que te pedí saber.

¿No podía adivinarlo? ¿Debía insistir en pronunciar las palabras? Rory no pudo librarse de la irracional convicción que si no se las decía en voz alta a Kitty, no sería verdad.

—Cuando te dije que no podía ser el padre de Sarah, resulta que tenía... la razón.

Nunca en su vida Rory había deseado tanto haberse equivocado.

—¿Es esta alguna tonta broma tuya? —Kitty no podía imaginar qué podría haber poseído a Rory para decir tal cosa—. ¡Te lo advierto, esto no es divertido!

—No tiene nada de divertido —coincidió Rory.

No parecía bromear, sino todo lo contrario.

—Entonces, ¿por qué vuelves a sacar el tema cuando resolvimos el asunto hace semanas? —De todas las posibilidades que había considerado, esta nunca le había pasado por la cabeza. Había tenido mucho más miedo que Rory se hubiera enterado de su ascendencia y no quisiera tener nada más que ver con ella—. Después del baile en Compton Court, entraste en mi cama y me dejaste embarazada. Si no lo recuerdas es porque has bebido demasiado.

—Preferiría creer eso, pero ya no puedo. —Los juguetones ojos verdes de Rory estaban ensombrecidos por la angustia—. El día que viniste a Beckwith Abbey para reclamar a Sarah, no mencionaste que había sido concebida la noche del baile.

—¿Y no es así? —La voz de Kitty se agudizó—. Quizás no quería exponer mi vergüenza más de lo necesario. ¿Qué importa eso?

Rory exhaló un suspiro.

—Es importante porque recuerdo muy bien esa noche en particular y estoy seguro que no pasé ninguna parte de ella contigo.

—¿No fue conmigo? ¿Qué clase de acertijo retorcido es este? ¡Eso es absurdo! Debes haber estado conmigo. ¡Lo sé; ¡Lo recuerdo bien!

Rory negó con la cabeza.

—Recuerdas una nota que te dijeron que venía de mí. ¡Juro que nunca la escribí! Recuerdas a un hombre en una habitación a oscuras, pero no pude haber sido yo porque estaba... con otra mujer. Es más, tengo un testigo... dos, en realidad.

Le explicó sobre su visita secreta esa mañana para interrogar a Aaron Turner.

—No confiaba del todo en mi propia memoria sobre algo tan vital, pero el capitán confirmó mi recuerdo de esa noche... en cada detalle.

—Pero... —Las rodillas de Kitty se negaron a soportar su peso un momento más. Se dejó caer, aliviada de encontrar una silla debajo de ella—. ¡Quizás viniste a mi habitación después!

Sus palabras no transmitían convicción alguna.

Rory se acercó y se sentó en un taburete cercano.

—Podría convencerme de ello, si no recordara lo contrario, pero lo recuerdo. Después que el capitán y yo volvimos a nuestras habitaciones, permanecí en mi cama hasta la mañana. Cuando te hice el amor anoche, fue por primera vez. Alguien más te dejó embarazada esa noche, en Beckwith Abbey, alguien que se hizo pasar por mí.

Kitty empezó a temblar. Si hubiera comido más de su cena, podría haber manchado la fina alfombra de Jack y Annabelle.

—Pero, ¿quién? —Las palabras apenas habían salido de su boca, cuando la verdad la golpeó con la fuerza de una patada salvaje de un enorme caballo de granja, con sus cascos herrados con hierro.

Kitty se tapó la boca con una mano para evitar las arcadas. Colocó la otra, alrededor de su torso, mientras comenzaba a balancearse hacia adelante y atrás, gimiendo como un animal herido. Cada detalle repugnante de esa noche inundó su mente, pero ahora la misma quedó despojada de la fantasía romántica sobre Rory, que antes la había hecho soportable. ¿Cómo podía haber sido tan patéticamente tonta?

Rory se acercó el taburete y la rodeó con sus brazos.

—Lamento tener que decírtelo así. Desearía de todo corazón que tu versión original de los

hechos hubiera sido cierta.

Sus palabras inundaron a Kitty, mientras ella revivía lo peor de esa noche con el cruel conocimiento de quién debía haberla engañado y utilizado. No habría sido mejor, si él se hubiera impuesto sobre ella. Entonces, al menos, ella podría haber recibido simpatía e indignación por parte de algunos sectores. Tal como estaban las cosas, no estaba segura de poder sentir una pizca de lástima por sí misma, y mucho menos esperarla de alguien más.

Y, sin embargo, allí estaba Rory, abrazándola y murmurando palabras de consuelo. De todos los involucrados, él tenía más derecho a resentirse por los problemas y escándalos, a los que ella lo había expuesto. Ella lo había perseguido en la casa de su hermana y había aumentado su miseria, en una de las noches más dolorosas de su vida. Meses después, había dejado a su hija pequeña para que la criaran Rory y sus amigos. Una vez que se sintieron profundamente apegados a Sarah, ella de repente regresó para acusarlo de engaño y seducción, amenazando con llevarse a la niña lejos. Ella le había hecho dudar de su propia memoria y moralidad, todo porque no se atrevía a cuestionar su versión de los hechos.

Mientras su cabeza descansaba contra su hombro, Rory le acarició el cabello.

—El capitán Turner me habló de una conversación que escuchó entre Lord Uvedale y usted. No tenía idea que todavía abrigara tanta pasión por ti después de todos estos años.

Eso lo hizo sonar casi romántico de una manera extraña y retorcida.

Kitty sacudió la cabeza en una violenta negación.

—No es una pasión para mí. Fue solo un desafío tomar algo que no podía conseguir por ningún otro medio.

Algo más que Rory había dicho de repente la golpeó.

—Hablaste con el capitán Turner. Ahí fuiste esta mañana. ¿Todos tus amigos saben lo libertina y tonta que fui?

Su estómago se revolvió siniestramente. Todos los amigos de Rory habían sido muy amables con ella y la habían aceptado, como a uno de ellos. ¿Cómo podría volver a mirar a alguno de ellos a la cara?

—Saben que fuiste engañada y maltratada. —Rory le habló en un tono de tranquilizadora simpatía, que ella no se merecía. Pero no por eso te menosprecian. Ninguno de ellos está en condiciones de arrojar piedras, aunque quisieran hacerlo. Mis amigos saben por experiencia que el amor puede llevar a las personas a cometer imprudencias, que pueden provocar todo tipo de escándalos.

¿Solo estaba diciendo eso para hacerla sentir mejor? Incluso si fuera así, la idea que Rory difamara a sus amigos en un esfuerzo por consolarla era peligrosamente entrañable.

—Los hombres, querrás decir. —Kitty no pudo suavizar la nota amarga de su voz—. Todos ustedes tienen una reputación libertina, pero eso se ve con más diversión que censura.

No era el capitán Turner ni los antiguos solteros de Bruton Street, a quienes Kitty temía que la despreciaran. Las damas eran las fieras guardianas del decoro, como las patronas de la sociedad que dispensaban el favor o el rechazo de Almack. Su juicio recaía con mucha más dureza sobre otras mujeres. Una pequeña transgresión podría convertir a una niña en una marginada de por vida. Dos grandes escándalos pendían sobre su cabeza. Una vez que se conocieran, la infamia impediría que ella y su pequeña hija fueran aceptadas.

—Eso es cierto e injusto —expresó Rory—. Pero, no estaba hablando solo de Jack, Gabriel y Aaron. Sus esposas han cometido algún comportamiento que, si se supiera, llenaría las revistas de escándalos. Y cada uno de ellas participó más activamente que tú. Te aseguro que no tienen más que compasión por tu situación.

Ese aire de tranquilidad calmó un poco a Kitty, aunque el tribunal de su propia conciencia la condenó en términos más duros que cualquier otra persona. Pensar que se había resistido a la idea de casarse con Rory Fitzwalter, porque él no había estado a la altura de sus extravagantes estándares de lo que debería ser un marido adorador. La verdad era que ella no empezaba a merecer su amor y nunca sería digna del mismo.

* * *

Decirle a Kitty la verdad fue una de las peores tareas que Rory había emprendido en su vida. Le recordó el destino de su regimiento en Irlanda para sofocar la rebelión, cuando sus lealtades divididas amenazaban con partirlo en dos.

Si tan solo supiera que Lord Uvedale se había ahogado en el Caribe, o había sido asesinado por piratas, y no había posibilidad que Kitty descubriera la verdad por ninguna otra fuente. Entonces, habría asumido con gusto la responsabilidad de esa noche y se habría llevado el secreto a la tumba. Cualquier cosa para evitarle la humillación de saber cómo había sido engañada y abusada por un hombre, al que nunca habría permitido que la tocara bajo ninguna otra circunstancia.

De alguna manera, saber que Uvedale lo había utilizado para seducir a Kitty lo hacía sentir más culpable que su creencia anterior que había tropezado en su cama, en medio de una borrachera. Preferiría haber pasado el resto de su vida fingiendo que esto último era cierto.

Pero hasta donde él sabía, Uvedale estaba vivo y coleando, buscando en las Indias Occidentales una heredera dispuesta a casarse con él. Lady Killoran habría sido la primera en enterarse, si le hubiera sucedido algún mal a su hermano. Hasta ahora, Uvedale había sido la única persona que conocía la sórdida historia real de aquella noche en Beckwith Abbey. Rory no podía arriesgarse a que fuera el sinvergüenza, quien se lo contara a Kitty, y se regodeara de cómo había obtenido lo que quería de ella.

Además, Rory quería ponerla en guardia para proteger a Sarah. No podía soportar la idea que Uvedale utilizara a la niña para ganar poder sobre Kitty.

—¿Lamentas haber insistido en saber la verdad? —murmuró.

—¡Sí! —La palabra salió de sus labios, seguida de una contradicción silenciosa, pero menos inflexible—. Y no... Apenas puedo soportar saberlo. Ojalá pudiera meterme en una tina con agua hirviendo y frotarme con el jabón más fuerte. Dudo que incluso eso ayude. Una voz interior sigue diciéndome lo tonta y malvada que fui... ¡Ay! ¡Me temo que esto nunca se detendrá!

Rory conocía bien esa voz áspera, que podía adoptar el tono de su padrastro, su tía Gertrude o sus superiores en el ejército. Su decidida búsqueda del placer había ayudado a amortiguar sus desdeñosos reproches.

Ahora, la misma lo reprendía por la angustia que le había causado a Kitty.

—Lo lamento. Debí haberme quedado callado.

Ella se liberó de su abrazo y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¡No, no deberías! A pesar de lo que siento ahora, estoy segura que es mejor que permanecer en la oscuridad. ¡Al menos, así será! Sabiendo lo peor, espero poder encontrar una manera de afrontarlo. Sin saberlo, habría imaginado todo tipo de posibilidades terribles, sin poder decidirme nunca por una, siempre aterrorizada que pudiera ser algo incluso peor de lo que podía imaginar.

—Eso tiene sentido, supongo. —Por su razón o ante su corazón, Rory reprimió un suspiro. Él no fue la parte perjudicada en todo esto. No tenía derecho a la autocompasión.

Tomó las manos de Kitty entre las suyas.

—Me temo que no hay ninguna posibilidad que aceptes casarte conmigo, ahora que sabes que

no soy el padre de Sarah. Pero, debo preguntarte lo mismo. Es más vital que nunca que nos casemos. Unidos, podemos proteger a Sarah de Lord Uvedale. Por favor, acepta mi propuesta y permítame ser un padre para ella, tanto de nombre como de cualquier otra forma que te importe.

Sin apenas atreverse a respirar, miró fijamente los claros ojos azules de Kitty, que a menudo eran una ventana a su corazón. Ahora parecían estar llenos de demasiados sentimientos para identificarlos, todos empujándose, unos contra otros.

¿Debería haberle dado tiempo para que se acostumbrara a esta nueva situación y todo lo que implicaba, antes de tenderle una emboscada con una oferta de matrimonio? Tal vez. Por otra parte, eso ya no importaba. Kitty se había mostrado reacia a casarse con él, incluso cuando estaba segura que él era el padre de su hija. Ahora que sabía lo contrario, ¿podría haber alguna esperanza para que dijera “sí”?

Capítulo dieciocho

Mientras Rory la miraba a los ojos, su propuesta parecía flotar en el aire, a su alrededor, vagando con el fantasma del jardín de rosas del lejano Ballycross. Kitty pensó que él podía ver, dentro de su corazón, la confusa maraña de emociones que el mismo contenía.

¿Era capaz de separarlas y examinarlas, una por una? ¿O lo desconcertarían y perturbarían en la forma en que parecían hacerlo sus propios sentimientos? Desde que tenía uso de razón, él había ocultado sus emociones, detrás de una máscara de bromas ligeras y fría burla. ¿Había logrado ocultárselas también a él mismo?

El agarre de Rory sobre sus manos se hizo más fuerte y un sutil temblor pareció pasar entre ellas. No podía dejarlo colgado, él se merecía algo mejor que eso. Sin embargo, ¿qué respuesta podría darle, cuando varias réplicas muy diferentes se agolpaban en su lengua?

Necesitaba decirle la verdad, lo urgía su conciencia, tal como ella se lo había exigido.

—Yo... no sé qué decir.

Un suave susurro escapó de sus labios. ¿Lo había estado sosteniendo, durante todos estos largos momentos?

—¿Qué quieres decir?

—¡Sí! —La palabra estalló antes que pudiera detenerla, obligándola a agregar con el mismo énfasis—. ¡Y no!

Para su sorpresa, él asintió lentamente, como si entendiera la contradicción.

—Debo admitir que me halaga que no sea un “No” rotundo y definitivo. ¿Recuerdas cuando hablamos por primera vez de la posibilidad de casarnos?

—Ambos dijimos que era el curso de acción más razonable, pero al mismo tiempo bastante absurdo —Kitty no dudó en decirlo.

—Parece como si todavía te sintieras así. —El tono comprensivo de Rory pareció tener en cuenta todas sus emociones confusas, invitándola a confiar en él.

No obstante, esa no era una invitación que se atreviera a aceptar... ¿Cierto?

—Supongo que sí, aunque por diferentes razones.

—¿Cómo?

—No importa. —Ella sacudió su cabeza.

—Siento disentir. Si no conozco tus objeciones a casarte conmigo, ¿cómo puedo esperar superarlas? Debes admitir que eso me pone en una desventaja considerable. —Eso sonó más como el familiar Rory bromista. De hecho, sus ojos verdes brillaban con una pizca de diversión por su propia cuenta.

La forma en que lo expresó sonó bastante injusta por su parte. ¿Recordaba que eso era algo que ninguno de los dos podría soportar?

Pero si lograba desenredar sus sentimientos irremediabilmente confusos y mostrarlos ante él, eso la pondría en desventaja. Una parte de ella no quería que él superara sus objeciones o que siquiera lo intentara. Sin embargo, la otra, insoportablemente egoísta, anhelaba proporcionarle a Rory todas las municiones que necesitaba para persuadirla.

—¿Es por mi notorio pasado? —él preguntó—. Dudas que pueda asentar cabeza y convertirme en un esposo y padre, tanto confiable como respetable. No te culpo en lo más mínimo. Yo también tenía dudas, pero las últimas semanas me han demostrado que puedo estar contento con el tipo de vida que disfrutaban mis amigos. Mucho más feliz que en mi antigua vida, en vez de

estar persiguiendo el placer y la diversión, tan rápido como podía.

Kitty nunca le había oído hablar con tanta franqueza sobre tales asuntos. Le dio curiosidad saber más.

—¿Tenías miedo que se te escapara algún placer?

Rory reflexionó por un momento. ¿Estaba luchando por darle sentido a su funcionamiento interno y explicárselo? ¿O estaba tratando de decidir si se atrevería a revelar más?

—Es posible que haya tenido miedo que algo desagradable me alcanzara si redujera la velocidad.

Su sincera admisión pareció sorprenderle tanto a él, como a ella.

—Cuando bajaste la velocidad últimamente, ¿te alcanzó algo desagradable? Sé por experiencia que, por difícil que sea afrontar los miedos, esto podía resultar extrañamente liberador.

Rory hizo una mueca, como si acababa de morderse un diente adolorido.

—De vez en cuando, aunque no fue tan malo como temía. Seguramente, ahora me debes una respuesta a mi pregunta. ¿Es esa una de tus dudas?

Le había abierto su corazón con menos resistencia que en el pasado. Ella le debía a cambio la misma franqueza. ¡Eso sí fue justo!

—Debo admitir que cuando Annabelle planteó por primera vez el tema del matrimonio... Esto me preocupaba cada vez menos, a medida que pasaba el tiempo.

Los rasgos angulosos de Rory se relajaron por un instante y luego se tensaron de nuevo.

—¿Todavía te preocupa que te sea infiel? Te prometí que no tenías nada que temer al respecto, y lo dije en serio con todo mi corazón. ¡Debes creerme!

—Sí. —Ella se apresuró a tranquilizarlo—. Nunca dudé de tu constancia. Solo que tenía miedo de no ser suficiente para ti.

Ella bajó la mirada.

—Nuestra noche, juntos... me demostró que estaba equivocada al creer eso.

Rory levantó una mano para acariciar su mejilla.

—Completamente equivocada.

Kitty se mantuvo quieta, equilibrada entre el impulso de alejarse de su toque y un agudo anhelo de inclinarse hacia él, tal vez moviendo su mejilla para invitar una caricia.

—Si no son esas cosas, ¿cuáles son tus objeciones? —preguntó—. ¿Es porque no soy el padre de Sarah? ¿Era ese el único factor a mi favor, antes de decirte la verdad? Jack y Annabelle tenían miedo que te negaras a casarte conmigo, si lo sabías.

—¡Ellos están equivocados! —Kitty le cogió la mano y se la besó. No podía permitir que Rory creyera que era algún defecto suyo lo que la hacía dudar—. Para mí, siempre serás el padre de Sarah. Sé mejor que nadie que la sangre por sí sola no crea un vínculo familiar.

El ceño de Rory se frunció.

—¿Quieres decir porque eras tan cercana a tu padrastro?

Kitty sacudió la cabeza y bajó la mirada hasta sus manos entrelazadas. No podría soportar mirarlo a los ojos, cuando le contara su vergonzoso secreto.

—No soy digna de tu amable oferta, después de la forma en que te traté... y por otras razones. Una cosa era considerar casarme contigo, cuando tú creías que habías engendrado a mi hija. De algún modo, eso nos hizo iguales en desgracia. Ahora me doy cuenta que estamos mucho más separados, quizás a una distancia insalvable.

Sus palabras parecieron intensificar el desconcierto de Rory.

—¿Porque tuviste una hija fuera del matrimonio? ¡Eso es una tontería! No soy un modelo de

respetabilidad, aunque haré todo lo que esté en mi poder para ser más honrado por el bien de Sarah y el tuyo. No veo ninguna distancia entre nosotros, en ese sentido, y mucho menos una que sea insalvable.

Kitty sabía lo que debía decir, pero sentía como si estuviera tratando de empujar sus palabras, a través de una fuerte barrera. Toda su vida había anhelado el tipo de aceptación que solo había encontrado en Rory y su hermana. ¿Cómo podría soportar revelar algo que pudiera destruir eso? Sin embargo, temía que él dejara de lado cualquier objeción menor. Realmente, Rory no la amaba, solo sentía un deber hacia Sarah y con ella. ¿Cómo podía permitirle hacer tal sacrificio, especialmente cuando él no entendía completamente lo que asumiría?

Con eso en mente, respiró profundamente y atravesó esa barrera.

—No es solo que he tenido una hija ilegítima, sino que yo misma lo soy. Por eso, sé que la sangre no forma una familia. Lord Carlow me odia ahora, más que nunca, desde que descubrí que soy su media hermana.

Cuando hizo una pausa para respirar, Rory no hizo ningún esfuerzo por llenar el silencio. De repente, su mano se sintió más pesada, como si fuera a caer, si ella la soltaba.

Kitty no se atrevió a levantar la vista por miedo a lo que podría ver en los ojos de Rory.

—Solo descubrí la verdad, cuando encontré el testamento de mi padre. Por eso, Lord Carlow hizo ese generoso acuerdo... no quería correr el riesgo que la verdad saliera a la luz en los tribunales. Ya es bastante malo tener a la hija de una actriz como hermanastra. Pero, que el mundo supiera que la hija ilegítima de una actriz estaba relacionada con él por sangre... él hará cualquier cosa para mantener ese secreto.

Si su medio hermano pagó tanto para mantenerla alejada, ¿cómo podía esperar que Rory la hiciera parte de su familia?

—Por eso, Carlow estaba tan enojado contigo, cuando nos encontramos en el teatro. —Rory sonaba como si estuviera resolviendo lentamente un enigma difícil—. Él te quiere a salvo, a un océano de distancia.

Kitty asintió, con los ojos todavía bajos. De todas las cosas que él podría haber dicho en respuesta a su revelación, esta no era la que ella había anticipado. ¿Y por qué no había quitado su mano de la de ella?

—Debo admitir que me ofende... —comenzó Rory.

Kitty se armó de valor para su reprimenda y rechazo.

—...que supongas que comparto alguna opinión con tu vil medio hermano, particularmente esa. Considero el colmo de la injusticia que se culpe a una niña inocente por haber nacido fuera del matrimonio. Tampoco me inclino a culparte por estar relacionada con Lord Carlow. La gente no puede responder por sus relaciones, por odiosas que sean.

La fuerza de su alivio hizo que a Kitty se le llenaran los ojos de lágrimas. Se tapó la boca con una mano para ahogar un sollozo. ¿Pensaría Rory que estaba loca por llorar por lo que él acababa de decirle, en lugar de hacerlo por lo que Lord Uvedale le había hecho?

—Si no deseas que se conozca tu origen, podemos permanecer en silencio —continuó Rory—, aunque te lo prometo, a mis amigos tampoco les importará.

Kitty lo dudó, hasta que él le dijo que su amigo Gabriel no era realmente el hijo del duque de Cheviot, sino el resultado de la infidelidad de la duquesa.

—¿Eso hace alguna diferencia en cómo consideras a mi amigo? —Rory concluyó.

Para entonces Kitty ya había recuperado la suficiente compostura como para hablar.

—¡Por supuesto que no! Es un buen hombre, un amigo leal para ti y más padre para Sarah de lo que Lord Uvedale jamás podría ser.

—Entonces, ¿por qué te resulta tan difícil creer que mis amigos y yo pensaríamos diferente de ti? —Rory la desafió, mientras se secaba los ojos.

Kitty se encogió de hombros.

—Tal vez porque mi madre y yo nunca fuimos aceptadas en Irlanda, excepto por tu familia y Lady Killoran.

—Supongo que puedo entender eso. —El asintió—. Pero, ¿no crees que es mejor ser aceptada por unos pocos amigos cercanos, que te valoran realmente, que anhelar la consideración de otros a quienes solo les importan las apariencias?

Ella le apretó la mano.

—¡Estás en lo correcto! Sí, por supuesto. No estoy segura de anhelar tanto tu consideración, ya que temo tu desaprobación.

¿Podría un hombre que había pasado la mayor parte de su vida, desobedeciendo las reglas de la sociedad, comprender su miedo?

—Dudo que alguien desapruebe que nos casemos —expresó Rory—. Excepto quizás Lord Carlow... Y nos negamos a importarnos un bledo lo que él piense. Si esa es tu última objeción, acepta mi propuesta y saquemos a los pobres Jack y Annabelle de su miseria. ¿Qué dices?

¿Podría cargar a Rory con una hija que no era suya y una esposa, a la que no amaba?

Kitty abrió la boca, sin estar del todo segura sobre qué respuesta saldría.

* * *

Los secretos pueden ser cosas venenosas, reflexionó Rory, mientras permanecía muy quieto, esperando la respuesta de Kitty a su propuesta. Mantenidos encerrados, los mismos generan miedos interminables, que tal vez no sobrevivan a la luz del día, o al acto de expresarse con palabras. Aunque una vez que se rompen sus defensas y se exploran las consecuencias de decir la verdad, a menudo, estos son mucho menos poderosos de lo que podrían haber parecido.

Sin embargo, a pesar que le preocupaba que Kitty no quisiera casarse con él, una vez que supiera la verdad sobre esa noche en Beckwith Abbey, terminó descubriendo que ella tenía un secreto propio, que la estaba frenando. Le conmovió el corazón que ella se sintió capaz de confiarle la verdad, en lugar de tener el secreto colgando sobre sus cabezas. Si tan solo Gabriel y Moira hubieran podido confiar el uno en el otro, antes, su camino hacia el altar pudo haber sido mucho más sencillo.

Ahora que Kitty había confesado lo que le preocupaba, Rory esperaba haber podido convencerla que su ascendencia no le importaba.

—Sí —dijo ella finalmente, como en respuesta a sus pensamientos—. Acepto tu propuesta. Prometo que haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme que nunca te arrepientas.

—¿Arrepentirme? —Rory soltó una risita burlona, que sonó más como una de sus bromas habituales—. ¡Qué absurdo! Es más probable que te arrepientas que yo, pero, te haré la misma promesa.

¿Era una promesa que él podía cumplir? La insidiosa voz de la duda murmuró en el fondo de su mente. Si bien habían considerado las muchas razones por las que cada uno de ellos podría no querer casarse con el otro, Kitty nunca había mencionado su antigua objeción: que él no la amaba de la forma extravagante, con la cual ella una vez lo había adorado. Quizás se había convencido a sí misma, que ya eso no le importaba. ¿Pero qué pasaría si finalmente decidiera que eso sí era relevante? ¿Podría arrepentirse de haber sacrificado su propia felicidad para salvaguardar a su hija?

Tal vez. Pero, por ahora, la determinación de protegerlos a ambos pesaba más que cualquier

otra consideración para Rory.

Él se puso de pie y levantó a Kitty.

—Ya que esto está resuelto, a nuestra entera satisfacción, vamos a tranquilizar a nuestros amigos.

—¡Por supuesto! —Kitty asintió. Aunque había aceptado su propuesta, todavía parecía dudar.

Rory tuvo la persistente sensación que había algo que debía hacer, y se le ocurrió esa idea. Seguramente, era costumbre que una pareja de recién comprometidos sellara su compromiso con un beso.

—Antes de irnos, déjame decirte que me has hecho un hombre muy feliz. —Él deseó que su tono confirmara mejor sus palabras. Después de todo, estaba feliz. Aunque aliviado podría ser una mejor descripción de sus sentimientos.

¿A cuántas mujeres había besado a lo largo de los años? Rory no llevaba la cuenta. Pero, ahora, nunca ese acto se había sentido tan incómodo. Había besado a Kitty varias veces, cuando probablemente debería haberse abstenido. Y en ese momento, obligado a hacer lo esperado, toda su experiencia y habilidad parecieron abandonarlo.

Él se inclinó y presionó sus labios contra los de ella, en un saludo forzado, que cualquier libertino digno de ese nombre deploraría. ¿Qué diablos le pasaba?

Rory hizo a un lado ese pensamiento problemático, mientras hacía que Kitty fuera en busca de los Warwick.

Encontraron a Jack y Annabelle, todavía sentados en el comedor, pensativos. Jack sostenía un vaso de oporto, que estaba casi vacío.

Ambos se pusieron de pie, cuando aparecieron Rory y Kitty, agarrados de un brazo.

—¿Bien? —Annabelle los incitó. Su voz era ronca y más aguda de lo habitual—. ¿Qué han decidido?

—¿Decidido? —Rory no pudo resistirse a burlarse de ella para romper la tensión—. ¿Quién dijo que había que tomar una decisión?

—¡Lo digo, si no lo haces! —ella gritó—. ¡Deberías saber que no debes atormentarme, cuando tengo vasos, a la mano, que podría arrojarte a tu cabeza!

—Tranquila, mi amor. —Jack no parecía del todo seguro que su esposa sobreexcitada no cumpliría su amenaza—. Rory, si tienes noticias que compartir, por lástima, hazlo. ¿Debería pedir champán para celebrar o algo más fuerte para ahogar nuestras penas?

Kitty le dio a Rory un fuerte codazo, que le pareció el tipo de cosa que haría una esposa.

—¿A esto le llamas tranquilizar a tus amigos?

Antes que él pudiera decir algo más, ella respondió por él:

—Rory pidió mi mano en matrimonio y acepté.

—¡Gracias al Cielo! —La tensión temblorosa de Annabelle se relajó tan rápidamente, que por un momento pareció estar en peligro de desmayarse.

En lugar de eso, ella se recuperó y corrió hacia Rory y Kitty, con los brazos extendidos. De alguna manera, logró atraerlos a ambos hacia su fuerte abrazo.

—¡Estoy muy feliz por ti y aún más por la querida Sarah! ¡Ustedes tres por fin serán una verdadera familia!

—Así lo haremos. —Kitty sonaba más apagada que Annabelle, mientras presionaba su mejilla contra la de su amiga—. Aunque Rory me dijo la verdad sobre cómo fue concebida Sarah.

—¡Tonto! —Annabelle le dio un golpe simbólico en el brazo—. ¡Nunca deberías haber corrido ese riesgo! Pero, no puedo enojarme contigo, ya que todo salió muy bien.

Kitty negó con la cabeza.

—Nunca hubiera aceptado si Rory no me lo hubiera dicho. Sabía que algo andaba mal y no podía casarme con un hombre que me oculta secretos.

Ella le lanzó una mirada de reojo. Rory se preguntó si lo había dicho como una disculpa por ocultarle su secreto.

—Entiendo tu argumento. —Annabelle retrocedió un poco—. Aún así, creo que fue un gran riesgo para él.

Su bonito rostro se iluminó.

—¿Ya han fijado una fecha para la ceremonia? Debemos avisar a los Turner y a los Stanford de inmediato. Sé que estarán tan encantados como nosotros. Seguramente querrán asistir.

Ahora fue el turno de Rory de mirar a Kitty. Estaba seguro que ella estaría de acuerdo con sus planes.

—Iré de inmediato a Doctor's Commons y solicitaré una licencia especial para que podamos casarnos tranquilamente lo antes posible.

—¡Por favor, no hagas eso! —La respuesta de Kitty borró la sonrisa de su rostro y el de sus amigos.

Acaso, ¿ella había perdido sus sentidos?

—Quiero una boda adecuada. —Miró de uno a otro y finalmente se decidió por Annabelle—. En una iglesia con amonestaciones y un anuncio en los periódicos.

—No hay nada impropio en una licencia especial —protestó Rory. ¿Acaso Kitty no se dio cuenta que lo que proponía podía frustrar todo el propósito de su matrimonio?—. Eso nos permitirá casarnos donde y cuando queramos. Las amonestaciones tardarían casi un mes, y tendríamos que casarnos en St. George, Hanover Square.

—¿Qué hay de malo con eso? —El tono de Kitty se agudizó—. Es una hermosa iglesia y podemos aprovechar el tiempo para prepararnos para nuestra boda.

—Es una iglesia excelente —coincidió Jack—. Annabelle y yo nos casamos allí, no hace mucho. Pero retrasar tu boda varias semanas y hacer público el lugar podría ser... peligroso.

—Jack tiene razón —intervino Rory, antes que Kitty pudiera protestar—. ¿Cómo te sentirías si Lord Uvedale apareciera un domingo, o peor, el día de la boda para plantear una objeción?

Un sutil estremecimiento recorrió a Kitty. Claramente, ella no había considerado esa inquietante posibilidad. Ahora vería que una boda rápida era la única solución sensata. Además, cuanto antes se resolviera todo, mejor, antes que sus dudas tuvieran la oportunidad de socavar sus valientes intenciones.

—Sé que todos están preocupados por lo que él podría hacer, pero esto es importante para mí. —Su mirada suplicante enfatizó sus propias palabras—. No hemos oído nada sobre Lord Uvedale, desde que regresé de Irlanda. Quizás haya encontrado una esposa en las Indias Occidentales, y más bien le preocupa que interrumpamos su boda.

—Es posible —admitió Rory—. Pero, odio correr el riesgo.

La precaución lo impulsó a mantenerse firme. Jack, Annabelle y él podrían turnarse para discutir con Kitty hasta salirse con la suya. Sin embargo, algo en aquel enfrentamiento le recordó el día en que Kitty había llegado a Beckwith Abbey para llevarse a Sarah. Cuanto más se habían opuesto a ella, sus amigos y él, ella se había mantenido más firme y de manera obstinada. Además, ¿qué manera era esta de comenzar su matrimonio, con él imponiendo su voluntad sobre ella?

Sintiendo que estaba a punto de lanzar un contraargumento, Rory se dirigió hacia Jack y Annabelle.

—¿Podrían disculparnos, amablemente? Puedo ver que esto es algo que Kitty y yo deberíamos

haber discutido, antes de venir, a ustedes, con la noticia. Estoy seguro que una vez que lo hablemos, llegaremos a un acuerdo.

Jack parecía dudar. Rory sintió que Annabelle se debatía entre comprender la necesidad de apresurarse y su renuencia a apresurar una despedida definitiva de Sarah. Aún así acordaron darle a Rory y Kitty la oportunidad de resolver el asunto en privado.

—Pueden quedarte aquí esta vez. —Jack tomó a su esposa del brazo y se dirigió hacia la puerta—. Intenten no tardar demasiado. Le ordenaré a Godfrey que traiga una botella de algo adecuadamente festivo para brindar por su compromiso.

Una vez que la puerta se cerró detrás de ellos, Rory llevó a Kitty hacia la mesa y le tendió una de las sillas.

Tomando asiento a su lado, le tomó la mano.

—Dijiste que esto es importante para ti y quiero entender por qué. Quizás si lo hago pueda reconciliarme con el riesgo que esto implicará. ¿Por qué estás tan en contra de una boda rápida y tranquila?

Él decidió morderse la lengua, eso era necesario, en lugar de interrumpir a Kitty antes que hubiera dicho su parte.

Kitty pareció sorprendida por su cambio, tal vez incluso un poco sospechosa de sus motivos. Aunque mientras él continuaba sentado en un silencio expectante e invitante, ella debió haber decidido tomar la palabra.

—Lord Uvedale me robó algo precioso —murmuró, apenas lo suficientemente alto para que Rory la oyera—. No puedo soportar que él arruine cualquier otra cosa en mi vida. Supongo que eso te parece ridículo.

—De ninguna manera. —A él nunca se le habría ocurrido eso, pero ahora que Kitty lo mencionó, no podía negar que era un punto fuerte a su favor—. ¿Hay algo más?

Ella dudó un momento, luego respiró hondo y siguió adelante.

—Sé que quieres casarte rápidamente para estar en condiciones de protegernos a Sarah y a mí, pero me temo que podría dar la impresión que estás... avergonzado de nuestra unión.

—¡Eso es ridículo! —Rory rompió su propia resolución—. Me considero el hombre más afortunado de Londres, tal vez de todo el reino, que una mujer tan excelente consienta en ser mi esposa.

Su arrebató no pareció preocupar a Kitty, sino todo lo contrario. Su rostro adquirió un brillo rosado y una fugaz sonrisa apareció en sus labios.

—No dije que te avergonzarías de mí, solo que una boda apresurada y secreta podría dar esa impresión.

Rory deseaba poder discutir ese punto, pero no pudo. Lo último que quería era que Kitty se viera privada del tipo de boda que ella deseaba, debido a los temores de él sobre Lord Uvedale. Por no hablar de hacerla sospechar, por un instante, a cualquiera, que él estaba avergonzado de esta unión.

—Muy bien entonces. —Él se llevó la mano a los labios—. Tus deseos y tu felicidad significan más para mí que mis temores, que, por lo que sé, pueden ser infundados. Entre nosotros, mis amigos y yo frustramos las maquinaciones de Madame Reynard y Herbert Stewart-Clarke. Lord Uvedale no es rival para nosotros.

—¿Para que así podamos tener una boda adecuada? —La radiante sonrisa de Kitty fue más agradecimiento del que necesitaba por hacer lo correcto.

¿Eso era lo correcto? O ¿no?

—Insufriblemente apropiado —bromeó Rory y luego continuó en un tono más serio—.

Mañana visitaremos St. George, y arreglaremos que se lean las primeras amonestaciones, este domingo. Ahora, acompañaremos a los demás y brindaremos por nuestro compromiso. Si Jack se opone a nuestros planes, hablaré con él.

—¡Gracias, Rory! —Kitty le echó los brazos al cuello—. No tienes idea de lo que esto significa para mí.

—Creo que sí, ya que me lo acabas de decir.

Kitty negó con la cabeza.

—¡No! Me refiero a los planes de la boda. Me refiero a escucharme y estar dispuesto a cambiar de opinión. Es una cualidad muy admirable en un marido.

¿Marido? Incluso mientras disfrutaba de la aprobación de Kitty, esa palabra inquietó a Rory. Se dijo a sí mismo que pronto se acostumbraría.

En cuanto a su decisión de permitir que su novia celebrara el tipo de boda que ella deseaba, esperaba no tener motivos para arrepentirse.

Capítulo diecinueve

Tres semanas después, Kitty miró a Rory, al otro lado de la mesa del comedor de los Warwick, con una sonrisa juguetona. —Ahora, querido, debes admitir que tus temores acerca de esperar a tener una boda adecuada eran bastante infundados.

Rory exhaló un suspiro exagerado y fingió que lo estaban engañando.

—Aún faltan unos días para nuestra boda y ya estás hablando como una esposa. ¿No es suficiente que tengas razón? ¿Debes alardear de haberme dicho eso?

—De hecho, debo hacerlo. —Ella frunció los labios con una expresión atrevida—. De esa manera podrás recordar la próxima vez que tengamos una diferencia de opinión. Ojalá se me hubiera ocurrido hacerte una apuesta al respecto.

A pesar de sus bromas, no podía olvidar que él había cedido a sus deseos sobre los preparativos de la boda. Puede que Rory no la amara como ella alguna vez había anhelado, pero le había mostrado respeto y consideración. Eso debería contribuir, en gran medida, a que su matrimonio fuera feliz, especialmente cuando se combinaba con su cariño por Sarah y el ardor que hacía que Kitty se derritiera de deseo, cada vez que la besaba.

—¿Una apuesta? —Rory levantó las manos, como si se rindiera—. Fue una suerte que le prometiera a Annabelle, que dejaría de jugar o me habría arruinado. ¿Cómo podría haberte pagado?

Teniendo en cuenta que alguna vez había vivido felizmente, gracias a la generosidad de sus amantes, Rory parecía bastante sensible respecto a su fortuna. ¿Pensó que ella alguna vez sospecharía que él se casaría por eso? ¿O le importaba más de lo que pretendía lo que pudieran pensar los demás? Quizás eso era algo que deberían discutir de manera más seria. Pero por ahora...

—¿Quién dijo algo sobre el dinero? —Kitty soltó una risita sugerente—. Estoy segura que podríamos haber llegado a algún acuerdo para que usted pague la deuda.

Rory golpeó la mesa y se rió de buena gana al apreciar cómo lo había superado. Jack y Annabelle se unieron al coro de alegría. Últimamente, Kitty había llegado a disfrutar de este tipo de peleas verbales con su prometido, que a menudo tomaban un cariz deliciosamente coqueto. Seguramente, eso era un buen augurio para su unión.

—Eso me daría otra razón para alegrarme de haber demostrado que estaba equivocado —bromeó Rory—. Aunque la ausencia de Uvedale es toda la recompensa que deseo. Regina me dice que hace meses que no sabe nada de su hermano. Espera saber pronto que se ha casado con una heredera.

—Me daría lástima por la pobre mujer. —Este no era un tema sobre el que Kitty pudiera bromear—. Pero, por nuestro bien y el de Sarah, espero que sea cierto.

Los demás asintieron, mientras el lacayo de Jack les servía el dulce plato.

Quizás Annabelle pensó que sería mejor encontrar un tema de conversación más agradable.

—Por mucho que hayamos disfrutado que ustedes dos se queden con nosotros, puede ser mejor que pronto tengan su propia casa.

Kitty se sintió aliviada al oírla decir eso. Últimamente, Annabelle parecía haber hecho las paces con la idea que su amada Sarah pronto viviría en otro lugar.

—Acaso, ¿estamos comiendo fuera de casa y del hogar? —Rory sonrió—. Pensé que con los ingresos adicionales de Jack, provenientes de las propiedades de Knightlow, podría alimentar a

una casa llena de invitados, durante las próximas décadas.

—Sí podría. —Jack asintió—. Y lo haría felizmente.

Miró hacia abajo de la mesa e intercambió una sonrisa cariñosa con su esposa.

Pero, Annabelle me dice que dentro de poco recibiremos a un pequeño huésped en nuestra guardería y que necesitará toda nuestra atención.

—¡Esta sí es una noticia maravillosa! —gritó Kitty. ¿Cómo no había notado el ligero bulto debajo del vestido de cintura alta de su amiga? ¿O el suave brillo que habían adquirido los bonitos rasgos de Annabelle?—. ¡Felicidades! ¡Estoy muy feliz por ustedes dos!

—Estamos felices por ti. —Rory le sonrió a Jack—. Gracias a Sarah, serás una mano experimentada en el negocio de la crianza de bebés.

—Cualquier habilidad que tengo se la debo a Sarah —admitió Jack—. Y a la paciente tutoría de Annabelle. Tenía mucha experiencia, antes de venir a rescatarnos. Estos últimos meses he visto con mis propios ojos la maravillosa madre que será.

—¡Qué adulador! —Annabelle parecía satisfecha, pero consciente de ser objeto de tales elogios. Se apresuró a desviar la conversación de sí misma—. ¿Han pensado ustedes dos en dónde vivirán después de casarse?

Rory y Kitty intercambiaron una mirada. Luego él asintió, instándola a hablar por ellos.

—En realidad, lo pensamos mucho —respondió ella—. Esperamos encontrar una casa en Surrey, no lejos de los Turner y los Stanford. Rory está pensando en hacer negocios con Lord Gabriel y el capitán Turner. Creo que sería una excelente manera de invertir parte de mi fortuna.

Jack estaba asombrado y sacudió la cabeza.

—¿Rory Fitzwalter, un hombre de negocios con esposa y familia? Desearía haber hecho una apuesta por eso. ¡Las probabilidades no eran altas y las ganancias habrían sido enormes!

—No hace mucho, yo mismo habría apostado en contra. —Rory se rió—. Pero, ¡creo que me irá estupendamente bien!

—Por supuesto que sí. —Annabelle estuvo de acuerdo—. Se prospera con los desafíos y lograr el éxito en los negocios, el matrimonio y la paternidad ofrecerán muchas posibilidades. Debo decir que estoy encantada de conocer sus planes. Jack y yo hemos estado pensando en conseguir una casa en el campo. La finca Knightlow está demasiado lejos de Londres y tiene recuerdos desagradables para ambos.

—Lo que mi esposa quiere decir —dijo Jack, quien continuó—, es que le gustaría establecerse en algún lugar, donde pueda ver a Sarah, muy a menudo. Debo admitir que yo también quiero eso. Sin mencionar la oportunidad que tendrá nuestro pequeño de crecer con un excelente grupo de amigos.

Rory levantó su copa.

—¡Brindaré por eso!

Kitty se alegró de enterarse de los planes de los Warwick. Si vivieran cerca, como los cariñosos padrinos de Sarah y tuvieran un hijo propio, ella se sentiría menos culpable por quitarles a su hija. Estar debidamente casada y tener un círculo de vecinos tan agradables podría ayudarla a sentirse finalmente aceptada de verdad.

* * *

—¿Están seguros que es absolutamente necesario desterrarme de Bruton Street, en la víspera de nuestra boda? —Rory apeló a Annabelle y Kitty por última vez, a pesar que tenía la maleta lista.

Parecía que Kitty iba a ceder, pero Annabelle se mantuvo firme.

—No es apropiado que los novios pasen la víspera de su boda bajo el mismo techo. Quizás

puedas ver a Kitty antes de la boda, y eso te traiga mala suerte.

—Decencia y superstición. —Rory puso los ojos en blanco—. ¡Qué combinación más despiadada! ¿No estás de acuerdo, Sarah?

Estaba disfrutando de una última fiesta con ella, antes de partir para pasar la noche en su club. La próxima vez que tuviera a la niña en brazos, Kitty, ella y él serían una familia tanto por ley como por elección. Estaba ansioso por resolver el asunto.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, en un feroz vigor.

—¡Me vete Wo-wii!

La inesperada declaración atravesó su corazón con el poder de una flecha dorada. Se le hizo un nudo en la garganta y le ardieron los ojos con furia. No se atrevió a intentar hablar por miedo a que se le quebrara la voz.

Afortunadamente, Kitty hizo que eso fuera innecesario.

—¡Bien hecho, Sarah! —Ella aplaudió—. Hemos estado practicando, pero esta es la primera vez que lo dice sin que se lo pida. Pensé que ya era hora que dejara de decir... esa otra cosa que Gabriel le enseñó.

—Quizás. —Rory rodeó a la niña con sus brazos y la abrazó—. Aunque espero que no le quites toda la insolencia.

Presionando sus labios contra su oreja, le susurró:

—Te amo, Sarah.

Se sentía como si estuviera hablando un idioma extranjero. Seguramente, debió haber dicho esas palabras antes, a sus padres o a sus hermanas, pero no podía recordarlo. De alguna manera, parecía incorrecto decírselo a Sarah y no a su madre, pero significaban algo diferente, al referirse a una niña pequeña.

Eso era algo de lo que se había encontrado capaz. O tal vez, como había sugerido Kitty, con menos miedo.

Para su sorpresa, Sarah se alejó de él con un pequeño ceño cómico.

—No, Wo-wii, me vete.

—Lo sé, Sarah. Y te amo. —Señaló desde su corazón al de ella y esta vez habló lo suficientemente alto como para que los demás lo escucharan.

—¡No! ¡Me vete! —Ella apuntó hacia él y le dio un golpe en la pierna para darle énfasis.

—Ese tipo de sentimiento no va solo en una dirección —él insistió, aunque su conciencia protestó.

Durante las últimas semanas, Rory había sentido que los viejos sentimientos de Kitty hacia él regresaban, con más fuerza que nunca. Ella no lo dijo, tal vez porque sabía que él no podría responder de la misma manera. ¿Estaba contenta con dejar que el amor en su matrimonio fluyera enteramente en una dirección?

Eso le parecía tremendamente injusto, pero, ¿qué podía hacer él? No podía simplemente decidirse a amar, odiar o temer. Las emociones eran fuerzas caprichosas con voluntad propia. Podrían ser tan tercas como cierta niña pequeña.

—Me vete, Wo-wii —repitió con una severidad tan adorable, que él no pudo evitar reírse.

—Ya es suficiente, ¡señorita descarada e insolente! —Kitty se levantó de su silla y abrió los brazos para tomar a Sarah—. Estoy empezando a preguntarme si enseñarle esas palabras fue una buena idea, después de todo.

—Creo que así fue. ¿No estás de acuerdo, Sarah? —Sin todavía querer separarse de ella, Rory le sopló una frambuesa en la mejilla, haciéndola chillar de risa.

—Tú me amas y yo te amo —cantó él al ritmo de una canción, mientras la hacía rebotar sobre

sus rodillas—. Tú me amas y yo te amo.

Cada vez que repetía las palabras, se volvían más fáciles de decir. En privado, juró que nunca escatimaría en decírselas en el futuro.

—¡Ya es suficiente! —lo reprendió Kitty suavemente, mientras levantaba a Sarah en sus brazos—. Polly no te lo agradecerá, si se queda despierta toda la noche. Debo llevarla a la guardería para que no te vea salir ni se quede inconsolable.

Era una idea sensata, Rory lo sabía por experiencia. Aún así, anhelaba despedirse de Sarah y asegurarle que la vería mañana, después de la ceremonia nupcial que lo convertiría en su padre.

Aunque estaba tentado a escabullirse, antes que Kitty regresara, se quedó allí.

Quizás Annabelle percibió sus inclinaciones de huir, pero ella no levantó la vista de su labor de costura.

—Kitty te hará muy feliz, si la dejas...

Fingió tomar a la ligera su predicción.

—¿Por qué querría impedírselo?

Annabelle se encogió de hombros, sutilmente.

—Me temo que solo tú puedes responder a eso.

Rory forzó una risa, como si tomara su comentario en broma, aunque sabía que no lo era.

—Te veré mañana en St. George. Con suerte, nadie interrumpirá nuestra boda como lo hiciste tú con la de Jack.

El rostro de Annabelle adoptó una expresión pensativa, como si sus pensamientos hubieran regresado a ese día.

—¿Recuerdas lo que me dijiste esa mañana?

Mientras se levantaba de su asiento, Rory hizo una mueca graciosa.

—Apenas recuerdo lo que dije hace media hora. Espero que haya sido una broma particularmente divertida.

Annabelle negó con la cabeza.

—Todo lo contrario. Nunca te había oído tan en serio. Quizás por eso lo recuerdo con tanta claridad. Me dijiste que yo amaba a Jack de una manera que casi te hacía creer en esas cosas.

—¿Lo hice? —preguntó, aunque estaba empezando a recordar la conversación—. No es nada divertido, pero es bastante cierto.

—También dijiste que Jack me amaba, lo admitiera o no.

Incapaz de pensar en una respuesta adecuada o desdeñosa, Rory asintió vagamente.

—Creo que podría decir lo mismo sobre Kitty y de ti —insistió Annabelle.

—Sin duda, tú podrías decir muchas cosas. —Lentamente, él retrocedió hacia la puerta—. Es fácil para los espectadores comentar sobre las acciones de sus amigos. Lo he convertido en un hábito, a lo largo de los años. Cuando uno está directamente involucrado en una... situación, las cosas suelen ser más complicadas de lo que le parecen a un observador.

—Quizás, pero espero que de todos modos pienses un poco en lo que te he dicho.

—Lo haré —prometió Rory, aunque no dijo cuánto pensaría en su consejo—. Ahora supongo que será mejor que me vaya, antes de infringir alguna costumbre nupcial sagrada y provocar todo tipo de desgracias.

Al llegar a la entrada, escuchó pasos suaves y un crujido de faldas detrás de él. Dio la vuelta, cuando Kitty lo alcanzó.

—¿Estás libre entonces? —ella preguntó.

La fácil compañía que había surgido entre ellos, durante las últimas semanas, parecía de algún modo tensa. ¿Se les había ocurrido repentinamente a ambos la realidad del paso que estaban a

punto de dar?

—Pensé que sería mejor irme, antes que Annabelle hiciera que un par de lacayos me echaran. —Él asintió.

—Espero que puedas dormir un poco en ese club tuyo. —Kitty parecía dudosa—. Es posible que no te reconozcan allí, después de una ausencia tan larga.

—Estaba pensando lo mismo. —Rory forzó una risita—. Pasamos momentos muy felices allí, Jack, Gabriel y yo. Este será el fin de una era.

—¿Estás arrepentido?

—No —respondió inmediatamente—. Y sí... Dejar atrás un lugar no siempre es fácil. Supongo que me trae recuerdos de otras separaciones.

—¿Cuándo dejaste Irlanda? —preguntó Kitty.

—Esto no es nada comparado con eso. Pensé que moriría de pena, sin saber cuándo regresaría o si alguna vez regresaría. —El dolor destrozó su corazón, como si hubiera sido hace solo quince días, en lugar de años.

Lo siguiente que supo fue que Kitty le tomó la mano entre las suyas.

—Si te sirve de consuelo, me sentí casi igual de miserable por la partida de Mary y tú. Lloré hasta quedarme dormida todas las noches durante semanas. Si hubiera sabido entonces que este día llegaría, podría haberme dado algo de consuelo.

Rory le apretó la mano y la abrazó.

—Lamento haberte dado alguna vez motivos para llorar. Espero, no volver a hacerlo nunca más.

Con eso la besó y todos sus recelos y viejas penas se desvanecieron.

Había besado a muchas mujeres, en varios años, con mucho ardor, entusiasmo y aprecio. Pero ninguna con la ternura protectora que reservaba para Kitty. Quizás no fuera capaz de amarla como ella lo amaba a él, aunque a veces la hacía reír y en otras ocasiones, ella ronroneaba de sus deseos.

Ahora, ella hizo un sonido que estaba en algún lugar entre los dos.

—Sigue así y no podré dejarte ir, no importa cuántas tradiciones rompas.

Con una sonrisa diabólica, Rory enroscó un mechón de su cabello alrededor de su dedo índice.

—Solo quería recordarte que mañana será nuestra noche de bodas. Pensé que eso nos daría a ambos algo que esperar.

Estuvo a punto de añadir “en caso que lo pensáramos mejor”, pero decidió no hacerlo.

Se alegró de haberse abstenido, cuando los labios de Kitty se arquearon en una sonrisita sensual.

—Lo he estado esperando, desde nuestra primera noche.

—Yo también. —Él ahora podía responder con bastante sinceridad.

—Hasta mañana, entonces. —Rory se despidió con una galante reverencia y luego partió hacia el club Bunbury.

Se sorprendió al recibir allí una cálida bienvenida.

—Fitzwalter, escuchamos que tenías la intención de honrarnos con su presencia. —Osbert Mowbray levantó su copa en un cordial saludo—. ¿Tiene algún crédito el vil rumor que te casarás mañana?

Era exactamente el tipo de comentario que le habría hecho a cualquier novio conocido no hace mucho. Ahora Rory lo encontraba juvenil y aburrido.

—Toda la credibilidad del mundo, viejo. Aunque considerar que la noticia es vil podría depender de cuánto hayas apostado a que tal evento llegara a ocurrir.

—Tendremos que consultar el libro de apuestas de Bunbury —sugirió Peachy Parsons, una amiga de Mowbray desde su época escolar.

Rory se preguntó si alguien recordaba el nombre real de Peachy.

Finch DeMille despertó de su perpetuo estupor el tiempo suficiente para mirar a Rory con una mirada bastante confusa.

—No encontrarás muchos en el club dispuestos a desearte alegría, cuando casi nos has arruinado.

Eran una compañía bastante lamentable, pero Rory dudaba que encontrara algo mejor esa noche. Se dejó caer en una silla vacía y pidió una copa.

—Seguramente, no puede ser tan malo como eso. Debe haber habido algunos tipos lo suficientemente imprudentes... como para apostar mucho a favor que yo encontraría a una esposa.

—Tal vez —suspiró Mowbray—. Pero, yo no estaba entre ellos. Me estremezco al pensar lo que debo.

—La escritura aún no está hecha —dijo Peachy—. ¿Existe alguna posibilidad que podamos disuadirte de esta locura, Fitzwalter?

—Ninguna... ni en lo más mínimo. —Rory deseaba estar tan seguro como intentaba parecer.

—Debemos recordarle lo que se perderá —sugirió Mowbray—. ¿Qué te parece una última mano de loo?

Rory negó con la cabeza.

—Renuncié a eso, antes de tener la menor idea de casarme. Ojalá hubiera tenido la sensatez de hacerlo hace años.

—Lamentable —murmuró DeMille—. Al menos, todavía puedes beber. Camarero, otro de lo mismo para mi amigo.

¿Eran amigos? Si es así, era una novedad para Rory. Pero él nunca había sido de los que rechazaban una bebida gratis.

Poco a poco, la conversación giró hacia sus días escolares y se volvió más agradable.

Para no ser menos que DeMille, los otros dos pidieron bebidas para él. Cuando terminó, Rory admitió en privado que, después de todo, no eran tan malos tipos. ¿Había habido convivido con ellos en la escuela, en algún cuarto?

Cuando intentó preguntar, su lengua pareció extrañamente poco cooperativa.

Eso importaba poco, él decidió, tomando otro trago.

* * *

—Gabriel y el capitán Turner han ido a buscar a Rory —anunció Moira Stanford a la mañana siguiente, cuando ella y Lily llegaron a la casa de los Warwick—. Espero que podamos conseguir un aventón a la iglesia contigo. No está muy lejos para caminar, pero prefiero conducir en una mañana tan fría.

—Asumimos que vendrías con nosotros. —Annabelle saludó a sus amigas con besos en la mejilla—. ¿Qué opinas de nuestra hermosa novia?

Hizo un gesto hacia Kitty, quien se encogió un poco, ante su escrutinio.

Su timidez disminuyó, cuando Moira aplaudió y exclamó:

—¡Una visión perfecta! ¿De dónde sacaste las flores para tu ramillete y para adornar tu sombrero en esta época del año?

—Lady Killoran hizo que los enviaran desde el invernadero de Beckwith Abbey. —Kitty se ajustó el fino velo sobre el sombrero—. ¿No es eso típico de ella?

Se preguntó qué diría la condesa si supiera que Lord Uvedale había engendrado a su hija en lugar de Rory. Sin embargo, ese era un secreto que esperaba que nunca se supiera fuera de su círculo de amigos de confianza.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Lily Turner—. El día de nuestra boda, tenía miedo de vomitar en la sobrepelliz del vicario.

Las otras damas se rieron entre dientes, en un tono de cálida simpatía, lo que animó a Kitty a responder:

—Tomé la precaución de no comer esta mañana. Espero que cuando terminemos el desayuno de bodas, tenga mejor apetito.

—No tienes de qué preocuparte —insistió Annabelle—. Esta mañana estarás rodeada de amigos que te desean alegría.

La amable seguridad no hizo nada para disminuir el malestar de Kitty, ya que vislumbró un destello de duda en los ojos de su amiga. Lo que la preocupaba no era estar de pie, ante el pequeño grupo de invitados a la boda, sino pensar en lo que les depararía el futuro a Rory, Sarah y a ella.

Últimamente sus sentimientos por él habían revivido, más fuertes que nunca. Al ofrecerse a casarse con ella y convertirse en padre de Sarah, había demostrado ser el héroe protector que ella alguna vez había creído. No obstante, cuanto más se preocupaba por él, más se arrepentía de haberlo obligado a casarse con una mujer a la que no amaba. ¿Serían suficientes la simpatía, el deseo y la devoción hacia su hija para hacer feliz su matrimonio, como parecía creer?

¿O podría llegar el día en que se sintiera atrapado? ¿Se cansaría de una esposa, cuya adoración no podría corresponder?

Semejante avalancha de celos podría haber hecho salir corriendo a Kitty, si Jack Warwick no hubiera aparecido en ese momento.

—¿Qué es esto? —preguntó en tono incrédulo—. ¿Todas las damas listas para partir y esperándome?

—¿Por qué debería sorprenderte eso, querido? —Annabelle se acercó y tomó a su marido del brazo—. Nunca te he hecho esperar, ¿verdad?

Jack pensó por un momento y luego murmuró:

—No que yo recuerde.

—Quizás estés pensando en tu otra novia —bromeó Annabelle sin piedad—. No tengo ninguna duda que Madame Reynard debe haberse esmerado mucho en su tocador.

—Quizás... no recuerdo... —El pobre Jack parecía tan inquieto que Kitty sintió lástima por él.

—¿No será mejor que vayamos a la iglesia? —ella sugirió—. Odiaría que Rory pensara que cambié de opinión en el último minuto.

—Justo lo que iba a decir. —Jack aprovechó la oportunidad que ella le había dado—. Nuestro carruaje espera, señoras.

Salieron en tropel hacia Bruton Street y abordaron el hermoso carruaje de los Warwick. Cuando un lacayo ayudó a Kitty a subir, un copo de nieve suelto flotó y se derritió en su nuca. Ella se estremeció.

A lo lejos, las campanas de St. George repicaron once veces.

—¿Escucha eso? —dijo Moira—. Después de todo, no llegaremos tan tarde.

Unos minutos después, el vehículo se detuvo, ante el imponente edificio de la elegante casa de culto. Las entrañas de Kitty se sentían como si estuvieran intentando realizar una danza irlandesa.

Jack bajó primero y luego ayudó a Annabelle, Moira y Lily a bajar.

—Ya están, señoras. La señorita Delany y yo llegaremos en un momento.

El nuevo conde tomó la mano de Kitty con un apretón cálido y firme, mientras ella bajaba. Ella se sintió conmovida, cuando él se ofreció a acompañarla hasta el altar.

Por un momento jugueteó con su sombrero, su velo y su ramillete de novia.

—Creo que se supone que debes tomar mi brazo derecho. —Jack se lo tendió.

Kitty deslizó su mano enguantada en el hueco de su codo. Ella respiró hondo. Las seis enormes columnas que sostenían el pórtico de St. George parecían muy intimidantes. Quizás debería haber accedido a casarse con una licencia especial en alguna capilla modesta.

Jack le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—Todo irá bien, ya verás. Esto es, con diferencia, lo mejor que le pudo haber pasado a Rory. Si aún no se da cuenta, pronto lo hará.

—Eso espero. —Kitty intentó devolverle la sonrisa, pero la suya se sentía bastante inestable.

Comenzaron a subir las escaleras de la iglesia solo para encontrar a Lord Gabriel Stanford corriendo hacia ellos. Su alta figura eclipsada estaba por las elevadas columnas.

El amigo de Rory parecía más ansioso de lo que Kitty lo había visto nunca.

—¡Me temo que todavía no estamos listos para la novia!

—¿Por qué? —Jack exigió.

Gabriel miró del conde a Kitty y viceversa, como si no quisiera revelar el motivo delante de ella.

El ceño fruncido de Jack y el silencio intimidante obligaron a su amigo a hablar.

—Nosotros... eh... parece que el novio se ha perdido...

Capítulo veinte

¿Dónde estaba y qué diablos le había pasado? Rory luchó por recuperar la consciencia, aunque al despertarse, sus sentidos le advirtieron que sería mejor no hacerlo.

Él estaba tumbado sobre una superficie más fría y dura, que cualquier cama en la que hubiera dormido jamás. Le palpitaba la cabeza. Sin embargo, cuando intentó levantar una mano para frotarse la frente, descubrió que tenía los brazos atados a la espalda. Mientras intentaba en vano liberarlos, se dio cuenta que sus piernas también estaban atadas por los tobillos.

Una ancha tira de tela le cubría la boca, asegurando otro fajo de tela en el interior. Cuando intentó gritar, pidiendo ayuda, la mordaza ahogó todo, menos un gorgoteo inútil.

Nuevamente, Rory se preguntó dónde estaba y quién le había hecho esto. Como no podía moverse ni gritar, debía poner a trabajar sus sentidos para buscar respuestas a esas preguntas.

Afortunadamente, quien lo había dejado atado, no se había molestado en vendarle los ojos. El lugar estaba muy oscuro, aunque no totalmente. La tenue luz que pudo ver no parpadeaba como una llama, lo que sugería que podría haber una ventana, en algún lugar fuera de la vista. La penumbra hacía imposible distinguir a unas vagas formas, que proporcionaban poca información. Quizás sus oídos podrían funcionar mejor.

Rory cerró los ojos para concentrarse mejor en los sonidos que podía escuchar. Desde cierta distancia, proveniente de arriba, oyó el ruido sordo de voces y varios pasos. Mientras escuchaba, una serie de pasos se acercó, siguiendo por el suelo, directamente encima de él. Obviamente, debía estar en un sótano, pero había miles de ellos en Londres.

Entonces, su nariz hizo su valiosa contribución al rompecabezas. El olor más penetrante era uno que conocía y le gustaba mucho: el agradable aroma del vino y de las bebidas alcohólicas. La respuesta más obvia era que debía estar en la bodega del club Bunbury.

¿Era alguna especie de broma prenupcial? ¿O uno de los miembros del club podría perder tanto con una apuesta, que esperaba retrasar la boda, o peor aún, destruir por completo sus perspectivas de matrimonio?

Rory luchó contra sus ataduras con una rabia impotente. Cuando descubriera quién era el responsable de este ultraje, ¡haría que se arrepintiera!

Todos sus retorcimientos y sacudidas lo calentaron, pero hicieron que sus brazos y hombros palparan de dolor. El aliento entraba y salía por su nariz, mientras su corazón golpeaba contra sus costillas.

¡Estaba inmóvil! No obstante, debía reunir fuerzas y prepararse para aprovechar la primera oportunidad de liberarse.

Tarde o temprano, uno de los sirvientes del club bajaría aquí. Luego, debería hacer el mayor ruido posible para llamar su atención. Quizás podría derribar algo.

También era probable que sus captores vinieran a ver cómo estaba. Esto requeriría una estrategia completamente diferente. Si pudiera convencerlos que no representaba una amenaza, tal vez lo liberarían. Al menos, ellos podrían bajar la guardia el tiempo suficiente para que él pudiera aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara.

Se maldijo a sí mismo por beber con gente que no conocía bien ni confiaba, en lo particular. Había sido una decisión tonta pasar la noche allí, cuando podría haberse quedado en la casa de su hermano.

¿Estaban Frederick y Regina en la iglesia, ahora con Kitty y sus amigos, preguntándose qué le

había pasado? ¿Alguien se molestaría en investigar su ausencia, o asumirían que había sufrido un caso grave de pies fríos? ¿Pensaría Kitty que había decidido que no podía casarse con una mujer a la que no amaba? ¿Acaso Sarah se tambalearía por la casa de Bruton Street gritando: “Wo-wii, cami a oo”?

No podía culpar a sus amigos si dudaban de su capacidad para comportarse de manera responsable. Había sido el último de ellos en considerar asentar cabeza y aún así, este no había sido el camino que había buscado. ¿Cuántas veces se había burlado de su aburrida vida doméstica? Ahora, se preguntaba si su hastiado desprecio no había sido un intento cobarde de menospreciar algo que pensaba que nunca podría tener. No podía esperar que Jack y Gabriel comprendieran tal perversidad, cuando apenas había comenzado a sospechar sus verdaderos sentimientos.

¿Y qué pasaría con Kitty? Tendría todos los motivos para dudar de sus sentimientos por ella. Se había dicho a sí mismo que solo estaba siendo honesto con ella, pero ahora se preguntaba si se había estado engañando todo este tiempo.

A una tierna edad, había perdido al padre que veneraba. Poco después, se quedó sin su amada madre y su tierra natal. ¿Era de extrañar que no hubiera querido tener nada más que ver con un sentimiento, que le había traído mucho más dolor que placer? Kitty tenía razón. Tenía miedo de amar... o al menos de darle a ese sentimiento su verdadero nombre.

Lo que sentía por Jack y Gabriel había sido fácil de considerar como amistad o camaradería. Su afecto por Sarah había presentado mayores dificultades, y sus sentimientos por Kitty eran aún más complejos. Ahora, incapaz de huir de la verdad, Rory se vio obligado a afrontarla.

Los amaba, sobre todo a Kitty, porque ella siempre había visto lo mejor en él, incluso cuando él intentaba negarlo. Ella lo entendía mejor que a él mismo.

El tiempo se prolongó, una y otra vez.

Sus extremidades se acalambraron por estar atadas e inmóviles. La necesidad de hacer sus necesidades se hizo más intensa. ¡Ni siquiera podía rascarse la nariz, cuando le picaba!

Si hubiera podido moverse, Rory habría encontrado algún medio para distraerse de su situación. Tal como estaban las cosas, solo podía quedarse allí tumbado y reflexionar sobre preguntas que hubiera preferido evitar.

¿Y si quien le había hecho esto, tuviera algo aún peor reservado? La posibilidad de morir preocupaba mucho más a Rory, ya que dejaría atrás a otras personas que amaba, y sabía muy bien que lo amaban. Por muy duro que hubiera sido perder a sus padres y a sus hermanas, ellos no habían desaparecido de su vida sin explicación alguna ni lo dejaron preguntándose, si de alguna manera, él era el culpable de su partida.

No podía soportar imaginar a Kitty y Sarah sufriendo ese tipo de duelo.

Perdido en sus atormentadores pensamientos, al principio, no prestó atención al sonido de una puerta abriéndose y cerrándose. Cuando los pasos que se acercaban se hicieron más fuertes, rodó sobre su vientre y comenzó a patear el suelo con los pies atados para hacer algo de ruido.

Los pasos ganaron velocidad y se acercaron.

Entonces, Rory escuchó una voz familiar, áspera por el desprecio.

—Eso no te servirá de nada.

* * *

—¿Que el novio se ha perdido? —Jack Warwick repitió las palabras de Gabriel, en un tono desconcertante—. ¿Qué significa eso? ¿Qué diablos está haciendo Rory, ahora?

Gabriel levantó las manos, como si se rindiera.

—No tengo más idea que tú. Aaron y yo fuimos al club a recogerlo, y no lo encontramos por ningún lado. Alguien dijo que estuvo allí anoche... bebiendo, pero nadie sabe qué fue de él, después de eso. Condujimos hasta la iglesia con la esperanza que hubiera venido solo, pero tampoco hay señales de él aquí. Supongo que no fue a tu casa.

Jack sacudió la cabeza y luego miró a Kitty.

—Lo lamento. ¡Tenía miedo que pudiera pasar algo como esto!

—¿Algo como qué? —Kitty sabía lo que iba a decir, pero de todos modos necesitaba oírlo.

—Rory siempre dijo que no creía en el amor y que nunca tuvo la intención de casarse. Pensé que todo era una afectación... ¡Que cambiaría de tono una vez que conociera a la mujer adecuada!

—Yo también. —Gabriel bajó la cabeza, como si todo esto fuera culpa suya, y esperara ser castigado por ello.

Kitty miró a uno de los amigos de Rory y al otro.

—¿No crees que soy la mujer adecuada?

—Al principio, no lo creía. —Gabriel hizo una mueca.

Antes que su amigo pudiera decir algo más, Jack lo interrumpió:

—Yo tampoco, pero últimamente he llegado a creer que sí lo eres. Si tan solo ustedes dos hubieran tenido más tiempo para un noviazgo adecuado. Pero, lo presionamos para que se casara contigo lo antes posible, por el bien de Sarah. Rory no es un hombre al que le guste que lo empujen.

El estómago de Kitty había comenzado a revolverse, desde el momento en que Gabriel Stanford se acercó a ellos, luciendo tan preocupado. Ahora, una parte de ella estaba de acuerdo con cada palabra que habían dicho los amigos de Rory. Además, había más cosas que no sabían, una razón por la cual ningún caballero respetable buscaría una unión con ella.

—¿Entonces crees que me dejó en el altar y se fue corriendo, a quién sabe dónde?

Los dos hombres parecían preferir ser ahorcados, antes que responder a su pregunta. Finalmente, ambos asintieron de mala gana.

Con gran esfuerzo, Kitty reprimió su vergüenza y sus dudas el tiempo suficiente para insistir:

—¡No lo creo!

Jack y Gabriel la miraron como si le hubiera salido una segunda cabeza, lo que perversamente fortaleció su determinación.

—Es posible que Rory lo haya pensado mejor —admitió—. No lo culparía si lo hiciera. Pero, si hubiera decidido que no podía casarse conmigo, habría venido y me lo habría dicho en la cara. No se escabulliría como un cobarde, dejándonos a todos preguntándonos qué fue de él.

Los amigos de Rory se tomaron su tiempo, reflexionando sobre sus palabras, aunque finalmente Jack asintió:

—¡Tienes razón! Por supuesto. Debería haberlo sabido mejor, antes de sospechar de él por tal cosa.

—Si Rory no se ha escapado, ¿por qué no está aquí? —Gabriel todavía parecía dudar.

Un viento helado soplaba por St. George Street, pero no fue eso lo que hizo temblar a Kitty.

—Alguien debe haberlo capturado para detener nuestra boda. Y creo saber quién es...

Ella compartió sus sospechas con ellos, y luego se dirigió firmemente hacia Jack:

—Si fueras tan amable de acompañarme.

Él asintió sombríamente.

Seguidamente, Kitty volteó hacia Lord Gabriel:

—Por favor, informa al vicario y a nuestros invitados que la boda ha sido pospuesta. Pero,

trata de no alarmarlos, especialmente al hermano de Rory.

—Haré mi mejor esfuerzo. —Gabriel tomó las manos de Kitty entre las suyas—. Tengan cuidado los dos. Si han secuestrado a Rory, es evidente que el hombre está desesperado y tal vez desquiciado.

Una vez que prometieron no correr riesgos innecesarios, Gabriel se dirigió a la iglesia. Jack le dio instrucciones a su conductor y ayudó a Kitty a montarse en el carruaje.

Pronto, se pusieron en camino tan rápido, como lo permitía el tráfico del mediodía.

—Cuando lleguemos allí —dijo Kitty, quien siguió hablando—, debo conversar con él a solas. Si encuentro alguna dificultad, te llamaré.

—¿Estás segura que es prudente? —El ceño de Jack se frunció—. Recuerda nuestra promesa a Gabriel.

—Esto puede ser un riesgo, pero me temo que es necesario. No creo que tenga el descaro de hacerme daño, mientras estés cerca y otros sepan a dónde hemos ido. Sería objeto de todo tipo de escrutinio, que es lo último que él quisiera.

—Espero que tengas razón. —Jack no parecía convencido.

Un silencio pensativo se instaló entre ellos hasta que el carruaje de Jack se detuvo frente a una gran casa en Grosvenor Square.

—¿Cuánto tiempo espera que dure esta reunión? —Jack preguntó, mientras ayudaba a Kitty a salir.

Ella lo pensó por un momento.

—No más de media hora, espero.

—Si no regresamos en media hora —gritó Jack a su conductor—. ¡Regresa a Bruton Street y busca a Lord Gabriel y al capitán Turner!

—¡Muy bien, milord! —El conductor parecía entusiasmado, ante la posibilidad que hubiera peligro.

Kitty se acercó a la puerta y llamó elegantemente, tocando la aldaba de latón. Estaba a punto de intentarlo de nuevo, cuando un sirviente abrió la puerta. El hombre corpulento y de aspecto severo no era uno que ella hubiera visto en Delmeda.

—¿Puedo ayudarla, señora? —Su mirada se detuvo en su sombrero, adornado con flores y cubierto con un velo.

—Puedes... —Kitty se esforzó por parecer y sonar más serena de lo que se sentía—. Soy la señorita Delany y este es el conde de Knightlow. Deseo hablar con tu amo. Dígale que es un asunto urgente.

Quizás el sirviente reconoció su nombre. Abrió más la puerta.

—Por supuesto, señorita Delany. Justo por aquí.

Acompañó a Kitty y Jack a la entrada, y luego se fue apresuradamente.

—Mientras hablo con mi hermanastro —le susurró Kitty a Jack—. Mantén los ojos y los oídos abiertos para detectar cualquier cosa sospechosa. Si tienes oportunidad de hablar con alguno de los otros sirvientes, pregunta si Su Señoría tiene invitados.

—¿Tienes la intención de preguntarle directamente a Lord Carlow qué ha hecho con Rory? —Los hermosos rasgos de Jack se tensaron en un ceño tenso—. ¿Qué te hace pensar que te dirá la verdad?

Kitty vaciló por un momento y se hizo la misma pregunta. Entonces, le llegó la respuesta:

—Porque sé a qué le tiene más miedo.

Antes que ella pudiera decir más, el sirviente que los había acompañado regresó.

—Lord Carlow los recibirá. Vengan por aquí.

—Lord Knightlow me esperará. —Kitty trató de pararse lo más erguida posible para parecer un poco más alta—. Deseo ver al conde en privado, y estoy seguro que él también preferirá eso.

El hombre asintió brevemente y se alejó. Kitty tuvo que correr para alcanzarlo.

Un momento después, ella se encontró en el estudio del conde. Él estaba detrás de su escritorio, mirándola.

—¿Qué diablos quieres ahora? Si quieres robarme más dinero, no lo aceptaré. ¡Ya te di lo suficiente para vivir como una reina!

Sus palabras sorprendieron a Kitty. Lord Carlow realmente parecía creer que ella había venido aquí en busca de dinero.

—No te pediré ni un centavo más, mientras viva, si me cuentas lo que has hecho con Rory Fitzwalter.

El labio del conde se torció.

—No le hecho nada a ese Fitzwalter... Es más, no quiero tener nada que ver con él... Escuché que estabas lo suficientemente loca como para casarte con él... No es mejor de lo que te mereces. Me atrevo a decir que acabará con tu fortuna bastante rápido.

—¡No! Si lo has traído a alguna parte y lo has hecho prisionero, como lo hiciste conmigo. —Kitty ignoró los insultos de su medio hermano.

—¿Sigues quejándote de eso? —Carlow puso los ojos en blanco—. Fue solo un juego. Iba a volver por ti, una vez que te hubieras dado un buen susto, no es que hiciera falta mucho... Pero, ese fastidioso Fitzwalter tuvo que hacerse el galante y estropearme la diversión. Hoy en día, no me molesto con ese tipo de tonterías. La ley no lo ve a él con buenos ojos. Si tu novio ha desaparecido, es obra suya y no mía.

Su respuesta hizo que Kitty cayera sobre sus talones. Había estado tan segura que su detestado medio hermano debía estar a la altura de sus viejos trucos. Ahora, se veía obligada a afrontar la posibilidad que Rory la hubiera dejado en el altar a propósito.

—¿Descubrió que eres un pequeño bagaje descarriado? —Carlow soltó una risita cruel, un sonido como el de hojas secas, crujiendo sobre las lápidas—. ¿Eso fue demasiado para él, incluso para una fortuna tan grande como la tuya?

—¡Rory sabe la verdad! —Kitty le lanzó esas palabras a su medio hermano—. Se lo dije y no le importa en lo más mínimo. ¡Él me acepta y me ama!

En el momento en que lo dijo, Kitty supo que era verdad, incluso si Rory aún no lo sabía.

—La forma en que nuestro padre amaba a mi madre —ella añadió con creciente convicción—, lamento que no quisiera a tu madre... Ningún niño debería tener que vivir con eso.

Estaba a punto de sugerir que por eso la odiaba tanto a ella y a su madre. Sin embargo, antes que pudiera pronunciar otra palabra, una pastora de porcelana fue lanzada por el aire hacia ella. Kitty logró esquivarla, antes que el adorno golpearla la pared y se rompiera en al menos cien pedazos.

—¡Vete! ¡Vete! —tronó Lord Carlow—. Será mejor que encuentres a tu amante ausente, antes que yo. ¡De lo contrario, después de todo podría decidir divertirme un poco con él!

Sin esperar a convertirse en el objetivo de otro misil costoso, Kitty huyó del estudio.

Al salir, casi choca con Jack, que estaba a punto de entrar corriendo.

—¿Qué fue ese ruido? —gritó—. Tenía miedo que Carlow te hubiera disparado.

En un apuro sin aliento, Kitty le explicó acerca de la pastora, aunque no habló de todo el contenido de su entrevista con Lord Carlow.

—¿Descubriste dónde tiene a Rory?

Kitty negó con la cabeza.

—Él negó tener algo que ver con eso. Por extraño que parezca, le creo.

—¿Por qué?

—Estaba tan enojado conmigo, hace un momento, que sé que si tuviera alguna idea de dónde está Rory, no habría podido resistirse a burlarse de mí. Pero, él no lo hizo.

—Lo que nos deja donde empezamos —suspiró Jack.

Kitty deseó poder estar en desacuerdo.

Capítulo veintiuno

—Eso no te servirá de nada. —Aunque Rory apenas podía distinguir la vaga forma del orador, no tenía ninguna duda que el vizconde Uvedale estaba sonriendo con un repugnante triunfo. Hacía falta nada menos que una explosión para que los oyeran, arriba—. Y tengo a alguien vigilando la puerta del sótano para asegurarme que ningún sirviente baje, mientras usted esté aquí.

Una furia abrasadora recorrió las venas de Rory. Fue todo lo que pudo hacer para evitar luchar contra sus ataduras con todas sus fuerzas. No obstante, ya lo había intentado, y eso no le había llevado a ninguna parte.

¡Cálmate y usa tu cabeza! Él lo pensó y deseaba que fuera así.

Produjo una serie de ruidos, desde lo más profundo de su garganta, con la esperanza que Uvedale tuviera la curiosidad de quitarle la mordaza. No podía salir de esta situación luchando, pero tal vez pudiera escapar, hablando. Por el bien de Kitty y Sarah, debía intentarlo.

Pero Uvedale solamente se rió.

—Es difícil ser ingenioso cuando no puedes hablar, ¿no? Estoy decepcionado que te atribuyas el mérito de mi trabajo, Fitzwalter. Debes haber descubierto que soy el padre de la hija de Kitty. Sin embargo, aprovechaste mi pequeño truco para conseguir una esposa rica.

Rory hizo más sonidos, con una inflexión ascendente, que sugería una profunda sorpresa.

Uvedale pareció entenderlo.

—¿De verdad creías que estabas demasiado borracho para recordar haberte acostado con ella? ¡Pensé que tú eras más inteligente que eso!

Esta vez, Rory emitió sonidos de negación enfática.

—¿No? Bueno, tal vez era lo que querías creer, pero, eso no es cierto. Le pagué a una de las criadas de Beckwith Abbey para que le llevara una nota a Kitty y le dijera que procedía de ti. Luego, fui a su habitación por la noche, me salí con la mía y me retiré. No es de extrañar que ella creyera que yo era tú.

La ira invadió a Rory en grandes oleadas, las cuales amenazaron con ahogarlo.

—No te perdiste de mucho. —El tono de Uvedale dejó claro que se estaba burlando de nuevo—. Es extraño, ¿no es así? Cómo las bellezas a menudo no dan un sexo tan placentero, como uno podría esperarlo.

Cualquier cosa que tuviera que hacer para mantener a esta alimaña alejada de Kitty, Rory juró que lo haría y nunca le importaría el costo. Si eso significaba matar a Uvedale y golpearlo, ¡que así sea!

—Se podría decir que te estoy haciendo un favor, al mantenerte alejado de la iglesia hoy —continuó Uvedale en un tono aireado—, sin contar su fortuna, por supuesto. Pero, encontrarás a alguien casi tan rica. Siempre lo haces. La próxima vez, asegúrate de llevar a tu amante al altar para que seas el dueño de todos sus bienes mundanos.

Rory anhelaba emitir sonidos que Uvedale reconocería como los insultos más viles imaginables. Pero el villano no tendría motivos para quitarle la mordaza ni siquiera si supiera exactamente lo que Rory quería decirle.

Luchando contra sus impulsos salvajes hasta lograr una sumisión temporal, soltó un gruñido de asentimiento casual.

—¿Qué es eso? —Uvedale parecía sorprendido y desconcertado.

Rory repitió su sonido anterior.

El vizconde dio un suspiro de impaciencia.

—Rueda sobre tu vientre y quédate quieto. Si gritas o intentas algo imprudente... ¡te arrepentirás, te lo prometo!

En silencio, Rory hizo lo que le decía. Sin mover un músculo y apenas atreviéndose a respirar, esperó y planeó qué decir.

Uvedale tiró de la cinta de lino atada, alrededor de su cabeza, arrancándole mechones de cabello en el proceso. Por fin, la cosa se soltó.

Rory escupió el trozo de tela empapado, que tenía en la boca, y rodó sobre su costado.

—Realmente, no necesitabas haberte tomado tantas molestias —lo dijo con voz áspera, en el tono más impasible que pudo.

Afortunadamente, había tenido toda una vida de práctica en sonar, como si no le importara nada. Si salía vivo de este apuro, Rory juró que eso cambiaría.

—¿Qué quieres decir? —Uvedale se puso fuera del alcance de todo excepto del sonido de su voz.

Rory tosió para aclararse la garganta.

—¿Crees que quería casarme con la impertinente y pegajosa Delany? Jack y Gabriel insistieron en que debía hacer lo honorable. Admito que su fortuna fue un incentivo, pero no un precio suficientemente alto por mi libertad. Especialmente, después que descubrí que ella es la hija ilegítima del viejo Lord Carlow.

A Rory le dolía traicionar la confianza de Kitty hacia Uvedale, precisamente entre todos los hombres. Sin embargo, esta situación exigía medidas desesperadas.

—¡Estás mintiendo! —gritó Uvedale—. Solo quieres alejarme de Kitty para poder quedártela para ti.

Esa última parte era cierta, por supuesto. Rory estaba dispuesto a hacer o decir cualquier cosa que pudiera hacer de Kitty una perspectiva de matrimonio menos atractiva para el vizconde.

—Es verdad —insistió—. Lo juraré por lo que quieras. Por eso, el nuevo conde le dio tanto dinero, para mantener en la oscuridad el escandaloso secreto de su familia.

Él contuvo la respiración, esperando que Uvedale cambiara de opinión acerca de querer a Kitty.

—Debes pensar que soy un tonto para creer una historia como esa, Fitzwalter. Incluso si fuera cierto... nadie más tiene por qué saberlo.

En silencio, Rory se maldijo a sí mismo. Había revelado el secreto de Kitty, dándole al vizconde más influencia para usarla contra ella, y todo había sido en vano.

Pocas veces había hecho algo más difícil en su vida que fingir más de sus bromas serenas.

—Si eso no te importa, eres más que bienvenido. Si no estuviera atado como a un gallo de pelea, te daría la mano.

—¿Qué quieres decir? —El vizconde parecía dudar, pero no del todo.

—¿Qué debo hacer para demostrártelo? —Rory comenzó a toser hasta que apenas pudo recuperar el aliento—. Dame un trago y haré lo que quieras.

El vizconde pensó por un momento.

—¿Le escribirías una carta a Kitty diciéndole que has decidido que no puedes casarte con ella?

—Es difícil escribir con los brazos atados. —Rory se esforzó por frenar sus esperanzas, con tanta fuerza como había luchado por contener su ira—. Pero, si los desatas y me traes de beber, haré algo mejor.

—¿Mejor? ¿Cómo? —Uvedale no parecía sospechar de él, como lo haría Rory, si sus

posiciones hubieran sido invertidas.

—Le diré que sospecho que después de todo... la niña no es mía. Que ella intentó engañarme... Que debe casarse con el verdadero padre, sea quien sea.

—¡Oh, eso es muy bueno! —Uvedale mordió el anzuelo—. Da la casualidad que traje un pequeño escritorio con todo lo necesario. También traje una pistola, por si necesitabas más persuasión. ¡Estoy encantado de encontrarte tan servicial!

—¿Lo suficientemente encantado como para traerme esa bebida? —Rory intentó sonar como si la libación fuera mucho más importante para él, que cualquier cosa que tuviera que ver con Kitty.

—¡Oh! Muy bien. —Se escuchó un tintineo sordo de vidrio, cuando Uvedale sacó una jarra de uno de los estantes—. Ahora, vuelve a tumbarte boca abajo. No lo olvides, tengo una pistola.

—Tengo una excelente memoria para esos detalles —le aseguró Rory.

El vizconde también tenía un cuchillo. Lo usó para cortar las ataduras alrededor de las muñecas de Rory, y luego, rápidamente se puso fuera de su alcance.

Rory luchó por sentarse, las manos le hormigueaban, como si le hubieran picado cien abejas a la vez. Sabía que debía seguirle el juego. No había forma alguna que pudiera liberar sus pies y dominar a Uvedale, antes de recibir un disparo o un apuñalamiento. Esto no lo atraía.

—La jarra está en el suelo, a tu lado —dijo el vizconde—. ¡Bébetelo todo! Después, nos pondremos a trabajar en tu carta.

Rory buscó a tientas la jarra, le quitó el tapón, bebiendo grandes y sedientos tragos.

Se detuvo solo el tiempo suficiente para preguntar:

—¿Qué piensas hacer conmigo, después que haya terminado mi escritura?

Una vez escrita la carta, Rory supo que sería prescindible.

—Si me liberas y me das un poco de dinero para los gastos de viaje, me iré y nunca más te molestaré.

—Me gustaría creer eso —replicó el vizconde—. Pero, no estoy seguro de poder hacerlo. Pensé en atarte de nuevo y ponerte en un barco con destino a algún lugar lejano. Incluso si intentaras regresar, estaría felizmente casado con Kitty, mucho antes que llegaras a Londres.

—¡Inteligente! —dijo Rory. Esa idea era mucho más astuta de lo que le había dado crédito a Uvedale—. Tu plan y el mío no están tan lejos. Quizás podamos llegar a un acuerdo que nos proporcione a ambos lo que queremos.

Uvedale soltó una risita mordaz.

—Desafortunadamente, amigo mío, no estás en condiciones de negociar.

Claro que no lo estaba, admitió Rory para sí mismo. Si esperaba volver con Kitty y Sarah, necesitaría usar todo su ingenio y confiar en sus seres queridos.

Estaba a punto de terminar el vino, cuando las palabras de Uvedale lo golpearon. Buscó a tientas la jarra con sus manos torpes y la dejó caer al suelo de piedra, donde se rompió en varios pedazos, salpicando generosamente lo que quedaba de vino a su alrededor.

—¡Ten cuidado! —espetó el vizconde—. Si crees que alguien oírás ese ruido o que le importará si lo hace, estás lamentablemente equivocado.

—¡No era mi intención hacerlo! —protestó Rory—. Si mis brazos no hubieran estado atados con tanta fuerza durante tanto tiempo, podría haberla agarrado mejor.

Comenzó a frotarse las muñecas y los antebrazos para recuperar la sensación adecuada en ellos.

—Mientras puedas sostener un bolígrafo y escribir con él —dijo Uvedale—. Eso es lo único que me importa.

Rory escuchó que algo se arrastraba por el suelo hacia él. Extendió la mano y acercó el objeto. Era el escritorio portátil que Uvedale había mencionado: una caja poco profunda con bisagras que proporcionaba una superficie para escribir y contenía las herramientas necesarias.

Levantando la tapa, palpó el interior. Encontró papel, una pequeña botella de tinta, dos plumas y un frasco de arena fina para secar.

—¿Qué? ¿Sin cortaplumas? Supongo que no me confías un arma tan formidable.

—Estaré más que feliz de recortar tus puntas si es necesario —ofreció el vizconde en un tono de sarcasmo cáustico.

No importaba lo mucho que estuviera en juego, Rory no estaba seguro de cuánto tiempo más podría mantener su farsa de no querer destrozar al vizconde, miembro por miembro.

—Entonces tráeme una luz. —Soltó una chispa de su hostilidad reprimida—. Poseo una serie de habilidades útiles, pero escribir una carta legible en la oscuridad no está entre ellas.

Uvedale murmuró una maldición.

—No te muevas mientras no esté, o lo lamentarás mucho.

—¿A dónde iría? —Rory dejó escapar un bufido de burla—. ¿Con los pies atados que parecen bloques de madera inútiles? ¡Date prisa y consigue esa luz! Cuanto antes terminemos con este negocio, podré encaminarme a algún lugar más interesante.

Quizás su irritabilidad alivió las sospechas del vizconde. Sin otra provocación, Uvedale se fue y regresó, casi al instante, con una vela encendida. No arrojó mucha luz, pero para los propósitos de Rory eso era lo mejor.

* * *

—¿Encontraste a Rory? —Annabelle miró a su marido y a Kitty, mientras regresaban a la casa de Bruton Street—. ¡Obviamente no! O estaría contigo... ¿Al menos tuviste alguna idea de dónde podría estar?

Totalmente desanimada, Kitty sacudió la cabeza.

—Solo conocemos de una persona más fuera de nuestro círculo de amigos, y él no tuvo nada que ver con la desaparición de Rory.

—Quizás esto ayude. —Annabelle le entregó a Kitty un papel doblado y sellado con cera—. Llegó mientras estábamos en la iglesia. Godfrey dijo que no reconoció al hombre que se lo entregó.

—Esa es la letra de Rory. —Jack miró los garabatos puntiagudos—. Lo sabría en cualquier lugar.

Mientras rompía el sello y desdoblaba la carta, Kitty deseó estar tan familiarizada con la escritura de Rory, como Jack decía que lo estaba. Entonces, quizás no se habría dejado engañar por la nota que había recibido, en la fiesta, en casa de Lady Killoran.

Ella comenzó a leerla.

—Por favor —suplicó Jack—. ¿Qué dice?

Volviendo al principio, Kitty leyó toda la misiva en voz alta.

—¡Maldito sea! —Annabelle lloró cuando ella terminó—. ¿Cómo pudo hacer esto?

Gabriel, Moira y los Turner también parecían afligidos. Pero Kitty supo por el feroz ceño de Jack que entendía lo que estaba escrito entre líneas.

—¿Qué quiere decir con eso de sospechar que Sarah no es su hija? —Gabriel se enfureció—. ¿Todos lo sabíamos sin lugar a dudas, incluso antes que ustedes dos se comprometieran?

—Y sugerirte que te cases con el verdadero padre de la niña —intervino Moira—. ¡Él preferiría decirte que saltes del Puente de Londres!

—¿No lo ven? —Kitty les agitó la carta—. Rory sabe que nos daríamos cuenta de esas cosas, pero quien le hizo escribir esta carta no lo hizo.

Jack asintió vigorosamente.

—No es difícil adivinar quién debe ser. Su mención del verdadero padre de la niña pretende decírnoslo.

—¡Así que Lord Uvedale lo tiene a él! —El estómago de Kitty pareció dar vueltas dentro de ella.

Rory había estado muy ansiosa por protegerla a ella y a Sarah del vizconde. Nunca había considerado cómo su unión podría ponerlo en peligro. ¿Por qué ella había sido tan egoísta como para insistir en una boda apropiada por la iglesia, dándole a Lord Uvedale más tiempo para regresar de las Indias Occidentales?

—¿Dónde puede retenerlo Uvedale? —Kitty luchó por acallar sus pensamientos—. Sus padres no tienen una casa en Londres y dudo que incluso él sea tan descarado como para mantener a Rory prisionero en la casa de Lord Killoran.

—¿Puedo ver la carta? —Jack le tendió la mano—. Tal vez Rory logró dejar algún tipo de pista, como lo hizo con las otras cosas.

—Eso sería más difícil, sin despertar las sospechas de Uvedale —dijo Aaron Turner—. Parece como si Rory hubiera logrado persuadir al sinvergüenza que está contento de abandonar a Kitty. No querría poner eso en duda escribiendo algo demasiado abierto.

—¿Hay alguna palabra en la carta que pueda ser el nombre de una calle? —sugirió Gabriel—. ¿King? ¿Bury? ¿Ryder?

Jack negó con la cabeza.

—Una buena idea, pero no puedo ver nada, a menos que...

—¿Qué? —Kitty recuperó la carta y recorrió el texto con la mirada en busca de algún tipo de clave.

—No en la escritura... —Jack señaló la esquina inferior derecha de la página, donde Rory la había sostenido. Allí había una mancha oscura.

—Debe haber tenido tinta en el pulgar, cuando manipuló el papel —expresó Kitty—. Eso no es sorprendente, seguramente.

—No creo que sea tinta. —Con cuidado, Jack le quitó la carta de las frías manos y se la acercó a la nariz—. Huele a... vino.

Él miró a Gabriel y al capitán.

—¿Registraron a fondo el club, cuando fueron a buscar a Rory, esta mañana?

Gabriel negó con la cabeza.

—Por supuesto, echamos un vistazo a nuestro alrededor, pero no hicimos una búsqueda exhaustiva. Pensamos que tal vez había entendido mal y se había ido solo a la iglesia.

—Uvedale es miembro del club —expuso Jack—. Y una bodega sería un lugar ideal para mantener cautivo a alguien.

Kitty se puso de pie.

—¿Qué estamos esperando? ¡Debemos sacarlo de allí!

—Déjanos esto a nosotros. —Jack asintió hacia los otros hombres—. Podría ser peligroso.

Por mucho que su timidez natural la hiciera querer estar de acuerdo, Kitty se mantuvo firme.

—¡Rory está en peligro por mi culpa! No puedo sentarme aquí preguntándome y preocupándome por cómo le va. ¡Me volvería loca! Además, conozco a Lord Uvedale mejor que cualquiera de ustedes. Si llega el caso, aceptaría casarme con él, si eso salvara la vida de Rory.

Gabriel negó con la cabeza.

—Creo que Rory daría su vida para evitar que eso suceda.

—Debemos asegurarnos que ninguna de esas cosas pase. —Jack le hizo una señal a Gabriel y el capitán, luego se dirigió hacia la puerta—. Tú también, Kitty, si insistes. No nos atrevemos a perder el tiempo discutiendo.

Después, él expresó algo que alarmó a Kitty más que cualquier cosa que hubiera oído ese día.

—Ahora que Rory ha escrito la carta, ya no le será útil a Uvedale.

* * *

¿Kitty había recibido esta carta?

Rory no podía decir cuánto tiempo había pasado desde que Uvedale se llevó triunfante la breve misiva. Pensó que el sótano parecía aún más oscuro que antes. ¿Fue porque la luz del día había comenzado a desvanecerse? ¿O fue porque sus ojos se habían acostumbrado a la luz de las velas, mientras escribía?

Una vez entregada la carta a Kitty, ¿comprenderían ella y sus amigos lo que él había estado tratando de decirles? ¿Vendrían a buscarlo y, de ser así, en qué plazo? Dudaba que tuvieran mucho tiempo.

Ahora que el vizconde había conseguido lo que quería, no se atrevería a correr el riesgo de mantener a Rory, en algún lugar donde pudieran encontrarlo fácilmente. Era mejor enviarlo a la India, Perú o a las islas del mar del Sur. ¿Qué sería entonces de Kitty y Sarah?

Rory sabía que sus amigos harían todo lo posible para protegerlos, pero Uvedale podía ser persuasivo y despiadado, cuando era necesario. El vizconde no se detendría ante nada para poseer a Kitty y su fortuna.

No podía simplemente esperar, anhelando que sus amigos vinieran a rescatarlo, aunque Rory sabía que lo intentarían. Mientras tanto, debía hacer todo lo posible para ayudarse a sí mismo.

Lo había intentado antes, sin éxito. Ahora, tenía una ventaja muy ligera, que había obtenido mientras Uvedale fue a buscar la vela. Cuando sus manos estaban temporalmente libres, pudo aflojar la cuerda alrededor de sus tobillos. No lo suficiente como para que su captor se diera cuenta, pero con suerte lo suficiente como para liberar sus piernas. Una vez que pudiera pararse y caminar, podría buscar un escondite, o algo que le ayudara a desatar sus manos nuevamente.

Antes de irse, Uvedale le había atado las manos y su mordaza más fuerte que nunca. Si lograba escapar y poner sus manos en ese miserable trepador, ¡Rory juró que le haría pagar por esto!

Canalizando su ira para escapar, Rory separó sus piernas, tanto como le permitieron las ataduras. Luego las relajó y volvió a intentarlo. Después de más repeticiones de las que podía contar, pensó que podría haber suficiente holgura para liberar un pie. Apoyando el talón de su zapato contra el suelo, gradualmente sacó el pie. Luego, giró y tiró de un lado a otro hasta que finalmente logró desenredarlo.

Rory se quitó la cuerda del otro pie con una patada y movió ambas piernas vigorosamente para resolver las torceduras. Seguidamente, se deslizó por el suelo sobre su trasero, como había visto hacer a Sarah, antes que pudiera caminar. Por fin, encontró una pared, contra la cual pudo apoyar su espalda para poder subir, poco a poco, hasta ponerse de pie. Todo el prolongado proceso le dio un renovado aprecio por muchas cosas, que antes había dado por sentado.

Al menos ahora estaba erguido y podía moverse. Rory saboreó ese pequeño triunfo. Sin embargo, eso le hizo darse cuenta que utilizar las manos era aún más importante. Habría dado cada centavo, que había ganado en sus días de juego, por una fuente de luz. ¿Cómo podría encontrar un escondite decente o algo para cortar la cuerda que le ataba las manos, si no podía

ver?

Con pasos vacilantes y de caminando lado, comenzó a moverse, manteniendo la pared a su espalda.

Un grito de dolor subió a su garganta, cuando su pie cayó sobre algo afilado. ¡Maldición! Debía ser un fragmento de la jarra que había roto.

Mientras soltaba una serie de insultos en sus pensamientos, Rory se dio cuenta que este podría ser el instrumento que necesitaba para liberar sus manos. Por supuesto, para alcanzarlo tendría que volver a tirarse al suelo, lo que le pareció un paso en la dirección equivocada. Tampoco había ayuda para hacer esto.

Al imaginarse a Kitty parada en el altar junto al vizconde Uvedale, Rory volvió a apoyar su espalda contra la pared y se acomodó. Luego, con mucho cuidado, palpó el suelo hasta que encontró un fragmento irregular de la jarra rota. Agarrándolo torpemente con sus dedos entumecidos, comenzó a moverlo hacia arriba y abajo, con un lento movimiento de sierra contra la cuerda.

Varias veces, dejó caer su improvisada herramienta de corte y tuvo que buscarla a tientas por el suelo. Más de una vez, serruchando, hizo una mueca, cuando el borde afilado le mordió el brazo en lugar de la cuerda. Al poco tiempo, la cuerda y el trozo de jarra se volvieron resbaladizos y la sangre manaba de sus heridas. Después de lo que parecieron horas, finalmente sintió que la cuerda cedía un poco. Dejó caer su cortadora y se esforzó por separar los brazos. La cuerda debilitada cedió.

Rory se desplomó, agotado por sus esfuerzos. Una vez que reuniera su energía, podría comenzar la siguiente etapa de su escape.

Justo cuando se quitaba la mordaza de la boca, oyó pasos en las escaleras del sótano.

Capítulo veintidós

—Tengo un mal presentimiento sobre esto. —Jack Warwick miró a Kitty con expresión ansiosa, mientras su carruaje se acercaba al club Bunbury—. Rory usará mis intestinos como ligas, si te pasa algo.

—Él es el que está en peligro —ella insistió, a pesar que se le erizaba el estómago—. Usted mismo dijo que no tenemos tiempo para discutir. Si ustedes tres atacan, e intentan rescatar a Rory por la fuerza, Lord Uvedale podría hacer algo desesperado en el calor del momento. Debemos conseguir que alguien entre sigilosamente, y yo soy la mejor equipada para lograrlo. Nadie considerará a una mujer como una amenaza y puedo emplear mis artimañas femeninas, si es necesario.

Ella asintió hacia Jack, Gabriel y Aaron.

—Mientras tanto, ustedes, caballeros, pueden cruzar la puerta principal, como si no buscaran nada más que una velada de diversión. Una vez dentro, necesito que hagan una distracción para poder deslizarme hacia la bodega sin ser vista.

—Se me ocurren cientos de cosas que podrían salir mal con este plan tuyo. —Jack negó con la cabeza—. Ni siquiera podemos estar seguros que Rory todavía esté allí.

—No estoy del todo segura —coincidió Kitty—. Pero si Lord Uvedale tuviera intención de llevarse a Rory a otra parte, sería prudente que esperara hasta que oscureciera.

—Ella tiene razón —destacó Gabriel, quien recibió una mirada fulminante de Jack por sus preocupaciones.

—Se los prometo, puedo cuidar de mí misma. —Kitty hizo todo lo posible por parecer segura. Quizás si supieran más sobre su reciente estancia en Irlanda, los caballeros podrían darle crédito por no estar del todo indefensa.

—Creo que puedes —confirmó Aaron—. Si tuviéramos uno o dos días podríamos diseñar un plan mejor. Dado que el tiempo es esencial, debemos hacer que esto funcione lo mejor que podamos.

Jack asintió sombríamente y a regañadientes, cuando el carruaje se detuvo cerca de la entrada de servicio del club.

—Buena suerte, Kitty... Prométeme que no correrás riesgos innecesarios.

—Tienes mi palabra —le aseguró, mientras él la ayudaba a salir del carruaje.

Una vez que Jack volvió a subir y su birlocho dobló la esquina hacia la entrada principal del club, Kitty susurró para sí misma:

—Pero, ¡sí tomaré todos los riesgos necesarios para sacar a Rory de allí!

Apretándose más la capa para protegerse de la brisa fría, se acercó a la entrada de sirvientes, haciendo todo lo posible por pasar desapercibida. Su corazón dio un vuelco, cuando vio a un joven barriendo el área con movimientos lentos, como si tratara de hacer que esta tarea fácil durara el mayor tiempo posible.

Aunque todavía se le revolvía el estómago, Kitty intentó actuar como una de las sirvientas descaradas, que recordaba de su juventud. Caminando con un balanceo exagerado, forzó una sonrisa coqueta:

—¡Hola! ¿Trabajas aquí?

El muchacho dejó de barrer y se apoyó en su escoba. Su mirada de admiración comenzó en el rostro de Kitty y lentamente se deslizó hacia abajo.

—Por supuesto que trabajo aquí. No estoy haciendo esto por mi salud, ¿verdad?

—No debería pensar eso. —Kitty se rió entre dientes, como si hubiera hecho una broma tan divertida como la de Rory—. ¿Te pagan bien aquí?

Él se encogió de hombros.

—He tenido cosas peores. Entonces, ¿qué te importa a ti?

Esta era la oportunidad que Kitty había estado esperando.

—Me preguntaba si te gustaría ganar un poco más, eso es todo.

—¿Cuánto extra? —Los ojos del sirviente se entrecerraron—. ¿Y para qué?

—Solo por unos minutos —respondió Kitty—. Necesito que me ayudes a bajar a la bodega, sin llamar la atención.

Cuando la mirada sospechosa del sirviente se intensificó, ella intentó tranquilizarlo.

—No pretendo robar nada. Estarás conmigo para asegurarte que no lo haga. Una pequeña joven como yo, difícilmente podría dominar a un tipo grande y fuerte, como tú, ¿verdad?

El muchacho no parecía particularmente grande ni fuerte, pero su pecho se hinchó ante sus halagos.

—Si no vas a robar nada, ¿por qué quieres husmear en un viejo sótano?

Kitty sabía que debía darle una razón creíble para su petición, pero no estaba segura de atreverse a confiarle la verdad.

—El hombre con el que se suponía que me casaría, él... se escapó, antes de nuestra boda, y creo que podría estar escondido allí.

El sirviente asintió lentamente.

—Algo extraño está pasando en ese sótano... Podría ser tu hombre.

—¡Lo sabía! —Kitty no pudo contener su entusiasmo—. ¿Me puedes enseñar por favor? ¡Tengo cinco libras que se suponía que serían para mi ajuar, pero con mucho gusto te las daré, si me ayudas!

—¿Cinco libras? —Los ojos del lacayo se iluminaron. Dejó a un lado su escoba y le tendió la mano—. ¡Entonces hagámoslo!

Desesperada como estaba, Kitty se esforzó por mantener su ingenio. Debía llegar pronto, o los amigos de Rory estarían creando una distracción en vano.

—Dos ahora, dos más cuando bajemos al sótano, y el resto una vez que vuelva a subir.

Cuando el muchacho vaciló, Kitty fingió alejarse.

—Si no estás interesado, tal vez pueda encontrar a alguien más que sí lo esté.

—¡Lo estoy! —él gritó—. Dame los dos primeros y te llevaré allí, antes que puedas decir Jack Robinson.

Kitty sacó el dinero del bolsillo interior de su capa y se lo entregó.

El trabajador acarició las monedas con rapidez y avidez.

—Sígueme. Mantente cerca, mantén la cabeza gacha y no digas nada. ¿Entendido?

Kitty asintió.

Su mirada se centró en la espalda del sirviente y lo siguió a través de la puerta, por un pasillo largo y estrecho, lleno de más puertas, la mayoría abiertas y algunas cerradas. Desde las habitaciones contiguas, ella oyó voces de hombres y olió a carne asada. Se tensó, segura que alguien llamaría a su guía, o le exigiría saber qué estaba haciendo allí.

Pero el criado caminaba con paso rápido, como si supiera adónde iba, y estuviera siguiendo las órdenes de alguien. Kitty intentó fingir la misma seguridad, cuando entraron en un pasillo más amplio. Otro sirviente pasó junto a ellos en dirección opuesta, pero apenas los miró.

Desde el piso de arriba, Kitty escuchó gritos, ruidos de pies corriendo y un sonido sordo, como

si un objeto pesado hubiera golpeado una pared. Seguramente, Jack, Gabriel y Aaron montaron una distracción violenta.

Delante del sirviente, Kitty vislumbró a un hombre corpulento, parado frente a una puerta, con los brazos cruzados frente al pecho. Los pasos de su guía vacilaron. Si Rory estaba retenido ahí, era lógico mantener esa puerta vigilada.

Los pensamientos de Kitty recorrieron varias formas posibles de superar al hombre de aspecto formidable. Ninguno de ellos parecía tener muchas posibilidades.

Más pasos resonaron por unas escaleras al final del pasillo y alguien gritó:

—¡Oye, Billy, sube aquí! ¡Algunos alborotadores necesitan ser rechazados de inmediato!

—¡Consigue a alguien más, Fred! —Billy respondió con voz profunda y áspera—. ¡Estoy ocupado!

—¡Te entiendo! —bramó Fred—. ¡A menos que quieras estar ocupado trabajando en otro lugar!

Billy gruñó el juramento más impactante que Kitty había oído jamás.

—¡Tú ahí! —le ladró al guía de Kitty—. Vigila la puerta, mientras yo no estoy. No dejes que nadie salga.

Sin esperar respuesta, se alejó. Kitty rezó para que los amigos de Rory pudieran manejarlo.

Le dio un codazo al criado.

—¡Qué suerte! ¡Vamos!

El muchacho se quedó helado.

—Ya escuchaste a Billy. Me hará papilla si te llevo allí.

—No te preocupes —suplicó Kitty—. Puedo conseguirte un nuevo trabajo. Uno mucho mejor. ¡Por favor!

¿Podría apartarlo del camino y salir disparado por la puerta?

—Espero que sea cierto —murmuró su guía, mientras giraba el pomo y abría la puerta—. ¡O estaré perdido!

¿Estarían todos perdidos, si este plan desesperado fracasara? El corazón palpitante de Kitty saltó a su garganta, mientras seguía al muchacho, a través de la puerta, y la cerraba detrás de ellos.

—¡Cuidado! —él susurró—. Estos escalones son empinados y está muy oscuro aquí abajo.

No tuvieron tiempo de buscar una luz. Su guía también lo sabía, porque descendió lentamente delante de ella. Kitty lo notó por sus suaves pasos en las escaleras. Buscó a tientas, encontró una barandilla y se aferró a la misma, mientras bajaba sigilosamente tras él.

Al descender por las escaleras, Kitty escuchó sonidos ahogados de otra lucha que tenía lugar abajo. Cuando llegaron al pie de las escaleras, pudo distinguir una luz tenue y vacilante, procedente de otro rincón del sótano.

Cuando su guía dudó, ella lo empujó y se arrastró en la dirección del ruido.

A la luz de una vela colocada sobre un estante, apenas podía distinguir las formas de dos hombres que luchaban entre sí.

Kitty no podía estar segura de si alguno de ellos era Rory y, de ser así, ¿cuál era? Al darse cuenta que tal vez necesitaría defenderse, agarró el primer objeto que tuvo a la mano. Sintió que era una botella.

—¡Rory! —ella gritó.

—¿Gatita? —La respuesta sin aliento surgió de la figura más alejada de ella.

Sin pensarlo más, levantó la botella y la descargó con fuerza sobre la persona más cercana. Escuchó un estrépito, cuando la botella hizo contacto violento con algo y se rompió. Se escuchó

un grito seguido de un repentino estallido ensordecedor.

Ambas figuras de las sombras cayeron al suelo.

—¡Rory! —Ella empujó el otro cuerpo fuera del camino y se abalanzó sobre él.

Esta vez, él no respondió a su voz, sino que permaneció inmóvil y sin fuerzas. Acariciando su rostro, Kitty se esforzó por mantener su ingenio, mientras un torrente de poderosas emociones amenazaba con barrerlos.

Cuando tocó a Rory, su mano encontró algo cálido y húmedo. ¿Sangre? ¡Oh, parecía estar cubierto de ella!

—¡Alguien ha recibido un disparo! —le gritó al sirviente—. Ve a decirles a los hombres de arriba, los que hacen todo el escándalo. Tráelos aquí lo más rápido que puedas y te daré todo lo que siempre quisiste—. ¡Corre!

El muchacho no respondió, pero un instante después, Kitty escuchó el rápido ruido de pasos que se alejaban. Esperaba que él convocara a sus amigos, en vez de huir.

—Rory —canturreó, derramando besos sobre su rostro.

Si tan solo pudiera hacer más para ayudarlo. Pero ella no tenía idea de lo que había sucedido y apenas podía ver.

Él estaba respirando. Al menos eso era algo. Ella jugó con los botones de su abrigo y chaleco y luego presionó su mano contra su pecho. Para su alivio, pudo sentir un latido rápido del corazón.

—¡Rory! ¡Quédate conmigo! —ella suplicó—. Te amo mucho y Sarah te adora. ¡No podemos perderte, querido mío!

Estaba tan concentrada ante cualquier sonido o movimiento de Rory, que apenas escuchó un suave gemido del otro hombre.

Luego, él se puso de pie y se dirigió a ella.

—¡No es a él a quien quieres, Kitty! —gritó Lord Uvedale—. ¡Soy el padre de tu hija! Deberíamos estar juntos...

* * *

Como desde una gran distancia, Rory escuchó a Kitty pronunciar su nombre. No podía dominar sus órganos vocales para responder. Tampoco podía levantar la mano para devolverle las tiernas y agitadas caricias. Le palpitaba la cabeza en el lugar donde se había golpeado contra el suelo, lo que le hacía difícil pensar. Rory luchó por ordenar su disperso ingenio. Quizás si pudiera hacer eso, el resto vendría después.

Entonces, recordó dónde estaba y cómo había llegado allí. ¡Malditos y traicioneros, Uvedale y sus compinches! Debieron haber puesto algo en su bebida para dejarlo sin sentido. Y maldita sea su propia locura por beber con un grupo de tipos en los que no tenía motivos para confiar.

Una lluvia de besos urgentes en su rostro interrumpió el autorreproche de Rory. Anhelando devolvérselos, frunció los labios, pero Kitty parecía demasiado distraída para darse cuenta.

¿Qué estaba haciendo ella aquí?

Entonces, recordó la carta que Uvedale le había obligado a escribir. Kitty y sus amigos debieron haber entendido el mensaje encubierto, que había intentado transmitir. Pero había temido que fuera demasiado tarde.

Su recuerdo de las últimas horas estaba más confuso y desordenado que el resto. Debía haberse liberado de sus ataduras. ¿Había regresado Uvedale, antes que pudiera escapar?

¡Sí! Sus memorias comenzaron a tomar una forma más definida.

Rory recordó haber tomado por sorpresa a su captor. Había logrado asestarle un golpe, pero

sus brazos y piernas se sentían como sebo, después de haber estado atado durante tanto tiempo.

—¡Detente! —lo había amenazado Uvedale—. ¡O disparo!

Apostando que el vizconde no podía ver lo suficientemente bien como para golpearlo, Rory había intentado apoderarse de la pistola. Eso había provocado una lucha desesperada por el arma que parecía seguir y seguir. Pero, poco a poco, Uvedale fue ganando terreno.

Entonces, Kitty pronunció el nombre de Rory. Instintivamente, había respondido.

Lo que siguió fue un borrón: un estrépito cuando Uvedale se tambaleó hacia adelante, derribándolos a ambos al suelo. La pistola se disparó.

¿Le habían disparado?

Las frenéticas súplicas de Kitty le hicieron pensar eso.

—¡Rory! ¡Quédate conmigo! —ella suplicó—. Te amo mucho y Sarah te adora. ¡No podemos perderte, querido mío!

Por supuesto, ella sí lo amaba. Él era para ella más que un padre conveniente para su hija y una protección contra Lord Uvedale. No se trataba del culto al héroe de su niñez ni del enamoramiento no correspondido de años posteriores. ¡Era mucho más que eso! Ella lo había visto en su mejor y peor momento, día tras día. Sin embargo, allí estaba Kitty, arriesgándose a encontrarlo y traerlo a casa, como él había hecho una vez por ella.

Cada latido del corazón de Rory parecía fortalecerse a partir del simulacro de ese precioso conocimiento. Si tan solo fuera suficiente para hacer que su cuerpo inútil obedeciera a su voluntad.

Entonces, oyó la voz de Uvedale por primera vez desde su lucha por la pistola.

—¡No es a él a quien quieres, Kitty! ¡Soy el padre de tu hija! Deberíamos estar juntos...

—¡Nunca! —La palabra resonó en la mente de Rory, pero surgió en la voz aguda y clara de Kitty—. Después de la forma en que me engañaste y usaste, eres el último hombre en la tierra con el que consideraría casarme.

Si hubiera podido emitir un sonido, Rory se habría quedado ronco. ¡Kitty! ¡Qué criatura tan magnífica! ¡Ella es como una de las grandes reinas irlandesas de las leyendas!

—Solo te engañé porque me rechazaste. —Lord Uvedale parecía enfurruñado, como si se sintiera con derecho a los favores de Kitty, independientemente de los deseos de ella—. Quería decirte la verdad, pero Iris Crawford me abandonó por ese patán de Turner. Si hubiera sabido que estabas embarazada, habría hecho lo correcto contigo, incluso si eso significara quedarme sin un centavo.

Por mucho que Rory despreciara a aquel tipo, tenía que admitir que Uvedale parecía sincero. ¿Sus excusas conquistarían a Kitty? Si tan solo pudiera dominar el dolor y recuperar su menguante consciencia para defender su caso.

—No me importa. —Kitty le cogió la mano derecha y empezó a frotarla entre las suyas—. Tomaste prisionero a Rory y le hiciste escribir esa horrible carta. ¡Si lo has matado, gastaré cada centavo de mi fortuna para asegurarme que te ahorquen!

—No, no debes hacerlo —suplicó el vizconde. En ese instante, su voz adquirió un tono completamente diferente—. ¡No, no lo harás! Se nos ocurrirá alguna historia sobre Fitzwalter y te casarás conmigo, de lo contrario, me aseguraré que todos conozcan tu secreto.

—¿Secreto? —Las manos de Kitty dejaron de frotar las de Rory. De repente, las mismas se sintieron frías como el mármol—. ¿Acerca de Sarah, quieres decir?

Uvedale soltó una risita amenazadora.

—Acerca de ti, querida. Fitzwalter me dijo que usted es el resultado del adulterio del viejo Lord Carlow. ¡Ay! ¡Me pareció tan obvio una vez que lo escuché!

Un leve gemido salió de los labios de Rory. Las palabras de Uvedale atravesaron su corazón con la fuerza letal de una bala. ¿Cómo pudo haber traicionado el secreto más profundo de Kitty, a un hombre que no tendría escrúpulos en usarlo contra ella?

—¿Él te lo dijo? —Kitty ya no sonaba como una orgullosa reina irlandesa, sino como una mujer que había sido traicionada demasiadas veces.

—No puedo entender por qué estás tan apegado a ese libertino holgazán. —Uvedale parecía no darse cuenta que la misma descripción podría aplicarse a él fácilmente—. A él solo le importa tu fortuna, y eso no fue suficiente para retenerlo al final. Me agradeció haber impedido tu boda, especialmente cuando supo que él no es el padre de tu hija.

Luchando por mantenerse consciente, Rory apretó la mano de Kitty y se aferró a ella como si fuera un salvavidas.

Luego, sintió que esas manos femeninas apretaban las suyas con más fuerza que nunca, mientras ella comenzaba a reírse. Era la risa más extraña que jamás había oído: vertiginosa de alivio y con un tono de burla mordaz.

—¡Eso es una mentira! —ella gritó—. Rory sabe desde hace semanas lo que me hiciste. Eso logró que quisiera casarse conmigo aún más. ¡Todo lo demás que te dijo también debe haber sido mentira! ... Para engañarte... Para que lo dejaras ir... Por eso, dijo esas cosas, ¿no es así Rory?

Nada de lo que había hecho en su vida requirió mayor esfuerzo que forzar un gruñido ronco.

—¡Gracias al Cielo! —ella jadeó—. ¡Puedes escucharme! Espera... querido. La ayuda está en camino.

Sin embargo, la parte sobre tu ascendencia no fue una mentira, ¿verdad? —preguntó Uvedale—. No querrás que se corra ese chisme. El escándalo te arruinaría. Si dejas a Fitzwalter y te vienes conmigo, nunca diré una palabra de eso.

—Rory podría... —el agarre urgente de Kitty en sus manos no aflojó—. ¿Si me lanzo hacia ti?

Con otro tremendo esfuerzo, Rory logró sacudir su cabeza de un lado a otro y gritar:

—¡No!

Si su escandaloso secreto le importaba tanto a Kitty, que se casaría con Uvedale para conservarlo, ¿cómo podría él vencer ese chantaje?

—¿Verás? —El vizconde parecía tan aliviado que era extraño que no se hubiera orinado—. Él no dirá nada y yo tampoco. ¡Vámonos, Kitty, antes que venga alguien!

¿Era demasiado tarde para eso? A Rory le pareció oír un ruido sordo de pasos sobre su cabeza.

—Si Rory no dice nada, entonces lo haré yo. —La audaz declaración de Kitty pareció resonar en el lúgubre sótano, como el repique de campanas triunfantes—. Si intentas obligarme a casarme, diré mi secreto a todos los que conozca. Pondré un aviso en los periódicos si es necesario. ¿Qué crees que diría tu familia sobre eso?

—¡No lo harás! —El tono de la voz de Uvedale traicionó su desesperación y sus dudas—. ¡El escándalo te perseguirá hasta el final de tus días!

—¿Quieres decir como la querida señora Fox? —Kitty se refería a la viuda del estadista más venerado de Inglaterra—. ¿Cuántas personas hoy en día recuerdan que alguna vez fue la cortesana más famosa del reino? Incluso si eso me convirtiera en un paria, ¡lo preferiría a la miseria de estar casada contigo!

Una cálida oleada de alivio invadió a Rory. Kitty no necesitaba que él la protegiera. Sarah tampoco, siempre y cuando tuviera a su madre para defenderlos a ambos. Podría rendirse a la insistente atracción del olvido.

Pero incluso si tuviera que dejarlas, las amaría a ambas hasta el último latido de su corazón... y tal vez después.

Capítulo veintitrés

—Incluso si eso me convirtiera en un paria, ¡lo preferiría a la miseria de estar casada contigo! Mientras lanzaba su réplica desafiante a Lord Uvedale, Kitty sintió como si se hubiera liberado de los pesados grilletes de hierro y los hubiera arrojado también.

Su pobre madre había forjado esas restricciones, a partir de su propia inseguridad, y las había usado durante la mayor parte de su vida. En cierto sentido, Kitty había nacido en esa esclavitud. Hasta hacía poco, nunca había cuestionado la posibilidad de vivir de otra manera. Ahora, se enfrentaba a un futuro incierto, aunque ya era libre.

—¿Cómo puedes decir eso? —se lamentó el vizconde—. Te amo, Kitty. ¡Siempre lo he hecho y siempre lo haré!

¿Alguna vez le había tenido miedo? El hombre era mucho más patético que intimidante.

—No tengo ninguna duda que te crees eso. —El tono de Kitty se suavizó a pesar de su carácter—. Pero, el amor es más que el deseo de poseer a alguien, o de hacer realidad un capricho.

Habló con autoridad porque eso era lo que había sentido por Rory durante tanto tiempo. Últimamente, lo que sentía por él había madurado hasta convertirse en algo mucho más profundo. Sin embargo, ¿tendría ella la oportunidad de decírselo?

—Si realmente te preocupas por mí, buscarás ayuda para Rory —suplicó.

Él le había apretado la mano hacía un momento, como si hubiera escuchado y aprobado su valiente respuesta a la amenaza de Lord Uvedale. Pero ahora su agarre se había aflojado.

Antes que el vizconde pudiera responder, Kitty escuchó pasos y voces fuertes y familiares.

—¡Por aquí! ¡Aquí!

—¡Jack! —ella gritó. —¡Encontré a Rory! ¡Está herido!

Lo siguiente que ella supo fue que estaba rodeada y sostenida por manos fuertes y cariñosas.

—Perdón por tardar tanto —murmuró Lord Gabriel, mientras la ayudaba a subir las escaleras—. Quedamos bastante atrapados en nuestra... distracción. ¿Qué pasó con Rory?

Kitty agradeció el apoyo de Gabriel, cuando sus piernas amenazaron con ceder debajo de ella.

—No estoy segura. Él y Lord Uvedale estaban peleando, cuando llegué allí. Estaba demasiado oscuro para saber qué estaba pasando. Le pegué a Uvedale con una botella. Entonces, se disparó una pistola y ambos cayeron.

No podía estar segura de la secuencia de esos acontecimientos. Todo pareció suceder al mismo tiempo.

Cuando salieron del sótano, Gabriel se detuvo en el pasillo de servicio. Un momento después, Jack y Aaron se acercaron tambaleándose, cargando a Rory. Aunque tenía la cara manchada de sangre, no parecía mucho peor que sus amigos. La sangre manaba de una de las fosas nasales de Jack y su ojo izquierdo estaba hinchado y casi cerrado. La mejilla del capitán estaba magullada y su labio inferior sangraba profusamente.

Kitty lanzó una mirada ansiosa a Gabriel, que parecía tan maltratado como sus amigos.

Intentó alejarse cuando Jack y Aaron bajaron a Rory al suelo, pero Gabriel la sujetó con seguridad.

—Que ellos se encarguen de él.

Jack abrió el abrigo y el chaleco de Rory, que Kitty había desabotonado.

—No hay sangre en la camisa —murmuró—. Eso es una buena señal.

—Kitty dijo que hubo un disparo —habló Gabriel—. Y cayeron al suelo. ¿Dónde está Uvedale?

Mientras Jack continuaba examinando a Rory, Aaron Turner regresó abajo. Volvió unos momentos después, llevando la vela que tan mal había iluminado el sótano.

—No hay señales de nadie ahí abajo. O Uvedale está bien escondido o se nos ha adelantado.

—Al diablo con él —gruñó Jack—. La sangre de Rory proviene de sus manos, muñecas y de una herida en la parte posterior de su cabeza. Debemos llevarlo a casa, y llamar a un médico para que lo examine adecuadamente.

Para alivio de Kitty, nadie del club intentó obstaculizar su salida.

Jack y Aaron colocaron cada uno de los brazos de Rory, alrededor de sus hombros, y sostuvieron su cuerpo alto y flácido, mientras Gabriel y Kitty los seguían.

Cuando vio al joven sirviente que parecía haber sido arrastrado a la pelea, gritó:

—¡Gracias por tu ayuda!

Le dio la dirección de Jack en Bruton Street.

—Ven allí mañana y me encargaré que seas bien recompensado por tus molestias.

El muchacho asintió y sonrió a pesar de tener el labio partido.

Cuando llegaron al carruaje, Jack les indicó a Kitty y Gabriel, que subieran primero. Luego, los tres amigos de Rory lo levantaron torpemente. Él yacía en un ángulo, con la mayor parte de su peso sobre las rodillas de Jack y Aaron, mientras Kitty sostenía su cabeza y sus anchos hombros.

Él todavía respiraba, por lo que ella estaba desesperadamente agradecida. Pero la sangre pegajosa que se le acumulaba en el pelo y la hinchazón en la nuca la alarmaron. ¿Cómo podría soportar todo este trato brusco, sin mostrar el menor signo de malestar?

Cuando se enfrentó a Lord Uvedale en el sótano, Rory parecía mucho más consciente, le apretó la mano y trató de hablar. Ahora yacía tan quieto, más como un cadáver, que como un hombre vivo. ¿Qué pasaría si nunca despertara de este sueño antinatural?

Un sollozo se le atascó en la garganta, pero Kitty se negó a dejar paso a las lágrimas. De esa manera, no sería buena para Rory ni para Sarah. Además, temía que si empezaba a llorar nunca podría parar.

Así que lo abrazó con su mejilla presionada contra su cabello y una mano acariciando su rostro, deseando que respirara una vez más, y luego, rogándole en silencio que no la abandonara.

En ese momento, ella realmente comenzó a comprender cómo las pérdidas que Rory había sufrido cuando era niño podían haberlo hecho tener tanto miedo de volver a entregar su corazón a alguien. Ella lo había acusado de cobardía, como si fuera una debilidad, que pudiera superar si lo intentara. Le había molestado el hecho que él no pudiera ofrecerle la misma devoción que ella sentía por él.

Sin embargo, ¿qué era el amor sin compasión? Había acariciado la fantasía de Rory Fitzwalter como su intrépido campeón, capaz de protegerla, cuando nadie más en su vida siquiera lo intentaría. Nunca se le había ocurrido que él pudiera tener miedos y necesidades, que no eran menos importantes, simplemente porque eran diferentes a las de ella.

Anhelaba contarle todo esto y mucho más, pero, ¿acaso tendría la oportunidad? ¿O su corazón había aprendido un poco de sabiduría demasiado tarde?

* * *

El dolor despertó a Rory, lo que le molestó de todo corazón. La parte posterior de su cabeza palpitaba, mientras sus muñecas y dedos le picaban como el mismísimo diablo. Ansiaba retirarse

a la indolora tranquilidad del olvido. Sintió que estaba en su poder hacerlo.

¿Pero no era eso lo que había estado haciendo durante la mayor parte de su vida: buscar un escape del dolor, incluso cuando eso significaba no vivir plenamente? ¿Qué le había aportado al final? Una vida de tranquilidad sin rumbo, placeres transitorios y muchas relaciones superficiales, que se crean sin esfuerzo y se rompen sin dolor.

Aunque no todos sus apegos habían sido así, protestó su sentido de la justicia. Jack y Gabriel lo habían apoyado en las buenas y en las malas, y él a ellos. Lo único que alguna vez amenazó con interponerse entre ellos fue la felicidad matrimonial de sus amigos. En secreto, los había envidiado, incluso cuando intentaba negar que era algo que anhelaba, casi tanto como lo temía.

Luego estaba Sarah, abandonada sola a una edad más joven que él, sin siquiera una hermana o un hermano para suavizar el golpe. Antes de darse cuenta, se había sumergido peligrosamente en las aguas del afecto, aunque intentó fingir lo contrario.

Cuando Kitty volvió a entrar en su vida, sintió la amenaza que ella representaba para su existencia despreocupada. Incapaz de resistirse por completo, se acercó cada vez más a ella, apaciguándose con excusas y justificaciones. Se había dicho a sí mismo que se casaría con ella por el decoro y para tener una hija, no porque ella se hubiera vuelto indispensable para su felicidad. Esto último habría sido demasiado alarmante para contemplarlo. Cuando descubrió que Sarah no era su hija, después de todo, se apresuró a encontrar otro pretexto para hacer lo que en secreto deseaba más que nada. Había insistido en que debía proteger a Kitty y a su hija de Lord Uvedale, tal como había intentado hacerlo, cuando eran niños.

Después de lo que había oído en el sótano del club, Rory ya no podía argumentar que Kitty necesitaba su protección. Ella era más que capaz de defenderse a sí misma y a Sarah de cualquier amenaza que pudieran enfrentar. Ese pensamiento fue casi suficiente para hacer que Rory diera media vuelta y buscara la estéril seguridad de la inconsciencia.

No obstante, él tenía una opción, a diferencia de sus padres, quienes habían sido separados, entre sí y de sus hijos, por una fuerza demasiado poderosa y definitiva para resistir. Si existía la más mínima posibilidad que su partida angustiara a Kitty y a Sarah del mismo modo, que su pérdida lo había afligido a él, Rory estaba dispuesto a arriesgar cualquier cosa para evitarlo.

Al alcanzar la plena consciencia, se concentró en sus sentidos para captar lo que pudiera de su entorno. Aparte del dolor en la cabeza y en las manos, se sentía mucho más cómodo que en la bodega del club. Estaba descansando sobre una superficie más suave con algo que lo cubría. El aire se sentía más cálido y seco.

Con cada respiración, él olía el familiar aroma del carbón quemado. También escuchó el suave crepitar del fuego y el ritmo lento de alguien más respirando cerca.

De vuelta en el sótano, Rory había luchado por abrir los ojos sin éxito. Ahora lo intentó de nuevo. Se sentía como si estuviera tratando de levantar el marco de una ventana pesada y cerrada, hacía mucho tiempo, pero persistió y fue recompensado por su esfuerzo.

Incluso antes de reconocer la habitación de invitados en la casa de Jack, su mirada vio la agradable visión de Kitty, dormida en un sillón al lado de su cama. Llevaba un chal sobre los hombros. Donde colgaba abierta, Rory vislumbró que el corpiño de su vestido de muselina blanca estaba manchado de sangre... su sangre. La pobre prenda también estaba sucia en la parte inferior, sin duda por el lugar donde ella se había arrodillado, junto a él, en el suelo del sótano.

Su rico y oscuro cabello estaba revuelto, aunque eso no le restaba belleza en lo más mínimo. Por primera vez desde que Kitty había aparecido en Beckwith Abbey para reclamar a su hija, Rory se permitió saborear su hermosura sin restricciones. Cada rasgo se había vuelto tan familiar y querido para él, desde sus delicadas y expresivas cejas hasta el fascinante borde de sus pestañas

y su respingona naricita, tan parecida a la de Sarah.

Sus labios captaron su atención a continuación. Un delicado labio superior inclinado descansaba sobre la mitad inferior, perfectamente diseñado para besar. Los recuerdos de los besos que habían compartido despertaron a Rory. Pero, ¿alguna vez tendría la oportunidad de besarla otra vez?

Tenía un vago recuerdo de haber oído a Kitty rogarle que no la dejara, diciéndole que lo amaba. ¿Lo había dicho en serio o era solo una tentación para hacerlo luchar por su vida? ¿Podría perdonarlo por las cosas terribles que había escrito en esa carta? ¿Entendería que él solo había estado tratando de persuadir a Uvedale que él no representaba una amenaza?

Durante mucho tiempo, él había afirmado querer su corazón libre de ataduras afectivas. Ahora, podría cumplir su deseo, justo cuando se había dado cuenta de lo inútil y tonto que era. Rory no pudo reprimir un suspiro profundo y melancólico.

Por débil que fuera, el suave sonido despertó a Kitty. Por un instante, sus ojos se abrieron y sus rasgos se tensaron en una expresión de frenética alarma.

—¡Rory! —Ella le cogió la mano y se la apretó con tanta fuerza que él olvidó el dolor de cabeza.

Entonces, su mirada se encontró con la de él y su expresión se transformó por completo, como si se hubiera encendido una lámpara dentro de ella.

—¡Estás despierto! —Las lágrimas brotaron de sus incomparables ojos azules, realzando su brillo de la misma manera que los cristales de una lámpara de araña intensificaban la luz de las velas—. Tenía tanto miedo... ¡estaba aterrorizada!

A Rory le había costado un esfuerzo considerable recuperar la consciencia y abrir los ojos pesados. ¿Podía hablar?

—Lo sé... —Su voz chirrió como una puerta vieja que se abre sobre bisagras oxidadas—, cómo se siente...

Ella asintió, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Ahora yo también. Me equivoqué al restarle importancia a un temor que nunca había conocido. Habiéndolo sentido por mí misma, puedo entender querer proteger el corazón a cualquier precio.

Por mucho que Rory saboreara el sonido de la voz aguda y clara de Kitty, sus palabras le provocaron un escalofrío. ¿El miedo del que ella hablaba había congelado su corazón del mismo modo que había paralizado el de él, justo cuando él estaba empezando a aprender a ser valiente? Lo último que quería era cargarla con obligaciones.

—¿Como llegué aquí? —Dirigió la conversación hacia una dirección más segura y su voz se hizo más fuerte con cada palabra—. Lo último que recuerdo es haberte oído regañar a Lord Uvedale en términos muy claros... ¡Estuviste magnífica!

El rostro pálido de Kitty se llenó de color y sus seductores labios se arquearon en una sonrisa tímida.

—Una cosa buena del miedo a perderte es que, en comparación, hizo que cualquier otro miedo pareciera insignificante. Al final, pude haber sentido un poco de lástima por Sidney, si no te hubiera hecho daño. Realmente, parecía creer que me amaba y que eso justificaba cada cosa despreciable que había hecho. Él no tiene más idea de lo que es el amor que yo que añoré por ti, todos estos años.

Su voz se apagó y luego pareció recordar la pregunta de Rory.

—Tus amigos llegaron poco después de eso. Te llevaron escaleras arriba y te metieron en el carruaje de Jack. No fue un proceso suave de ninguna manera. No podía creer que alguien que

durmiera así, pudiera despertar alguna vez. Pero, tú tienes...

La forma en que su voz se demoró, en esas últimas palabras, y su mirada recorrió a Rory, le dio un rayo de esperanza.

—¿Qué fue de Uvedale?

Kitty negó con la cabeza.

—Nadie lo sabe. Desapareció, mientras nuestra atención estaba puesta en ti. Espero que haya viajado como polizón en un barco lento hasta los confines de la tierra, y nunca encuentre el camino de regreso.

Rory soltó una risita ronca.

—Sería apropiado, ya que eso es lo que planeaba hacer con mi persona... Dijo que incluso si hubiera regresado a casa, para entonces, ya te habría convencido que te casaras conmigo.

Sus suaves labios se comprimieron en una línea obstinada.

—No si te hubiera enviado a la luna.

¿Era eso solo una medida de su aversión hacia el vizconde, se preguntó Rory?

Con su siguiente aliento, Kitty respondió a su pregunta no formulada.

—Te habría esperado tan firmemente como lo hizo Penélope por Ulises, después de la guerra de Troya.

—¿Incluso después de esa horrible carta que me hizo escribirte? —Rory devolvió la presión del agarre de Kitty—. ¿Y después que le conté el secreto de tu ascendencia?

Entiendo lo de la carta. —Su mirada intrépida vaciló—. Era la única manera de enviarnos un mensaje. Supe de inmediato que no decías ni una palabra. Pero, ¿por qué le dijiste algo que debías ocultar?

—Solo esperaba que eso le hiciera dudar sobre casarse contigo —insistió Rory—. Y así creyera que yo también lo había hecho. ¡Si hubiera pensado que usaría esa información, como lo hizo, me habría llevado tu secreto a la tumba!

¿Le creería Kitty? No podía culparla si dudaba. ¿Cuántas personas a las que había querido y que decían cuidarla la habían engañado, a lo largo de su vida?

Él observó su rostro con avidez, en busca de cualquier indicio de lo que podría haber en su corazón. Para su gran alivio, la tensión en las comisuras de sus ojos y labios se relajó, y ella volvió a mirarlo.

—Me alegro mucho que no te hayas visto obligado a llevarte nada a la tumba todavía.

—Yo también. —Rory no pudo reprimir una sonrisa irónica—. Todavía tengo mucho que vivir y que quiero hacer. Ese es el tipo de vida que he evitado durante demasiado tiempo.

Kitty se mordió el labio inferior, como para ahogar una pregunta que quería hacer, pero temía la respuesta que pudiera recibir. Al menos, así era como Rory supuso que ella debía sentirse, ya que una serie de preguntas similares lo molestarían.

Su curiosidad pareció superar su aprensión, porque respiró hondo y habló en un murmullo vacilante.

—¿A qué tipo de vida te refieres?

—Del tipo de persona dedicada a la gente que... amo. A Sarah y mis amigos. ¡Sobre todo para ti, querida Kitty! ¿Eso es si todavía me tendrás? Fue necesaria la cobarde conspiración de Uvedale para hacerme darme cuenta de lo mucho que he llegado a preocuparme por ti. Aunque espero haber tenido el suficiente sentido común para llegar a esa conclusión por mi cuenta en poco tiempo.

Para consternación de Rory, las lágrimas anteriores de ella regresaron.

—¡Perdóname, gatita! —él le suplicó—. No quise hacerte llorar. ¿Recuperé mis sentidos

demasiado tarde? La forma en que manejaste a Uvedale demostró que no me necesitas para protegerte a ti y a Sarah de él ni de nadie más. ¡Eres mucho más que capaz de eso! Confío en que puedas tener una buena vida, con o sin la aceptación de una sociedad educada. No tengo nada que ofrecerte excepto mi amor, que temo que sea demasiado poco, y tal vez sea demasiado tarde.

Las lágrimas continuaron corriendo por las mejillas de Kitty, pero sus labios se curvaron en una sonrisa de exquisito resplandor. A Rory le recordó la forma en que la luz del sol se reflejaba en las gotas de lluvia para iluminar el cielo con impresionantes bandas de color.

Ella se llevó la mano de Rory a los labios, ungiéndola de besos y lágrimas.

—Nunca quise nada de ti, excepto tu amor, aunque no entendí lo que eso significaba. Estas últimas semanas contigo y Sarah me han enseñado su verdadero significado. Por eso, supe que no podrías haberme dejado en el altar ni haber querido decir ninguna de las mentiras que escribiste en esa carta.

Sus palabras actuaron sobre las heridas de Rory como un tónico. Sus dolores y molestias disminuyeron, y una extraña ligereza se extendió por su interior. No le habría sorprendido encontrarse flotando hasta el techo.

Una parte de él no sabía qué hacer con esta sensación, poderosa y desconocida, pero dejó de lado cualquier recelo y la saboreó hasta la médula de sus huesos.

—¿Significa esto que me darás otra oportunidad de casarme contigo?

—En el momento en que estés lo suficientemente bien —murmuró Kitty, inclinándose hacia él hasta que ambos labios se rozaron.

Rory había pensado que nada podría brindarle mayor placer que Kitty aceptando casarse con él. Aunque el beso que ahora compartieron le enseñó lo contrario.

Cuando sus labios se juntaron, se sintió como si sus corazones también lo hicieran. Una dulce calidez dorada hormigueó por sus venas, devolviéndole la vida y un sentido de pertenencia, perdido hace mucho tiempo. Con mucho gusto habría seguido besándola para siempre, pero incluso las mejores cosas deben llegar a su fin, tarde o temprano. Rory aceptó eso ahora, porque podía esperar su próximo beso y muchos más por venir.

—Debo detenerme. —Kitty soltó una risa profunda y pícar—. Antes de sentirme tentada a hacer algo escandaloso.

Rory levantó la mano para acariciarle la mejilla con el dorso de los dedos.

—Lo que sea que tengas en mente, lo apruebo de todo corazón.

—¡Rory Fitzwalter, eres incorregible! —Sus ojos bañados en lágrimas, ahora brillaban con picardía—. Hace media hora temía que nunca te despertarías, ahora aquí, estás contemplando quién sabe qué...

—Creo que ambos sabemos lo que estoy contemplando —bromeó él, aunque no en su habitual tono de seca ironía. En cambio, su voz tenía un tono suave y acariciante—. Y no fui yo quien planteó el tema por primera vez.

—Tal vez no. —Kitty le dio un golpecito juguetón en la nariz—. Pero, soy yo quien tiene la intención de ejercer cierta moderación, para tu beneficio.

—Espero que no por mucho tiempo. —Ninguna broma podría enmascarar su profundo anhelo por ella.

Kitty negó con la cabeza.

—Solo hasta que te recuperes adecuadamente y estemos debidamente casados.

—Eso suena demasiado decoroso para mí. —Rory no pudo resistir la broma.

—Ya suenas mucho mejor. Estoy segura que podemos persuadir al vicario de St. George para que realice la ceremonia, antes del Año Nuevo —Kitty le aseguró.

Rory acercó sus manos entrelazadas hacia ella y le dio un tierno beso.

—No tengo ninguna duda de tu capacidad para engatusar a cualquier hombre para que haga lo que te pida. ¡Estoy a tus órdenes! Pero, tengo otra sugerencia que espero obtenga tu consentimiento.

—¡Me intrigas! —Kitty levantó la mano libre para apartar un mechón de pelo que le había caído sobre la frente—. Como siempre lo has hecho. ¿Cuál es tu sugerencia, entonces?

Cuando él se la contó, Kitty estuvo de acuerdo en que esta era una idea extraordinaria.

* * *

Annabelle Warwick ajustó el velo nupcial de Kitty, mientras Jack y ella se preparaban para acompañar a su amiga a la capilla de Beckwith Abbey. —Pensar que Rory y tú pasaron por el retraso de leer las amonestaciones, solo para que él obtuviera una licencia especial, después de todo.

Kitty no pudo reprimir una sonrisa indulgente, ante la mención de su novio.

—Dije más o menos lo mismo, cuando Rory lo sugirió por primera vez. Pero, cuando me recordó que una licencia especial nos permitiría casarnos aquí, estuve de acuerdo en que era una buena idea.

Jack asintió, mientras le ofrecía el brazo a Kitty.

—Aquí viviste durante muchos años, donde se pusieron en marcha acontecimientos que nos unieron a todos. Es lógico que el último de los solteros de Bruton Street se case en Beckwith Abbey.

Kitty tomó a Jack del brazo y no intentó calmar su corazón palpitante. Sintió que temblaba de anticipación más que de miedo.

Mientras esperaban en el umbral de la capilla para entrar, los pensamientos de Kitty volvieron al día en que irrumpió el bautizo de Sarah. Muchas de las mismas personas ocuparon la capilla, en esta mañana de pleno invierno. Sin embargo, sus sentimientos hacia esas personas, y los de ellos hacia ella habían cambiado de maneras que nunca hubiera imaginado.

Aquel día del pasado, Kitty se sintió como una intrusa despreciada, segura que todos estaban aliados contra ella. Ahora, Kitty era uno de ellos, aceptada de una manera que siempre había anhelado, pero que nunca esperó ser. Si alguien intentaba hacerle daño a ella, o a Sarah, o decir incluso una palabra contra ellas, no tenía ninguna duda que sus amigos se unirían para defenderlas y consolarlas.

Entre todos los rostros sonrientes que se volvieron hacia ella, mientras caminaba por el pasillo, Kitty no tuvo problemas para elegir el que más quería.

Las heridas físicas de Rory habían sanado durante los últimos días. Aunque Kitty estaba segura que su corazón todavía tenía muchas cicatrices, sintió que finalmente este también comenzaba a sanar. Su rostro brillaba con orgullo, felicidad y amor ilimitado.

Esos sentimientos hicieron eco de los que se hincharon en su corazón, cuando tomó su lugar a su lado.

El vicario miró su libro de oraciones y comenzó la liturgia tradicional:

—Queridos hermanos...

Al mirar a Rory a los ojos, Kitty intercambió una sonrisa afectuosa con él, segura que ella era su amada, tal como él era el de ella.

Epílogo

Mayfair, Londres ~ Julio 1821.

—Y pensar que Su Majestad por fin ha sido coronado —murmuró Jack Warwick, mientras Annabelle, Rory, Kitty y él conducían por las calles abarrotadas, seguidos por un segundo carruaje que transportaba a los Turner y a los Stanford—. Estaba empezando a preguntarme si alguna vez esto sucedería.

—¿Te refieres a los dieciocho meses desde que el viejo rey se fue a descansar? —preguntó Rory—. ¿O hasta este día? Temía que nunca llegaría.

Kitty intercambió una sonrisa disimulada con Annabelle Warwick. No eran solo sus pobres maridos los que no estaban del mejor humor. Todos habían estado levantados desde el amanecer preparándose y vistiéndose para la coronación. Luego, el tráfico se detuvo en el camino a la Abadía de Westminster. Se habían visto obligados a salir y caminar, o correr el riesgo de perderse la ceremonia.

—Ambos. —Jack le tendió la mano a su esposa—. ¿Puedo tomar prestado tu abanico otra vez, querida? En la Abadía y en el salón de banquetes hacía bastante calor, sin que el rey insistiera en que todos los caballeros usaran esos ridículos trajes antiguos. Me siento como si saliera de uno de esos viejos y polvorientos retratos familiares de Southam Hall.

Hubo un tiempo en el que Kitty nunca hubiera imaginado que la invitaran al mayor evento de la sociedad en décadas. Cuando Rory y ella se casaron por primera vez, hubo muchos chismes. Pero habían vivido tranquilamente, felices el uno con el otro, con su creciente familia y con su pequeño, pero devoto círculo de amigos. Como Rory había predicho, pronto surgieron escándalos nuevos y peores, algunos de los cuales involucraban al nuevo rey. Poco a poco los suyos fueron olvidándose.

—A Su Majestad siempre le gustó lo extravagante. —Rory se rió, mientras Jack agitaba el abanico de su esposa para refrescar su rostro sonrojado—. Además, estos jubones y calzones acolchados hacen que el resto de nosotros parezcamos compartir la hermosa y robusta figura del rey.

Kitty se rió, mientras le ofrecía a Rory su abanico. Después de casi diez años de matrimonio, apreciaba más que nunca tener un marido que pudiera ver el humor, en casi cualquier situación.

—Quéjense todo lo que quieran, señores. Creo que Rory parece un caballero apuesto. Todo lo que necesita es un bigote y una barba puntiaguda para completar el cuadro.

—Supongo que si lo apruebas, entonces vale la pena la incomodidad, querida. —Rory tomó su mano y la besó con toda la valentía que correspondía a su disfraz—. Aunque después de usar esta gorguera almidonada todo el día, temo que me froten el cuello en carne viva.

—Pobrecito, cariño —canturreó Kitty. Estaba a punto de ofrecerse a ungirle el cuello con muchos besos curativos, cuando el carruaje se detuvo frente a su casa en Bruton Street.

Cuando la creciente familia Warwick se mudó a un sitio nuevo y más grande en Montagu Square, Jack vendió la propiedad de Bruton Street a Rory y Kitty. Debido a que guardaba tantos buenos recuerdos, sus amigos a menudo se congregaban allí, algo que agradaba mucho a los Fitzwalter.

Mientras Rory ayudaba a Kitty a bajar del carruaje, ella vio a su hija sentada en los escalones de la entrada de la casa, flanqueada por sus dos amigas más cercanas. La vista le recordó el día en que había dejado a Sarah en una canasta, en esa misma puerta. Ese recuerdo atenuó su

exasperación con su encantadora, pero testaruda hija.

—¡Hola! —Jack Warwick saludó a las chicas—. ¿Qué hacen ustedes tres en la calle a esta hora? No es el comportamiento de unas señoritas apropiadas.

Nora Stanford y Ella Rose Turner parecieron bastante escarmentadas por la pregunta del conde, pero Sarah se levantó de un salto y encaró a su formidable padrino con una sonrisa descarada.

—No estamos en la calle, tío Jack. Hemos estado sentadas aquí, esperando que regreses. Tú y papá prometieron llevarnos a ver los fuegos artificiales y pronto oscurecerá. ¡No queremos perdérselos!

Kitty escuchó a su marido murmurar en voz baja:

—Wo-wii, park.

Sarah arrugó la nariz.

—¿Qué tonterías estás diciendo, papá?

Sarah tardó un poco en empezar a llamar a sus padres, mamá y papá, y a los Warwick como tíos. Ahora, Kitty dudaba que su hija recordara esos días, aunque sabía que Jack y Annabelle nunca los olvidarían. A pesar de tener hijos y una hija, eran los padrinos más cariñosos y Sarah los adoraba a ambos.

—Mis tonterías habituales. —Rory pasó su brazo por los hombros de Sarah. Últimamente había empezado a burlarse de ella, diciéndole que debía dejar de crecer—. Supongo que si ustedes, encantadoras damas, han conseguido una promesa, estamos obligados a cumplirla. ¿No es así, señores?

Miró de Jack a Gabriel y Aaron, que acababan de bajar del carruaje.

—¿Podemos quitarnos estos ridículos disfraces, primero? —preguntó Jack—. ¿Y qué pasa con los chicos? Nunca escucharemos el final si se pierden algo tan emocionante como los fuegos artificiales.

Kitty no tenía ninguna duda que eso era cierto: Freddy, el hijo mayor de Jack y Annabelle, era el líder reconocido de un grupo de muchachos que eran amigos tan devotos como sus padres, y tan traviesos como los de antes.

Sarah exhaló un suspiro de impaciencia.

—Supongo que si es necesario, pero ponga al capitán Turner a cargo de ellos para que no se vuelvan completamente locos.

Kitty deslizó su brazo alrededor de la cintura de su hija, acomodando a la niña entre ella y Rory.

—No olvides, querida, que a veces te vuelves bastante salvaje.

Rory y ella habían tratado de no reprimir la naturaleza confiada y enérgica de Sarah. Durante años, uno de los cuentos favoritos de la niña, antes de dormir, había sido sobre cómo Jack, Gabriel y Rory la habían encontrado en una canasta en la puerta de su casa.

Kitty sabía que llegaría el día en que su hija querría saber más detalles sobre cómo había sucedido todo. Le dirían la verdad, pero de una manera adecuada a su edad. Con el tiempo, tendrían que contarle sobre Lord Uvedale y las cosas malas que había hecho, antes de tener un final desastroso en el extranjero. No era una conversación que Kitty deseara, pero tampoco la temía. Confiaba en que eso solo haría que Sarah amara a Rory aún más, como él se lo merecía.

Por ahora, era suficiente que su hija se sintiera tan conmovedoramente orgullosa de haber ayudado a lograr tres matrimonios tan felices.

El fin.

Palabras finales de la autora

Estimado lector(a).

Estoy tan feliz de poder finalmente bajar el telón de la serie *Los solteros de Bruton Street* con la historia de Rory Fitzwalter, ¡el soltero más confirmado de todos!

En *El escándalo llega a la ciudad* descubrimos por qué el irónico Rory está tan decidido a evitar el matrimonio y la paternidad. Por supuesto, todo se remonta a su juventud en Irlanda, cuando él y Kitty Delany se conocieron. Durante muchos años, Kitty consideró a Rory como su héroe. Sin embargo, ¡él ya no lo es! Después de la forma en que él explotó sus sentimientos y luego la dejó a un lado, ella no quiere tener nada más que ver con él.

Ahora que ella tiene su propia fortuna, Kitty está decidida a criar a su hija lejos. No obstante, Jack y Annabelle Warwick no pueden soportar perder todo contacto con la niña, a la que han llegado a amar tanto. Están seguros que la solución perfecta para todos es que Rory y Kitty se casen. Rory está abatido emocionalmente. Por una parte, él siente que les debe a sus amigos intentar conquistar a Kitty, pero, por la otra, él lucha contra el miedo a la pérdida y la convicción que no puede enfrentar el matrimonio y la paternidad. Aunque las atenciones de Rory y el evidente amor por Sarah despiertan los sentimientos de Kitty por él, sin embargo, ¿puede ella confiar en un hombre que ni siquiera confía en sí mismo?

Espero que disfrutes tanto de este final de la serie como de una última oportunidad de visitar al resto de los ex solteros de Bruton Street.

Deborah.